Varlam Shalámov

Relatos de Kolimá

Volumen III
El artista de la pala

Traducción de Ricardo San Vicente




editorial minúscula
BARCELONA

Título original: Колымские рассказы

Para la traducción se utilizó la edición: Shalámov V. T., *Kolimskie rasskazi (Relatos de Kolimá)*; en *Sobranie Sochineni v 6-ti tomaj* (SS6) [Obras en 6 tomos], t. I, redacción, introducción y notas a cargo de I.P. Sirotínskaya. Moscú, Terra, 2004.

Revisión: Francesc Nadal

Sociedad unipersonal
Portolà, 26 - 08023 Barcelona
minuscula@editorialminuscula.com
www.editorialminuscula.com

Primera edición: mayo de 2010

Diseño gráfico: Pepe Far
Imagen de la cubierta: derechos reservados



Este libro ha recibido una subvención de la Mikhail Prokhorov Foundation (programa de traducción TRANSCRIPT)

Preimpresión: Addenda, Pau Claris, 92, 08010 Barcelona
Impresión: Winihard Gràfics S. L., Av. del Prat, 7, 08180 Moià

ISBN obra completa: 978-84-95587-35-0
ISBN volumen III: 978-84-95587-65-7
Depósito legal: B-21.238-2010

Printed in Spain

El ataque

La pared se balanceó, y una conocida y dulzona sensación de náusea inundó mi garganta. La cerilla quemada en el suelo pasó flotando por milésima vez ante mis ojos. Alargué la mano para agarrar aquella inoportuna cerilla, pero desapareció; dejé de ver. El mundo aún no me había abandonado del todo: allí en el bulevar aún se oía una voz, la voz lejana e insistente de la enfermera. Luego vi pasar velozmente unas batas, la esquina de una casa, el cielo estrellado, surgió una enorme tortuga gris, sus ojos brillaban indiferentes; alguien le había roto un costado del caparazón, y yo me introduje en algo que parecía una cueva, sujetándome con los dedos e impulsándome con los brazos, confiando solo en mis manos.

Recuerdo unos dedos ajenos insistentes que me recostaban con habilidad la cabeza y los hombros sobre una cama. Todo permaneció en silencio y yo me quedé a solas con alguien enorme, parecido a un Gulliver. Yacía sobre una tabla, como un insecto, y alguien me observaba atentamente, me miraba con una lupa. Yo me daba la vuelta y la pavorosa lupa seguía mis movimientos. Me retorcía bajo el mons-

truoso cristal. Y solo cuando los enfermeros me trasladaron a la cama del hospital y me alcanzó la beatífica calma de la soledad, comprendí que la lupa de Gulliver no era fruto de una pesadilla, sino que eran las gafas del médico. El hecho me alegró indeciblemente.

Me dolía la cabeza, me daba vueltas al menor movimiento y era imposible pensar, solo podía recordar, y viejas y espantosas escenas empezaron a aparecérseme como imágenes de una película de cine mudo con figuras en blanco y negro. La náusea dulzona, parecida a la de la anestesia con éter, no se me pasaba. Me resultaba conocida y ahora había descifrado esta primera sensación.

Recordé como, hace muchos años, en el Norte, después de trabajar seis meses sin descanso, nos dieron por primera vez un día de fiesta. Todos querían quedarse tumbados, sin hacer nada, sin remendar la ropa, sin moverse... Pero nos sacaron a todos de los barracones y nos mandaron a por leña. A ocho kilómetros del poblado se estaba talando un bosque; había que elegir un tronco adecuado a tus fuerzas y llevarlo hasta el campo. Decidí ir en otra dirección; a unos dos kilómetros de allí había viejas pilas de madera entre las que podría encontrar el tronco apropiado. Ascender por la montaña era duro, y cuando alcancé la pila de leña resultó que no quedaba ningún tronco liviano. Más arriba negreaban unas pilas derruidas de leña, de modo que subí hasta ellas. Aquí los troncos eran finos, pero sus puntas se hallaban enterradas bajo la leña y no tuve la fuerza suficiente para arrancar ninguno. Lo intenté varias veces y

finalmente quedé agotado. Sin embargo, no podía regresar sin leña y, reuniendo mis últimas fuerzas, trepé aún más arriba hacia otra pila cubierta por la nieve. Escarbé largo rato la esponjosa y crujiente nieve con pies y manos, y finalmente arranqué uno de los troncos. Pero el madero resultó demasiado pesado. Me quité del cuello la toalla sucia que me servía de bufanda y, tras atarla a la parte superior del tronco, lo arrastré hacia abajo. El tronco daba saltos y me golpeaba en las piernas. A veces se me escapaba y corría pendiente abajo más rápido que yo. Se enganchaba entre los arbustos de *stlánik*, o se clavaba en la nieve, y yo me arrastraba hasta él y lo obligaba a ponerse de nuevo en movimiento. Aún estaba en lo alto de la montaña cuando descubrí que ya oscurecía. Comprendí que habían pasado muchas horas, y el camino hacia el poblado y el campo quedaba muy lejos. Tiré de la bufanda y el tronco de nuevo se deslizó hacia abajo dando saltos. Saqué el tronco al camino. El bosque se balanceó ante mis ojos y la garganta se me llenó de una náusea dulzona; recobré el conocimiento en la garita del gruista de la mina; este me frotaba las manos y la cabeza con la punzante nieve.

Todo esto se me aparecía ahora en la pared del hospital.

Pero en lugar del gruista, quien me sujetaba la mano era el médico. El aparato Riva-Rocci para medir la presión sanguínea estaba allí al lado. Y yo, al comprender que no me encontraba en el Norte, me alegré.

—¿Dónde estoy?

—En el Instituto de Neurología.

El médico me hacía algunas preguntas. Y yo le contestaba con dificultad. Quería estar solo. Los recuerdos no me daban miedo.

1960

Oración fúnebre

Todos están muertos...

A Nikolái Kazimírovich Barbé, jefe de brigada y compañero —me ayudó a sacar una gran piedra de una estrecha galería—, lo fusilaron porque la brigada de Barbé no había cumplido el plan que se le había encomendado; lo denunció en su informe el joven jefe de la zona, el joven comunista Arm. Arm fue condecorado en 1938 y más tarde se convirtió en jefe de la mina y en director; gran carrera la de Arm. Nikolái Kazimírovich Barbé guardaba como oro en paño una cosa: una bufanda de pelo de camello, una bufanda azul, larga y caliente. De auténtica lana. Se la robaron unos ladrones en el baño; se la llevaron sin más; en cuanto Barbé se dio la vuelta, la bufanda se había esfumado. Al día siguiente a Barbé se le congelaron las mejillas. Se le helaron a fondo; las úlceras seguían ahí después de muerto...

Murió Ioska Riutin. Trabajaba de pareja conmigo, y eso que los demás trabajadores no me querían como pareja. En cambio Ioska sí quiso. Era mucho más fuerte y más hábil que yo. Pero Ioska comprendía muy bien para qué nos

habían traído allí. Y no se enfadaba conmigo porque yo trabajara mal. Al final el inspector mayor —así llamaban a los cargos superiores de la mina en el año 1937, igual que en los tiempos del zar— me impuso una «norma individual». Más tarde volveré sobre esto. Y Ioska se puso a trabajar con otra pareja. Pero estábamos juntos en el barracón, y me desperté enseguida cuando alguien, envuelto en una piel que olía a oveja, hizo un movimiento brusco; este alguien, dándome la espalda en el estrecho pasillo entre las literas, trataba de despertar a mi vecino:

—¿Riutin? Vístete.

Y Riutin comenzó a vestirse con prisas; el hombre que olía a oveja se puso a rebuscar entre sus escasas pertenencias. Entre ellas apareció un juego de ajedrez, y el hombre de las pieles lo apartó.

—Eso es mío —se apresuró a decir Riutin—. Es de mi propiedad. Lo he pagado con mi dinero.

—¿Y qué? —dijo la piel de oveja.

—Deje eso.

La piel de oveja lanzó una carcajada. Y cuando se cansó de reír se frotó la cara con la manga de cuero y declaró:

—Ya no te hará falta...

Murió Dmitri Nikoláyevich Orlov, ex secretario de Kírov.[1] Cortábamos leña juntos en el turno de noche en la

1. Tras el asesinato de Kírov empezaron los grandes procesos. Nota del traductor, como todas las que se incluyen en el volumen.

mina y, como disponíamos de una sierra, de día trabajábamos en el horno de pan. Me acuerdo bien de cómo nos examinó con mirada crítica el encargado del almacén cuando nos entregó la sierra, una simple sierra de dos mangos.

—Vamos a ver, viejo —dijo el del almacén de las herramientas. A todos nos llamaban «viejo» por entonces, no como veinte años después—. ¿Puedes afilar una sierra?

—Claro —dijo Orlov al instante—. ¿Tienes un triscador?

—La rectificas con un hacha —dijo el del almacén, tomándonos por gente enterada y no por uno de esos intelectuales de tres al cuarto.

Orlov avanzaba por el sendero, encorvado, con las manos dentro de las mangas. Llevaba la sierra bajo el brazo.

—Oiga, Dmitri Nikoláyevich —me dirigí a él tras alcanzarlo dando saltos—. Pero si yo no sé. Nunca he afilado una sierra.

Orlov se dio la vuelta hacia mí, clavó la sierra en la nieve y se puso las manoplas.

—Yo creo, en cambio —empezó a decir en un tono aleccionador—, que cualquier persona con formación superior está obligada a saber afilar y arreglar una sierra.

Estuve de acuerdo.

Murió el economista Semión Alekséyevich Sheinin, un buen hombre. Durante mucho tiempo no logró comprender lo que estaban haciendo con nosotros, pero al final lo entendió y se puso a esperar tranquilamente la muerte.

Valor no le faltaba. Una vez recibí un paquete —el hecho de que el paquete hubiera llegado ya era una gran cosa—; en él había unas botas de fieltro de aviador, nada más. ¡Qué poco sabían nuestros familiares de las condiciones en que vivíamos! Para mí estaba perfectamente claro que me robarían las botas, que me las quitarían la primera noche. Y las vendí sin salir de la comandancia, por cien rublos, al encargado Andréi Boiko. Las botas valían setecientos, pero fue un buen negocio. Con aquel dinero me podía comprar cien kilos de pan, y si no me lo gastaba todo en pan, podría comprar mantequilla, azúcar. La última vez que había comido mantequilla y azúcar fue en la cárcel. En la tienda me compré un kilo entero de mantequilla. Recordaba lo buena que era para la salud. Cuarenta y un rublos me costó aquella mantequilla. La compré de día (trabajábamos de noche) y corrí a buscar a Sheinin para celebrarlo, dormíamos en barracones distintos. Compré también pan...

Semión Alekséyevich se emocionó, se alegró mucho.

—¿Pero por qué yo? ¿Con qué derecho yo...? —farfullaba terriblemente azorado—. No, no, no podría...

Pero lo convencí, y el hombre, contento, salió corriendo a por agua hirviendo.

En aquel mismo instante caí al suelo por un terrible golpe que me dieron en la cabeza.

Cuando me levanté, la bolsa con la mantequilla y el pan ya no estaba. El bastón, de un metro de largo, con el que me habían golpeado yacía a mis pies junto a la litera. Y todo el barracón reía. Llegó corriendo Sheinin con el

agua. Hubieron de pasar muchos años para que dejara de recordar aquel robo sin sentir un profundísimo dolor, casi desesperación. En cambio Semión Alekséyevich está muerto.

Murió Iván Yákovlevich Fediajin. Con él habíamos viajado en el mismo tren, en el mismo barco. Fuimos a parar a la misma mina, a la misma brigada. Era un filósofo, un campesino de Volokolamsk, el organizador del primer koljós en Rusia. Como se sabe, fueron los social-revolucionarios quienes crearon en los años veinte los primeros koljoses, y el grupo Chayánov-Kondrátiev[2] representaba sus intereses «arriba»... Iván Yákovlevich era justamente uno de los social-revolucionarios rurales, uno de aquel millón de personas que votó a este partido en 1917. Y por haber organizado aquel primer koljós recibió su condena, una pena de cinco años de trabajos forzados.

En cierta ocasión —era justo al principio, durante el primer otoño de 1937 en Kolimá—, trabajábamos juntos acarreando tierra, formábamos parte de la famosa cadena de la mina. Había dos carretillas con enganche. Mientras el arriero llevaba una a la máquina de lavado, dos trabajadores apenas alcanzaban a llenar la otra. No quedaba tiempo ni para fumar, aunque tampoco estaba permitido. En cambio, nuestro arriero fumaba, fumaba un enorme cigarro que había liado

2. Miembros del llamado Partido Obrero-Campesino, separado de los social-revolucionarios, SR, y situado en la órbita de los bolcheviques, cosa que no impidió que el grupo fuera juzgado y condenado.

con casi medio paquete de *majorka* (entonces aún había *majorka*), y nos dejaba dar una calada a la salida de la galería.

El arriero era Mishka Vavílov, ex vicepresidente del trust Promimport,[3] y Fediajin y yo acarreábamos la tierra.

Mientras llenábamos sin prisas la carretilla, charlábamos. Yo le contaba a Fediajin la norma que se imponía a los dekabristas[4] en Nerchinsk —según las *Notas de Maria Volkónskaya*—:[5] tres *puds*[6] de mineral por persona.

—¿Y nuestra norma, Vasili Petróvich, cuánto pesa? —me preguntó Fediajin.

Calculé que serían unos ochocientos *puds*.

—Ya ve, Vasili Petróvich, cómo han crecido las normas...

Más tarde, durante la hambruna de invierno, yo iba a la caza de tabaco: lo mendigaba, lo recogía, lo compraba para cambiarlo por pan. Fediajin no veía con buenos ojos mis «negocios»:

—Esto no va con usted, Vasili Petróvich; no debe usted hacer eso...

La última vez que lo vi fue en invierno, junto al come-

3. Abreviatura de *Promychlenny Import*, Importación Industrial.

4. Dekabristas o decembristas: nobles sublevados en diciembre de 1825, contrarios a la coronación del zar Nicolás I. Algunos fueron ajusticiados y los demás, mandados a Siberia.

5. Maria Nikoláyevna Volkónskaya (1805-1863), autora de la citada obra obra, era esposa del príncipe Serguéi Volkonski y acompañó a su marido al cautiverio de Siberia.

6. Medida de peso rusa, equivalente a algo más de dieciséis kilos.

dor. Le di seis vales de comida; los había ganado con las copias que hacía de noche en la oficina. Mi buena letra a veces me era de ayuda. Los vales se iban a perder: llevaban sellada la fecha. Fediajin recibió la comida de los vales. Estaba sentado a la mesa y vertía de una escudilla a otra aquella agua sucia: la sopa era clara a más no poder, no flotaba en ella ni una gota de grasa... El engrudo de aquellos seis vales no llenaban ni una escudilla de medio litro... Fediajin, que no tenía cuchara, lamía con la lengua aquellas gachas que más bien parecían metralla. Y lloraba.

Murió Derfel. Un comunista francés que había pasado incluso por las canteras de Cayena. Además del hambre y del frío, Derfel sufría moralmente: no quería creer que él, un miembro de la Komintern,[7] había ido a parar ahí, a un penal soviético. Su horror habría sido menor de haber comprobado que no era el único en aquella situación. Todos los demás, con los que había llegado al lugar, con los que vivía y con los que se estaba muriendo, eran iguales que él. Era un ser pequeño y débil; las palizas se estaban poniendo de moda... Un día el jefe de la brigada le dio un golpe, un simple puñetazo sin más, para mantener el orden, por decirlo así, pero Derfel cayó al suelo y ya no se levantó. Murió de los primeros, fue de los más afortunados. En Moscú trabajaba de redactor en la TASS.[8] Dominaba bien el ruso.

7. Abreviatura de la Internacional Comunista.
8. Agencia de prensa oficial soviética.

—En Cayena también se estaba mal —me dijo en cierta ocasión—. Pero aquí se está muy mal.

Murió Fritz David. Un comunista holandés, un activista de la Komintern acusado de espionaje. Tenía un maravilloso pelo rizado, unos profundos ojos azules y una boca de trazo infantil. Casi no sabía hablar en ruso. Le conocí en un barracón tan repleto de gente que se podía dormir de pie. Estábamos el uno junto al otro, Fritz me sonrió y cerró los ojos.

El espacio bajo las literas estaba atestado de hombres; había que esperar para acomodarse, ponerse en cuclillas y luego, tras apoyarse en alguna parte junto a las literas, en un poste o en otro cuerpo, echar un sueño. Yo esperaba con los ojos cerrados. De pronto a mi lado algo se derrumbó. Mi vecino, Fritz David, se había caído al suelo. El hombre se levantó avergonzado.

—Me he dormido —dijo con cara de susto.

Este Fritz fue el primero de nuestra etapa en recibir un paquete. Se lo había mandado su mujer desde Moscú. En el paquete venía un traje de terciopelo, una camisa de dormir y una gran fotografía de una hermosa mujer. Vestido con aquel traje de terciopelo se puso en cuclillas a mi lado.

—Quiero comer —me dijo sonriendo y poniéndose colorado—. Quiero mucho comer. Tráigame algo de comer.

Fritz David se volvió loco y se lo llevaron no se sabe adónde.

La camisa de dormir y la foto se las robaron la primera noche. Cuando tiempo después yo contaba aquello siempre me mostraba perplejo y me indignaba: ¿Quién y para qué necesitaría una foto ajena?

—Ni siquiera usted lo sabe todo —me dijo en cierta ocasión un agudo contertulio—. No es difícil adivinarlo. La foto la robarían los hampones para, como ellos lo llaman, montarse una «sesión». Para sus sesiones de onanismo, mi ingenuo amigo...

Murió Seriozha Klivanski, compañero mío en el primer curso de la universidad, con quien me encontré al cabo de veinte años en la celda de tránsito de la Butirka. Lo excluyeron del Komsomol[9] en 1927 por un informe sobre la revolución china que hizo en un grupo de estudios sobre la situación política. Logró acabar la universidad y estuvo trabajando de economista en el Gosplan,[10] hasta que cambiaron las circunstancias y Seriozha se vio obligado a dejar aquel empleo. Ingresó por concurso en la orquesta del Teatro Stanislavski y fue segundo violín, hasta que lo arrestaron en 1937. Era un hombre sanguíneo, amante de las bromas; la ironía nunca lo abandonaba. Como tampoco su interés por la vida, por los sucesos que esta nos depara.

En la celda de tránsito todos andábamos medio des-

9. Juventudes Comunistas.
10. Organismo Oficial de Planificación Estatal.

nudos, nos rociaban con agua y dormíamos en el suelo. Solo un héroe soportaba dormir en las literas. Y Klivanski se reía:

—Es el tormento del fuego. Luego, en el Norte, nos aplicarán el tormento del hielo.

Fue una predicción exacta; pero no se trataba de los lloriqueos de un miedoso. En la mina, Seriozha seguía alegre, comunicativo. Se entregaba con entusiasmo al aprendizaje del argot del hampa y se divertía como un niño pronunciando con la entonación adecuada las expresiones de los criminales:

—Ahora la agarro, creo —decía Seriozha encaramándose a las literas superiores.

Le gustaba la poesía; en la cárcel a menudo recitaba versos de memoria. En el campo, Seriozha no recitaba.

Compartía el último pedazo de pan, o mejor dicho, aún lo compartía...

Esto quiere decir que no logró sobrevivir hasta el momento en que nadie tenía un último pedazo de nada, en que nadie compartía nada con nadie.

Murió el jefe de brigada Diúkov. No sé ni he sabido nunca su nombre. Era de los comunes y no tenía nada que ver con el artículo 58. En los campos del continente era lo que se llamaba un «representante del colectivo»; no es que fuera un romántico, pero le encantaba «representar un papel». Llegó en invierno y en la primera reunión intervino con un discurso asombroso. Los comunes celebraban reuniones, pues a los reclusos que habían cometido algún delito común o del servicio, como igualmente a los ladrones

reincidentes, se los consideraba «amigos del pueblo», personas susceptibles de reformarse y a las que no se condenaba a castigos. A diferencia de lo que ocurría con los «enemigos del pueblo», los condenados por el artículo 58. Más tarde, cuando a los reincidentes se les empezó a aplicar el punto 14 del artículo 58, es decir, el de sabotaje (por negarse a trabajar), todo el párrafo 14 fue retirado del artículo 58 y liberado por tanto de las duras y variadas medidas punitivas. Los reincidentes se han considerado siempre «amigos del pueblo», incluso en la célebre amnistía de Beria de 1953. En nombre de esta teoría —tanto la de la pena «elástica» de Krilenko,[11] como la de la fatídica «reconversión»—, fueron sacrificados muchos cientos de miles de seres desdichados.

En aquella primera reunión, Diúkov propuso hacerse cargo de una brigada de los del 58; por lo común, el jefe de brigada de los políticos era también de los suyos. Diúkov no era un mal muchacho. Sabía que los campesinos trabajaban muy bien en los campos, mejor que nadie, y no ignoraba que entre los condenados por el 58 había muchísimos campesinos. En este aspecto, conviene observar la peculiar sabiduría de Yezhov y de Beria;[12] ambos comprendían el escaso valor que representaban como mano de obra

11. Nikolái Vasílievich Krilenko (1885-1938), fiscal general y ministro de Justicia de la URSS. Inventor de las penas «elásticas», aquellas que dependían de la voluntad de las autoridades del campo, y de la reeducación de los presos. Murió fusilado.

12. Responsables de los órganos de Interior y del Gulag.

los intelectuales, unos seres que, a diferencia de las tareas que tuvieran que ver con el trabajo intelectual, difícilmente podrían cumplir con el trabajo físico en el campo. Pero Diúkov no se entregaba a tan elevadas reflexiones y es poco probable que pensara en otra cosa que no fueran las cualidades laborales de los hombres. Formó una brigada escogiendo solo a campesinos y se puso manos a la obra. Esto ocurría en la primavera de 1938. Los campesinos de Diúkov habían soportado todo el invierno de hambre de 1937-1938. Diúkov no iba con sus hombres a los baños; en caso contrario, habría comprendido en seguida la situación.

Los hombres no trabajaban mal; lo que pasaba es que a aquellos desdichados tenían que darles algo más de comer. Pero la dirección rechazó de plano la petición de Diúkov. La hambrienta brigada cumplía heroicamente la norma trabajando más allá de sus fuerzas. Y entonces a Diúkov lo empezaron a engañar: lo estafaban los agrimensores, los inspectores, los planificadores, los jefes de grupo... El hombre empezó a quejarse, no paraba de protestar, pero los resultados eran cada día más pobres; también empeoraba la comida. Diúkov probó a dirigirse al mando supremo, pero la más alta autoridad recomendó a la instancia pertinente que incluyera a la brigada de Diúkov y a su jefe en las listas pertinentes. Así se hizo, y todos fueron fusilados en la célebre Serpantínnaya.

Murió Pável Mijáilovich Jvostov. Lo más pavoroso en un hombre hambriento es su manera de comportarse. Pare-

ce en todo igual a una persona sana, y no obstante se trata de un ser al borde de la demencia. Los hombres hambrientos siempre defienden con ardor la justicia, siempre, claro está, que no estén demasiado famélicos, demasiado extenuados. Eternos litigantes, desesperados peleones. Por lo general, de entre quienes discuten entre sí hasta alcanzar las más altas notas de violencia verbal, solo una milésima parte pasa de la disputa a la pelea. La gente hambrienta no para de pelearse. Las discusiones surgen por los pretextos más increíbles, más insólitos: «¿Por qué has cogido mi pico...? ¿Por qué has ocupado mi sitio?» Los más bajitos, los de menor estatura, intentan poner una zancadilla y hacer caer al adversario. Los más altos se abalanzan sobre el otro con el propósito de tumbar con su peso al enemigo, para luego arañarlo, golpearlo, morderlo... Pero todos los movimientos están llenos de impotencia, los golpes no duelen, no son mortales, y muy a menudo se dan para atraer la atención de los demás. Nadie separa a los que se pelean.

Pues así era Jvostov. Cada día se peleaba con alguien: en el barracón y en la profunda zanja de desagüe que cavaba nuestra brigada. Era uno de mis conocidos de invierno: nunca vi su pelo. Llevaba una gorra de orejeras, de piel blanca hecha jirones. Y sus ojos eran negros, unos ojos brillantes y hambrientos. Yo a veces recitaba versos y el hombre me miraba como a un débil mental.

Un día, de pronto, se puso a golpear desesperadamente con el pico la roca de la zanja. El pico era pesado, Jvostov golpeaba con todas sus fuerzas, golpeaba casi sin

parar. Me asombró aquella energía. Hacía tiempo que estábamos juntos, que juntos pasábamos hambre. Luego el pico cayó con un sonido metálico. Lo miré. Jvostov se hallaba de pie, con las piernas separadas, y se balanceaba. Sus rodillas se doblaban. El hombre se movió como un péndulo y cayó de bruces. Alargó por completo sus manos cubiertas con las mismas manoplas que cada noche se zurcía él mismo. Los brazos quedaron al descubierto, en ambos asomaron unos tatuajes. Pável Mijáilovich era capitán de navegación de altura.

Román Románovich Románov murió ante mis ojos. En otro tiempo Románov había sido entre nosotros algo parecido a un comandante de regimiento: distribuía los paquetes de correo, controlaba la limpieza de nuestra zona; en una palabra, ocupaba una posición privilegiada, una posición con la que no podía ni soñar ninguno de nosotros, los del artículo 58, ni los del mismo artículo con alguna «letra» —los «líteros», como nos llamaban los comunes, o los «líternik», como pronunciaban aquella palabra los altos funcionarios de los campos—.[13] Trabajar de lavandero en los baños o de sastre remendón por la noche era el no va más de nuestros sueños. Pero todo, salvo las piedras, nos estaba prohibido gracias a las «directrices especiales» ordenadas desde Moscú. Una hoja con esta orden acompañaba el expe-

13. Se refiere a los diferentes apartados del artículo, designados con diversas letras.

diente de cada uno de nosotros. En cambio, Román Románovich disfrutaba de aquel inalcanzable cargo. E incluso se familiarizó muy rápidamente con sus secretos: cómo abrir un paquete postal para que el azúcar cayera al suelo. Cómo romper un bote de mermelada, o dejar caer bajo el mostrador el pan tostado, los frutos secos... Todo esto Román Románovich lo aprendió en poco tiempo, y no mantenía con nosotros relación alguna. Se comportaba de modo severo y formal y adoptaba el porte de un respetuoso representante del alto mando, con quien nosotros no podíamos mantener ningún trato personal. Nunca nos daba ningún consejo. Únicamente nos informaba: solo se permite mandar una carta al mes; los paquetes se entregan de 8 a 10 de la noche en la comandancia del campo, etcétera, etcétera. Nosotros no envidiábamos a Román Románovich, solo sentíamos asombro. Al parecer, en el caso de Román Románovich, había tenido algo que ver cierta relación personal fortuita. Aunque el hombre no duró mucho en su cargo, dos meses solamente. Tal vez se realizó alguna revisión (de cuando en cuando y sin falta antes del año nuevo se organizaban revisiones de este tipo) o alguien fue con el «soplo», si hemos de emplear la pintoresca expresión del campo. El caso es que Román Románovich desapareció. Era militar, coronel, al parecer. Pues bien, al cabo de cuatro años fui a parar a una «expedición vitamínica», en la que se recogían ramas de *stlánik*, el único árbol perenne de aquellas tierras. La pinocha del *stlánik* se acarreaba desde centenares de kilómetros a un complejo de extracción de vitaminas. Allí la cocían y la pino-

cha se transformaba en una sustancia marrón y pegajosa, de un olor y un sabor insoportables. La metían en barriles y la distribuían por los campos. La ciencia médica local de entonces la consideraba como el mejor método y el más asequible para luchar contra el escorbuto. El escorbuto hacía estragos y se sumaba a la pelagra y a las demás avitaminosis. Pero todo aquel que tuvo ocasión de tragarse siquiera una gota de aquella horrible pócima prefería morir antes que curarse gracias a aquel brebaje del demonio. No obstante, se impartían órdenes, y como las órdenes están para cumplirlas, se dispuso no servir la comida hasta que se hubiese ingerido la dosis correspondiente de la medicina. Y allí estaba el vigilante de guardia con un diminuto cazo especial. No se podía entrar en el comedor sin pasar ante el distribuidor del *stlánik*; de modo que aquello que más apreciaba el preso —la comida, el alimento— se echaba a perder sin remedio por la previa y obligada toma. La cosa duró más de diez años... Los médicos más cualificados no salían de su asombro: ¿cómo podía ser que aquella pegajosa pasta conservara la vitamina C, una sustancia tan sumamente sensible a cualquier cambio de temperatura? El tratamiento no tenía sentido alguno, y sin embargo seguían distribuyendo el extracto. Allí mismo, junto a todos los poblados crecían abundantes arbustos de uva espina. Pero nadie se decidía a recoger sus bayas, y no se hacía porque las instrucciones no señalaban nada respecto a ellas. Solo mucho después de la guerra, en 1952 según parece, llegó a los campos una carta en la que, de nuevo en nombre de la medicina local, se

prohibía de manera categórica distribuir el extracto de *stlánik* por tratarse de una sustancia nociva para los riñones. Y el complejo de extracción de vitaminas fue cerrado. Pero en la época en que me encontré con Román Románovich el *stlánik* se recogía a espuertas. Lo hacían los «terminales», los detritus de la mina, los residuos de las explotaciones de oro, seres semiinválidos, enfermos y famélicos crónicos. La mina de oro convertía en tres semanas al hombre sano en un inválido: el hambre, la falta de sueño, el penoso e interminable trabajo, los golpes... La brigada se completaba con nuevos presos, y Moloch los trituraba... Al final de la estación, en la brigada de Ivanov no quedaba nadie salvo Ivanov, el jefe de brigada. El resto había ido a parar al hospital, «bajo el monte» o a las expediciones «vitamínicas», donde nos daban de comer una vez cada veinticuatro horas y no podías recibir más de seiscientos gramos de pan al día. Aquel otoño no trabajamos con Románov recogiendo pinocha. Estuvimos juntos en la «construcción». Nos construíamos una casa para el invierno; en verano vivíamos en unas tiendas hechas trizas.

Para levantar la casa delimitamos una superficie contando los pasos, colocamos unas estacas, y ambos plantamos una empalizada de dos hileras. El espacio intermedio lo llenamos de pedazos de musgo helado y turba. Dentro, con unos postes, montamos literas de un piso. En medio se ubicaba una estufa de hierro. Nos daban para cada noche una porción de leña que se calculaba de manera empírica. Sin embargo, no teníamos ni un hacha ni una sierra; los ob-

jetos cortantes los guardaban durante la noche los soldados del convoy, que vivían en otra tienda: un habitáculo aparte más protegido, cubierto con tablas de madera. Las sierras y las hachas se entregaban solo por la mañana, cuando mandaban a los presos al trabajo. Ocurrió que en una expedición «vitamínica» vecina unos comunes atacaron a su jefe de brigada. Los comunes son extraordinariamente dados a la teatralidad, plasmándola en la vida de tal modo que hasta Yevreínov[14] los hubiera envidiado. Los comunes decidieron matar al jefe de brigada y la propuesta de uno de los hampones —serrarle la cabeza— fue recibida con entusiasmo. Le cortaron la cabeza con una simple sierra de dos mangos. Por esta razón se dio la orden de prohibir que por la noche los presos pudieran disponer de las hachas y las sierras. Nadie buscaba nunca lógica alguna en las órdenes.

¿Cómo cortar la leña para que los troncos cupieran en la estufa? Los más finos se rompían con los pies, y los gruesos se introducían por la punta más delgada en la boca de la estufa encendida , y así se consumían poco a poco. Alguien los empujaba hacia el fondo de una patada; siempre había quien estaba al tanto. El resplandor de la estufa abierta era la única iluminación en nuestro aposento. Antes de la primera nieve las corrientes de aire atravesaban nuestra casucha, pero amontonamos nieve en torno a ella, rocia-

14. Nikolái Yevreínov (1879-1953), dramaturgo, director y estudioso del teatro. En los años veinte emigró a Francia.

mos de agua los montones y nuestra residencia de invierno estuvo lista. Un trozo de lona cubría la puerta.

Allí, en aquella casamata, me encontré con Román Románovich. No me reconoció. Andaba vestido como el «fuego», en expresión de los hampones —que siempre daban en el blanco—: los pedazos de guata le salían del chaquetón, de los pantalones, del gorro. No pocas veces, por lo que parece, Román Románovich se vio obligado a salir corriendo a por una «brasa» para encenderle el cigarrillo a un hampón... Sus ojos brillaban con el fulgor del hambre, sus mejillas seguían tan sonrosadas como antes, pero no recordaban dos globos sino que se le pegaban a las mandíbulas. Román Románovich se hallaba acostado en un rincón y aspiraba ruidosamente el aire. La barbilla subía y bajaba.

—Este se acaba —dijo Denísov, su vecino—. Los peales están buenos. —Y, tras arrancar con gesto hábil las botas de los pies del moribundo, le desenrolló los peales, unas tiras aún fuertes de una manta verde—. Listo... —dijo mirándome amenazador. Pero a mí me daba igual.

Sacaron el cadáver de Románov cuando nos formaron para ir al trabajo. Ya no llevaba el gorro. Las alas del chaquetón desabrochado barrían el suelo.

¿Habría muerto el «pointista» Volodia Dobrovóltsev? ¿«Pointista» era un trabajo o una nacionalidad? Era un trabajo, y provocaba la envidia en los barracones de los del 58. Los barracones separados para los políticos en un campo de trabajo común —donde había barracones para los delin-

cuentes comunes y para los criminales reincidentes, todos juntos tras el mismo alambre de espino— eran, por descontado, una burla jurídica. Aquella circunstancia no protegía a nadie de los ataques de los bandidos ni de los ajustes de cuentas entre asesinos.

El «point» es un tubo de hierro con vapor muy caliente. El vapor caldea la roca de la mina, la tierra congelada; el trabajador retira de vez en cuando las rocas escaldadas con una cuchara de hierro del tamaño de una mano humana y un mango de tres metros.

Un trabajo como aquel se consideraba cualificado, por cuanto el «pointista» debía abrir y cerrar las llaves de paso del vapor que venía por unos tubos desde una caseta donde estaba la caldera, un primitivo artilugio de vapor. El de calderero era un cargo aún mejor que el de «pointista». No cualquier ingeniero mecánico del 58 podía soñar con un trabajo como aquel. Y no porque fuera un trabajo cualificado. Aunque fue por pura casualidad que, de entre mil hombres, aquel trabajo le tocara en suerte a Volodia, el empleo de «pointista», no obstante, lo transformó. Ya no tenía que pensar en calentarse, nuestro eterno sueño... El frío helador no penetraba todo su ser, no detenía la labor de su cerebro. El tubo caliente lo salvaba. Por eso todos envidiábamos a Dobrovóltsev.

Corrían rumores de que si lo habían nombrado a él por algo sería; se comentaba que su cargo era una prueba clara de que era un informador, un espía... Por supuesto, los hampones siempre decían: «Si alguien ha trabajado de sani-

tario en un campo, seguro que ha chupado la sangre de los trabajadores»; pero la gente no ignoraba el valor real de tales argumentos: la envidia es mala consejera. Volodia se creció, diríase, ante nuestros ojos; como si entre nosotros hubiera aparecido un magnífico violinista. Dobrovóltsev salía solo del campo —a ello lo obligaban las condiciones de su trabajo— y, al salir del campo por la sala de guardia y tras abrir la ventanilla del vigilante, le gritaba en voz alta, sonora y alegre, su número —«¡el veinticinco!»—: de todos esos detalles hacía tiempo que nos habíamos olvidado.

A veces trabajaba cerca de nuestra galería. Y entonces nosotros, haciendo valer el derecho de ser sus conocidos, corríamos por turno a calentarnos con el tubo. El caño tenía una pulgada y media de grosor, se podía agarrar con la mano, apretarlo con el puño, y de la mano el calor se difundía perceptiblemente por todo el cuerpo, y no había modo de separarse de él para regresar a la galería, al frío helador...

Volodia no nos echaba como otros «pointistas». Nunca nos decía ni palabra, aunque yo sabía que a los «pointistas» les estaba prohibido dejar entrar a gente como nosotros. La figura de Volodia se alzaba, rodeada de una espesa y blanca nube de vapor. Su ropa se helaba. Cada mota de su chaquetón brillaba como una aguja de cristal. Nunca hablaba con nosotros; aquel trabajo, a pesar de todo, tenía al parecer un valor demasiado importante...

La tarde de Navidad de aquel año nos hallábamos sentados en torno a la estufa. Con ocasión de la festividad,

los costados de hierro estaban más rojos que de costumbre. El hombre percibe al instante los cambios de temperatura. A quienes nos sentábamos en torno a la estufa aquel calor nos daba sueño y nos predisponía al lirismo.

—Imaginaos que nos mandan a casa, ¿eh? Que ocurre un milagro y... —dijo el arriero Glébov, ex profesor de filosofía, famoso en nuestro barracón por haber olvidado un mes atrás el nombre de su mujer—. ¿Qué me decís? Pero, eso sí, decid solo la verdad.

—¿A casa?

—Eso.

—Pues yo te diré la verdad —contesté yo—. Antes prefiero la cárcel. Y no bromeo. Hoy no querría regresar con los míos. En casa nunca me entenderían, no me podrían entender. Lo que a ellos les parece importante yo sé que es una bobada. Y aquello que es importante para mí —lo poco que me queda de importante—, ellos no podrían entenderlo ni sentirlo. Además, les llevaría nuevos miedos, un miedo más, sumado a los mil miedos que inundan sus vidas. Lo que yo he visto, un hombre no debe verlo, ni siquiera debe conocerlo. La cárcel, en cambio, ya es otra cosa. La cárcel es la libertad. Es el único lugar que conozco donde la gente dice sin temor lo que piensa. Donde su alma descansa. Descansa el cuerpo, porque no se trabaja. Allí cada instante de tu existencia tiene sentido.

—Ya estamos —dijo el ex profesor de filosofía—. Eso lo dices porque a ti no te pegaron en los interrogato-

rios. Porque quienes pasaron por el método número tres son de otra opinión...

—¿Y tú, Piotr Ivánich, qué dices?

Piotr Ivánovich Timoféyev, ex director de un complejo industrial en los Urales, sonrió y le hizo un guiño a Glébov.

—Pues yo regresaría a casa, con mi mujer, con Agnia Mijáilovna. Me compraría pan de centeno, ¡una barra entera! Me prepararía unas gachas de mil cereales, ¡un cubo entero! Una sopa de pasta gorda, ¡otro cubo! Y me zamparía el menú entero. Por primera vez en mi vida me llenaría hasta hartarme de todos estos manjares... Y los restos se los haría comer a Agnia Mijáilovna.

—¿Y tú? —se dirigió Glébov a Zvonkov, un picador de nuestra brigada que en su primera vida había sido campesino, no sé si de la región de Yaroslavl o de Kostromá.

—A casa —dijo muy serio, sin una sonrisa, Zvonkov—. Creo que llegaría y no me separaría de mi parienta ni un paso. Adonde fuera ella, allí iría yo. Lo único malo es que aquí me han quitado el gusto por el trabajo; he perdido el cariño a la tierra. Pero bueno, ya encontraría algo...

—¿Y tú? —La mano de Glébov rozó la rodilla de nuestro encargado de guardia.

—Lo primero que haría es ir al local del partido. Allí, recuerdo, estaba lleno de colillas, había montones...

—Déjate de bromas

—Que no bromeo.

De pronto vi que solo quedaba uno por contestar.

Volodia Dobrovóltsev. Volodia levantó la cabeza sin esperar a que le preguntaran. Sobre sus ojos caía la luz de las brasas al rojo procedente de la portezuela abierta de la estufa; sus ojos se veían vivos, profundos.

—Pues a mí... —su voz era serena, pausada—. Me gustaría ser un tronco. Un tronco humano, ¿me explico? Sin brazos y sin piernas. Entonces encontraría la fuerza que me falta para escupirles a la cara por todo lo que están haciendo con nosotros.

1960

Cómo empezó todo

¿Cómo empezó todo? ¿Qué día de invierno cambió el viento y todo se volvió demasiado pavoroso? En otoño estábamos traba...

¿Cómo empezó todo? Retuvieron a la brigada de Kliúyev en el lugar de trabajo. Un caso insólito. El yacimiento estaba cercado por el convoy. El yacimiento era un talud, un agujero enorme, en cuyos bordes se hallaba el convoy. Y dentro trajinaba la gente, los hombres se apresuraban y se daban prisa los unos a los otros. Unos con secreta alarma, otros con la firme convicción de que este día era una excepción, de que esta noche era una excepción. Que llegaría el amanecer y todo se aclararía, y la vida transcurriría con su tran tran habitual: una vida de campo, por supuesto, pero la de antes. Aquello era un retraso en el trabajo. ¿Por qué? En la medida en que la norma de trabajo diario no se había cumplido. Como un silbido gemía la nevasca, una nieve fina y seca que azotaba las mejillas como si fuera arena. En los rayos triangulares de los focos, que iluminaban las zanjas en la noche, revoloteaba la nieve cual motas de polvo en un rayo de sol; se parecía al polvo que revoloteaba en un rayo

de sol junto a la puerta del cobertizo de mi padre. Solo que en la infancia todo parecía pequeño, cálido y vivo. Aquí todo era enorme, frío y odioso. Crujían los cajones de madera de los que se extraía la tierra para llevarla al vertedero. Cuatro hombres agarraban el cajón, lo empujaban, lo arrastraban, lo hacían rodar con la espalda o lo deslizaban sobre troncos hasta el extremo del vertedero, le daban la vuelta y arrojaban las heladas piedras barranco abajo. Las piedras caían con un ruido sordo. Allá estaba Krupianski, allá Neiman y más allá el propio jefe de brigada Kliúyev. Todos tenían prisa, pero el trabajo nunca se acababa. Ya eran cerca de las once de la noche —mientras que la sirena había sido a las cinco; la sirena de la mina había sonado a las cinco, había chillado a las cinco—, cuando soltaron a la brigada para ir «a casa». «A casa» quiere decir al barracón. Y mañana a las cinco de la mañana otra vez diana y una nueva jornada de trabajo y un nuevo plan del día. Nuestra brigada remplazaba a la de Kliúyev en esta mina. Hoy nos habían puesto a trabajar en el yacimiento vecino, y solo a las doce sustituimos a la brigada de Kliúyev.

¿Cómo empezó todo? De pronto llegó mucha gente a la mina, muchos «combatientes». Dos nuevos barracones, dos barracones de troncos cortados que los presos construían para ellos mismos, fueron entregados a los guardianes. Nos tocó pasar el invierno en las tiendas de campaña, en unas destrozadas tiendas de lona, perforadas por las piedras que caían debido a las explosiones en el yacimiento. Las tiendas estaban protegidas del frío: se habían colocado unos postes

en el suelo y sobre los listones se colocaba papel embreado. Entre la tienda y el papel se formaba una capa de aire. En invierno, nos decían, la llenaréis de nieve.

Pero todo esto sucedió más tarde. Entregaron nuestros barracones a los guardianes; esta era la esencia del suceso. A los centinelas los barracones no les gustaron; eran construcciones hechas de madera fresca: el alerce es un árbol traidor, no le gustan los humanos. Las paredes, los suelos y los techos no se secarán en todo el invierno. Esto lo comprendían todos de antemano: tanto aquellos con cuyas espaldas se habrían de secar los barracones, como aquellos a quienes los barracones les tocaron por azar. Los centinelas entendieron su desgracia como una inevitable dificultad del Norte.

¿Para qué había centinelas en la mina Partizán? Era una mina pequeña, de tan solo tres mil reclusos en 1937.

Los vecinos de la Partizán, el yacimiento de Shturmovói y Bérzino (el futuro Verjni At-Yriaj), formaban ciudades con una población de doce, de catorce mil reclusos. Naturalmente los mortales huracanes de 1938 alteraron de manera sustancial estas cifras. Pero todo esto vino después. ¿Y ahora, para qué servían los vigilantes en Partizán? En 1937 en la mina Partizán solo había un único y omnipresente centinela de guardia, que, armado de una pistola, mantenía sin problemas el orden en el pacífico reino de los trotskistas ¿Y los hampones? El guardián hacía la vista gorda ante las simpáticas travesuras de los hampones, ante sus expediciones y correrías de saqueo, y se ausentaba diplomá-

ticamente en los casos más graves. Todo estaba «en calma». Y ahora, de pronto, de un día para otro, aparecen los guardianes. ¿Para qué?

De pronto se llevaron no se sabe adónde a toda una brigada de presos desertores del trabajo, de trotskistas, que por aquellos tiempos no se llamaban «desertores del trabajo» sino de un modo mucho más delicado: «reclusos que no trabajan». Vivían en un barracón aparte en medio del poblado, de un poblado de reclusos sin alambradas, un lugar que por entonces aún no se llamaba de manera tan pavorosa como en el futuro, en un futuro muy cercano: «zona». Los trotskistas recibían al día, como mandaba la ley, sus seiscientos gramos de pan y su plato caliente reglamentario, y no trabajaban de manera del todo oficial. Cualquier preso podía unirse a ellos, pasar al barracón de «los que no trabajan». En el otoño del treinta y siete en este barracón vivían setenta y cinco individuos. Todos desaparecieron de repente, el viento zarandeaba la puerta abierta y dentro reinaba un negro vacío desierto.

De pronto resultó que con la ración oficial, con esa ración no bastaba, que tenías muchas ganas de comer pero no podías comprar nada, tampoco pedir nada a un compañero. Arenque, un trozo de arenque aún se lo podías pedir a un compañero, pero ¿pan? De pronto sucedió que nadie invitaba a nadie a nada, que todos comían o masticaban alguna cosa a escondidas, con prisas, a oscuras, palpando en su bolsillo las migas de pan. La búsqueda de estas migajas se convirtió en una tarea casi automática en cual-

quiera de los momentos libres. Pero los ratos libres eran cada día más escasos.

En el taller de reparación de calzado siempre había habido una enorme barrica llena de aceite de hígado de bacalao. La barrica alcanzaba la altura de medio hombre, y todo el que lo deseara podía meter uno de sus sucios trapos para untarse los zapatos. Tardé en descubrir que aquel aceite era aceite, grasa, alimento, que aquel ungüento de zapatero se podía comer: la revelación fue lo más parecido al eureka de Arquímedes. Me lancé, es decir, arrastré mis pasos hacia el taller. Pero, por desgracia, la barrica hacía tiempo que había desaparecido, otros ya habían recorrido el mismo camino, un camino que yo justo acababa de tomar.

Trajeron perros a la mina, pastores alemanes. ¿Perros?

¿Cómo empezó todo? A los picadores no les pagaron el mes de noviembre. Recuerdo como los primeros días de trabajo en la mina, en agosto y septiembre, junto a nosotros los trabajadores se detenía el inspector de minas —su título al parecer se ha conservado desde los tiempos de Nekrásov— y nos decía: «Mal van las cosas, mal, muchachos. Como sigáis trabajando así no tendréis nada que mandar a casa.» Pasó un mes y resultó que cada uno había recibido una paga. Unos mandaron el dinero a casa con un giro postal, tranquilizando así a sus familias. Otros con este dinero compraron en la tienda del campo, en la cantina, cigarrillos, leche en conserva y pan blanco. Y todo esto de pronto se acabó. Corrió como un vendaval el rumor, el «soplo» de que ya no pagarían más. Este soplo, como el resto de los

soplos del campo, se confirmó plenamente. Se pagaba solo con comida.

Además del personal del campo, que eran legión, y además de las autoridades de la mina, cuyo contingente se había multiplicado el suficiente número de veces, quien iba a vigilar el cumplimiento del plan era la guardia armada del campo, los militares.

¿Cómo empezó todo? Durante varios días sopló la nevasca, las carreteras estuvieron cubiertas de nieve, el puerto de montaña estuvo cerrado. Y el mismo día en que dejó de nevar —durante la nevasca estuvimos encerrados en los barracones—, después del trabajo no nos condujeron «a casa». Rodeados de centinelas avanzamos sin prisas, con irregular paso de presos, caminamos durante incontables horas por sendas desconocidas, moviéndonos por el puerto cada vez más arriba; el cansancio, la cuesta, el aire cada vez más enrarecido, el hambre y la ira, todo nos detenía. Los gritos de los centinelas nos animaban como latigazos. Había oscurecido por completo; era ya de noche, una noche sin estrellas, cuando vimos las luces de un sinnúmero de hogueras en los caminos próximos al puerto. Cuanto más profunda se hacía la noche, más claras ardían las hogueras; ardían con las llamas de la esperanza, esperanza de poder descansar y comer. Pero no, estas hogueras no se habían encendido para nosotros. Eran hogueras para los centinelas. Muchas fogatas en un frío de cuarenta o cincuenta grados bajo cero. Las hogueras brillaban como sierpes a lo largo de tres decenas de verstas. Y en alguna parte, más abajo, en unos agujeros,

se veían hombres armados de palas que limpiaban el camino. Los bordes de nieve de la estrecha zanja se elevaban hasta cinco metros. La nieve era arrojada de abajo a arriba mediante terrazas, en uno, dos y tres lanzamientos. Cuando todos se habían colocado en sus sitios y se vieron acordonados por los guardias —y por los serpenteantes fuegos de las hogueras—, los trabajadores fueron abandonados a su suerte. Dos mil personas podían no trabajar, podían trabajar mal o trabajar de manera desesperada: a nadie le importaba en absoluto lo que hicieran. El paso de montaña debía quedar limpio, y mientras no estuviera expedito nadie se movería del lugar. Permanecimos en este agujero nevado largas horas, agitando las palas para no quedarnos helados. Aquella noche comprendí una cosa extraña; observé algo que luego se ha confirmado en multitud de ocasiones. La décima, la undécima hora de un trabajo complementario como este es dura, insoportablemente dura y pesada, pero luego dejas de notar el tiempo: la Gran Indiferencia te domina; las horas pasan como minutos e incluso más deprisa.

Regresamos «a casa» tras veintitrés horas de trabajo; no teníamos nada de hambre y comimos con inusitada pereza el plato caliente que concentraba todas las raciones de la jornada. Nos costó mucho conciliar el sueño.

Durante el invierno del treinta y siete al treinta y ocho, tres huracanes mortíferos se cruzaron en Kolimá y azotaron las nevadas explotaciones de sus minas de oro. El primer huracán fue el «caso Berzin». El director de Dalstrói, el que había inaugurado la Kolimá de los campos, Eduard Berzin,

fue fusilado a finales del treinta y siete. Fue llamado a Moscú, acusado de ser un espía japonés, y fusilado.

Cayeron también con él sus ayudantes más cercanos: Filípov, Maisuradze, Yegórov, Vaskov, Tsvirko, toda la guardia de Víshera, que había llegado junto a Berzin para colonizar las tierras de Kolimá en el año treinta y dos.

Iván Gavrílovich Filípov, el sustituto de Berzin, era el jefe del USVITL.[15] Viejo chekista, miembro del colegio de la OGPU,[16] Filípov fue en otro tiempo presidente de una «troika de descarga» en las islas Solovkí. Existe un film documental de los años veinte titulado *Solovkí.* En la película aparece Iván Gavrílovich en su papel principal de entonces. Filípov murió en la prisión de Magadán: su corazón no resistió.

La «Casa Vaskov» —así se llamaba y se llama aún hoy la cárcel de Magadán, construida a principios de los años treinta—, un edificio de madera, se convirtió en uno de piedra conservando su elocuente nombre: su primer jefe se apellidaba Vaskov. En Víshera, Vaskov era un hombre solitario; pasaba los días de fiesta siempre igual: se sentaba en un banco en el jardín o en el bosquecillo que le servía de jardín y consumía el día entero disparando contra las hojas con una escopeta de pequeño calibre.

Alexéi Yegórov, *Lioshka el Pelirrojo*, como lo llama-

15. Administración Nororiental de Campos de Trabajo Correccional.

16. Administración Unificada de la Política Estatal, denominación de la policía política entre los años 1922 y 1934.

ban en Víshera, era en Kolimá el jefe de la Administración de Producción, que reunía varias minas de oro, al parecer, de la Administración del Sur.

Tsvirko era el jefe de la Administración del Norte, del que formaba parte la mina Partizán. En 1929 Tsvirko, entonces comandante de una zona fronteriza, fue a pasar las vacaciones a Moscú. En la capital, después de una cena bien regada en un restaurante, Tsvirko abrió fuego contra el carro de Apolo que preside la entrada del Teatro Bolshói; volvió en sí en una celda. Le habían arrancado de la ropa los galones y los botones. En la primavera de 1929 Tsvirko llegó con una «etapa» de presos a Víshera para cumplir sus tres años de condena. Con la llegada de Berzin a Víshera a finales de 1929, la carrera de Tsvirko fue en rápido ascenso. Tsvirko, siendo aún un preso, se convirtió en el jefe de la expedición «Parma». Berzin lo apreciaba muchísimo y se lo llevó a Kolimá. Tsvirko fue fusilado, dicen, en Magadán. Maisuradze, el jefe del URO,[17] que en el pasado había cumplido condena por «avivar los conflictos nacionales» y que salió en libertad aún estando en Víshera, también era uno de los favoritos de Berzin. Lo arrestaron en Moscú, durante sus vacaciones, y allí mismo lo fusilaron.

Todos estos muertos pertenecían al círculo más íntimo de Berzin. Por el «caso Berzin» fueron arrestados, fusilados o «premiados» con penas muchos miles de personas, tanto entre los libres como entre los reclusos: jefes de mina

17. Sección de recuento y distribución de reclusos.

y de sección, de zonas de campo, educadores y secretarios de comités del partido, responsables de grupo y jefes de brigada... ¿Cuántos milenios sumaban las penas de condena en campos de trabajo o en prisión? Quién sabe...

En el irrespirable humo de las provocaciones, el «caso de Berzin» —la versión de Kolimá de los celebérrimos procesos de Moscú— parecía algo perfectamente respetable.

El segundo vendaval que conmocionó las tierras de Kolimá fueron los inacabables fusilamientos en los campos, la llamada *garáninshina.* La matanza de los «enemigos del pueblo», la vengativa matanza de los trotskistas.

Durante muchos meses, día y noche, en los recuentos matinales y nocturnos se leían innumerables órdenes de fusilamiento. Bajo un frío de cincuenta grados bajo cero los músicos, presos comunes, tocaban una fanfarria antes y después de la lectura de cada orden. Las humeantes antorchas de bencina no lograban perforar la oscuridad, atrayendo la mirada de centenares de ojos hacia las finas hojas de papel cubiertas de escarcha en las que se habían escrito aquellas terribles palabras. Y al mismo tiempo nos daba la impresión de que todo aquello no tenía nada que ver con nosotros. Todo se nos antojaba ajeno, era demasiado pavoroso para ser real. Pero la fanfarria existía, retumbaba. A los músicos se les congelaban los labios, pegados a la boquilla de las flautas, los plateados helicones y las cornetas de pistones. La hoja de papel de fumar se cubría de escarcha y el jefe que leía la orden sacudía con el guante los copos de nieve que había encima, para así poder descifrar y gri-

tar el siguiente apellido del ajusticiado. Cada lista acababa del mismo modo: «La sentencia se ha ejecutado. El Jefe del USVITL, Garanin.»

Habré visto a Garanin unas cincuenta veces. De unos cuarenta y cinco años, ancho de hombros, barrigudo, algo calvo, de unos ojos oscuros y vivarachos, se movía de día y de noche como una centella en su negro ZIS-110 por las minas del Norte. Más tarde dirían que él personalmente fusilaba a la gente. Pero no mató a nadie, solo firmaba las órdenes. Garanin era el presidente de la troika de ejecución. Las órdenes de fusilamiento se leían día y noche: «La sentencia se ha ejecutado. El Jefe del USVITL, Garanin.» Según mandaba la tradición estalinista de aquellos años, Garanin debía morir pronto. Y en efecto, lo atraparon, lo arrestaron, lo condenaron como espía japonés y lo fusilaron en Magadán.

Ninguna de las innumerables sentencias pronunciadas en los tiempos de Garanin fue nunca conmutada. Garanin fue uno de los muchos verdugos de Stalin, eliminado por otro verdugo en el momento conveniente.

Para explicar su arresto y muerte se hizo correr la historia de un «camuflaje». Según esta leyenda, el verdadero Garanin fue asesinado por un espía japonés cuando iba camino de su lugar de trabajo, y fue la hermana de Garanin, que había venido a visitarlo, quien lo desenmascaró.

Esta leyenda es uno de los centenares de miles de cuentos con que en los tiempos de Stalin se llenaban los oídos y los sesos de la gente corriente.

¿Por qué razón, se pregunta uno, fusilaba el coronel Garanin? ¿Por qué mataba?

«Por propaganda contrarrevolucionaria», así rezaba uno de los apartados de las órdenes de Garanin. Qué significaba en la calle la «propaganda contrarrevolucionaria» en el año 1937 es algo que no necesita aclaración alguna. Uno alababa una novela rusa publicada en el extranjero: diez años por ASA.[18] Otro comentaba que las colas para comprar jabón líquido eran demasiado largas: cinco años por ASA.

Y según la costumbre rusa, como es propio del carácter ruso, aquel al que le echaban cinco años se alegraba de que no le hubieran caído diez. Si le echaban diez, se alegraba de que no fueran veinte; y si le caían veinticinco bailaba de alegría porque no lo habían fusilado.

En los campos no se da esta gradación de cinco, diez, veinte, etcétera. Decir en voz alta que el trabajo es duro es suficiente para que te fusilen. Por cualquier observación, la más leve, dirigida a Stalin: fusilamiento. Quedarte callado cuando los demás gritan hurras a Stalin también basta para que te fusilen. El silencio es propaganda, como es sabido desde hace mucho. Las listas de los futuros difuntos, los que serían fusilados al día siguiente, las confeccionaba el investigador a partir de las denuncias en cada mina, gracias a las delaciones de los «soplones», de los informadores y de un sinfín de voluntarios, de los intérpretes de la conocida orquesta del campo, un octeto en el que «siete soplan y

18. Propaganda antisoviética.

uno canta»; los dichos del mundo carcelario son aforísticos. Y en cuanto a la «causa», esta sencillamente no existía. Ni se llevaba a cabo instrucción alguna. Sentenciaban a muerte las actas de las troikas, la célebre institución de los tiempos de Stalin.

Y aunque entonces aún no se conocían las fichas perforadas, los estadísticos de los campos trataban de facilitarse la tarea poniendo en circulación unos «formularios» con diferentes distintivos. Un formulario atravesado por una franja azul se destinaba a los expedientes personales de los trotskistas. Llevaban una franja verde (¿o era lila?) los «reincidentes»; los reincidentes políticos, claro está. El orden es el orden. Porque no se iba a pintar cada formulario con la propia sangre de cada uno.

¿Por qué más fusilaban? «Por insultar a la escolta del campo.» ¿Qué era esto? Así llamaban a una ofensa verbal, a una respuesta no lo suficientemente respetuosa, a cualquier «comentario» en respuesta a una paliza, a los golpes y empujones. Cualquier gesto demasiado desenvuelto realizado por un recluso en una conversación con su escolta se interpretaba como un «ataque a la escolta»...

«Por negarse a trabajar.» Mucha gente murió sin alcanzar a comprender el mortal peligro de su decisión. Viejos extenuados, hombres hambrientos y exhaustos, incapaces de dar un paso en dirección a las puertas del campo durante el recuento de la mañana para ir al trabajo. Una negativa a trabajar constaba en acta. «Calzado y vestido de temporada.» Las actas se ciclostilaban, y en las minas más

ricas encargaban a la imprenta unos impresos en los que solo había que añadir el apellido y los datos: fecha de nacimiento, artículo de la pena, años de condena... Tres negativas y te fusilaban. Por ley. Mucha gente no podía entender la ley fundamental de los campos —con este fin se crearon—, y es que aquí no podías negarte a trabajar, pues esto se consideraba como el peor de los delitos, peor incluso que cualquier sabotaje. Aunque fuera con el último aliento, pero era necesario arrastrarse hasta el lugar de trabajo. El jefe de grupo firmará el alta de la «unidad», la «unidad laboral», y la administración dará su «visto bueno». Y estás salvado. Salvado por hoy de que te fusilen. En el tajo puedes no trabajar en absoluto, ya que de hecho tampoco puedes trabajar. Soporta el tormento de este día hasta el final. En tu lugar de trabajo harás muy poca cosa, pero no serás un «desertor del trabajo». No pueden fusilarte. En este caso, los de arriba, se dice, «no tienen derecho» a hacerlo. Si este «derecho» existe es algo que no sé, pero luché muchas veces conmigo mismo para no negarme a trabajar mientras me mantenía de pie junto a las puertas de la zona en los recuentos del campo.

«Por robar metal.» A todos a los que les encontraban «metal» los fusilaban. Más tarde te perdonaban la vida, te echaban solo una condena suplementaria de cinco o diez años. Muchas pepitas de oro pasaron por mis manos, la mina Partizán era muy «fértil», pero el oro no me provocaba otro sentimiento que no fuera el de repugnancia. Porque había que saber ver las pepitas, distinguirlas de una piedra.

Los trabajadores experimentados enseñaban a los novatos este gran saber; para que no tiraran el oro a la carretilla y para que el encargado del dispositivo de lavado no gritara: «¡Eh, vosotros, pasmaos! ¡Otra vez habéis echado pepitas a lavar!» Por las pepitas los presos recibían un premio: a un rublo el gramo, a partir de cincuenta y un gramos. En las minas no hay balanza. Y quien decide si la pepita que has encontrado pesa cuarenta o sesenta gramos no es otro que el encargado. Más allá del jefe de brigada ya no llegábamos. He encontrado muchas pepitas de menos peso, y se me propuso para una paga extra en dos ocasiones. Una de las pepitas pesaba sesenta gramos y otra, ochenta. No recibí por ellas ningún dinero, claro. Solo me dieron una tarjeta de estajanovista para diez años y una pizca de *majorka* del jefe de grupo y del de la brigada. Y aún gracias.

El último punto —y el más extendido— por el que se fusilaba a un sinfín de presos era «por incumplimiento de la norma». En el campo se fusilaba por este delito a brigadas enteras. Cosa que se hacía también con un fundamento teórico. Por entonces, en todo el país, en fábricas y talleres, la producción del torno «guiaba» el plan estatal. En la Kolimá de los prisioneros, la mina «guiaba» el plan quinquenal, y la carretilla y el pico eran su juego de medidas. ¡El plan estatal es nuestra ley! El incumplimiento del plan estatal, un crimen contrarrevolucionario. ¡Y aquellos que no cumplían la norma se iban «a la luna», al otro mundo!

El tercer vendaval mortífero, que se llevó más vidas de presos que los dos primeros juntos, fue la mortandad

general causada por el hambre, las palizas y las enfermedades. En este tercer vendaval desempeñaron un papel decisivo los hampones, los comunes, los «amigos del pueblo».

Durante todo el año 1937 en la mina Partizán, con un censo de dos a tres mil individuos, murieron dos hombres: uno libre y el otro, un recluso. Los dos fueron enterrados juntos, al pie de la colina. En ambas tumbas se erigió algo parecido a un obelisco, el del libre un poco más alto que el del recluso. En el 1938, una brigada entera se dedicaba a cavar las fosas. La piedra y el frío perpetuo se niegan a aceptar a los muertos. Hay que perforar, dinamitar y extraer la roca. Cavar tumbas y hacer las perforaciones de prospección son trabajos muy parecidos, por los instrumentos, el material y sus «ejecutores». Una brigada entera se encargaba de cavar las sepulturas, solo las fosas comunes, las destinadas a difuntos anónimos. Aunque no del todo anónimos. Según las normas, antes del entierro el encargado, como representante del poder del campo, ataba al tobillo izquierdo del desnudo cadáver una tablilla de madera con el número de su expediente personal. Los enterraban a todos desnudos, ¡faltaría más! También según las reglas, los dientes de oro arrancados se anotaban en un acta especial del sepelio. La fosa llena de cadáveres se cubría con piedras, pero la tierra no aceptaba a sus muertos, condenados a no descomponerse en el frío perpetuo del Extremo Norte.

Los médicos temían anotar en los diagnósticos la causa verdadera de la muerte. Allí aparecían «poliavitaminosis», pelagra, disentería, RFI, casi como *El enigma de N.F.I.* de

Andrónikov.[19] Aquí RFI significa «agotamiento físico agudo», es decir, un paso hacia la verdad. Pero diagnósticos como este solo los ponían médicos valientes, de los no reclusos. La fórmula «distrofia alimentaria» la enunciaron los médicos de Kolimá mucho más tarde, ya después del bloqueo de Leningrado, durante la guerra, cuando se creyó posible pronunciar, aunque fuera en latín, la verdadera causa de aquellas muertes.

La llama de una derretida vela,
todos los síntomas escuetos
de lo que en lenguaje sabio
llaman los médicos distrofia alimentaria.
Y que ni un latinista ni un filólogo definen
con la simple palabra «hambre».

Más de una vez he repetido estos versos de Vera Inber. Hacía tiempo que a mi alrededor ya no quedaba nadie que amara la poesía. Pero estas estrofas sonaban para cada uno de los moradores de Kolimá.

Todos pegaban a los trabajadores: el responsable de día, el peluquero, el jefe de brigada, el educador, el inspector, el escolta, el representante del barracón, el contable, el jefe de grupo, cualquiera. La impunidad de las palizas, al igual

19. Se trata de una entretenida investigación dedicada a descubrir quién se escondía tras las iniciales de una poesía amorosa escrita por Mijaíl Lérmontov.

que la impunidad de las muertes, descompone, corrompe el alma de los hombres, de quienes pegaban, de los que lo veían o sabían de ello... Entonces, gracias a la sabia ocurrencia de algún alto mando, los guardias de la escolta respondían del cumplimiento del plan. Los más enérgicos te sacaban el plan a culatazos. Otros guardias se comportaban aún peor: transferían este importante cometido a los hampones, a los que siempre se incorporaba a las brigadas que formaban los condenados por el artículo 58. Los hampones no trabajaban. Se encargaban de hacer cumplir el plan. Merodeaban por la mina con un palo al que llamaban «termómetro», y sacudían con él a los indefensos presos. Y los golpeaban hasta matarlos. Los jefes de brigada salidos de las filas de sus compañeros trataban de demostrar por todos los medios a los de arriba que estaban con ellos, con los jefes, y no con los presos, esforzándose por olvidar que eran políticos. Aunque la verdad es que nunca eran políticos. Al igual, por cierto, que todos los del artículo 58 de entonces. El exterminio impune de millones de personas fue posible justamente porque se trataba de personas inocentes.

Eran mártires, no héroes.

1964

Caligrafía

Muy entrada la noche llamaron a Krist a que fuera «detrás de las cuadras». Así llamaban en el campo a la casita que había pegada a la colina, en el extremo del poblado. Allí vivía el inspector para «asuntos de especial importancia», como lo llamaban en broma, pues en el campo no había asunto que no fuera especialmente importante: cada acto o simulacro de acto podía castigarse con la muerte. Con la muerte o el perdón. Aunque, ¿quién podía contar algo sobre el perdón? Dispuesto a todo, indiferente a todo, Krist caminaba por el estrecho sendero. En la casita que hacía de cocina se había encendido una luz; era el encargado de cortar el pan, que seguramente entonces empezaba a preparar las raciones para el desayuno. Para el desayuno de mañana. ¿Pero habría un mañana y un desayuno mañana para Krist? No lo sabía y se alegraba de no saberlo. Krist encontró algo a sus pies que no parecía nieve ni un trozo de hielo. Se agachó, levantó del suelo una corteza helada y comprendió enseguida de qué se trataba: era la piel de un nabo, la corteza helada de un nabo. El hielo se fundió en la mano y Krist se embutió la corteza en la boca. No ha-

bía prisa ninguna, era evidente. Krist recorrió de nuevo todo el sendero empezando desde el extremo de los barracones, pues era consciente de que él, Krist, era el primero en recorrer este largo camino invernal, de que hoy nadie había pasado por allí, por el extremo del poblado, camino de la casa del inspector. Por toda la senda se veían pegados a la nieve, como envueltos en papel de celofán, pedacitos de nabo. Krist llegó a encontrar diez trozos, unos más grandes que otros. Hacía tiempo que Krist no había visto que alguien tirara a la nieve mondaduras de nabo. No era un prisionero; sería un libre, por descontado. Quizá, el propio inspector. Krist masticó y se comió todos aquellos pedazos, y la boca le olió a algo olvidado hacía tiempo, a su tierra natal, a frutos frescos de la tierra, de modo que golpeó con buen ánimo la puerta de la casita del inspector.

El hombre era más bien bajo, escuálido, iba sin afeitar. Allí solo tenía su despacho de trabajo, con un camastro de hierro cubierto de una manta militar y una almohada sucia y aplastada... Una mesa, un mueble hecho a mano, con los cajones torcidos repletos de papeles, de carpetas. En el ventanal, otra caja llena de tarjetas. Una estantería también repleta de carpetas llenas a reventar de papeles. Un cenicero hecho con medio bote de conservas. Un reloj de pesas sobre la ventana. El reloj marcaba las diez y media. El inspector estaba encendiendo la estufa con unos papeles.

Tenía la piel blanca, pálida, como todos los inspectores. No se veía al asistente, ni el revólver.

—Siéntese, Krist —dijo el inspector tratando de «usted» al recluso, y le acercó un viejo taburete. Él se sentó en una silla, también hecha por manos inexpertas, con un respaldo alto.

—He visto su expediente —dijo el inspector—, y quisiera hacerle una propuesta. No sé si le convendrá.

Krist se quedó quieto, expectante. El inspector permaneció un rato callado.

—Tengo que saber algo más de usted.

Krist alzó la cabeza y por mucho que quiso no logró retener un eructo. Un agradable eructo con un irresistible sabor a nabo crudo.

—Escriba una solicitud.

—¿Una solicitud?

—Sí, una solicitud. Aquí tiene una hoja de papel, la pluma.

—¿Una solicitud? ¿De qué? ¿A quién?

—¡Qué más da! Bueno, si no una solicitud, una poesía de Blok. Que me da igual, le digo. ¿Lo entiende? O «El pajarillo» de Pushkin:

Ayer solté de su encierro
a mi cautivo del penal.
Solté al cantor a campo abierto,
le devolví su libertad,

—La poesía no es de Pushkin —susurró Krist estrujándose cuanto pudo su seco cerebro.

—¿De quién pues?

—De Tumanski.

—¿De Tumanski? La primera vez que lo oigo.

—¿Necesita alguna prueba escrita? ¿Saber si he sido yo quien ha matado a alguien? ¿O si he escrito alguna carta al exterior? ¿O si he fabricado algún vale de la tienda para los hampones?

—Nada de eso. No necesitamos pruebas de este género, nosotros. —El hombre sonrió mostrando sus hinchadas encías, unos dientes pequeños; las encías le sangraban. Por nimia que fuera aquella centelleante sonrisa, añadió algo de luz al cuarto. Y también al alma de Krist. Krist miró sin querer la boca del inspector.

—Sí —dijo el inspector captando la mirada—. Así es: el escorbuto. Del escorbuto no se salvan ni los libres. La falta de verdura.

Krist pensó en el nabo. Las vitaminas —y había más en la corteza que en la pulpa— le habían tocado a Krist y no al inspector. Krist habría querido continuar aquella conversación, contarle cómo había chupado, cómo había masticado las cortezas de nabo tiradas por el inspector, pero no se decidió a hacerlo temiendo que este le echase en cara su exceso de confianza.

—Así pues, ¿me ha entendido o no? Tengo que ver su letra.

Krist seguía sin comprender.

—¡Escriba! —le dictó el inspector—: «Al jefe de la mina. Del recluso Krist, año de nacimiento, artículo, con-

dena, solicitud. Solicito que se me traslade a un trabajo más ligero...» Ya es suficiente.

El inspector tomó la inacabada solicitud de Krist, la rompió y la lanzó al fuego... La luz que despedía la estufa brilló por un momento.

—Siéntese a la mesa. En la esquina.

Krist tenía una letra caligráfica, una caligrafía de escribiente que a él mismo le gustaba mucho; todos sus compañeros se reían de él por no tener una letra de profesor, de doctor. No era la letra de un científico, de un escritor, o de un poeta. Era la caligrafía de un contable de almacén. Y comentaban entre risas que, como el escribiente del zar del relato de Kuprín, quién sabe si con ella Krist haría carrera.

Pero estas burlas no afectaban a Krist, que seguía entregando los manuscritos para pasar a máquina copiados con una letra clara y precisa. Las mecanógrafas se alegraban de ello, pero a sus espaldas también se burlaban de él.

No había manera de que los dedos, acostumbrados al pico, al mango de la pala, sujetaran bien la pluma, pero al final lo logró.

—Tengo un terrible desorden; esto es un caos —decía el inspector—. Yo mismo me hago cargo. Pero usted podría ayudarme.

—Claro, claro —dijo Krist. La estufa se había calentado y en el cuarto hacía calor—. Ahora un cigarrillo...

—No fumo —dijo el inspector con voz áspera—. Tampoco tengo pan. Pero mañana no irá a trabajar. Se lo diré al encargado.

De este modo, durante varios meses, un día a la semana, Krist se presentaba en aquel local incómodo, con la estufa apagada, el despacho del inspector del campo, para copiar documentos y archivarlos.

El invierno sin nieve del año treinta y siete al treinta y ocho ya había irrumpido en los barracones con su mortífera resaca. Cada noche los capataces corrían de barracón en barracón buscando, despertando a los hombres que figuraban en sus listas para mandarlos a una «etapa». En el pasado nadie regresaba nunca de aquellas «etapas», de modo que por entonces la gente había dejado de pensar en aquellos movimientos nocturnos: que te mandaban a una «etapa», pues bueno; el trabajo era demasiado duro como para pararse a pensar en nada.

Aumentaron las horas de trabajo; aparecieron los convoyes de escolta, pero pasaba una semana y Krist, más muerto que vivo, se llegaba hasta el conocido despacho del inspector y copiaba y archivaba los papeles. Krist dejó de lavarse, dejó de afeitarse, pero el inspector parecía no reparar en las mejillas hundidas y la mirada encendida de los ojos hambrientos de Krist. Y Krist seguía escribiendo, seguía archivando. La cantidad de papeles y de carpetas crecía sin parar, no había modo de poner en orden aquel caos. Krist copiaba unas inacabables listas donde solo constaban apellidos; la parte superior de la lista estaba doblada. Pero Krist nunca intentó penetrar en el misterio de aquel despacho, aunque habría bastado con desdoblar la hoja que tenía delante. A veces el inspector tomaba en sus manos un paquete

de «causas» que surgían no se sabe de dónde en ausencia de Krist, y dándole prisas le dictaba la lista, y Krist escribía.

A medianoche se acababa el trabajo, y Krist regresaba a su barracón, se acostaba y se dormía; la diana del día siguiente no le incumbía. Pasaba una semana y otra, y Krist, cada vez más delgado, seguía escribiendo.

Pero, en una ocasión, al tomar en sus manos la carpeta siguiente para leer el próximo apellido, el inspector se quedó parado. Miró hacia Krist y preguntó:

—¿Cuál es su nombre completo?

—Róbert Ivánovich —respondió Krist con una sonrisa.

¿Sería posible que el inspector quisiera llamarlo «Róbert Ivánovich», en lugar de «Krist» o «usted»? Tampoco le sorprendería. El inspector era joven, podía ser su hijo. Con la carpeta siempre en la mano, pero sin pronunciar el apellido, el inspector palideció. Y fue palideciendo hasta tornarse más blanco que la nieve. Con un movimiento ágil de los dedos el inspector recorrió las finas hojas de papel archivadas en la carpeta: no eran ni más ni menos que las que contenía cualquiera de las demás carpetas que yacían en un montón en el suelo. Luego, el inspector abrió con gesto decidido la portezuela de la estufa y la habitación se llenó al instante de claridad, como si su alma se hubiera iluminado hasta lo más hondo y en su más profundo interior se hubiera hallado algo importante, algo humano. El inspector hizo añicos la carpeta para luego introducirlos en la estufa. El cuarto se iluminó aún más. Krist no entendía nada. Y el inspector dijo sin mirarle:

—Rutina. No tienen ni idea de lo que hacen, ningún cuidado —y lanzó una mirada dura a Krist—. Seguimos. ¿Está listo?

—Listo —dijo Krist, y solo al cabo de muchos años comprendió que aquella era su carpeta.

Muchos compañeros de Krist habían sido fusilados. Fusilaron al propio inspector. Pero Krist seguía con vida, y a veces —no menos de una vez durante varios años— recordaba la carpeta ardiendo, los dedos decididos del inspector que destrozaban la «causa» de Krist: el regalo de quien condena para el condenado.

La letra de Krist era salvadora, caligráfica.

1964

El pato

El torrente de montaña estaba cubierto de hielo y en los rápidos ya no se veía el agua. El riachuelo se helaba empezando por los rápidos, y al cabo de un mes, de la amenazadora y rugiente corriente del verano ya no quedaba nada, incluso el hielo se veía pisoteado, troceado y aplastado por pezuñas, ruedas y botas. Pero el torrente seguía vivo, el agua aún respiraba en él: un vapor blanco se elevaba en algunos claros, en los huecos aún no cerrados por el hielo.

Un agotado somorgujo se precipitó sobre el agua. La bandada hacía tiempo que había seguido su camino hacia el sur, pero aquel pato se quedó. Aún había luz, todo estaba nevado; la claridad se debía sobre todo a la nieve, que cubría el bosque desnudo, lo cubría todo hasta el horizonte. El pato quería descansar, descansar un poco, para luego levantar el vuelo y dirigirse allá, tras la bandada.

No tenía fuerzas para volar. El peso plomizo de las alas lo aprisionaba contra el suelo, pero en el agua halló un punto de apoyo, la salvación; al pato le pareció que en los huecos el agua era un río vivo todavía.

Pero el pato no tuvo tiempo de volver en sí, de recobrar la respiración, cuando su fino oído captó el sonido del peligro. Aunque más que un sonido, aquello era un rugido.

Desde arriba, de la montaña nevada, deslizándose por los tocones que se congelaban lentamente con la llegada del frío de la noche, bajaba corriendo un hombre. Hacía rato que había visto al pato y lo vigilaba abrigando una secreta esperanza; y he aquí que el sueño se hizo realidad: el pato se había posado en el hielo.

El hombre, que se acercaba a hurtadillas hacia el ave, tropezó; el pato descubrió su presencia y entonces el hombre se puso a correr sin esconderse. Pero el pato no podía echarse a volar, estaba agotado. Le habría bastado con levantar el vuelo y entonces, salvo oír las airadas amenazas, nada podría sucederle. Pero, para elevarse hacia el al cielo necesitaba recobrar la fuerza en las alas, y estaba demasiado agotado. Solo logró zambullirse y desapareció bajo el agua. Entretanto el hombre, armado de una pesada rama, se había detenido ante el agujero en que se había zambullido el pato y esperaba a que este apareciera. En algún momento tendría que salir a respirar, se decía.

A veinte metros del lugar se abría otro hueco de agua, y el hombre descubrió entre maldiciones que el pato había nadado bajo el agua hasta él. Pero tampoco allí tuvo fuerzas para levantar el vuelo. Y se tomó un tiempo de descanso.

El hombre intentó romper, quebrar con los pies el hielo, pero su calzado hecho de trapos no le servía para aquel cometido.

El hombre golpeaba con el palo el hielo azul, pero el hielo se hacía polvo sin quebrarse. El hombre, agotado, respirando pesadamente, se sentó sobre el hielo.

El pato nadaba en el hueco. El hombre echó a correr maldiciendo y lanzando piedras contra el pato, pero el ave se zambulló para aparecer al rato en el otro hueco.

Así, entre carreras, el hombre y el pato fueron de un lado a otro, hasta que oscureció.

Era hora de regresar al barracón tras aquella cacería imprevista, aquella fracasada caza. El hombre lamentó haber consumido sus energías en aquella persecución insensata. El hambre no le dejaba pensar como es debido, no le permitía construir un plan sólido para engañar al pato; la impaciencia provocada por el hambre lo había llevado por un camino equivocado, le había sugerido un mal plan. El pato seguía en el hueco, en el hielo. Era hora de regresar al barracón.

El hombre no trataba de cazar el pato para cocer aquella carne de ave y comérsela. Porque el pato es un ave; es carne, ¿no es cierto? Se puede cocer en una cazoleta de hojalata, o, aún mejor, se puede enterrar en las brasas de la hoguera. Embadurnarlo de barro y enterrarlo en las ardientes y liliáceas cenizas o simplemente echarlo al fuego. Se consumirá el fuego y se romperá la carcasa de barro. Y dentro quedará una grasa caliente, untuosa. La grasa correrá por las manos y se solidificará en los labios. No era para eso para lo que el hombre cazaba el pato. De un modo vago, confuso, en su cerebro se alzaban, se construían otros nebulosos planes:

llevarle el pato como obsequio al capataz y así el jefe lo borraría de la fatídica lista que se confeccionaba por la noche. Todo el barracón estaba enterado de aquella lista, y el hombre se esforzaba por no pensar en algo imposible, en algo inalcanzable: en cómo librarse del traslado, cómo quedarse en aquella expedición geológica. El hambre que se pasaba en la expedición de la taiga aún se podía soportar, y él no era de los que buscan mejorar lo bueno.

Pero el pato se había quedado en el agua.

Al hombre le costaba muchísimo tomar por sí mismo una decisión, realizar el acto, dar el paso que no le había enseñado a dar la vida cotidiana. No le habían enseñado a perseguir patos. Por eso sus movimientos habían sido tan poco hábiles, tan impotentes. No le habían enseñado a pensar en la posibilidad de una caza como aquella; el cerebro no sabía resolver las inesperadas cuestiones que le planteaba la vida. Le habían enseñado a vivir de tal modo que las propias decisiones eran innecesarias, de suerte que una voluntad ajena, cierta voluntad desconocida, dirigía los acontecimientos. Era extraordinariamente difícil intervenir en el propio destino, «quebrar» el destino de uno. Tal vez fuese mejor así: el pato se muere en el agua, el hombre en el barracón.

Los dedos, congelados, arañados por el hielo, se calentaron a duras penas protegidos bajo los brazos: el hombre se metió cada mano, ambas palmas, debajo de los sobacos, estremeciéndose por el constante dolor de unos dedos heridos para siempre por las congelaciones. En su cuerpo hambriento había poco calor, y el hombre regresó al barracón,

se abrió camino hasta la estufa y, a pesar de todo, no hubo modo de entrar en calor. El cuerpo se estremecía en un gran temblor, en un imparable escalofrío.

Por la puerta del barracón asomó el capataz. También él había visto el pato; había observado la cacería del moribundo en pos del agonizante pato. Tampoco el capataz quería abandonar aquel poblado; quién sabe qué le esperaría en su nuevo destino. El capataz calculaba que con un generoso regalo —un pato vivo y unos pantalones «libres»— tal vez podría enternecer el corazón del jefe de brigada, que aún dormía. Al despertar, el jefe podía borrar de la lista al capataz; no al pardillo que habría cazado el pato, sino a él, al capataz.

El jefe de brigada, que seguía tumbado, aplastaba un cigarrillo con gesto maquinal. También él había visto por la ventana el principio de la caza. Si cazaban el pato, el carpintero le haría una jaula, y el jefe de la brigada se lo llevaría al gran jefe, o, mejor dicho, a su mujer, a Agnia Petrovna. Y así tendría el futuro asegurado.

Pero el pato se quedó allí y moriría en el agua. Y todo siguió su curso, como si el ave nunca hubiera pasado por aquellas tierras.

1963

El hombre de negocios

En el hospital había muchos Ruchkin.[20] Ruchkin es un apodo, el mote de los que tienen lisiada una mano y no los dientes rotos. ¿Qué Ruchkin? ¿El griego? ¿El largo aquel del pabellón siete? No, nos referimos a Kolia Ruchkin, el hombre de negocios.

Kolia tenía la mano derecha reventada por una explosión. Kolia se había volado la mano, era de los automutilados. En los informes médicos, a los que se automutilaban con armas de fuego los incluían entre los que se lesionaban con arma blanca. Se prohibía ingresarlos en el hospital siempre que no tuvieran mucha temperatura, fiebre «séptica». Kolia tenía aquella fiebre. Kolia se había pasado dos meses luchando por que no se le cerrara la herida, pero al fin su juventud había podido más; ya le quedaba poco en el hospital. Era hora de volver a la mina. Pero Kolia no tenía miedo: ¿qué le importaban ya, manco como era, las minas de oro? Habían quedado atrás los tiempos en que a los mancos los obligaban a «apisonar caminos» para los hombres y

20. De *ruchka*, diminutivo de *ruká*, que significa «mano».

los tractores en las talas del bosque: una jornada completa de trabajo en la profunda, blanda y cristalina nieve. Los jefes luchaban como podían contra quienes se automutilaban. Y entonces los presos empezaron a volarse las piernas introduciendo un cartucho directamente en la bota y encendiendo la mecha en su propia rodilla. Eso era aún mejor. Dejaron de mandar a los mancos a «apisonar caminos». ¿Obligarlos a lavar oro con un plato y una sola mano? Bueno, en verano se podía ir un día... Si no llovía. Y Kolia sonreía con todos sus dientes blancos: el escorbuto aún no los había destrozado. Kolia ya había aprendido a liarse un pitillo solo con la mano izquierda. Casi saciado, tras los meses de descanso en el hospital, Kolia sonreía, sonreía.

Kolia Ruchkin es un hombre de negocios. Se pasa el día cambiando cosas; a los que tienen diarrea les lleva arenque, que lo tienen prohibido, de ellos obtiene pan. Porque los disentéricos también tienen que escaquearse, apalancarse por un tiempo en el hospital. Kolia cambia la sopa por unas gachas, y las gachas por dos sopas; Kolia sabe «alargar» la ración de pan que le han confiado, para cambiarla por tabaco. Se la han dado los que guardan cama, hinchados por el escorbuto, o los enfermos con graves fracturas de los pabellones de enfermedades traumáticas o, como las llamaba el practicante Pável Pávlovich, de enfermedades «dramáticas», sin sospechar el amargo sarcasmo que se ocultaba tras el lapsus. La suerte de Kolia Ruchkin empezó el día en que se voló la mano. Ahora estaba casi saciado, casi caliente. Y en cuanto a las maldiciones de los jefes, las amenazas de los

médicos, todo esto Kolia lo consideraba una bobada. Y tenía razón, no tenían la menor importancia.

En varias ocasiones durante los dos maravillosos meses que Kolia Ruchkin pasó en el hospital, le ocurrieron hechos extraños, terribles. La mano arrancada por la explosión, la inexistente palma de la mano, le dolía igual que antes. Kolia la sentía toda entera: los dedos de la mano, doblados en la misma posición que habían adoptado allá en la mina, rodeando el mango de la pala o del pico, ni más ni menos. Con una mano así era difícil coger la cuchara, aunque en la mina tampoco hacía falta cuchara, todo lo comestible se podía beber por el borde de la escudilla: la sopa y las gachas, la gelatina y el té. Con aquellos dedos, doblados para siempre, jamás se podría sostener una ración de pan. Pero Ruchkin se había cortado, se había volado aquellos dedos, los había mandado al infierno. ¿Por qué sentía entonces estos dedos doblados en la mina, estos dedos hechos pedazos? Porque, por lo que respecta a la mano izquierda, hace un mes había empezado a desdoblarse, a abrirse como un gozne oxidado al que de nuevo le hubieran echado un poco de grasa; y Ruchkin lloraba de felicidad. Y aun ahora, al apretar contra el vientre su palma izquierda, la desdoblaba, la desdoblaba sin dificultad. En cambio la derecha, la arrancada, no se abría. Todo eso sucedía casi siempre durante la noche. Ruchkin se quedaba helado de terror, se despertaba, lloraba y no se atrevía a preguntar por lo que le pasaba a sus vecinos; ¿y si de pronto aquello quería decir algo? A lo mejor se estaba volviendo loco.

La mano amputada le dolía cada vez más raramente; poco a poco el mundo retornaba a la normalidad. Ruchkin se alegraba de su suerte. Y sonreía, sonreía recordando lo bien que le había salido todo.

De la «cabina» salió el practicante Pável Pávlovich con un pitillo de *majorka* sin encender en una mano, y se sentó junto a Ruchkin.

—¿Fuego, Pável Pávlovich? —dice Ruchkin inclinándose hacia el practicante—. ¡Un momento!

Ruchkin se lanza hacia la estufa, abre la portezuela y con la mano izquierda echa al suelo varias brasas encendidas. Tras recoger con gesto hábil una de ellas, se la pone sobre la palma y agita el ennegrecido pero aún encendido carboncillo, lo sopla con todas sus fuerzas para que el fuego no se apague y lo acerca hacia la cara del practicante, algo inclinada hacia adelante. El sanitario aspira con fuerza con el pitillo en la boca y finalmente lo enciende. Unas volutas de humo azul se elevan sobre la cabeza del practicante. Las narices de Ruchkin se ensanchan. En el pabellón los enfermos se despiertan por el olor y aspiran con ansia el humo, no el humo sino la sombra que el humo traza...

Nadie duda de que a Ruchkin le tocará acabar aquel pitillo. Pero Ruchkin cavila: él solo le dará dos caladas y luego se lo llevará al pabellón quirúrgico al tipo de la espalda rota. Allí, a Ruchkin le espera una ración de comida, que no es cosa de broma. Y si Pável Pávlovich le deja algo más, de la colilla puede salir otro pitillo que valdrá para más de una ración.

—Pronto te tocará largarte, Ruchkin —le dice con calma Pável Pávlovich—. Ya te has escaqueado bastante por aquí, has hecho el lirón más que suficiente, fin de trayecto... Pero, dime, ¿cómo tuviste la... osadía? Cuéntame. Puede que algún día se lo explique a mis hijos. Si es que alguna vez los veo.

—Oiga, que no es un secreto, Pável Pávlovich —dice Ruchkin mientras cavila. Por lo visto, Pável Pávlovich había liado flojo el pitillo. En cuanto daba una calada, el fuego corría como un rayo y se tragaba el papel. El cigarrillo del practicante no se apagaba, sino que ardía como una mecha. De modo que la historia tenía que ser breve.

—¿Y bien?

—Me levanto por la mañana; me dan la ración, me la meto en el pecho, entre la ropa. La ración era para todo el día. Me voy a ver a Mishka el dinamitero. «¿Lo tienes?», le digo. «Aquí está.» Le doy toda la ración de ochocientos gramos y a cambio me da el cartucho y la mecha. Me voy con mis paisanos, a nuestro barracón. No tienen nada de paisanos, pero así se les suele llamar. Son Fedia y un tal Petro. «¿Listos?», les pregunto. «Listos», me dicen. «A ver, traed para acá.» Me dan sus raciones. Me meto las dos raciones entre la ropa, y nos vamos al trabajo.

»En el tajo, mientras nuestra brigada recibe las herramientas, sacamos un brasa de la estufa y nos apartamos hasta el terraplén. Nos apretamos los tres bien juntos y los tres nos agarramos del cartucho; cada cual con su mano derecha. Encendemos la mecha y ¡paf!, los dedos por los aires. El jefe

de la brigada, que grita: «¿Qué hacéis?» El jefe del convoy: «¡Andando al campo, a la enfermería!» En la enfermería nos vendaron. Luego a los paisanos los mandaron Dios sabe adónde, en cambio a mí me dio la fiebre y fui a parar al hospital.

Pável Pávlovich casi había consumido el pitillo, y Ruchkin, ensimismado con el relato, por poco se olvida del tabaco.

—¿Y las dos raciones? ¿Te quedaste las dos raciones, te las comiste?

—¡Cómo no! Al momento, justo después del vendaje. Los paisanos me dicen: córtanos un pedazo. Iros por ahí, les suelto, que os parta un rayo. Que el negocio es mío.

1962

Calígula

La nota llegó al RUR[21] antes de la sirena, al atardecer. El comandante encendió la lámpara de bencina, leyó el papel y se apresuró a transmitir la orden. Al comandante nada le parecía extraño.

—¿No está bien de aquí? —preguntó el centinela de guardia señalándose la frente.

El comandante miró fríamente al soldado y este se asustó de su frivolidad. Apartó la mirada hacia el camino.

—Ya vienen —dijo—. Con Ardátiev en persona.

A través de la niebla se veían dos guardianes con sus fusiles. Tras ellos un arriero conducía por las riendas a un escuálido caballo gris. Detrás del animal, sin seguir el camino, avanzaba por la nieve un hombre pesado y grande. Con el blanco chaleco de oveja sin abrochar y el negro gorro de piel caído sobre el cogote. Llevaba un palo en la mano, que descargaba sin piedad sobre los costados huesudos, sucios y hundidos del caballo. El animal se estremecía a cada golpe y continuaba arrastrando el paso, sin fuerzas para aligerar

21. Iniciales rusas de Compañía de Régimen Intensivo.

la marcha. Los guardianes detuvieron el caballo junto a la garita de la entrada, y Ardátiev se adelantó tambaleándose. Él mismo respiraba como un corcel desbocado, envolviendo con su olor a alcohol al comandante que se mantenía frente a él, tieso como un palo.

—¿Listo? —rugió.

—¡A sus órdenes!— respondió el comandante.

—¡Llévatelo! —bramó Ardátiev—. Haz con él lo que quieras. Si castigo a los hombres, no voy a tener piedad de los caballos. Ya verá como aprende. Es el tercer día que no da golpe —farfullaba clavando su puño en el pecho del comandante—. Quise encerrar al arriero. ¡El plan se viene abajo... el plan!... Y el arriero va y me dice: «No soy yo, es el caballo que no trabaja.» Le comp-p-rendo —prosiguió entre hipidos— y le cr-r-eo... Dame las riendas, le digo. Tiro de las riendas y no se mueve. Le sacudo y no se mueve. Le doy azúcar, lo traje a propósito de casa, y no lo quiere. Valiente bicho, me digo, ¿de dónde voy a sacar las jornadas que no has trabajado? Pues que vaya con todos los demás remolones, con todos los enemigos de la humanidad: a la celda de castigo. A solo agua. Por ser la primera vez, tres días.

Ardátiev se sentó en la nieve y se quitó el gorro. Los cabellos mojados y enmarañados le caían sobre la frente. Cuando intentó levantarse, se tambaleó y de pronto se derrumbó de espaldas.

El comandante y el centinela lo arrastraron hasta el interior de la garita de guardia. Ardátiev se había dormido.

—¿Lo llevamos a casa?

—No, que a su mujer no le gusta.

—¿Y el caballo?

—Arréstalo. Como se despierte y vea que no lo hemos encerrado, nos mata. Mételo en la cuarta. Con los intelectuales.

Dos guardas, de los presos, trajeron a la garita de guardia la leña para la noche y se dispusieron a apilarla junto a la estufa.

—¿Qué me dice al respecto, Piotr Grigórievich? —preguntó uno de ellos señalando la puerta tras la que roncaba Ardátiev.

—Pues le diré que no es nuevo... Calígula...

—Sí, sí, como en Derzhavin —recordó el segundo, y enderezándose recitó con emoción:

Calígula, vestido de oro tu caballo
brillar no pudo en el Senado.
Brillan las obras de bondad...

Los viejos encendieron un pitillo y el humo azul de la *majorka* se deslizó flotando por el cuarto.

1962

El artista de la pala

El domingo, después del trabajo, a Krist le dijeron que lo trasladaban a la brigada de Kóstochkin para completarla, una brigada que se estaba esfumando por momentos en la mina de oro. La noticia era seria. Aunque Krist no era quién para pensar si era buena o mala, la decisión era inapelable. Pero Krist había oído hablar mucho del propio Kóstochkin en esta mina carente de rumores, en los ensordecidos y mudos barracones. Como cualquier otro recluso, Krist no sabía de dónde venía la gente nueva que aparecía en su vida; unos hombres se quedaban unos pocos días, otros largo tiempo, pero, en cualquier caso, desaparecían de su vida sin haber llegado a decir nada sobre ellos mismos; se iban como si murieran y morían como si se fueran. Los jefes de campo, de brigada, los cocineros, los guardas, los vecinos de litera, las parejas de carretilla, los compañeros de pico...

Este caleidoscopio, este inacabable ir y venir de rostros no abrumaba a Krist. Sencillamente no pensaba en ello. La vida no le dejaba tiempo para tales reflexiones. «No te preocupes, no pienses en los nuevos jefes, Krist. Tú eres tú

solo, jefes en cambio aún habrás de tener muchos», le decía a Krist un bromista y filósofo, alguien que había olvidado. Krist no podía recordar ni el apellido, ni el rostro, ni la voz, la voz que había dicho a Krist aquellas palabras importantes y burlonas. Importantes justamente por burlonas. Alguien se atrevía a bromear, a sonreír aunque fuera con una sonrisa profundamente oculta, secreta, pero sonrisa al fin. Era sin duda una sonrisa; gente así existía, pero Krist no se contaba entre ellos.

Qué jefes de brigada había tenido Krist... Unos eran de su cuerda, del artículo 58, tipos que se metían en un asunto demasiado serio para ellos y a los que al poco destituían de su cargo, los relevaban antes de haber tenido tiempo de convertirse en asesinos. Otros, también del 58, no criminales, pero fogueados, con experiencia, tipos de hierro que no solo sabían dar órdenes, sino organizar el trabajo, y además llegar a entenderse con los controladores, con la oficina, con jefes de todo pelaje; eran hombres que sabían sobornar, convencer. Pero tampoco estos, que eran del artículo 58, querían pararse a pensar en que dar órdenes a quienes trabajan en los campos era el peor de los pecados del lugar, que allí donde la moneda de cambio es tu sangre, donde el hombre carece de todo derecho, tomar sobre sí la responsabilidad de disponer de la voluntad ajena, de disponer de la vida o de la muerte de los demás, todo eso era un gran pecado, un pecado mortal, un pecado que no se perdona. Había jefes de brigada que morían con sus hombres. Y otros a los que este terrible poder sobre la vida ajena los corrom-

pía al instante, y en sus manos el mango de la pala o del pico se convertía en el instrumento que usaban para comunicarse con sus compañeros. Y cuando recordaban sus proezas, decían, repitiendo como una plegaria el siniestro proverbio del campo: «Muere tú hoy, que yo lo haré mañana.» No siempre los jefes de brigada de Krist eran presos del 58. Con más frecuencia y siempre en los años más terribles, los jefes de brigada de Krist eran comunes condenados por algún homicidio, o por delitos relacionados con su cargo. Eran gente normal, solo que la voluntad de los poderosos y la presión insoportable ejercida desde arriba —el torrente de mortíferas instrucciones— les dictaba a estos hombres unos actos que tal vez nunca se hubieran atrevido a cometer en su vida anterior. La frontera entre el delito y los «actos no punibles» en los artículos relacionados con la administración, como también en la mayoría de los relativos a los delitos comunes, es muy vaga y a veces imperceptible. A menudo se condenaba por algo por lo que ayer no se habría castigado, sin citar ya las «medidas encaminadas a evitar...», es decir, toda la retahíla jurídica de matices que van de la falta al delito.

Los jefes de brigada escogidos entre los comunes eran unas fieras a las que se ordenaba serlo. Pero los hampones comunes no solo lo eran porque obedecieran órdenes. Tener a un hampón por jefe es lo peor que puede sucederle a una brigada.

Kóstochkin no pertenecía al mundo del hampa, ni era un preso común. Kóstochkin era el hijo único de un

importante hombre del partido o del aparato soviético en la KVZhD.[22] Kóstochkin padre fue arrestado por el «caso KVZhD», condenado y liquidado. El hijo único de Kóstochkin, que había estudiado en Jarbín y que en su vida no había visto otra cosa que Jarbín, a sus veinticinco años fue condenado como «MF» —como «miembro familiar», como «líternik»— a... quince años. Educado en el extranjero, en la vida de Jarbín, donde los presos condenados por un delito que no habían cometido solo aparecían en las novelas, el joven Kóstochkin, en lo más hondo de su cerebro, no estaba convencido de que a su padre lo hubieran condenado siendo inocente. El padre lo había educado en la firme convicción de que el NKVD era infalible. El joven Kóstochkin no estaba preparado para pensar de otro modo. Y cuando arrestaron al padre y condenaron al propio Kóstochkin y lo mandaron del Muy Extremo Oriente al Muy Extremo Norte, Kóstochkin se sintió ante todo furioso contra su padre, que, con su misterioso delito, le había echado a perder toda su vida. ¿Qué sabía él, Kóstochkin, de la vida de los mayores? Él, que había aprendido cuatro lenguas —dos europeas y dos orientales—, el mejor bailarín de Jarbín, que había aprendido todos los blues y las rumbas imaginables de los maestros en aquellas artes, el mejor boxeador de Jarbín, un

22. Siglas de la Línea Férrea Chino-Oriental; línea que pasaba por Jarbín, una ciudad china pero poblada en su mayoría por rusos. Tras la guerra civil, se convirtió en uno de los grandes centros de la emigración rusa en Asia.

peso medio rayando el semipesado, que había aprendido a pegar los *uppercut* y *hook* de un ex campeón de Europa, ¿qué sabía él de toda aquella alta política? Si lo fusilaron es que algo hubo. Puede que al NKVD se le fuera algo la mano, tal vez tenían que haberle colgado diez, a lo sumo quince años. Y a él, al joven Kóstochkin, tenían que haberle echado, si es que había que echarle algo, cinco años en lugar de quince.

Kóstochkin repetía las cuatro palabras, las colocaba en diferente orden, pero siempre resultaba algo desagradable, inquietante: «Es que algo hubo. Es que hubo algo.»

Al provocar en Kóstochkin aquel odio hacia su padre fusilado, aquel ardiente deseo de librarse del estigma, de la maldición paterna, los instructores de su causa alcanzaron un éxito nada desdeñable. Pero el instructor no lo sabía. El propio instructor que llevó el caso de Kóstochkin hacía tiempo que había sido fusilado por el «caso NKVD», por uno de los tantos.

El joven Kóstochkin no solo se había dedicado a aprender a bailar fox-trot y rumba en Jarbín. Había acabado sus estudios en el Instituto Politécnico y obtenido su diploma de ingeniero mecánico.

Cuando a Kóstochkin lo trajeron a la mina, a su lugar de destino, consiguió una entrevista con el jefe de la mina, a quien, tras prometerle trabajar honradamente, tras maldecir mil veces a su padre e implorar a todos los jefes locales, le pidió un trabajo relacionado con su especialidad.

«Escribirá etiquetas en las latas de conserva», dijo con

voz seca el jefe de la mina; pero un instructor local del NKVD, presente en la conversación, captó en el tono de voz del joven ingeniero de Jarbín ciertas notas familiares. Ambos mandos charlaron entre ellos, luego el instructor habló con Kóstochkin, y por las brigadas de la mina corrió la noticia de que habían nombrado jefe de una de ellas a uno de los suyos, a alguien del artículo 58. Los optimistas vieron en aquel nombramiento un pronto cambio a mejor, los pesimistas farfullaron algo sobre las escobas nuevas. Pero tanto unos como otros se sintieron asombrados; a excepción, claro está, de aquellos que hacía tiempo que habían perdido la capacidad de sorprenderse; Krist no se asombraba.

Cada brigada llevaba su vida, vivía en su «sección» del barracón, con su propia entrada separada, y los presos solo se veían con el resto de los habitantes del barracón en el comedor. Krist se encontraba a menudo a Kóstochkin: era un elemento que destacaba, de cara encendida, ancho de hombros, de estampa poderosa. Llevaba unos guantes largos de piel. Los jefes de brigada más pobres tenían guantes de trapo, cosidos con pedazos de pantalón de guata. El gorro de Kóstochkin era de «libre», un gorro de orejeras también de piel, y las botas eran de fieltro de verdad, no como nuestros zapatones hechos de retales y atados con cuerdas. Por todo ello Kóstochkin destacaba sobre el resto. Había trabajado de jefe de brigada solo aquel mes de invierno; quería decir por tanto que había cumplido el plan, su porcentaje; cuánto era este, era algo que se podía consultar en el

tablero junto al puesto de guardia, pero un viejo preso como Krist no se interesaba por tales cuestiones.

Sentado en su litera, Krist compuso mentalmente la vida y milagros de su futuro jefe. Pero estaba convencido de no equivocarse, era imposible que se equivocara. Para un oriundo de Jarbín no había otro camino al cargo de jefe de brigada.

La brigada de Kóstochkin se estaba esfumando, como se esfuma toda brigada que trabaja en la extracción de oro. De vez en cuando —es decir, de semana en semana, y no de mes en mes— la brigada de Kóstochkin se completaba con un nuevo contingente. Ese día el contingente era Krist.

«Seguramente Kóstochkin debe de saber incluso quién es Einstein», pensó Krist mientras se dormía en su nuevo puesto.

Como era novato, a Krist le adjudicaron la litera más alejada de la estufa. El que había llegado antes a la brigada ocupaba el mejor rincón. Este era el orden acostumbrado, y Krist lo conocía bien.

El jefe de la brigada estaba sentado junto a la mesa, en una esquina, cerca de la lámpara, y leía un libro. El jefe, como dueño de la vida y la muerte de sus hombres, podía colocar para su comodidad la única lámpara encima de su mesa, privando así de luz al resto de los habitantes del barracón; de todos modos aquellos hombres no estaban para charlas ni lecturas... También se podía conversar a oscuras, pero no había de qué hablar ni tiempo para hacerlo... Sin embargo, el jefe de brigada Kóstochkin se colocó junto a la

lámpara de todo el barracón y leía allí; leía y de vez en cuando fruncía en una sonrisa sus carnosos labios de niño dibujando un beso, y entornaba sus grandes y hermosos ojos grises. A Krist le gustó tanto aquella escena —un cuadro lleno de paz que hacía tanto que no veía: el descanso del jefe y de su brigada— que en su fuero interno decidió que se quedaría a toda costa en aquella brigada, que entregaría todas sus fuerzas a aquel hombre.

La brigada tenía también a su ayudante, que era a su vez el encargado del barracón: el achaparrado Oska, un hombre que habría podido ser el padre de Kóstochkin. Oska barría el barracón, daba de comer a la brigada y ayudaba a su jefe: todo era como debe ser entre los humanos. Y Krist, mientras se dormía, por alguna razón pensó que seguramente el jefe de la brigada sabía quién era Einstein. Y lleno de dicha ante aquella idea, confortado por el agua hirviendo que se había tomado hacía un momento, se durmió.

La nueva brigada ni siquiera hacía ruido cuando formaba. A Krist le mostraron dónde estaban las herramientas, y Krist se acomodó una pala como miles de veces lo había hecho: se deshizo del mango con empuñadura sujeto a una pala americana, con el revés de un hacha aplanó sobre una roca el cuenco de la pala para ensancharla, eligió un palo nuevo, largo, bien largo, de entre todos los que había en una esquina del barracón, introdujo un extremo en el orificio de la pala, lo aseguró bien, colocó la pala con el cuenco doblado oblicuamente junto a los pies, midió el mango e hizo una señal; señaló el nuevo mango de la pala

a la altura de su barbilla y lo cortó por la señal. Con la afilada hacha Krist alisó, redondeó el extremo del nuevo mango. Se levantó y se dio la vuelta. Ante él se encontraba Kóstochkin, que observaba atentamente los movimientos del novato. Krist, por cierto, no esperaba otra cosa. Kóstochkin no dijo nada, y Krist comprendió que el jefe de brigada se guardaba sus comentarios para la hora del trabajo, hasta verlo en la mina.

La galería no estaba lejos, y Krist se puso a trabajar. El mango tembló, un dolor le recorrió la espalda, las palmas de ambas manos adoptaron la posición acostumbrada, los dedos agarraron el mango. Era algo más grueso de lo necesario, pero Krist lo arreglaría por la noche. Y afilaría además la pala. Las manos levantaban la pala una y otra vez, y el chirrido melódico del metal contra la piedra adquirió un ritmo cada vez más rápido. La pala chirriaba, crujía, la piedra se deslizaba de la pala al alzarla y caía al fondo de la carretilla, y el fondo respondía con el sordo rumor de la madera, luego la piedra replicaba a la piedra; Krist conocía bien toda esta música de la galería. Por todas partes había carretillas como la suya, chirriaban las mismas palas, crepitaba la piedra que se derrumbaba de las paredes heridas por el pico, y de nuevo chirriaban las palas.

Krist dejó la pala, sustituyó a su pareja en la «máquina OSO, dos asas y una rueda», como en el argot de los presos de Kolimá se llamaba a la carretilla. No era la jerga del hampa, pero como si lo fuera. Krist colocó la carretilla sobre la tabla que salía de la galería con las asas en sentido con-

trario al de la salida. Y llenó deprisa la carretilla. Luego agarró las asas, se arqueó tensando el vientre, y tras lograr mantenerse en equilibrio empujó la carretilla hacia el aparato de lavado. A la vuelta, Krist hizo rodar la carretilla en el mejor de los estilos de los acarreadores, un arte heredado de siglos de trabajos forzados: con las asas hacia arriba, la rueda hacia delante; las manos de Krist descansaban sobre las asas. Luego dejó la carretilla y tomó la pala. La herramienta se puso a chirriar de nuevo.

El ingeniero de Jarbín, el jefe de brigada Kóstochkin, se encontraba allí y escuchaba la sinfonía de la mina mientras observaba los movimientos de Krist.

—Vaya, veo que eres todo un artista de la pala. —Y Kóstochkin se echó a reír. Tenía una risa infantil, que no reprimía. El jefe de brigada se secó los labios con una manga—. ¿Qué categoría te daban allí de donde vienes?

Se refería a las categorías de alimentación, a la «escala nutritiva» con que se azuzaba al preso. Aquellas categorías, Krist lo sabía, se instituyeron en Belomorkanal, durante las «reeducaciones». El romanticismo lacrimógeno de la reeducación tenía un fundamento real, una base cruel y monstruosa que se expresaba en la forma de esta «escala nutritiva».

—La tercera —contestó Krist intentando subrayar con la voz, cuanto podía, su desprecio hacia el jefe de brigada anterior, que no había valorado el talento del artista de la pala. Si vislumbraba algún provecho en ello, como de costumbre, Krist mentía ligeramente.

—Pues conmigo recibirás la segunda. Desde hoy mismo.

—Gracias —dijo Krist.

En la nueva brigada había, tal vez, más silencio que en las otras brigadas en que le había tocado vivir y trabajar a Krist; algo menos de ruido, menos denuestos en el barracón. Krist quiso, según su vieja costumbre, tostar sobre la estufa el pan que le había quedado después de la cena, pero su vecino —Krist no sabía aún su nombre, ni nunca llegó a saber cómo se llamaba— le dio un empujón y añadió que al jefe no le gustaba que se tostara el pan sobre la estufa.

Krist se acercó a la estufa de hierro, que ardía con un fuego alegre, abrió las manos sobre el torrente de calor y hundió la cara en el chorro de aire ardiente. Desde la litera más cercana se levantó Oska, el ayudante del jefe de brigada, y con su fuerte brazo apartó al novato de la estufa: «Vete a tu sitio. No tapes la estufa. Que llegue a todos.» Era de hecho algo justo, pero costaba mucho contener al propio cuerpo, que se iba solo hacia el calor. Los presos de la brigada de Kóstochkin habían aprendido a contenerse. También Krist tendría que aprender a hacerlo. Regresó a su lugar, se quitó el chaquetón. Metió los pies en las mangas del chaquetón, se arregló el gorro, se acurrucó y se quedó dormido.

Mientras se adormecía, Krist aún tuvo tiempo de ver como alguien entraba en el barracón y daba una orden. Kóstochkin, sin apartarse de la lámpara y sin dejar de leer el libro, lanzó un juramento. Oska se acercó de un salto al recién llegado, con un movimiento rápido y diestro agarró al

hombre por los codos y le echó de un empujón fuera del barracón. En su vida pasada, Oska había sido profesor de historia en alguna universidad.

Pasaron muchos días y la pala de Krist seguía chirriando, la piedra cayendo en la carretilla. Kóstochkin pronto comprendió que, tras la depurada técnica, en los movimientos de Krist ya no quedaba fuerza alguna, y que, por mucho que Krist se esforzara, sus carretillas cada vez estaban menos llenas; esto ya no dependía de la propia voluntad, era algo que dictaba cierto sentido interior que dirigía los músculos, todos los músculos: los sanos y los impotentes, los jóvenes y los gastados, los consumidos. Y cada vez que se medían los metros cúbicos de la galería en que trabajaba Krist, resultaba que eran pocos, que no se había alcanzado lo que el jefe de brigada esperaba de la profesionalidad de aquel artista de la pala. Pero Kóstochkin no se metía con Krist, no lo reñía más que a los demás, no descargaba sobre él sus maldiciones, ni le daba lecciones. Tal vez comprendiera que Krist trabajaba con todas las fuerzas que le quedaban, conservando para sí mismo solo aquello que no se puede dilapidar por complacer a ningún jefe de brigada en ningún campo del mundo. O, si no lo comprendía, lo sentía, pues nuestros sentidos son mucho más sutiles que nuestros pensamientos, y la exangüe lengua del preso no transmite todo lo que este guarda en su alma. Los sentidos también palidecen, se debilitan, pero mucho más tarde que los pensamientos, mucho después del habla humana, la lengua. Y ciertamente Krist trabajaba, lo hacía como no lo ha-

bía hecho en mucho tiempo, y aunque por su trabajo no alcanzaba la norma necesaria para merecer la segunda categoría, la seguía recibiendo. Por su entrega, por su esfuerzo...

Porque la segunda categoría era lo más alto a lo que Krist podía aspirar. La primera la recibían los plusmarquistas, los que realizaban el ciento veinte por ciento del plan o más. En la brigada de Kóstochkin no había gente de este tipo. Había hombres de la tercera categoría, que cumplían el plan, y de la cuarta, que no cumplían la norma, que alcanzaban solo el ochenta o el setenta por ciento de lo estipulado. Pero no era gente que se escaqueara de manera abierta, merecedores de la ración de castigo, la quinta categoría. Gente así no había en la brigada de Kóstochkin.

Los días corrían uno tras otro; Krist estaba cada vez más débil, y el sumiso silencio que reinaba en el barracón de la brigada de Kóstochkin cada vez le gustaba menos. Pero cierta noche Oska, el profesor de historia, se llevó a Krist a un rincón y le dijo en voz baja: «Hoy vendrá el cajero. El jefe de brigada te ha apuntado un dinero, que lo sepas...» El corazón de Krist retumbaba. De modo que Kóstochkin había tenido en cuenta la entrega de Krist, su arte con la pala. De modo que el ingeniero de Jarbín, el hombre que sabía el nombre de Einstein, a pesar de todo, tenía una conciencia.

En las brigadas en que Krist había trabajado antes nunca recibió una paga. En cada brigada siempre aparecía alguien más digno de ello; eran hombres en efecto más fuertes físicamente y que trabajaban mejor que él, o sencilla-

mente eran amigos del jefe; Krist no se dedicaba a tan estériles reflexiones al recibir su cartilla del comedor; por lo demás, las categorías cambiaban cada diez días, el tanto por ciento se establecía en función de la norma anterior, es decir, todo lo decidía el dedo del destino, la suerte o la desgracia, el éxito o el fracaso, todo ello cambiaba, no se detenía, tampoco sería eterno.

La noticia de la paga que iba a cobrar aquella noche colmó el alma y el cuerpo de Krist de una dicha enorme, incontenible. De modo que aún tenía fuerzas suficientes para sentir alegría. ¿Cuánto dinero le podían pagar?... Aunque fueran cinco o seis rublos, con esto se podía comprar cinco o seis kilos de pan. Krist estaba dispuesto a besarle los pies a Kóstochkin y a duras penas pudo aguantar hasta el final de la jornada de trabajo.

Llegó el cajero. Era el hombre más corriente que uno se pueda imaginar, pero iba cubierto de un buen chaquetón corto de piel; el cajero era de los libres. Con él se presentó un escolta, un guardia que había ocultado en alguna parte el revólver o la pistola, o lo había dejado en el puesto de guardia. El cajero se sentó a la mesa, abrió la cartera repleta de multicolores billetes gastados, que parecían trapos recién lavados. Extrajo un listado de líneas apretadas, lleno de un sinfín de firmas, firmas de gente contenta o decepcionada por el dinero que le había correspondido. El cajero llamó a Krist y le indicó el lugar en que debía firmar.

Krist percibió, intuyó algo especial en aquel pago, en toda la operación. Nadie a excepción de Krist se acercó al

cajero. No se había formado ninguna cola. Tal vez aquello se debiera a que el jefe había instruido a los hombres de su brigada a comportarse de ese modo. ¡Pero, para qué pensar en esto! El dinero estaba allí, el cajero le iba a pagar. De modo que la suerte estaba de su parte.

El jefe de la brigada no se encontraba en aquel momento en el barracón, aún no había regresado de la oficina, de modo que quien certificaba la personalidad del receptor era el ayudante del jefe, Oska, el profesor de historia. Oska señaló con el dedo índice a Krist dónde debía firmar.

—¿Y... y... cuánto es? —Krist llegó a pronunciar con voz ronca y casi sin aliento.

—Cincuenta rublos. ¿Contento?

El corazón de Krist dio un brinco, palpitó. Allí estaba la felicidad. Apresuradamente, desgarrando el papel con la punta de la pluma y casi a punto de verter el tintero, Krist estampó su firma en el estadillo.

—Buen chico —le dijo Oska en tono de aprobación.

El cajero cerró de golpe la cartera.

—¿Ya no queda nadie más en vuestra brigada?

—No.

Krist seguía sin comprender lo que estaba sucediendo.

—¿Y el dinero? ¿Dónde está el dinero?

—El dinero se lo he dado a Kóstochkin —dijo el cajero—. Por la mañana. —Y el achaparrado Oska, con mano de hierro, con una fuerza como la que nunca tuvo picador alguno en aquella brigada, arrancó a Krist de la mesa y lo arrojó a la oscuridad.

La brigada callaba. Ni un solo hombre apoyó a Krist ni preguntó nada. Ni siquiera trató de cretino a Krist... Y el silencio le pareció a Krist aún más espantoso que aquella fiera de Oska, que su poderoso brazo de hierro. Más terrible que los abultados labios de niño del jefe de brigada Kóstochkin.

La puerta del barracón se abrió de par en par y el jefe de brigada Kóstochkin se acercó con paso rápido y ligero hacia la mesa iluminada. Los tablones con los que se había montado el suelo del barracón casi ni se movieron bajo su ligero y elástico andar.

—Ahí tienes al jefe, habla con él —dijo Oska retirándose. Y le explicó a Kóstochkin señalando a Krist—: ¡Este, que quiere el dinero, dice!

Pero Kóstochkin lo había comprendido todo desde el umbral de la puerta. Y al instante creyó encontrarse en el ring de Jarbín. Con un movimiento habitual de boxeador, «desde el hombro», Kóstochkin alargó el brazo hacia Krist y Krist cayó sonado al suelo.

—K.o., k.o. —rugía Oska bailando en torno a Krist, que yacía medio muerto en el suelo; y representando al árbitro del ring contaba—: ocho... nueve... k.o.

Krist no se levantaba del suelo.

—Conque el dinero. Quiere el dinero —decía Kóstochkin sentándose sin prisas a la mesa mientras tomaba la cuchara que le alargaba Oska para ponerse a comer una escudilla de guisantes.

—Trotskistas como estos —decía Kóstochkin con voz

pausada y sentenciosa— son los que nos pierden a ti y a mí, Oska. —Kóstochkin elevó la voz—. Han hundido el país. Y nos hunden a nosotros. Conque quiere el dinero, este artista de la pala, dinero... Eh, vosotros —gritaba Kóstochkin a la brigada—. ¡Fascistas! ¡Me oís! ¡A ver quién me toca un pelo! ¡Oska, baila!

Krist aún yacía en el suelo. Las enormes figuras del jefe de brigada y de su ayudante le tapaban la luz. Y de pronto Krist se dio cuenta de que Kóstochkin estaba borracho, completamente ebrio. Con los cincuenta rublos destinados a Krist... ¿Cuánto alcohol se podría «comprar» con aquel dinero, un alcohol que se destina, se destinaba, a la brigada?...

Oska, el ayudante del jefe de brigada, comenzó obediente a marcarse unos pasos de baile, cantando:

He comprado un par de cosas.
Mi mujer se llama Rosa...

—De mi Odesa, jefe. *Del puente al matadero* se llama. —Y Oska, profesor de historia de alguna facultad de la capital, padre de cuatro hijos, se lanzó de nuevo a bailar.

—Alto. Un trago.

Oska encontró a tientas una botella bajo el camastro, echó algo en una lata de conservas. Kóstochkin bebió y se acabó con los dedos los restos de los guisantes de la escudilla.

—¿Dónde está nuestro artista de la pala?

Oska levantó a Krist y lo sacó a empujones a la luz.

—¿Qué, te has quedado sin fuerzas? ¿No recibes tu ración? ¿Quién tiene la segunda categoría, eh? ¿No tienes bastante con eso, piojo trotskista?

Krist callaba. La brigada callaba.

—Os aplastaré a todos. Malditos fascistas —seguía desatado Kóstochkin.

—Ve, ve, artista de la pala, que aún volverás a recibir del jefe —le aconsejó apaciguador Oska abrazando al ebrio Kóstochkin para empujarlo hacia un rincón y dejarlo caer sobre el blando colchón individual del jefe de brigada, el único colchón individual del barracón, donde todas las literas eran dobles y de dos pisos, del tipo «ferroviario». El propio Oska, el ayudante del jefe, el responsable del barracón, que dormía en una litera junto al jefe, se invistió entonces de su tercer cargo, un cargo importante y del todo oficial, el de guardaespaldas y protector del sueño, la paz y la vida de su jefe. Krist se arrastró a tientas hasta su litera.

Pero ni Kóstochkin ni Krist lograron dormirse. La puerta del barracón se abrió dejando entrar un chorro de vapor blanco, y un desconocido con gorro de piel con orejeras y un abrigo oscuro de invierno con cuello de astracán atravesó el umbral. El abrigo se veía bastante maltrecho, la piel gastada, pero de todos modos era un verdadero abrigo de piel, y el astracán, auténtico.

El hombre atravesó todo el barracón hasta llegar a la mesa, a la luz, al lecho de Kóstochkin. Oska lo saludó con respeto. Y se puso a zarandear al jefe de brigada.

—Te llama Minia Grek —un nombre conocido para

Krist. Era el jefe de una brigada de hampones—. Minia Grek. —Pero Kóstochkin ya se había despabilado, y se sentó sobre el colchón de cara a la luz.

—¿Sigues de juerga, Domador?

—Ya ves cómo me han dejado, los hijos de su madre.

Minia gruñó algo en tono comprensivo.

—Un día de estos te hacen volar por los aires, Domador. ¿Que no? Te meterán amonita bajo el colchón, prenderán la mecha y si te he visto no me acuerdo... —y el hampón señaló hacia el cielo—. O te cortarán la cabeza con una sierra. Lo que es el cuello lo tienes gordo, costará mucho serrártelo.

Kóstochkin, volviendo lentamente en sí, esperaba a ver qué quería Minia Grek.

—¿No querrás un trago? Eso está hecho.

—No. En nuestra brigada tragos no nos faltan, ya sabes. Me trae aquí algo más serio.

—A tu disposición.

—«A tu disposición» —se burló entre risas Minia Grek—. ¿Así es como te han enseñado en Jarbín a hablar con las personas?

—Pero si... —se apresuró a decir Kóstochkin—. Si aún no sé qué necesitas.

—Pues esto... —Grek empezó a hablar deprisa mientras Kóstochkin movía afirmativamente la cabeza. Grek trazó algo sobre la mesa y Kóstochkin siguió moviendo comprensivo la cabeza. Oska atendía con interés a la conversación—. He ido a ver al inspector —decía Minia Grek, que hablaba en

tono ni demasiado hosco ni demasiado vivaz, sino con una voz del todo normal—. Y el inspector me ha dicho: «le toca a Kóstochkin».

—Pero si ya me los han descontado el mes pasado...

—Y yo qué quieres que le haga... —y la voz de Grek sonó más divertida—. ¿O les quito los metros cúbicos a los nuestros? He hablado con el inspector, y el tipo me dice: «le toca a Kóstochkin»...

—Pero si...

—Pero nada. Ya conoces nuestra situación...

—Qué le vamos a hacer —dijo Kóstochkin—. Nos los descuentas en la oficina; les dices que nos los quiten a nosotros.

—No temas, chaval —dijo Minia Grek, y palmeó a Kóstochkin en el hombro—: Hoy por mí, mañana por ti. Cuenta conmigo. Hoy me salvas tú, mañana yo a ti...

—... Mañana nos besaremos —cantó Oska, echándose a bailar, contento de que por fin se hubiera llegado a un acuerdo y temeroso a la vez de que la parsimonia de su jefe echara a perder el asunto.

—Bueno, a más ver, Domador —dijo Minia Grek levantándose del banco—. El inspector me dice: «ve directo a Kóstochkin, al Domador. Que lleva en la sangre un punto de ladrón». No temas, no te cortes. Tus muchachos podrán con ello, Domador. Tienes unos artistas de la pala...

1964

RUR

Pero, ¿acaso éramos robots? Robots sacados del *RUR* de Karel Čapek.[23] Tampoco mineros de la cuenca hullera del Ruhr. Nuestro RUR era la Compañía de Régimen Intensivo,[24] una cárcel dentro de la cárcel, un campo dentro del campo... No, no éramos robots. En la insensibilidad metálica de los robots hay algo de humano.

Aunque, ¿quién de nosotros pensaba en el año treinta y ocho en Čapek y en las minas de carbón del Ruhr? Solo pasados veinte, treinta años, encontraríamos fuerzas para comparar, en nuestros intentos de resucitar el tiempo pasado, los colores y las sensaciones de aquella época.

Entonces solo experimentábamos la vaga y sorda alegría del cuerpo, de nuestros músculos secos por el hambre, liberados siquiera por un instante, por una hora, por un día de la mina de oro, del maldito trabajo, del odiado esfuerzo. Trabajo y muerte son sinónimos, y lo son no solo para los

23. Karel Čapek (1890-1938), autor de *RUR* [*Rossumovi Univerzální Roboti*, «Robots Universales de Rossum»], 1921.

24. En ruso: *Rota Usílennogo Rezhima.*

presos, para los condenados «enemigos del pueblo». Trabajo y muerte son sinónimos también para las autoridades del campo y para Moscú; en caso contrario no se escribiría en las «instrucciones especiales», en los billetes con los que Moscú mandaba a los presos a la muerte: «Emplear solo en trabajos físicos duros.»

Nos trajeron al RUR por vagos, por remolones, por no haber cumplido la norma. Pero no por habernos negado a trabajar. Negarse a trabajar en el campo es un delito que se castiga con la muerte. Te fusilaban por negarte tres veces a trabajar, por no salir a trabajar tres veces. Tres actos. Salíamos de la zona del campo y nos arrastrábamos como podíamos hasta el lugar de trabajo. Pero ya no nos quedaban fuerzas para trabajar. Y sin embargo, no éramos desertores del trabajo.

Nos condujeron al puesto de control. El vigilante de guardia alargó la mano hacia mi pecho, me tambaleé y por poco me caigo; el golpe que me había dado con la pistola en el pecho me rompió una costilla. El dolor no me dejó en paz durante varios años. Por cierto, no se trató de una fractura, como me explicaron tiempo después los especialistas. El tipo simplemente me desgarró el periostio.

Nos condujeron hacia el RUR, pero el RUR no se encontraba en su lugar. Vi una tierra aún viva, una tierra negra y pedregosa, cubierta de raíces de árboles carbonizadas, de raíces de arbustos pulidos por cuerpos humanos. Vi un cuadrilátero negro de tierra calcinada, que resaltaba igual, tanto entre el verdor fogoso del breve y apasionado

verano de Kolimá, como en medio del blanco, muerto e inacabable invierno, el agujero negro de las hogueras, el rastro del calor, la huella de la vida humana.

El agujero estaba vivo. Los hombres removían troncos, se afanaban, maldecían, y ante mis ojos se alzó el rejuvenecido RUR, las paredes del barracón de castigo. En aquel mismo instante nos lo explicaron. El día anterior habían encerrado en la celda común del RUR al borracho responsable de la tienda, un preso común. El borracho, por supuesto, había desarmado los muros, tronco a tronco, toda la celda. El centinela no disparó. Quien había montado en cólera era un común; los centinelas dominaban a la perfección el Código Penal, entendían la política del campo y hasta los caprichos del poder. El centinela no disparó. Al responsable de la tienda se lo llevaron y lo encerraron en la celda de castigo del puesto de guardia. Pero ni siquiera el responsable de la tienda, un común, un héroe indiscutible, ni siquiera él se decidió a abandonar aquel agujero negro. Solo demolió las paredes. Y ahora, un centenar de personas del artículo 58, que llenaban a rebosar el barracón del RUR, reconstruían con dedicación y premura su propia cárcel, levantaban las paredes, temiendo traspasar los límites del agujero y pisar por descuido la blanca nieve, aún no hollada por el hombre.

Los del artículo 58 se apresuraban a reconstruir su propia prisión. Y para ello no hacían falta ni gritos ni amenazas.

Cien personas se alojaban en las literas, en la carcasa de las destrozadas literas. No quedaban literas: todos los tablones, los postes con que se construían las literas —sin

un clavo, los clavos eran un bien precioso en Kolimá— los habían quemado los hampones encerrados en el RUR. En cambio, los del 58 no se habrían atrevido a arrancar ni una astilla de sus literas para calentar su cuerpo aterido, sus músculos secos parecidos a maromas.

No lejos del RUR se encontraba, también chamuscado, el edificio de la guardia del campo. Por fuera, el barracón de los centinelas no se distinguía del de los presos, e incluso dentro no era muy grande la diferencia. El mismo humo sucio y, en lugar de cristal, un trozo de saco en la ventana. Y no obstante, era el barracón de los centinelas.

El RUR se dirigía al trabajo. Pero no a la mina de oro, sino a preparar leña, a cavar zanjas, a apisonar un camino. En el RUR a todos se les daba de comer por igual, y esto era también un motivo de alegría. La jornada de trabajo en el RUR se acababa antes que en la mina. Cuántas veces observábamos con envidia, levantando los ojos de la carretilla, de la mina, del pico y de la pala, como se dirigían a recogerse las columnas desiguales del RUR. Nuestros caballos relinchaban al ver a los presos del RUR, reclamando el fin de la jornada de trabajo. O quizá los animales sabían la hora mejor que los humanos, y no necesitaban para nada ver a los RUR...

Ahora era yo quien avanzaba dando saltos, a veces acertando el compás de la formación y otras no, unas veces adelantándome y otras quedándome rezagado... Yo solo quería una cosa: que el RUR no se acabara nunca. Yo no sabía cuántos días —diez, veinte, treinta— iba a estar «recluido» en el RUR.

«Recluido.» Conocía bien este término carcelario. Al parecer el verbo «recluir» solo se emplea en los centros de reclusión. En cambio «excluir» se abrió camino en los amplios espacios de la diplomacia. Al verbo «recluir» se le quiso dar un tono a la vez amenazador y humillante, pero la vida cambiaba las proporciones y en nuestro caso «recluir» significaba casi «salvar».

Cada día después del trabajo «echaban» a los «ruristas» a por leña «para ellos», como decían los de arriba. Aunque también, por cierto, mandaban a las brigadas de las minas. Los viajes eran en trineo, del que se adaptaban los tiros de alambre a los humanos: se trataba de lazos de alambre por donde se podía hacer pasar la cabeza y los hombros, apretar el lazo y arrastrar, arrastrar sin parar el trineo. Había que subir con el trineo más de cuatro kilómetros monte arriba, donde se encontraban las pilas de *stlánik* preparado en verano: el negro, retorcido y ligero *stlánik*. Se cargaban los trineos y se mandaban monte abajo. En el trineo se subían los hampones —aquellos a los que aún les quedaban fuerzas—, que se lanzaban por la pendiente entre carcajadas. Nosotros, en cambio, nos deslizábamos, sin fuerzas ya para correr. Pero nos deslizábamos con rapidez, agarrándonos a las ramas heladas y quebradas de mimbreras y alisos para reducir la marcha. El hecho nos llenaba de alegría: se acababa la jornada.

La leña, las pilas de *stlánik* cubiertas de nieve, había que irlas a buscar cada día más lejos, pero no protestábamos: el viaje a por leña era algo en cierto modo parecido al

golpe en el riel o al sonido de la sirena: la señal de la hora de comer y de ir a dormir.

Descargamos la leña y nos dispusimos contentos a formar.

—¡Media... vuelta!

Nadie se dio la vuelta. Vi en los ojos de todos una expresión de angustia mortal, vi la inseguridad de quienes no creen en el éxito, porque siempre los timan, los engañan, los roban. Y aunque la leña no era lo mismo que las rocas, ni los trineos eran carretillas...

—¡Media... vuelta!

Nadie se dio la vuelta. El preso es extremadamente sensible a cualquier incumplimiento de una promesa, aunque, a decir verdad, ¿de qué justicia se podía hablar aquí?

Por la puerta del barracón de guardia salieron al porche dos hombres: el jefe del campo, un teniente algo mayor, y el jefe del destacamento de los guardias, un teniente más joven. No hay nada peor que cuando dos jefes de aproximadamente la misma graduación actúan juntos, uno en presencia del otro. Todo lo humano que hay en ellos se paraliza y cada uno quiere dar muestras de ser más «vigilante», de no «mostrarse débil» y cumplir fielmente el mandato del Estado.

—Agarrad los trineos.

Nadie se dio la vuelta.

—¡Esto es un protesta organizada!

—¡Sabotaje!

—¿No queréis hacerlo por las buenas?

—¡Eso mismo, por las buenas!

—¿Quién ha sido? ¡Que dé un paso adelante!

Nadie se movió.

Ante una orden, salieron corriendo del barracón varios guardias más y nos rodearon, hundiéndose en la nieve, haciendo chasquear los seguros de sus fusiles, resoplando de rabia contra la gente que había alterado su descanso, su turno, su horario habitual de servicio.

—¡Cuerpo a tierra!

Nos echamos al suelo.

—¡En pie!

Nos levantamos.

—¡Cuerpo a tierra!

Nos echamos al suelo.

—¡En pie!

Nos levantamos.

—¡Cuerpo a tierra!

Nos echamos al suelo.

Me adapté enseguida a este sencillo ritmo. Y lo recuerdo bien: no tenía ni frío ni calor. Como si todo aquello no me lo hicieran a mí.

Resonaron varios disparos, parecidos a petardos; eran disparos de aviso.

—¡En pie!

Nos levantamos.

—Quien vaya a trabajar: un paso a la izquierda.

Nadie se movió.

El jefe se acercó mucho, casi pegándose a la angustia

que se reflejaba en las enloquecidas miradas. Se acercó y dio unos golpes en el pecho del preso más cercano.

—¿Vas?

—Sí.

—Un paso a la izquierda.

—¿Y tú, vas?

—¡Sí!

—¡Enganchaos al trineo! Escolta, son suyos, cuente los hombres.

Rechinaron los patines del trineo.

—¡En marcha!

—Así se hace —dijo el teniente de más edad.

Pero no todos se fueron. Quedaron dos: Seriozha Usóltsev y yo. Seriozha Usóltsev era un hampón. Todos los ladrones jóvenes, junto con los del 58, hacía rato que arrastraban los trineos por el camino. Pero Seriozha no podía permitir que un maldito mequetrefe le ganara la partida; él, un atracador de raza, no podía ceder.

—Ahora nos dejarán ir al barracón... Nos dejarán aquí un rato y... —sonrió huraño Usóltsev—, y al barracón. A calentarnos.

Pero no nos dejaron ir al barracón.

—¡El perro! —dispuso el teniente de mayor edad.

—Toma —dijo Usóltsev sin mover la cabeza, y los dedos del hampón me dejaron en la palma de la mano algo muy delgado y ligero—. ¿Comprendido?

—Comprendido.

Entre los dedos sujetaba un trozo de hoja de afeitar,

que mostré, sin que lo vieran los guardianes, al animal. El perro rugía, gemía furioso, pero no trataba de atacarnos ni a mí ni a Seriozha. Usóltsev tenía otro pedazo de hoja de afeitar.

—¡Aún es joven! —dijo muy sabio y ducho el jefe del campo, el teniente de mayor edad.

—¡Es joven aún! Si estuviera aquí *Valet*, les enseñaría cómo se hacen las cosas. ¡Los habría dejado en cueros!

—¡Al barracón!

Abrimos la puerta; apartamos la pesada barra de hierro del cerrojo. Ahora podríamos calentarnos, entrar en calor.

Pero el teniente de más edad le dijo algo al vigilante de guardia y este echó a la nieve los mortecinos tizones de la estufa de hierro. Los tizones resoplaron y soltaron un humo azul; el vigilante cubrió de nieve los tizones con los pies.

—¡Al barracón!

Nos sentamos en la carcasa de las literas. No sentimos nada que no fuera frío, un frío repentino. Metimos las manos en las mangas y nos encogimos...

—No temas —dijo Usóltsev—. Ahora regresarán los muchachos con leña. De momento, bailemos.

Y nos pusimos a bailar.

El rumor de unas voces, el alegre rumor de unas voces que se acercaban se vio interrumpido por una orden brusca. Se abrió nuestra puerta, se abrió no a la luz sino a la misma oscuridad que había en el barracón.

—¡Afuera!

Las linternas «murciélago» refulgían en las manos de los guardias.

—¡A formar!

No nos dimos cuenta enseguida de que los que habían regresado de trabajar estaban allí al lado en formación. De que todos estaban formados y esperaban. ¿A quién esperaban?

En las blancas y oscuras tinieblas aullaban los perros, se movían antorchas iluminando el camino de unos hombres que se acercaban. Por el movimiento de las luces se podía adivinar que no eran reclusos.

Delante avanzaba con paso rápido, adelantándose a sus guardaespaldas, un teniente barrigudo pero de andar ligero, al que reconocí enseguida. No pocas veces había examinado las explotaciones de oro donde trabajaba nuestra brigada. Era el coronel Garanin. Respirando pesadamente, tras desabrocharse el cuello de la casaca, Garanin se detuvo ante la formación y, hundiendo su cuidado dedo en el sucio pecho del preso más cercano, preguntó:

—¿Por qué estás aquí?

—Por el artículo...

—Qué carajo me importa tu artículo. ¿Por qué estás en el RUR?

—No lo sé.

—¿Que no lo sabes? ¡A ver, el jefe!

—Aquí está el libro de órdenes, mi coronel.

—Al diablo con tu libro. Basura...

Garanin siguió adelante mirando a cada preso a la cara.

—Y tú, viejo, ¿por qué has ido a parar al RUR?

—Estoy encausado. Nos comimos un caballo muerto. Somos guardas.

Garanin escupió.

—¡Atentos a la orden! ¡Todos a los barracones! ¡Y mañana a la mina!

La formación se deshizo; todos echaron a correr por el camino, por el sendero, por la nieve hacia los barracones, a sus brigadas. También Usóltsev y yo echamos poco a poco a andar.

1965

Bogdánov

Bogdánov era un dandi. Siempre bien rasurado, lavado y con olor a perfume —Dios sabe qué perfume era aquel—, y con una mullida gorra de reno, con orejeras, atada con un extraño y complicado lazo hecho con anchas cintas negras de muaré, con una chaqueta yakuta cubierta de bordados y unas botas de piel de reno repujada. Llevaba las uñas pulidas y el sobrecuello, de una blancura impecable, estaba almidonado. Todo el año treinta y ocho, el año de los fusilamientos, Bogdánov trabajó de responsable del NKVD en una de las administraciones de Kolimá. Los amigos escondieron a Bogdánov en el lago Chorni, en unas prospecciones de carbón, cuando los tronos de Interior se tambalearon y una tras otra rodaron las cabezas de los jefes. El nuevo superior de pulidas uñas se presentó en lo más profundo de la taiga, un lugar donde desde la creación del mundo no había habido ni barro; se presentó con su familia, con la mujer y tres hijos a cual más pequeño. A los niños y a la mujer les estaba prohibido salir de la casa en la que vivían; de modo que vi a la familia de Bogdánov solo dos veces: el día de su llegada y el de la partida.

El responsable del almacén llevaba cada día los víveres a la casa del jefe, y los trabajadores trasladaron allí una barrica de doscientos litros de alcohol: la hicieron rodar hasta la casa del jefe por unas tablas, siguiendo un caminito de madera trazado en la taiga para la ocasión. El alcohol es lo más importante, lo que más conviene guardar, tal como le habían enseñado a Bogdánov en Kolimá. ¿Un perro? No, Bogdánov no tenía perro. Ni perro ni gato.

En la prospección había un barracón que hacía de vivienda, y tiendas de campaña para los trabajadores. Todos vivían juntos: los libres contratados y los reclusos. Entre ellos no había diferencia alguna, ni en cuanto a los jergones ni a los enseres de la casa; pues los libres, presos recientes, aún no habían conseguido hacerse con maletas, aquellas maletas hechas a mano que conocían todos los reclusos.

Tampoco en la jornada, en el régimen de trabajo, había diferencia; pues el jefe anterior, que había abierto un sinfín de yacimientos y había trabajado en Kolimá casi desde la creación del mundo, por alguna razón no podía soportar todos esos «a sus órdenes» y «le informo de que». En los tiempos de Paramónov, que es como se llamaba el jefe anterior, no se nos practicaban controles, pues nos levantábamos con la salida del sol para acostarnos cuando el sol se ponía. De todos modos, en el Polo el sol no abandonaba el cielo en toda la primavera y el principio del verano, de manera que no hacían falta controles. La noche en la taiga es corta. Y nadie nos había enseñado a «saludar» al jefe. Y aquel que había aprendido a hacerlo pronto se olvidó

de aquella humillante ciencia. Por eso, cuando Bogdánov entró en el barracón nadie gritó «¡atención!», y uno de los nuevos trabajadores, Ribin, siguió remendando su destrozada capa de lona.

Bogdánov se sintió indignado. Se puso a gritar que iba a poner orden entre esos fascistas. Que la política del poder soviético era de dos tipos: correccional y punitiva. Pues bien, él, Bogdánov, estaba dispuesto a aplicarnos la segunda con todo su peso, y la ventaja de no llevar escolta no nos sería de ayuda. Los habitantes del barracón, a los que se dirigía Bogdánov, eran unas cinco o seis personas; mejor dicho, cinco, porque la quinta plaza la ocupaban, por turnos, dos guardas nocturnos.

Al salir, Bogdánov agarró la puerta de madera del barracón, quiso dar un portazo, pero la sumisa lona solo se balanceó en silencio. A la mañana siguiente, a los cinco detenidos, más al guardia ausente el día anterior, se nos leyó la primera orden del nuevo jefe.

El secretario del jefe, con voz sonora y pausada, nos leyó la primera obra literaria del nuevo jefe: la «Orden n.º 1». Paramónov, como se comprobó, ni siquiera tenía libro de órdenes, y una nueva libreta escolar corriente de la hija de Bogdánov se convirtió en el libro de órdenes del distrito hullero.

«He observado que los reclusos del distrito se han desmandado, han olvidado la disciplina del campo, lo cual se refleja en el hecho de que no se levantan para los recuentos de control y no saludan como es debido a su superior.

»Considerando que lo señalado constituye una transgresión de las leyes fundamentales del poder soviético, propongo categóricamente...»

A lo que seguía el «orden del día», tal como se había conservado en la memoria de Bogdánov de su empleo anterior.

Mediante la misma orden se nombró un *stárosta*[25] y un responsable de guardia, sin que el cargo lo liberara de su trabajo principal. Las tiendas se separaron por una cortina de lona, que dividía los limpios de los sucios. Los sucios recibieron la noticia con indiferencia, pero los limpios, que habían sido sucios ayer, nunca le perdonaron a Bogdánov esta decisión. La orden provocó el enfrentamiento entre los trabajadores libres y su jefe.

Bogdánov no entendía nada de aquel cometido, y cargó toda la responsabilidad sobre las espaldas del capataz, y todo el celo administrativo de este jefe, un hombre de cuarenta años sumido en el aburrimiento, cayó sobre los seis presos. Cada día el jefe anotaba tal o cual falta, transgresiones del régimen carcelario, actos que rayaban el crimen. En la taiga se construyó a toda prisa una celda de castigo; al herrero Moiséi Moiséyevich Kuznetsov se le encargó un cierre para la celda, la esposa del jefe tuvo que sacrificar su propio candado. El candado fue de gran utilidad. Cada día encerraban a algún preso en la celda de castigo. Corrió el rumor de que pronto se solicitaría la presencia de un convoy,

25. Responsable de cualquier grupo, sea un pueblo o una celda, elegido entre sus miembros.

una unidad de guardia. Dejaron de darnos la ración de vodka que corresponde a quienes trabajan en el Polo. Se racionó el azúcar y la *majorka*.

Cada tarde algún preso era llamado a la oficina para mantener una charla con el jefe del distrito. También me llamaron a mí. Mientras hojeaba mi abultado expediente personal, Bogdánov iba leyendo extractos de los numerosos memorandos, admirándose sin medida del léxico y el estilo de estos. A veces parecía como si Bogdánov temiera que se le olvidara leer; en casa del jefe no había más lectura que unos cuantos libros infantiles arrugados.

De pronto un día descubrí con asombro que Bogdánov estaba sencillamente borracho. El olor de un perfume barato se mezclaba con el tufo del alcohol. Tenía la mirada turbia, apagada, pero hablaba con precisión. Aunque todo lo que decía era más que ordinario.

Al día siguiente le pregunté al libre Kartashov, el secretario del jefe, si era posible lo que había visto...

—¿No me digas que no te has dado cuenta hasta ahora? Está borracho todo el día. Desde la mañana. No bebe mucho, pero en cuanto nota que se pone sobrio, se toma otro medio vaso. De nuevo se le pasa la ebriedad, y de nuevo otro medio vaso. Le pega a su mujer, el canalla —dijo Kartashov—. Por eso ella no sale. Le da vergüenza enseñar los cardenales.

Bogdánov no solo pegaba a su mujer. Le sacudió a Shatalin, a Klimovich. A mí aún no me había llegado el turno. Pero una tarde me llamaron de nuevo a la oficina.

—¿Para qué? —le pregunté a Kartashov.

—No lo sé.

Kartashov hacía de correo, de secretario y de responsable de la celda de castigo.

Llamé a la puerta y entré en la oficina.

Bogdánov, sentado a la mesa, se peinaba y acicalaba ante un gran espejo negro traído a la oficina.

—Ah, fascista —dijo dándose la vuelta hacia mí. Ni siquiera tuve tiempo de pronunciar el saludo de rigor—. ¿Vas a trabajar o no? ¡Valiente cabestro! —«Cabestro» era una expresión del hampa. En fin, las expresiones habituales, la charla de siempre...

—Ya trabajo, ciudadano jefe —le solté también la respuesta habitual.

—A ver, te han llegado unas cartas, ¿ves?

Llevaba dos años sin recibir carta de mi mujer. No había podido contactar con ella, no sabía nada de su suerte, qué era de mi hija de un año y medio. Y de pronto veo su letra, su mano, sus cartas. No una carta, sino varias. Alargué mis temblorosas manos hacia los sobres.

Bogdánov, sin soltar las cartas, las acercó a mis ojos secos.

—¡Aquí tienes tus cartas, gusano fascista!

Y Bogdánov rompió en pedazos las cartas de mi mujer y las arrojó al fuego de la estufa, las cartas que había esperado más de dos años, empapado de sangre, durante los fusilamientos, durante las palizas que recibí en las minas de oro de Kolimá.

Di media vuelta y salí sin pronunciar la fórmula habitual de «puedo retirarme»; y hasta hoy, pasados muchos años, la risa borracha de Bogdánov aún resuena en mis oídos.

El plan no se cumplía. Bogdánov no era ingeniero. Los trabajadores libres lo odiaban. La gota que colmó el vaso fue una gota de alcohol, pues el mayor conflicto entre el jefe y los trabajadores consistía en que el barril de alcohol se había mudado a la vivienda de Bogdánov, y que además su contenido menguaba a gran velocidad. Todo se lo podían perdonar a Bogdánov: las humillaciones a los detenidos, su incapacidad profesional y sus aires de señor. Pero cuando se llegó al tema del reparto del alcohol, los habitantes del lugar se enfrentaron al jefe en una guerra tanto abierta como subterránea.

Una clara noche de invierno se presentó en nuestro distrito un hombre vestido de civil; llevaba un sencillo gorro de orejeras y un viejo abrigo de invierno con un cuello negro de oveja. El distrito se hallaba a veinte kilómetros de la carretera, de la calzada central, y aquel hombre había recorrido a pie aquel camino siguiendo el curso helado del río. Tras desvestirse en la oficina, el recién llegado pidió que despertaran a Bogdánov. De Bogdánov llegó la respuesta de «mañana, mañana». Pero el visitante era una persona insistente y pidió que Bogdánov se levantara de la cama, se vistiera y se acercara a la oficina, porque había llegado el nuevo jefe de la zona hullera, a quien en veinticuatro horas Bogdánov tenía que entregar los poderes. Le rogó que leyera la orden. Bogdánov se vistió, salió e invitó a su casa al recién llegado.

Este rechazó la invitación y le informó de que se disponía a recibir los poderes en aquel mismo momento.

La noticia corrió como la pólvora. La oficina empezó a llenarse de gente a medio vestir.

—¿Dónde tiene el alcohol?

—En mi casa.

—Que lo traigan.

El secretario Kartashov y el vigilante de guardia sacaron un bidón.

—¿Y la bota?

Bogdánov se puso a balbucear algo incomprensible.

—Bien. Que precinten el bidón —y el visitante precintó el bidón—. Y denme papel para redactar el acta.

Por la tarde del día siguiente, Bogdánov, recién afeitado, perfumado, agitando alegre sus guantes de piel bordados, se marchó al «centro». Estaba completamente sobrio.

—¿No es el mismo Bogdánov que sirvió en la administración fluvial?

—No, no creo. En estos cargos, esta gente cambia de apellido, no lo olvide.

1965

El ingeniero Kiseliov

Yo no había comprendido el alma del ingeniero Kiseliov. Un joven ingeniero, de treinta años, trabajador enérgico, que justo tras acabar la carrera había llegado al Extremo Norte para cumplir con los tres años obligatorios de prácticas. Uno de los pocos jefes que leía a Pushkin, Lérmontov y Nekrásov, tal como mostraba su tarjeta de la biblioteca. Y lo más importante: no era del partido, es decir, no había venido al Extremo Norte con el fin de comprobar algo, obedeciendo las órdenes de arriba. A pesar de no haberse cruzado en toda su vida con un preso, Kiseliov había logrado dejar atrás a todos los verdugos en el arte de la tortura.

Al pegar personalmente a los detenidos, Kiseliov daba ejemplo a sus encargados, a los jefes de brigada y a la escolta. Después del trabajo Kiseliov no podía quedarse tranquilo: iba de un barracón a otro en busca del hombre al que pudiera ofender, golpear o dar impunemente una paliza. Y eran doscientos los hombres a disposición de Kiseliov. Una oscura ansia de matar vivía en su alma, una pulsión que en el Extremo Norte, una tierra tiránica y sin ley, encontró su puerta

de salida, se desarrolló y creció. Y no se trataba solo de tumbar sin más a alguien; había muchos aficionados a este arte entre los jefes de Kolimá, pequeños y mayores, individuos a los que el cuerpo les pedía guerra, que, tras saciar su sed, al cabo de un minuto se olvidaban del diente roto, de la cara ensangrentada del recluso, mientras que este recordaba el golpe olvidado por el superior durante el resto de su vida. No se trataba de golpear sin más, sino de tumbar, de patear, de pisotear aquel medio cadáver con sus botas herradas. No fueron pocos los presos que vieron en su cara los hierros de las suelas y los tacones de la botas de Kiseliov.

¿Quién es hoy el hombre que yace bajo las botas de Kiseliov? ¿Quién se sienta en la nieve? Zelfugárov. Es mi vecino de arriba en el departamento del vagón, en el tren que nos lleva directamente al infierno: un muchacho de dieciocho años, de constitución débil y músculos gastados, consumidos prematuramente. La cara de Zelfugárov está cubierta de sangre y solo reconozco a mi vecino por sus negras y pobladas cejas: Zelfugárov, un turco, falsificador de moneda. Un falsificador condenado por el 59 punto 12 y aún con vida; aunque esto no se lo creería ni un solo fiscal, ni un instructor, pues para los falsificadores de moneda el Estado no tiene más que una respuesta: la muerte. Pero Zelfugárov era un muchacho de dieciséis años cuando se celebró el juicio.

—Hacíamos un dinero excelente, no había modo de distinguirlo del auténtico —farfullaba Zelfugárov emocionado por los recuerdos en la tienda de campaña, reforzada con una carcasa de madera dentro de la lona; también había

inventos de este tipo. Fusilaron al padre y a la madre, a dos tíos de Zelfugárov, pero el muchacho quedó con vida, aunque la verdad es que no por mucho tiempo; prueba de ello eran las botas y los puños del ingeniero Kiseliov.

Me inclino sobre Zelfugárov y este escupe sus dientes rotos sobre la nieve. Su cara se hincha a ojos vistas.

—¡Váyase, váyase! Si lo ve Kiseliov se va enfadar —me empuja por la espalda el ingeniero Vronski, un ingeniero de minas de Tula, originario de Tver, el último modelo de los procesos de Shajtí.[26] Un chivato y un canalla.

Siguiendo los estrechos escalones esculpidos en la roca, ascendemos al lugar de trabajo. Son los «cortes» de la mina. La galería que estamos horadando dibuja un ángulo en pendiente y no es poca la piedra que se ha sacado de allí con una cuerda; los raíles se pierden a lo lejos en las profundidades, donde se perfora, se arranca y se extrae el mineral de la montaña.

Tanto Vronski como yo y Sávchenko, un cartero de Jarbín, así como el conductor de locomotora Kriúkov, todos estamos demasiado débiles para trabajar de perforadores, para que se nos conceda el honor de acceder al pico y la pala y a la ración «reforzada», ración que se distingue de la nuestra, la de producción, por un plato más de gachas, creo. Yo sé qué es eso de la escala de alimentación en el campo, qué cruel contenido ocultan estas raciones alimenticias a modo

26. Serie de procesos políticos contra especialistas acusados de sabotear la producción de carbón en las minas de Donbass, en 1928.

de incentivo, y no me quejo. El resto, novatos, discuten acaloradamente la cuestión: qué categoría alimenticia les darían en los próximos diez días, porque las raciones y las cartillas se cambian cada diez días. ¿Qué categoría? Para la ración reforzada estamos demasiado débiles, los músculos de nuestros brazos y piernas hace tiempo que se han convertido en maromas, en cordeles. Pero todavía nos quedan músculos en la espalda, en el pecho, y aún nos quedan piel y huesos y nos salen callos en el pecho mientras cumplimos con los deseos del ingeniero Kiseliov. Los cuatro tenemos callos en el pecho y remiendos blancos en nuestros sucios y rotos chaquetones, remiendos cosidos en el pecho, como si todos lleváramos el mismo uniforme de preso.

En la galería se han colocado unas vías; por las vías, sujeta por una cuerda, una maroma de cáñamo, bajamos una vagoneta; abajo la cargarán y nosotros la sacaremos afuera. Está claro que no podremos sacar esta vagoneta a mano, ni siquiera si los cuatro tiráramos a la vez, de un tirón, como tiran los caballos de las troikas de carga en Moscú. En el campo cada uno tira a la mitad del esfuerzo o al doble. En el campo no saben tirar como un solo hombre. Pero tenemos un mecanismo: es el mismo artilugio que se usaba ya en el antiguo Egipto y que hizo posible que se construyeran las pirámides. Las pirámides y una mina cualquiera, una ridícula mina. Es el cabrestante con caballos. Lo único es que aquí en lugar de caballos enganchan a personas, a nosotros, y cada uno de nosotros se apoya con el pecho en su barra, empuja y la vagoneta asciende lentamente al exterior.

Entonces, tras abandonar el cabrestante, hacemos rodar la vagoneta hacia el vertedero, la vaciamos y la arrastramos de vuelta, la colocamos sobre los raíles y la empujamos hacia el interior de la negra garganta de la galería.

Todos y cada uno llevamos sangrientas heridas en el pecho, todos y cada uno llevamos zurcidos en el pecho, es la huella de la barra de un cabrestante para caballos, de un cabrestante egipcio.

Aquí nos espera, con los brazos en jarras, el ingeniero Kiseliov. Vigila que ocupemos nuestros sitios en el atelaje. Después de acabarse el pitillo y de aplastar la colilla a conciencia contra las rocas con sus botas, Kiseliov se marcha. Y a pesar de que sabemos que Kiseliov ha desmenuzado, ha pisoteado a propósito la colilla para que no nos tocara ni una brizna de tabaco, pues el capataz ha visto nuestros ojos encendidos de avidez, las narices de los presos que aspiraban a lo lejos su cigarrillo, de todos modos no podemos dominarnos y los cuatro corremos hacia el pitillo destrozado, exterminado, e intentamos recoger siquiera una brizna, siquiera una pizca, pero no logramos rescatar ni una mota, ni una hebra. Los ojos de todos se nos llenan de lágrimas, y regresamos a nuestros lugares de trabajo, a las barras desgastadas del cabrestante ecuestre, a nuestro medieval molinete.

Fue Kiseliov, Pável Dmítrievich Kiseliov, quien resucitó en Arkagalá la celda de castigo helada de los tiempos del treinta y ocho, una celda horadada en la roca, en el hielo perpetuo, una celda helada. En verano a la gente la desnudaban hasta dejarla en ropa interior, según el reglamen-

to carcelario de verano, y la encerraban descalza en esta celda de castigo, sin gorro y sin guantes. En invierno nos encerraban vestidos, como reza el reglamento de invierno. Muchos de los reclusos que pasaban en esta celda una sola noche se despedían para siempre de su salud.

En los barracones, en las tiendas, se hablaba mucho de Kiseliov. Las diarias palizas metódicas, mortales, les parecían a muchos, a aquellos que no habían pasado la escuela del año 1938, demasiado horrorosas e insoportables.

A todos los sorprendía, los asombraba, o digamos que los intrigaba el hecho de que el jefe participara personalmente en estas ejecuciones. Los presos perdonaban fácilmente los golpes y los empujones a los centinelas, a los vigilantes, se los perdonaban a sus propios jefes de brigada; pero sentían vergüenza de que lo hiciera el jefe del campo, este ingeniero que ni siquiera era miembro del partido. La entrega de Kiseliov suscitaba la indignación incluso de aquellos que habían visto embotados sus sentidos por los muchos años de reclusión, que habían aprendido a sumirse en la gran indiferencia que el campo inculca a los hombres.

Es horroroso ver un campo, y ni un solo hombre en el mundo debería conocer qué es un campo de trabajo. La experiencia de los campos es negativa por completo, negativa hasta el último instante. Allí el hombre solo se vuelve peor. Y no puede ser de otro modo. En el campo hay muchas cosas que el hombre no debería ver. Pero observar los bajos fondos de la vida no es lo más horroroso. Lo más pavoroso es cuando el hombre empieza a sentir —para siem-

pre— estos bajos fondos en su propia vida, cuando establece sus criterios morales a partir de la experiencia carcelaria, cuando la moral del hampa se aplica a la vida en libertad. Cuando la inteligencia del hombre no solo sirve para justificar estos sentimientos carcelarios, sino que sirve también a estos mismos sentimientos. Conozco a muchos intelectuales —y no solo intelectuales— que han convertido justamente los límites morales del hampa en los límites secretos de su conducta en libertad. En el combate de estos hombres contra el campo de trabajo ha salido victorioso el campo. De ahí justamente surge la asimilación de la moral que reza «mejor robar que pedir», la falsa distinción del hampa entre la ración personal y la estatal. La actitud en exceso laxa hacia todo lo público. Son muchos los ejemplos de esta descomposición. La frontera moral, los límites, son muy importantes para el recluso. Se trata de la cuestión principal de su vida: si aún sigue siendo un hombre o no.

La distinción es muy precisa, y no hay que sonrojarse ante el recuerdo de cuando uno era un «terminal», un «colilla», cuando «corría como una ramera con su cazoleta» y escarbaba entre las basuras, sino que hay que sentir vergüenza de la moral del hampa que uno ha hecho suya, aunque esta actitud le ha dado la posibilidad de sobrevivir como los hampones, de hacerse pasar por un «común» y de comportarse de manera que ni el jefe ni los compañeros se enteren, Dios no lo quiera, de que ha sido condenado por el 58 o por el 162, o por cualquiera de los artículos administrativos: malversación, negligencia, etcétera. En una palabra, el

intelectual quiere ser una Zoya Kosmodemiánskaya[27] del campo, ser un hampón con los hampones y un común con los comunes. Roba y bebe e incluso se alegra cuando le echan una condena de «común»; por fin se ha quitado de encima el maldito estigma de «político». Cuando en él nunca hubo nada de político. En el campo no había políticos. Eran unos enemigos imaginarios, inventados, con los cuales el Estado saldaba cuentas como si se tratara de enemigos de verdad: los fusilaba, exterminaba o mataba de frío. La mortal guadaña de Stalin segaba a todos sin distinción, alineados según el orden de reparto, según las listas o en función del cumplimiento del plan. Entre los caídos en los campos había la misma proporción de sinvergüenzas y de cobardes que la que se daba en libertad. Todos eran gentes fortuitas, convertidas por azar en víctimas salidas de entre los indiferentes, los cobardes, los acomodaticios e incluso de entre los verdugos.

El campo constituía una gran prueba para las fuerzas morales del hombre, y el noventa y nueve por ciento de los hombres no superaba esta prueba. Y aquellos que la superaban morían junto a aquellos que salían derrotados, esforzándose por ser mejores que los demás, más duros que los demás, solo para ellos mismos...

Era bien entrado el otoño; caía una espesa nevasca. Un pato joven, rezagado en su vuelo migratorio, no podía

27. Zoya Kosmodemiánskaya (1923-1941), partisana, se convirtió en símbolo del heroísmo soviético por la valentía que demostró en la lucha contra los alemanes.

luchar contra la nieve y se debilitaba. En la explanada encendieron un proyector y el pato, engañado por aquella fría luz, se lanzó sacudiendo sus pesadas y húmedas alas hacia el foco, hacia el sol, hacia el calor. Pero la fría luz del proyector no era el fuego del sol, el fuego que da la vida, y el pato dejó de luchar contra la nieve. El pato se posó en la explanada ante la galería donde nosotros —unos esqueletos cubiertos de harapientos chaquetones— empujábamos con el pecho las barras del cabrestante bajo el griterío de los centinelas. Sávchenko cazó el pato con las manos. Lo calentó entre sus ropas, junto a su huesudo cuerpo, secó sus plumas con su cuerpo hambriento y frío.

—¿Nos lo comemos? —dije. Aunque aquí el plural sobraba por completo. Era una presa que había cazado Sávchenko y no yo.

—No. Mejor se lo doy...

—¿A quién? ¿A los centinelas?

—A Kiseliov.

Sávchenko llevó el pato a la casa en la que vivía el jefe del sector. La mujer del jefe del sector le sacó a Sávchenko dos trozos de pan de unos trescientos gramos y le llenó hasta arriba la cazoleta de una sopa viuda de col agria. Kiseliov sabía cómo saldar cuentas con los detenidos, y le había enseñado el arte a su mujer. Defraudados, nos tragamos aquel pan; Sávchenko un pedazo mayor y yo uno más pequeño. Y lamimos aquella sopa.

—Habría sido mejor habernos comido nosotros mismos el pato —dijo triste Sávchenko.

—No tenías que habérselo llevado a Kiseliov —coincidí yo.

Tras haber sobrevivido casualmente al exterminador año treinta y ocho, yo no estaba dispuesto a condenarme de nuevo a unos tormentos que conocía bien. A sufrir humillaciones cada día, cada hora, palizas, escarnios, enfrentamientos con los guardianes, con el cocinero, con el encargado de los baños, con el jefe de la brigada, con cualquier jefe: la inacabable lucha por un pedazo de algo que se pudiera comer a fin de no morir de hambre, sobrevivir hasta el día de mañana, un día exactamente igual que el anterior.

Había que reunir los últimos despojos de una voluntad desvencijada, torturada, hecha pedazos, para acabar de una vez con las humillaciones aunque te fuera la vida en ello. La vida no es una apuesta tan grande en el juego del campo. Yo sabía que todos pensaban igual, pero no lo decían. Y encontré la manera de librarnos de Kiseliov.

Un millón y medio de toneladas de carbón semicoquificado, de un poder calórico no inferior al de Donbass, era la reserva de Arkagalá, la zona hullera de Kolimá donde los frondosos árboles, destrozados por el frío en las copas y por el hielo perpetuo bajo las raíces, alcanzan la madurez a los trescientos años. La importancia de las reservas de carbón donde crece un bosque de este género es algo que comprende cualquier jefe en Kolimá. Por eso en la mina de Arkagalá se presentaban a menudo los más altos cargos de Kolimá.

—En cuanto aparezca en Arkagalá algún alto mando le sacudimos a Kiseliov en todos los morros. En público.

Porque seguro que inspeccionan los barracones; y la mina, seguro. Salir de la formación y soltarle un bofetón.

—¿Y si te pegan un tiro, cuando salgas de la formación?

—No lo harán. No se esperarán algo así. En cuanto a recibir bofetadas, la experiencia de los altos mandos no es grande que digamos. Porque no te dirigirás a un mando llegado de fuera sino a tu jefe.

—Me caerá otra condena.

—Unos dos años. Por un canalla como este no te echarán más. Dos años lo valen.

Ninguno de los viejos presos de Kolimá contaba con regresar vivo del Norte: los años de condena no tenían importancia. Con tal de que no te fusilaran, que no te mataran... Y aun en este caso...

—Lo que está claro es que, después de la bofetada, a Kiseliov lo relevan del cargo y lo mandan a otra parte. Porque entre el alto mando un bofetón se considera una ofensa. Nosotros, los presos, no lo creemos así y a lo mejor Kiseliov tampoco. Pero una bofetada así retumbará por todo Kolimá.

Después de soñar de esta manera sobre lo más importante en nuestras vidas junto a la estufa, me subí a la litera superior, a mi sitio, donde se estaba más caliente, y me dormí.

Dormí sin soñar nada. Por la mañana nos condujeron al trabajo. La puerta de la oficina se abrió y el jefe del sector atravesó el umbral. Kiseliov no era un cobarde.

—¡Eh, tú, sal! —gritó.

Salí de la formación.

—¿De modo que retumbará por todo Kolimá, eh? Ya sabes. Prepárate...

Kiseliov no me golpeó, ni siquiera hizo el ademán para salir del paso, para salvaguardar su propia dignidad de jefe. Se dio la vuelta y se marchó. Debía andarme con muchísimo cuidado. Kiseliov ya no volvió a acercarse a mí, sencillamente me borró de su vida, pero yo comprendía que no iba a olvidar nada y a veces notaba sobre mis espaldas la mirada llena de odio del hombre, a quien aún no se le había ocurrido la manera de vengarse.

He reflexionado mucho sobre el gran milagro del campo, el milagro de los chivatazos, el milagro de la delación. ¿Cuándo le llegó el soplo a Kiseliov? Está claro que el soplón no durmió por la noche, para así poder llegar hasta el puesto de guardia o a la casa del jefe. Extenuado por el trabajo durante el día, el honrado chivato se privó de unas horas de descanso nocturno, se sacrificó, sufrió y «demostró» su celo. Pero ¿quién había sido? Éramos cuatro durante la conversación. Yo mismo no me denuncié, de eso estoy seguro. Hay situaciones en la vida en que la misma persona no sabe si ha denunciado o no a sus compañeros. Por ejemplo, las interminables declaraciones de arrepentimiento de todos los desviacionistas del partido. ¿Eran eso denuncias o no? Ya no me refiero a las confesiones hechas en un estado de inconsciencia bajo el efecto de un soldador ardiendo. También ha habido casos. Corre aún por Moscú un profesor buriato con cicatrices en la cara hechas con un soldador en el año treinta y siete. ¿Quién más podía ser? ¿Sávchenko?

Sávchenko dormía a mi lado. ¿El ingeniero Vronski? Sí, el ingeniero Vronski. Él había sido. Había que darse prisa, y escribí una nota.

La tarde del día siguiente, de Arkagalá, que se hallaba a once kilómetros de nosotros, llegó un médico en un coche de paso, el recluso Kunin. Lo conocía un poco, del campo de tránsito donde habíamos coincidido en el pasado. Después de examinar a los enfermos y a los sanos, Kunin me guiñó un ojo y se dirigió a ver a Kiseliov.

—¿Qué tal la inspección? ¿Todo en orden?

—Sí, casi, casi. Quiero pedirle algo, Pável Dmítrievich.

—Estoy a su disposición.

—Deje ir a Andréyev a Arkagalá. Le haré un volante.

Kiseliov montó en cólera.

—¿A Andréyev? No; a quien quiera, Serguéi Mijáilovich, pero no a Andréyev. —Y se echó a reír—. Este tipo es, cómo se lo diría más literariamente... Es mi enemigo personal.

Hay dos escuelas de jefes en el campo. Unos consideran que a todos los reclusos, y no solo a los reclusos, a todos aquellos que han contrariado personalmente al jefe, hay que mandarlos cuanto antes a otro lugar, trasladarlos, echarlos del trabajo.

La otra escuela cree que hay que mantener a todos los ofensores, a todos los enemigos personales, lo más cerca posible, bien a la vista, y así comprobar la efectividad de las medidas punitivas que el jefe ha ingeniado para satisfacer su orgullo personal y su crueldad.

—No me atrevo a insistir —dijo Kunin—. Si he de decirle la verdad, no he venido para esto ni mucho menos. Aquí tiene estas actas, son bastantes. —Kunin abrió su arrugada cartera de lona—. Son actas de malos tratos. Aún no las he firmado. Yo, sabe usted, en este tipo de cosas me atengo a criterios simples, lo que se llama «populares». A los muertos no los resucitarás, y los huesos rotos no los vas a pegar. Y además, en esas actas no hay muertos. Me refiero a los muertos por decir algo. Yo no le deseo ningún mal, Pável Dmítrievich, y podría suavizar alguna de las conclusiones médicas. No eliminarlas, sino justamente suavizarlas. Exponer lo sucedido, pero más delicadamente. Aunque, viendo su nerviosismo, no quiero molestarle con una petición personal.

—No, no, Serguéi Mijáilovich —replicó Kiseliov tras sujetar por los hombros a Kunin, que se había levantado del taburete—. ¿Qué dice? ¿Y estas estúpidas actas no podrían romperse de una vez? Fue en un arranque, palabra de honor. Y además, no sabe qué bichos son. Sacan de quicio a cualquiera.

—Sobre si esos bichos son capaces de sacar de quicio a cualquiera yo tengo mi propia opinión, Pável Dmítrievich. En cuanto a las actas... Romper, claro está, no se pueden romper, pero suavizarlas, eso sí.

—¡Pues hágalo!

—Me encantaría —dijo fríamente Kunin mirando directamente a los ojos de Kiseliov—. Pero ya ve, le he pedido que traslade a uno de esos bichos, que dice usted, a Arkagalá, me refiero a ese terminal de Andréyev, pero usted no

quiere, no quiere ni oír hablar del asunto. Se ha echado a reír y eso es todo...

Kiseliov se quedó callado.

—Bazofia es lo que sois todos —soltó—. Escriba el volante para el hospital.

—Eso lo hará el practicante de su sector por orden de usted —dijo Kunin.

Aquella misma tarde, con un diagnóstico de «apendicitis aguda» se me llevaron a Arkagalá, a la zona central del campo, y nunca más vi a Kiseliov. Pero no había pasado ni medio año cuando me llegaron noticias de él.

En la oscuridad de la galería se oía el crujido de un diario y unas risas. En el periódico se publicaba la noticia de la repentina muerte de Kiseliov. Los presentes se explicaban por centésima vez los detalles, atragantándose de la alegría. Una noche, en la casa de Kiseliov había entrado un ladrón por la ventana. Kiseliov no era un cobarde; sobre su cama siempre colgaba una escopeta de caza cargada. Al oír un ruido, Kiseliov se levantó de la cama y, tras levantar los martillos de su escopeta de dos cañones, corrió a la habitación vecina. El ladrón, al oír los pasos del dueño de la casa, corrió hacia la ventana, pero tardó en saltar por la estrecha abertura.

Kiseliov golpeó al ladrón con la parte posterior de la culata, como en un combate defensivo cuerpo a cuerpo, es decir, siguiendo al pie de la letra las instrucciones, tal como se enseñaba a todos los civiles durante la guerra; los instruían en una técnica de lucha cuerpo a cuerpo más propia de nuestros abuelos. La escopeta se disparó. Y los dos cartuchos le

reventaron el vientre a Kiseliov. Al cabo de dos horas había muerto; el cirujano más cercano se encontraba a más de cuarenta kilómetros y a Serguéi Mijáilovich, al ser un recluso, no lo autorizaron a llevar a cabo una operación de urgencia como aquella.

El día en que la noticia sobre la muerte de Kiseliov llegó a la mina fue un día de fiesta para los presos. Parece que aquel día se cumplió el plan, incluso.

1965

El amor del capitán Tolly

En una mina de oro el trabajo más fácil de la brigada es el del entablador, el carpintero que tiende las tablas y une con clavos los tablones por los que corren las carretillas con los «placeres» hacia el «lavadero», el aparato de lavado. Desde el entablado central los «bigotes» de madera se extienden hasta cada una de las galerías. Todo esto, visto desde arriba, desde el lavadero, parece un ciempiés gigante, aplastado, disecado y clavado por los siglos de los siglos en el fondo del rocoso talud.

El trabajo del entablador es un *kant*, un trabajo ligero comparado con el que llevan a cabo los picadores o los carretilleros. Las manos del entablador están libres de asas de carretillas, de palas, de barras, de picos. Todo su instrumental es un hacha y un puñado de clavos. Por lo común, en el cargo de entablador —una labor necesaria, obligatoria y de responsabilidad— el jefe de brigada coloca sucesivamente a los hombres más trabajadores, concediéndoles así, al menos, un pequeño respiro. Ciertamente, los dedos que hayan abrazado para siempre, de por vida, el mango de una pala o de un pico no se desdoblarán en un solo

día de trabajo ligero; para lograrlo necesitas estar un año o más sin hacer nada. Pero, de todos modos, en esta alternancia del trabajo ligero con el duro hay un ápice de justicia. Y aquí no existe un orden establecido: cuanto más débil esté uno, más posibilidades tiene de trabajar de entablador aunque solo sea un día.

Para clavar o ajustar unos tablones no hay que ser ni ebanista ni carpintero. Hasta la gente con estudios superiores llegaba a dominar perfectamente el oficio.

En nuestra brigada este *kant* no se hacía por turnos. El puesto de entablador lo ocupaba siempre el mismo hombre: Isái Rabinóvich, ex directivo de la Compañía Estatal de Seguros. Rabinóvich tenía sesenta y ocho años, pero era un viejo fuerte y confiaba en sobrevivir a los diez años de su condena a trabajos forzados. En el campo lo que mata es el trabajo; por eso cualquiera que alabe el trabajo del campo es un canalla o un imbécil. Hombres de veinte, de treinta años caían uno tras otro —para eso los habían traído a esta zona especial—; el entablador Rabinóvich, en cambio, seguía con vida. Tenía no se sabe qué conocidos entre los superiores del campo, extrañas y misteriosas relaciones, pues Rabinóvich de vez en cuando trabajaba o bien en la sección de servicios, o bien de oficinista. Isái Rabinóvich comprendía a la perfección que cada día, cada hora pasada fuera de la galería le prometía la vida, la salvación, mientras que la mina, solo la muerte. No se debía destinar a los viejos en edad de jubilación a una zona especial. Por los datos de su expe-

diente habían conducido a Rabinóvich a esta zona especial para morir.

Pero llegado a este punto, el viejo se mostró obstinado y no quiso morirse.

En una ocasión nos encerraron juntos, nos «aislaron» un Primero de Mayo, como lo hacían cada año.

—Hace tiempo que lo observo —dijo Rabinóvich, y a mí me resultó inesperadamente agradable saber que alguien me observaba, que me estudiaba alguien distinto a quien le correspondía hacerlo.

Le sonreí con mi sonrisa torcida, una mueca que me desgarraba los labios malheridos, que me abría las encías sangrantes por el escorbuto.

—Debe de ser usted una buena persona —prosiguió—. Nunca le he oído referirse a las mujeres con palabras sucias.

—No había caído en la cuenta. Aunque ¿cree usted que aquí se habla de mujeres?

—Cómo no; lo que pasa es que usted no interviene cuando se toca el tema.

—A decir verdad, Isái Davídovich, a mí las mujeres me parecen mejores que los hombres. Comprendo todo eso de la unidad del hombre en su dualidad, que marido y esposa son una sola cosa y todo lo demás. Y sin embargo, la maternidad es un trabajo. Las mujeres incluso trabajan mejor que los hombres.

—Una verdad como un templo —comentó el vecino de Rabinóvich, el contable Beznózhenko—. En todas las

jornadas de trabajo de choque, en todos los sábados rojos,[28] lo peor era hacer pareja con una mujer, porque te molía, te mataba a trabajar. En cuanto encendías un pitillo se ponía hecha una furia.

—También es cierto —dijo distraído Rabinóvich—. Puede ser, puede ser...

—Por ejemplo en Kolimá. Muchas mujeres han venido aquí siguiendo a sus maridos; qué terrible suerte la suya: el acoso de los jefes, de todos estos majaderos contagiados de sífilis. Esto lo sabe usted mejor que yo. En cambio, ni un solo hombre ha seguido hasta aquí a su mujer, ya fuera presa o deportada.

—Fui director de la Compañía Estatal de Seguros, lo fui por muy poco tiempo —dijo Rabinóvich—. Aunque el suficiente como para que me «colgaran una decena». Durante muchos años gestioné los activos externos de la compañía. ¿Comprende lo que le digo?

—Por supuesto —dije de modo irreflexivo, pues no entendía nada.

Rabinóvich sonrió de manera muy educada, muy respetuosa.

—Además del trabajo en el extranjero... —De pronto, tras mirarme a los ojos, Rabinóvich comprendió que lo que decía no me interesaba nada. Al menos, hasta la hora de comer.

28. Días de trabajo «voluntario» fuera de la jornada laboral, sábados o festivos.

Reemprendimos la conversación después de una cucharada de sopa.

—¿Quiere que le cuente algo sobre mí? He vivido mucho en el extranjero, y hasta hoy, en los hospitales en que he estado, en los barracones en que he vivido, en todas partes me pedían que les contara una sola cosa. Cómo, dónde y qué comía allí. Los temas gastronómicos. Pesadillas, sueños, añoranzas gastronómicas. ¿Quiere usted escuchar un relato así?

—Sí, desde luego —dije.

—Pues bien. Soy un agente de seguros de Odesa. He trabajado en la Rossía, hubo una agencia de seguros con ese nombre. Era un joven que se esforzaba por cumplir lo mejor y más honradamente que podía con el dueño de la compañía. Aprendí lenguas. Y me mandaron al extranjero. Me casé con la hija del amo. Viví fuera de Rusia hasta que estalló la revolución. La revolución no asustaba demasiado al jefe. Él, como Savva Morózov,[29] había apostado por los bolcheviques. Durante la revolución seguí en el extranjero con mi mujer y mi hija. Mi suegro murió de modo fortuito, no por culpa de la revolución. Yo tenía muchos conocidos; pero para tener todos aquellos conocidos no me hizo falta ninguna Revolución de Octubre. ¿Me entiende usted?

—Sí.

29. Savva Timoféyevich Morózov (1862-1905), hombre de negocios y fabricante ruso que durante el zarismo financió las actividades de los bolcheviques.

—El poder soviético tan solo comenzaba a ponerse en pie. Me vino a ver una gente: Rusia, la RSFSR,[30] realizaba sus primeras compras en el extranjero. Se necesitaban créditos. Y para obtener un préstamo no bastaba con las obligaciones del Banco del Estado. En cambio era suficiente una nota mía, mi recomendación. Así fue como puse en contacto la RSFSR con Kreuger, el rey de las cerillas. Varias operaciones como aquella me permitieron regresar a la patria, donde me dediqué a algunos asuntos delicados. ¿Ha oído usted hablar de la venta de Spitzberg[31] y de la cuantía de aquella transacción?

—Algo he oído.

—Pues bien, fui yo quien trasladó un cargamento de oro noruego a una nave nuestra en el mar del Norte. Así que, además de los activos exteriores, me dedicaba a encargos de este tipo. El poder soviético se convirtió en mi nuevo patrón. Y yo le serví como lo había hecho en la sociedad aseguradora, con toda honestidad.

Los inteligentes y serenos ojos de Rabinóvich estaban puestos en mí.

—Voy a morir. Ya soy un anciano. He conocido la vida. Me da pena mi mujer. Vive en Moscú. También mi hija vive en Moscú. Aún no han caído en una de esas redadas contra los «miembros de familia»... Al parecer ya no tendré ocasión de verlas. Me escriben a menudo. Me envían paquetes. ¿A usted le mandan? ¿Le mandan algo?

30. Siglas de la República Socialista Federativa Soviética de Rusia.
31. Isla noruega con intereses rusos.

—No. Les he escrito que no me envíen nada. Si sobrevivo, que sea sin ayuda ajena. Así me lo debo todo a mí solo.

—Suena caballeresco lo que dice. Mi mujer y mi hija no lo entenderían.

—No tiene nada de caballeresco, porque usted y yo no es que estemos más allá del bien y del mal, sino al margen de todo cuanto es humano. Después de todo lo que he visto, no quiero sentirme obligado ante nadie, ni siquiera ante mi mujer.

—Algo confuso. Porque yo escribo y pido. Un paquete me da para un mes en la sección de servicios; he invertido mi mejor traje para lograr este cargo. O quizá se ha imaginado usted que le había dado lástima al jefe...

—Pensaba que tendría alguna relación especial con la dirección del campo.

—¿O sea, que soy un soplón? Pero, a ver, ¿a quién le hace falta un informador de setenta años? No, simplemente los he sobornado. Y vivo. Y no he compartido con nadie el fruto de este soborno, ni siquiera con usted. De modo que recibo paquetes, escribo y pido.

Después del encierro de mayo regresamos juntos al barracón, ocupamos dos sitios contiguos en aquellas literas de vagón de tren. No es que nos hiciéramos amigos —la amistad es imposible en el campo—, sino que nos tratábamos el uno al otro con respeto. Yo tenía una gran experiencia en el campo, y el viejo Rabinóvich estaba dotado de una curiosidad por la vida más propia de un joven. Al comprobar que era imposible sofocar mi rabia, el hombre me empezó

a tratar con respeto, con respeto y nada más. O tal vez se tratara de la necesidad que los viejos sienten —como ocurre en un vagón de tren— de evocar su vida ante el primero que aparece. Una vida que quisieran dejar aquí, en la tierra.

Los piojos no nos asustaban. Cierta vez, en el tiempo en que me relacioné con Rabinóvich, me robaron mi bufanda; era, por supuesto, de algodón, pero se trataba de una bufanda tejida, de una bufanda de verdad.

Salíamos juntos a formar, a formar afuera «sin el último», como se llaman con horrorosa precisión estas formaciones en el campo. A formar «sin el último». Los vigilantes agarraban a la gente, los guardias golpeaban con las culatas, tirando al suelo, arreando a la muchedumbre de seres harapientos desde la pendiente helada para que se lanzaran hacia abajo, y quien no llegara a tiempo, el que se retrasara —por eso se llamaba «sin el último»— lo sujetaban por los pies y los brazos y tras balancearlo lo arrojaban pendiente abajo por el hielo. Tanto yo como Rabinóvich nos lanzábamos cuanto antes hacia la formación, y llegábamos dando tumbos hasta la explanada donde la guardia del convoy ya esperaba y a fuerza de guantazos nos colocaba en hileras para salir a trabajar. En la mayoría de los casos lográbamos llegar hasta abajo más o menos enteros, conseguíamos arrastrarnos con vida hasta el lugar de trabajo; y allí que pasara ya lo que Dios quisiera.

Al último, al que había llegado tarde, a quien habían arrojado desde arriba, a este lo ataban a un caballo por los pies y lo arrastraban a la mina, al lugar de trabajo. Tanto yo

como Rabinóvich habíamos tenido la fortuna de evitar este mortal paseo.

Con esta idea se había elegido el lugar de la zona del campo: al regresar del trabajo debías subir montaña arriba, y encaramándote por los peldaños, agarrándote a los restos de los desnudos y quebrados arbustos, arrastrarte hacia la cima. Después de una jornada de trabajo en una mina de oro, se diría que un hombre no habría de tener ya fuerzas para llegar arriba. Y sin embargo, aunque a rastras, se llegaba. Y, aunque fuera después de media hora o una hora, se alcanzaba el portón del puesto de guardia, la zona, los barracones, la morada. En el frontón de la puerta aparecía la inscripción acostumbrada: «Honor y gloria al trabajo, ejemplo de entrega y heroísmo.» Nos dirigíamos al comedor, bebíamos algo de las escudillas, luego íbamos al barracón y nos echábamos a dormir. Por la mañana todo empezaba de nuevo.

No todos pasaban hambre; por qué era así es algo que nunca logré saber. Cuando llegaba el calor, hacia la primavera, empezaban las noches blancas. Por entonces en el comedor del campo se inició el pavoroso juego del «cebo». Sobre una mesa vacía se colocaba una ración de pan, luego algunos se escondían en un rincón y esperaban hasta que una víctima hambrienta, un «terminal» cualquiera, se acercara, se encandilara ante la vista de la comida y alargara la mano, intentara agarrar el pan. Entonces, del rincón, de la oscuridad, desde el escondite, todos a una, se lanzaban sobre él y le daban al ladrón, al esqueleto viviente, una paliza

de muerte. Aquella era una nueva diversión que yo nunca había visto antes salvo en Dzhelgalá. El organizador de aquel juego era el doctor Krivitski, un viejo revolucionario, ex viceministro del Comisariado del Pueblo para la Industria Militar. Junto con el periodista de *Izvestia* Zaslavski, Krivitski era el principal instigador de aquellos sanguinarios «cebos», de aquellas horrendas trampas.

Yo tenía una bufanda; de algodón, claro, pero era una bufanda tejida, una de verdad. El practicante del hospital me la había regalado cuando me dieron el alta. Mientras descargaban nuestra etapa en la mina Dzhelgalá surgió ante mí un rostro gris, sin un asomo de sonrisa, surcado de unas profundas arrugas como solo se ven en el Norte, y marcado por viejas congelaciones.

—¡Te la cambio!

—No.

—¡Véndemela!

—No.

Todos los del lugar —y eran decenas los que corrieron al encuentro de nuestro camión— me miraban sorprendidos, perplejos ante mi insensatez, mi estupidez, mi orgullo.

—Es el *stárosta*, el síndico del campo —me avisó alguien; pero yo moví en señal de rechazo la cabeza.

En aquel rostro incapaz de sonreír se elevaron las cejas. El *stárosta* le hizo un gesto a alguien mientras me señalaba.

Pero en aquella zona los ladrones no se atrevían a usar la fuerza, a cometer un robo a la luz del día. Era mucho más fácil hacerlo de otro modo, y yo sabía cómo sería este otro

modo. Me até la bufanda con un nudo alrededor del cuello; no me la quitaba nunca, ni en el baño, ni de noche, nunca.

Me habría sido fácil conservar la bufanda, de no ser por los piojos. Había tantos piojos en la bufanda que la tela se movía cuando me la quitaba por un instante para sacudirle los bichos y la colocaba sobre la mesa junto a la lámpara.

Me pasé unas dos semanas luchando con las sombras de los ladrones, tratando de convencerme de que eran sombras y no ladrones. Pasadas dos semanas, tras colgar la bufanda solo por una vez en la litera justo frente a mí, me di la vuelta para llenarme una taza de agua y la bufanda desapareció, se esfumó al instante arrebatada por la experimentada mano de un ladrón. Me había agotado de tal modo por culpa de aquella prenda, era tanta la tensión a la que me sometía aquel robo anunciado, un robo del que estaba seguro, que presentía, que hasta casi veía, que incluso me alegré de que ya no tuviera nada que guardar. Y por primera vez, desde que llegué a Dzhelgalá, me dormí profundamente y tuve un buen sueño. O tal vez fuera porque los miles de piojos habían desaparecido y el cuerpo notó al instante cierto alivio.

Isái Rabinóvich seguía compasivo mi lucha heroica. No me había ayudado, por supuesto, a conservar mi piojosa bufanda —en el campo cada uno vela por sí mismo—, aunque tampoco yo había esperado su ayuda.

Pero Isái Rabinóvich, tras pasar varios días en la sección de servicios, me pasó un vale de comida a modo de consuelo por mi pérdida. Y yo le di las gracias a Rabinóvich.

Después del trabajo, todos se acuestan enseguida, tras extender la sucia ropa bajo el cuerpo.

Isái Rabinóvich dijo:

—Quiero consultarle sobre una cuestión. Nada del campo.

—¿Sobre el general De Gaulle?

—No, y no se ría. He recibido una carta importante. Quiero decir que es importante para mí.

Me sacudí el sueño que me invadía poniendo en tensión todo mi cuerpo, me desentumecí y me dispuse a escuchar.

—Ya le he contado que mi mujer y mi hija están en Moscú. No las han tocado. Mi hija quiere casarse. He recibido una carta suya. Y de su novio, aquí la tiene —y Rabinóvich sacó de debajo de la almohada un pliego de cartas: un paquete de hermosas hojas escritas con una letra precisa y veloz. Me fijé y vi que las letras no eran rusas, sino latinas.

—Moscú ha dado su permiso para que me entreguen estas cartas. ¿Sabe usted inglés?

—¿Yo? ¿Inglés? No.

—Están en inglés. Del novio. Pide mi permiso para casarse con mi hija. Me escribe que «mis padres ya han dado su consentimiento y ahora solo falta el beneplácito de los padres de mi futura esposa. Le ruego, mi querido padre...» Y aquí tiene la carta de mi hija: «Papá, mi prometido, el *attaché* naval de los Estados Unidos de América, el capitán de primera clase Tolly, pide tu consentimiento para nuestro matrimonio. Papá, contesta cuanto antes...»

—¿Pero qué disparate es este?

—No es ningún disparate, sino la carta del capitán Tolly dirigida a mí. La de mi hija. Y la de mi mujer.

Rabinóvich se palpó con gesto lento un piojo en un sobaco, lo sacó de allí y lo aplastó contra la litera.

—¿Su hija le pide su consentimiento para casarse?

—Así es.

—¿El novio de su hija, el *attaché* naval de los Estados Unidos, el capitán de primera clase Tolly, le pide su consentimiento para casarse con la hija de usted?

—Sí.

—Pues salga corriendo en busca del jefe y haga una solicitud para que le permitan mandar una carta extra.

—Pero es que yo no quiero dar mi consentimiento para que se casen. Esto es lo que justamente le quería consultar.

Las cartas, la historia, aquel modo de comportarse... Me sentía sencillamente anonadado.

—Si doy mi consentimiento a este matrimonio, ya no la veré nunca más. Mi hija se marchará con el capitán Tolly.

—Escúcheme, Isái Davídovich. Pronto cumplirá usted setenta años. Yo lo tengo por una persona sensata.

—Es solo una reacción sentimental, aún no he reflexionado sobre el particular. Mañana mandaré la respuesta. Es hora de dormir.

—Mejor mañana celebramos este evento. Nos comemos el engrudo antes que la sopa. Y la sopa después del

engrudo. Podríamos también tostar el pan. Secar unos mendrugos. Cocer unas rebanadas en agua. ¿Qué le parece, Isái Davídovich?

Ni siquiera un terremoto me habría impedido dormirme, dormir, perder de vista el mundo. Cerré los ojos y me olvidé del capitán Tolly.

Al día siguiente Rabinóvich escribió la carta y la introdujo en el buzón de correos junto al puesto de guardia.

Al poco me llevaron a juicio, me juzgaron y al cabo de un año me mandaron de nuevo a la misma zona especial. Ya no tenía bufanda, pero tampoco el *stárosta* aquel andaba por allí. Llegué siendo el más común de los «terminales» de campo, un «colilla» sin más señas. Pero Isái Rabinóvich me reconoció y me trajo un pedazo de pan. Rabinóvich se había afianzado en la sección de servicios y había aprendido a no pensar en el día de mañana. La mina había enseñado a Rabinóvich.

—Creo recordar que estaba usted por aquí cuando mi hija quería casarse...

—Sí, cómo no.

—Pues la historia tiene continuación.

—Cuente.

—El capitán Tolly se casó con mi hija. Me parece que me quedé en eso —empezó a contar Rabinóvich. Sus ojos sonreían—. Así pasaron unos tres meses. Tres meses de buena vida, y al capitán de primera clase Tolly le dieron el mando de un buque en el océano Pacífico, de modo que se marchó a su nuevo destino. A mi hija, la esposa del

capitán Tolly, no le dieron permiso para salir del país. Stalin veía con malos ojos esos matrimonios con extranjeros, era como una ofensa personal, y en el Comisariado de Exteriores no hacían otra cosa que susurrarle al oído al capitán Tolly: ¿por qué no te largas solo?... Ya te has divertido bastante en Moscú y ahora, jovencito, ¿qué te ata aquí? Te casas con otra y listos. En una palabra, aquella era la última respuesta: la mujer se queda en casa. El capitán Tolly se marchó y durante un año no hubo cartas de él. Pero al cabo de un año mandaron a mi hija a trabajar a Estocolmo, a la embajada sueca.

—¿De espía, o qué? ¿Para un asunto secreto?

Rabinóvich me miró con cara de pocos amigos, disgustado por mi lengua tan larga.

—No sé, no sabría decirle para qué trabajo. Pero a la embajada. Mi hija trabajó allí una semana. Luego llegó un avión de América y mi hija fue a reunirse con su marido. Ahora esperaré cartas no solo de Moscú.

—¿Y los jefes de aquí?

—Las autoridades locales tienen miedo, no se atreven a tener opiniones propias sobre tales asuntos. Vino un instructor de Moscú, me interrogó sobre el tema. Y se fue.

La suerte de Isái Rabinóvich no se acabó aquí. Muy superior a cualquier milagro fue el haber acabado su condena justo en el plazo exacto, el día señalado, sin reducción de la pena por los días trabajados.

El organismo del ex agente de seguros resultó ser tan resistente que Isái Rabinóvich trabajó aún de contratado

libre en Kolimá, en el cargo de inspector de Hacienda. Pero no le dejaron viajar al continente. Rabinóvich murió dos años antes del XX Congreso del partido.

1965

La cruz

El sacerdote ciego atravesaba el patio tanteando con los pies la estrecha tabla extendida sobre el suelo, como si fuera la pasarela de un barco. Avanzaba lentamente, casi sin vacilar, sin tropezar, pisando el caminito de madera con las suelas cuadradas de las enormes y zurcidas botas de su hijo. En ambas manos llevaba unos cubos que despedían vapor, llenos de comida para las cabras. Las cabras, que se hallaban encerradas en un oscuro y bajo cobertizo, eran tres: *Mashka*, *Ella* y *Tonia*; unos nombres elegidos con acierto, pues se distinguían por sus consonantes. Por lo común solo la cabra a la que llamaba reaccionaba a su voz; aunque por la mañana, a la hora de darles de comer, los animales balaban sin orden ni concierto con llantos lastimeros asomando una tras otra sus hocicos por la ranura de la puerta del cobertizo. Media hora antes, el sacerdote ciego las había ordeñado en una gran colodra y se había llevado la humeante leche a casa. Al ordeñar, a menudo se equivocaba en su eterna oscuridad: el fino chorro de la leche caía silencioso fuera de la colodra y las cabras se volvían alarmadas al ver derramarse su propia leche por el suelo. O puede ser que no se volvieran.

Se equivocaba a menudo no solo por estar ciego. Su ensimismado cavilar entorpecía no menos su labor, y, mientras su cálida mano ordeñaba acompasada la fresca ubre de la cabra, más de una vez pensando en su familia se olvidaba de sí mismo y de lo que hacía.

El sacerdote se había quedado ciego poco después de morir su hijo, un guardia rojo —soldado del regimiento de armas químicas— caído en el frente del norte. El glaucoma, el «agua amarilla», se agravó de manera brusca y el hombre perdió la vista. El sacerdote tenía dos hijos más y otras dos hijas, pero este, el mediano, era el más querido y en cierto modo el único.

El sacerdote hacía todo el trabajo: cuidar de las cabras, darles de comer, limpiarlas y ordeñarlas, y esta tarea desesperada e inútil constituía la medida de su autoafirmación en la vida: el ciego se había acostumbrado a ser el sostén de su numerosa familia, a estar ocupado y a no depender de nadie, ni de la sociedad ni de sus propios hijos. Había encargado a su mujer que llevara escrupulosamente las cuentas de los gastos que ocasionaban las cabras y que anotara los beneficios que obtenían de vender la leche en verano. En la ciudad compraban de buena gana la leche de cabra, pues se la consideraba especialmente indicada contra la tuberculosis. El valor médico de esta opinión era más bien dudoso y no mayor que las conocidas raciones de carne de cachorros negros que alguien había recomendado a los enfermos de tisis. El sacerdote y su mujer tomaban un vaso o dos de leche al día, y el sacerdote mandaba apuntar tam-

bién el costo de estos vasos. Durante el primer verano se vio claro que el pienso salía mucho más caro que la leche obtenida; por lo demás tampoco eran despreciables los impuestos por la tenencia de «ganado menor», pero la mujer del sacerdote ocultaba la verdad a su marido, le decía que las cabras eran de provecho. Y el sacerdote ciego daba gracias a Dios por haberle dado fuerzas para ayudar siquiera un poco a su esposa.

Hasta 1928, a su mujer todos en la ciudad la llamaban «madre», pero en 1929 dejaron de hacerlo; casi todas las iglesias de la ciudad fueron dinamitadas, y la catedral «fría», en la que en otro tiempo había orado Iván el Terrible, se convirtió en museo. La mujer había sido tan gruesa, tan gorda, que su propio hijo, cuando tenía seis años, llegaba a decirle entre caprichosos lloriqueos: «No quiero ir contigo, me da vergüenza. Estás demasiado gorda.» Hacía tiempo que ya no lo era, pero la hinchazón, la obesidad insana de los cardíacos se conservaba en su enorme cuerpo. Casi no podía andar por la habitación y se trasladaba con dificultad del horno a la ventana de la cocina. En un principio el sacerdote le pedía que le leyera algo, pero la mujer nunca tenía tiempo para ello: siempre quedaban mil cosas por hacer en la casa, había que preparar la comida, la del matrimonio y la de las cabras. La mujer del sacerdote no iba a las tiendas; le hacían las pequeñas compras los críos de la vecindad, a los que daba leche de cabra o regalaba alguna golosina.

Sobre el fogón del horno ruso siempre había un perol, un recipiente de hierro colado. El perol tenía un canto roto;

el canto se había roto el primer año de casados. El brebaje hirviendo para las cabras se salía del perol por el extremo roto, caía sobre el fogón y de ahí goteaba al suelo. Junto al perol se encontraba una pequeña olla con gachas, la comida del sacerdote y de su mujer. Los humanos necesitaban mucho menos que los animales.

Pero también necesitaban algo.

Había poco que hacer, pero la mujer se movía con demasiada lentitud por la habitación sujetándose con las manos a los muebles, y al final del día estaba tan cansada que no encontraba fuerzas para la lectura. La esposa se quedaba dormida y el sacerdote se enfadaba. El hombre dormía muy poco, aunque se obligaba a hacerlo. En cierta ocasión su segundo hijo, que había venido de permiso, dolido por la lamentable situación en que se hallaba su padre, le preguntó inquieto:

—Papá, ¿por qué duermes de día y de noche? ¿Por qué duermes tanto?

—Cretino —le replicó el sacerdote—, ¿no comprendes que cuando duermo veo?...

Y el hijo no pudo olvidar aquellas palabras hasta el mismo día de su muerte.

Las emisiones radiofónicas vivían entonces su primera infancia, los aficionados se pasaban horas haciendo crepitar sus receptores y nadie se atrevía aún a conectar las tomas de tierra a las baterías de la calefacción o a los aparatos telefónicos. El sacerdote había oído hablar de la radio, pero comprendía que sus hijos, repartidos por todo el mundo, nunca

lograrían reunir el dinero suficiente para comprarle ni siquiera unos radioauriculares.

El ciego no había entendido muy bien por qué razón unos años atrás tuvieron que abandonar la habitación en la que habían vivido más de treinta años. La mujer le susurraba algo incomprensible con voz emocionada y furiosa, que brotaba de su enorme boca desdentada y farfullante. Ella nunca le contaba la verdad: cómo los milicianos habían sacado por la puerta de su triste habitación las sillas rotas, la vieja cómoda, el cajón con las fotos y los daguerrotipos, los peroles y las ollas y unos cuantos libros, los restos de una biblioteca en otro tiempo inmensa, así como el baúl donde guardaban lo último que les quedaba: una gran cruz de oro. El ciego no entendió nada; lo condujeron a su nueva vivienda, y el hombre callaba y rezaba en silencio a Dios. También las cabras las trasladaron entre balidos a la nueva vivienda; un carpintero conocido instaló a los animales en el nuevo lugar. En el tumulto una cabra desapareció; era la cuarta, y se llamaba *Ira*.

Los nuevos inquilinos de su vivienda junto al río, el joven fiscal de la ciudad y su estirada esposa, aguardaban en el hotel Central a que les anunciaran que la vivienda había quedado vacía. En el cuarto del sacerdote iban a instalar al tornero que vivía enfrente con su familia, y las habitaciones del tornero pasaban al fiscal. El fiscal de la ciudad nunca había visto ni vería al sacerdote ni al tornero en cuya «superficie habitable» se iba a instalar.

El sacerdote y su mujer se acordaban rara vez de su

antigua habitación; él porque estaba ciego, y ella porque era demasiado el dolor que había tenido que soportar en aquella vivienda; mucho más que alegrías. El sacerdote nunca supo que su mujer, mientras pudo, hacía pastelillos que vendía en el mercado, y que no paraba de escribir cartas a conocidos y parientes pidiendo alguna ayuda para ella y su esposo ciego. Y a veces llegaba algún dinero, poco, pero a pesar de todo con él se podía comprar el heno y el orujo para los animales, pagar los impuestos y al pastor.

Hacía tiempo que deberían haber vendido las cabras, que no eran más que una carga, pero a la mujer le daba miedo solo de pensarlo, pues era la única ocupación de su ciego marido. Y recordando cuán vital y enérgico había sido su esposo antes de la terrible enfermedad, no se veía capaz de hablarle sobre la venta de las cabras. Y todo seguía como siempre.

También escribía a los hijos, que hacía tiempo que ya eran mayores y tenían sus propias familias. Los hijos respondían a sus cartas; todos tenían sus problemas, sus propios hijos; aunque, por cierto, no todos contestaban.

El hijo mayor hacía mucho que había repudiado a su padre; ya en los años veinte. Entonces estaba de moda repudiar a los progenitores. Más de un escritor y de un poeta, antes de hacerse conocidos, iniciaron su carrera literaria con declaraciones de este género. El hijo mayor no era ni un poeta ni un sinvergüenza, sencillamente tenía miedo de la vida, y cuando lo empezaron a importunar en la oficina con comentarios sobre su «origen social» publicó una declara-

ción en el periódico. La declaración no le fue de ningún provecho y el hombre llevó su estigma de Caín hasta la tumba.

Las hijas del sacerdote se casaron. La mayor vivía en algún lugar del sur; no disponía de dinero propio, tenía miedo del marido, pero a menudo escribía cartas lacrimosas, llenas de sus propias penas, y la anciana madre le respondía llorando también por la cartas de la hija e intentando consolarla. La hija mayor le mandaba cada año varias decenas de kilos de uva. El paquete tardaba mucho en llegar del sur. Y la madre nunca le escribió a su hija que la uva siempre llegaba estropeada, que de todo el paquete solo podía aprovechar unos cuantos granos para ella y su marido. En cada ocasión le daba las gracias, le agradecía humildemente el gesto, pero no se atrevía a pedirle dinero.

La segunda hija era practicante, y después de casarse decidió guardar su mísero sueldo para mandarlo a sus padres. El marido de esta, un funcionario sindical, dio el visto bueno a su deseo y durante unos tres meses la hija mandó el sueldo a casa de sus padres. Pero después de dar a luz dejó de trabajar, pues debía pasar día y noche cuidando a sus gemelos. Pronto se supo que el marido, el funcionario sindical, era un borracho empedernido. Su carrera empezó a caer en picado y al cabo de dos años se encontró haciendo de agente de aprovisionamiento, aunque tampoco en aquel cargo pudo durar mucho tiempo. Su mujer, al quedarse sin medios de subsistencia y con los dos niños, se puso de nuevo a trabajar arreglándoselas como podía con el miserable sueldo de enferemera para mantener a sus hijos y a sí

misma. ¿Con qué podía ayudar a su anciana madre y a su ciego padre?

El hijo menor no estaba casado. Él era el más indicado para vivir con sus padres, pero el hombre decidió probar suerte en solitario. Del hermano mediano había quedado en herencia una escopeta de caza, una Zauer casi nueva, y el padre mandó a la madre que vendiera el arma por noventa rublos. Por veinte rublos le cosieron al hijo dos camisas de satén y el joven se marchó a Moscú a casa de una tía para trabajar de obrero en una fábrica. El hijo menor mandaba dinero a casa, pero en pequeñas sumas, de cinco a diez rublos al mes, y al poco, por haber participado en un mitin clandestino, lo arrestaron y lo deportaron, y se le perdió el rastro.

El sacerdote ciego y su esposa se levantaban siempre a las seis de la mañana. La anciana encendía la estufa y el ciego iba a ordeñar las cabras. Se había acabado todo el dinero, pero la mujer conseguía que los vecinos le prestaran unos rublos. El dinero, no obstante, había que devolverlo y ya no quedaba nada que vender; todas las prendas de vestir, todos los manteles, la ropa, las sillas, hacía tiempo que los habían vendido o cambiado por harina para las cabras y por sémola para la sopa. Los dos anillos de casados, la cadenilla de plata fueron a parar al Torgsin[32] el año pasado. Solo en las grandes festividades la sopa se hacía con carne y los viejos compraban azúcar. De vez en cuando alguien les traía un

32. Institución para el comercio con extranjeros, donde la población podía obtener alimentos u otros productos a cambio de metales preciosos.

caramelo o un bollo, y la anciana madre recogía lo que le daban, se lo llevaba al cuarto y lo depositaba sobre los secos, nerviosos y nunca quietos dedos de su ciego marido. Los dos se echaban a reír y se besaban el uno al otro, y el anciano sacerdote besaba los dedos de su mujer, deformados por el duro trabajo de la casa, hinchados, resquebrajados y sucios. Y la anciana lloraba y besaba en la cabeza al viejo y ambos se daban mutuamente la gracias por todo lo bueno que se habían ofrecido en la vida, por lo que hacían entonces el uno por el otro.

Cada noche el sacerdote se ponía en pie frente al icono, rezaba con ardor y daba una y otra vez gracias a Dios por su esposa. Así lo hacía a diario. Sucedía que a veces no se colocaba frente al icono y la mujer bajaba de la cama y, tomándolo por los hombros, lo colocaba de cara a la imagen. Y el sacerdote ciego se enfadaba.

La anciana hacía lo posible por no pensar en el mañana. Pero llegó el día en que no hubo nada que darles a las cabras. El ciego sacerdote se despertó y comenzó a vestirse buscando a tientas las botas bajo la cama. Fue entonces cuando la anciana se puso a gritar y a llorar, como si fuera ella la culpable de que ya no les quedara nada.

El ciego se calzó las botas y se sentó en su remendado y blando sillón de hule. El resto de los muebles hacía tiempo que los habían vendido, pero el ciego no lo sabía; la madre dijo que los había regalado a las hijas.

El sacerdote ciego se hallaba recostado en el respaldo del sillón, y callaba. Pero su rostro no reflejaba perplejidad.

—Dame la cruz —dijo alargando ambas manos y moviendo los dedos.

La esposa alcanzó a duras penas la puerta y echó el gancho. Entre los dos levantaron la mesa y sacaron de debajo el baúl. La esposa del sacerdote extrajo una llave de la caja de madera donde guardaba el hilo y abrió el baúl. El baúl estaba lleno, pero de qué cosas: las camisolas infantiles de los hijos e hijas, fajos de las amarillentas cartas que cuarenta años atrás se habían escrito el uno al otro, las velas de la ceremonia de boda con unos adornos hechos de alambre —la cera de los adornos hacía tiempo que se había convertido en polvo—, madejas de lanas de colores y retales de tela para hacer remiendos. Y en lo más hondo del baúl había dos pequeños cajones en los que se acostumbraba a guardar las medallas, los relojes o los objetos de valor.

La mujer suspiró profunda y orgullosamente, se enderezó y abrió la caja donde, sobre una almohadilla de raso de aspecto aún nuevo, reposaba una cruz de pecho con una pequeña figura esculpida de Jesucristo. La cruz era rojiza, de oro puro.

El ciego sacerdote palpó la cruz.

—Trae el hacha —dijo en voz baja.

—No, no —susurró ella, y estrechó entre sus brazos al ciego intentando quitarle la cruz de las manos. Pero el ciego sacerdote se quitó de encima las manos angulosas e hinchadas de su mujer dándole un doloroso golpe.

—Tráela —dijo—, tráela... ¿O crees que Dios está en esta cosa?

—No lo haré. Hazlo tú, si quieres...

—Sí, yo, yo mismo lo haré.

Y la esposa del sacerdote, medio enloquecida por el hambre, echó a andar hacia la cocina, donde siempre había un hacha y un tronco seco del que hacían astillas para el samovar.

Llevó el hacha a la habitación, echó el gancho y se puso a llorar, a gritos y sin lágrimas.

—No mires —dijo el ciego sacerdote colocando la cruz en el suelo. Pero ella no podía dejar de mirar. La cruz yacía con la figura boca abajo. El viejo la golpeó; la cruz dio un brinco, y lanzó un leve tañido al caer al suelo; el ciego había fallado el golpe. El sacerdote buscó a tientas la cruz, la colocó de nuevo en el mismo lugar y levantó otra vez el hacha. En esta ocasión la cruz se dobló y el viejo logró arrancar un trozo con los dedos. El hierro es más duro que el oro: partir la cruz resultó muy fácil.

La mujer ya no lloraba ni gritaba; como si la cruz, hecha pedazos, hubiera dejado de ser algo sagrado y se hubiera convertido en un simple trozo de metal precioso, parecido a una pepita de oro. La mujer envolvía con premura, y a pesar de todo con gran lentitud, los pedazos de la cruz en unos trapos, y los volvía a colocar en la caja de medallas.

Se puso las gafas y examinó con atención el filo del hacha por si hubiera quedado alguna brizna de oro.

Después de guardar todo y colocar el baúl en su lugar, el sacerdote se puso su capa de lona y el gorro, tomó la



colodra y se dirigió por el patio junto a la larga tabla a ordeñar las cabras. Andaba retrasado, ya era de día y hacía rato que habían abierto las tiendas. Las tiendas del Torgsin, donde los productos se vendían a cambio de oro, abrían a las diez de la mañana.

1959

Los cursos

Antes que nada:

A los hombres no les gusta recordar lo malo. Este rasgo de la naturaleza humana hace la vida más llevadera. Comprobadlo en vosotros mismos. Vuestra memoria se esfuerza por retener lo bueno, lo luminoso, y olvidar lo duro, lo oscuro. En unas condiciones de vida duras no se forja ninguna amistad. No es cierto que la memoria «suelte» sin más todo lo pasado de un tirón. No, escoge aquello con lo que la vida resulta más alegre, más llevadera. Es algo así como una reacción de defensa del organismo. Este rasgo de la naturaleza humana consiste, de hecho, en una deformación de la verdad. Pero ¿qué es la verdad?

De los muchos años de mi vida en Kolimá, la mejor época fueron los meses que pasé estudiando en los cursos de practicante en el hospital penitenciario próximo a Magadán. Son de la misma opinión todos los reclusos que pasaron siquiera un mes o dos en el kilómetro veintitrés de la carretera de Magadán.

Los estudiantes llegaron de todos los rincones de Kolimá, del norte y del sur, del oeste y del suroeste. El sur más

meridional se encontraba mucho más al norte del poblado costero al que llegaron.

Los estudiantes llegados de centros más alejados trataban de ocupar las literas inferiores, y no porque hubiera llegado la primavera, sino por la incontinencia urinaria que padecían casi todos los presos «mineros». Las manchas oscuras de viejas congelaciones en las mejillas se parecían a marcas oficiales, a hierros con que Kolimá los hubiera marcado. En las caras de los provincianos se dibujaba la misma sonrisa taciturna de desconfianza, de rabia oculta. Todos los «mineros» cojeaban un poco, habían estado cerca del polo del hambre, habían alcanzado el polo del frío. El que los mandaran a los cursos de practicantes no era una aventura afortunada. Cada uno creía ser como una rata, una rata medio muerta a la que el gato del destino había soltado de sus garras y se disponía a jugar un poco con ella. Qué remedio. Las ratas tampoco tenían nada en contra de aquel juego. ¡Que el gato se enterase!

Aquellos provincianos apuraban con avidez los pitillos de *majorka* de los «señoritos», pero tirarse al suelo para recoger una colilla era algo que no se atrevían a hacer a la vista de todos, aunque en las minas de oro y los yacimientos de plomo la caza libre de las «puntas» se consideraba una conducta del todo digna y propia de un verdadero preso de campo. Y solo cuando veía que no había nadie a su alrededor, el provinciano agarraba veloz la colilla y se la metía en el bolsillo después de aplastarla en el puño, para luego, en su tiempo libre, liarse su cigarrillo «personal». Muchos

«señoritos» llegados hacía poco de ultramar, del barco, de la etapa, conservaban de su vida en libertad la camisa, la corbata o la visera.

Zhenia Kats sacaba a cada instante del bolsillo su diminuto espejo de soldado y se peinaba con esmero los tupidos rizos con un peine roto. A los provincianos, pelados al cero, el comportamiento de Kats les parecía pura chulería, pero no le decían nada, no le «enseñaban a vivir»; era algo prohibido por la ley no escrita del campo.

Instalaron a los estudiantes en un barracón limpio del tipo vagón: es decir, con literas de dos pisos y con un espacio individual para cada uno. Dicen que este tipo de literas es más higiénico y además no hiere la vista de los jefes. Y es todo un lujo: un lugar para cada preso. Pero los piojosos veteranos, llegados de tierras lejanas, sabían que la poca carne que les quedaba pegada a los huesos no era suficiente para calentarse a solas, y que la guerra contra los piojos era igualmente dura tanto en las literas de vagón como en las continuas. Los provincianos recordaban con tristeza las literas de una sola pieza de los lejanos barracones de la taiga, el confort hediondo y sofocante de los campos de tránsito.

Daban de comer a los estudiantes en el comedor donde se alimentaba al servicio del campo. Las comidas eran mucho más espesas que las del campo. Los «mineros» repetían, y el cocinero les llenaba sin más el plato que estos le alargaban. En las minas nunca sucedía algo parecido. Las ideas se movían lentamente por el cerebro vacío, y la de-

cisión maduraba cada vez más clara, más categórica: costara lo que costara, uno debía quedarse en estos cursos, convertirse en «estudiante», hacer de manera que el día de mañana se pareciera al de hoy. Y el día de mañana era literalmente eso, el día de mañana. Nadie pensaba en el trabajo de un sanitario, en adquirir un título médico. Temían soñar en algo tan lejano. No, solo pensaban en el día de mañana, con la misma sopa de col para la hora de comer, con pescado hervido, con gachas de mijo para cenar, con el menguante dolor de las osteomielitis ocultas bajo los peales rotos enfundados en las botas de guata de fabricación casera.

Los estudiantes estaban abrumados por los rumores a cual más alarmante, por las «voces» del campo. Unas veces se decía que los presos mayores de treinta años, o de cuarenta, no podrían presentarse a examen. Y en el barracón de los futuros estudiantes había gente tanto de diecinueve como de cincuenta años. Otras se hacía correr la voz de que los cursos ya ni comenzarían, que lo habían repensado, que no había medios, y que mañana mismo mandarían a los convocados a trabajos comunes; y, lo más pavoroso, que los retornarían a sus anteriores lugares de residencia, a las minas de oro, a los yacimientos de plomo.

Y, ciertamente, al día siguiente despertaron a los convocados a las seis de la mañana, los hicieron formar junto al puesto de guardia y los condujeron a diez kilómetros del campo a nivelar una carretera. El trabajo de peón caminero en el bosque, una tarea con la que soñaba cualquier preso de una mina, entonces les pareció inusitadamente

duro, humillante e injusto. Los convocados se «emplearon» tan a fondo que al día siguiente ya no los mandaron.

Corrió el rumor de que el jefe había prohibido que hombres y mujeres estudiaran juntos. Que a los del artículo 58 punto 10 (propaganda antisoviética), hasta entonces considerado un artículo del todo «común», no les permitirían hacer los exámenes. ¡Los exámenes! Esta era la palabra clave. Pues eran necesarios unos exámenes de ingreso. Los últimos exámenes de ingreso de mi vida fueron los de la universidad. Esto había sucedido hacía mucho, mucho tiempo. Y no recordaba nada de entonces. Las células de mi cerebro hacía una larga serie de años que no se entrenaban, las células de mi cerebro habían padecido hambre y habían perdido para siempre la facultad de asimilar y de exponer algún conocimiento. ¡Un examen! La alarma no me dejaba dormir. Y no podía encontrar ninguna solución al problema. Un examen «correspondiente a las siete clases».[33] Algo increíble. Era algo que no casaba ni con el trabajo en libertad ni con la vida del recluso. ¡Un examen!

Por suerte, el primer examen fue de lengua rusa. El dictado —un fragmento de Turguénev— nos lo leyó el especialista local en las bellas letras rusas, un recluso: el practicante Borski. Mi dictado mereció por parte de Borski la nota máxima, de manera que me vi liberado de la prueba oral de lengua rusa. Hacía veinte años justos que en la sala de actos de la Universidad de Moscú había redactado mi prueba

33. Se refiere al programa de la enseñanza secundaria.

escrita, el examen de ingreso, y también entonces me libraron de la prueba oral. La historia se repite: primero en forma de tragedia y luego a modo de farsa. Aunque no se podía llamar farsa a mi caso.

Poco a poco, con una sensación de dolor físico, recorría yo las células de mi memoria; algo importante, algo interesante tenía que serme revelado. Junto a la alegría del primer éxito me llegó la alegría de recordar; hacía mucho que había olvidado mi vida, que había olvidado la universidad.

El siguiente examen era de matemáticas: una prueba escrita. Para mi sorpresa resolví enseguida el problema que me pusieron. Mi concentración nerviosa daba sus primeros frutos; el resto de mis fuerzas, siguiendo un camino milagroso, inexplicable, se había movilizado para dar con el resultado necesario. Ni una hora antes del examen ni una hora después habría resuelto un problema como aquel.

En todos los centros de enseñanza sin excepción se impartía una asignatura de la que era obligatorio examinarse: «Constitución de la URSS». No obstante, teniendo en cuenta el «contingente» y para satisfacción general, los jefes del departamento de educación y cultura de la administración penitenciaria simplemente retiraron esta resbalosa asignatura.

La tercera materia era la química. Nos examinaba A. Boichenko, un antiguo candidato al doctorado en ciencias químicas, antes miembro de la Academia de Ciencias de Ucrania y por entonces el encargado del laboratorio del hospital, un bromista engreído y pedante. Pero la cuestión

no tenía nada que ver con las cualidades humanas de Boichenko. La química era para mí una ciencia especialmente insuperable. La química se estudia en la escuela de enseñanza media. Pero mis años de escuela habían coincidido con la guerra civil. Y sucedió que nuestro profesor de química Sokolov, un ex oficial, fue fusilado durante la liquidación del complot de Noulens[34] en Vólogda, de modo que me quedé sin química para el resto de mis días. Yo no sabía de qué estaba formado el aire y me acordaba de la fórmula del agua solo gracias a una vieja canción estudiantil:

Mi calzado se acabó,
pasa todo el H_2O.

Los años posteriores demostraron que también se podía vivir sin la química, y había empezado a olvidarme de toda esa historia cuando de pronto, cumplidos los treinta, resulta que me hacen falta estos conocimientos de química. Y justamente según el programa escolar de enseñanza media.

¿A ver cómo iba yo, que había anotado en el formulario tener los estudios de enseñanza media, con la superior casi acabada, a explicar a Boichenko que la química era lo único que no había estudiado?

34. Joseph Noulens (1864-1944), político francés; durante 1918, siendo embajador en la URSS, instigó levantamientos y sublevaciones contrarrevolucionarios.

No recurrí a nadie en busca de ayuda, ni a los compañeros ni a los superiores: mi vida trascurrida en la cárcel y en el campo me había enseñado a no confiar más que en mí mismo. Empezó la «química». Recuerdo todo aquel examen hasta el día de hoy.

—¿Qué son los óxidos y los ácidos?

Empecé a balbucear algo confuso y equivocado. Podía hablarle sobre la huida de Lomonósov a Moscú, sobre el fusilamiento del rentista Lavoisier, pero sobre los óxidos...

—Dígame cuál es la fórmula del yeso.

—No la sé.

—¿Y la de la soda?

—No sé.

—¿Para qué ha venido al examen? ¿No ve que apunto las preguntas y las respuestas en el acta?

Yo callaba. Pero Boichenko no era joven y sabía ya alguna que otra cosa. Se fijó con gesto de enfado en mis notas anteriores: dos cincos.[35] Se encogió de hombros.

—Escríbame el símbolo del oxígeno.

Le dibujé una letra *h* mayúscula.

—¿Qué sabe usted del sistema periódico de elementos de Mendeléyev?

Contesté. En mi respuesta había poca «química» y mucho de Mendeléyev. Sabía alguna cosa del científi-

35. Las calificaciones en la enseñanza rusa van del 1 al 5, siendo el 1 y el 2 suspensos y el 5, un sobresaliente.

co. ¡Cómo no iba a saberlo, si era el padre de la mujer de Alexandr Blok!

—Puede irse —me dijo Boichenko.

Al día siguiente supe que me había puesto un tres de química y que me habían admitido, admitido, admitido en los cursos de practicante que se impartirían en el Hospital Central de la administración de los campos del Noreste del NKVD.

Durante los dos días posteriores no hice nada: me quedé tumbado en la litera, respirando el hedor del barracón y mirando el tiznado techo. Empezaba un período muy importante, extraordinariamente importante de mi vida. Lo sentía con todo mi cuerpo. Ingresaba en una senda que podía salvarme. Había que prepararse, pero no para la muerte, sino para la vida. Y yo no sabía qué era más difícil.

Nos entregaron papel, unas enormes hojas chamuscadas por los bordes, la huella del incendio del año pasado causado por una explosión que destruyó toda la ciudad de Najodka. Con este papel cosimos nuestras libretas. Nos entregaron lápices y plumas.

¡Dieciséis hombres y ocho mujeres! Las mujeres se sentaron en la parte izquierda de la clase, los hombres en la parte derecha, en la más oscura. Partía la clase un pasillo de un metro de ancho. Teníamos unas mesas nuevas, estrechas, con un estante inferior. También en la escuela había estudiado en unas mesas idénticas.

Más tarde tuve ocasión de visitar la aldea de pescadores Ola; junto a la escuela evenka de Ola había un pupi-

tre, y durante largo rato estuve examinando aquel misterioso objeto hasta que al fin comprendí que se trataba del pupitre de Erisman.[36]

No disponíamos de ningún género de manuales, y por todo material gráfico, unos cuantos carteles de anatomía.

Aprender era un acto heroico, y enseñar una hazaña.

Primero, sobre los héroes. Ninguno de nosotros, ni los hombres ni las mujeres, pensaba en hacerse sanitario para vivir en el campo sin preocupaciones y convertirse cuanto antes en un «matasanos».

Para algunos, yo incluido, los cursos representaban haber salvado la vida. Y a pesar de que andaba por los cuarenta años, yo me entregaba por completo y me aplicaba con todas mis fuerzas, tanto físicas como espirituales. Además, tenía en mente ayudar a algunos y saldar cuentas con otros, cuentas de diez años de antigüedad. Confiaba en volver a ser una persona.

Para otros, los cursos proporcionaban una profesión para toda la vida, ampliaban sus horizontes, adquirían un importante valor educativo y prometían una posición social sólida en el campo.

Tras la primera mesa, en el primer sitio junto al pasillo se sentaba Min Garípovich Shabáyev, el escritor tártaro

36. Fiódor Fiodórovich Erisman (1842-1915), higienista ruso de origen suizo, se ocupó de los problemas sanitarios en el mundo laboral y educativo.

Min Shabái, condenado por el artículo de propaganda antisoviética, una víctima del año treinta y siete.

Shabái dominaba bien el ruso, tomaba apuntes en ruso, aunque, como me contó muchos años más tarde, escribía prosa en tártaro. En los campos, muchos ocultan su pasado. Cosa explicable y lógica no solo para los ex instructores y fiscales. El escritor, como intelectual que es, como persona dedicada al trabajo intelectual, como «cuatro ojos», siempre suscita el odio en los lugares de reclusión, odio tanto entre los compañeros como entre los superiores. Shabái había comprendido hacía mucho esta realidad, se hacía pasar por empleado de comercio y nunca intervenía en conversaciones sobre literatura; así era mejor; así, en su opinión, estaba más tranquilo. Siempre sonreía a todo el mundo y constantemente masticaba algo. Él fue uno de los primeros alumnos en adquirir un aspecto abotargado, en hincharse; los años en las minas no habían pasado en vano para Min Garípovich. El hombre estaba más que entusiasmado con los cursos.

—Tengo cuarenta años, ¿comprendes?, y ahora me he enterado de que el hombre tiene solo un hígado. Yo que creía que eran dos, que todo lo teníamos a pares.

La existencia del bazo en el cuerpo humano llenaba a Min Garípovich de un gozo indecible.

Después de la liberación Min Garípovich no siguió trabajando de sanitario, sino que regresó a su tan querido trabajo de proveedor. Convertirse en agente de aprovisionamiento era una perspectiva mucho más seductora que la carrera de médico.

Junto a Shabáyev se sentaba Bokis, un letón de enormes dimensiones, el futuro campeón de ping-pong de Kolimá. Había «aterrizado» en el hospital hacía tiempo, primero como enfermo, luego como paciente con cargo de sanitario. Los médicos le prometieron a Bokis un diploma, y se lo «agenciaron». Ya con el título de practicante, Bokis fue a parar a la taiga, vio las minas de oro. La taiga para él era un espectro pavoroso, pero Bokis no temía de ella lo que se tenía que temer: la descomposición de su propia alma. A la indiferencia aún no se la puede llamar ruindad.

El tercero era Buka, un soldado tuerto de la Segunda Guerra Mundial, condenado por pillaje. La mina lo arrojó al cabo de tres meses de vuelta a la litera del hospital. Su educación de siete años, el carácter maleable, la pillería ucraniana, todo esto se juntó en un todo y Buka fue admitido en los cursos. Con un ojo no veía menos que muchos con los dos; pero lo principal es que vio que su destino debía construirse al margen del artículo 58 y de sus muchas variantes. En los cursos no hubo persona más reservada.

Al cabo de unos dos meses, Buka sustituyó la cinta negra por un ojo artificial. Solo que en el almacén del hospital no encontraron ojos castaños y se vio obligado a tomar uno azul. La impresión que producía era fuerte, pero pronto todos nos acostumbramos, antes que el propio Buka, a sus ojos multicolores. Intenté consolarlo hablándole de los ojos de Alejandro Magno. Buka me escucho cortés, la historia de los ojos de Alejandro el Grande sonaba a algo pare-

cido a la «política». Buka masculló unas palabras inconexas y se alejó de mi lado.

El cuarto de la esquina, junto a la pared, se llamaba Labútov, como Buka un soldado de la guerra mundial. Un radiotelegrafista, un tipo enérgico, orgulloso; había confeccionado un aparato de radio en miniatura por el que escuchaba las emisiones de los nazis. Se lo contó a un compañero, lo denunciaron. El tribunal le echó diez años por propaganda antisoviética. Labútov había terminado los diez cursos de escuela, le gustaba garabatear todo tipo de esquemas parecidos a los mapas de dimensiones colosales del estado mayor, con flechas, signos, con el nombre de las clases; por ejemplo, las de anatomía: «Operaciones», «Corazón». No conocía Kolimá. Y aquel día de primavera, cuando nos echaron a la calle a trabajar, a Labútov se le ocurrió darse un baño en la zanja más cercana, cosa que a duras penas logramos evitar. Salió de él un buen sanitario, especialmente más tarde, cuando descubrió los misterios de la fisioterapia, hecho que para él, como electricista y especialista en comunicaciones, no resultó complicado, y se afincó en una consulta de electroterapia con un empleo fijo.

En la segunda fila se sentaban Chérnikov, Kats y Malinski. Chérnikov era un muchacho autosatisfecho, siempre sonriente, también soldado llegado del frente, condenado por algún delito común. A Kolimá ni la había olido, y llegó a los cursos desde el Maglag, la sección urbana de los campos. Lo suficientemente instruido como para estudiar, suponía con razón que no lo echarían de los

cursos incluso en el caso de infracción; pronto se juntó con una estudiante.

Zhenia Kats, amigo de Chérnikov, era un «común» de ánimo guerrero que tenía en enorme estima sus abundantes rizos. Como *stárosta* de los cursos, era un buen tipo y carecía de toda autoridad. Ya acabados estos, cuando trabajaba en la sala de ingresos de un ambulatorio, al oír del médico que examinaba a un paciente la orden de «¡Permanganato!», Zhenia no colocó sobre la herida una gasa empapada con una ligera solución de *kalium hipermanganicum*, sino que cubrió la herida con una capa de cristales de permanganato de intenso color violeta. El enfermo, que sabía perfectamente cómo se trataban las quemaduras, no apartó la mano, no protestó, ni siquiera pestañeó. Era un viejo residente de Kolimá. El descuido de Zhenia Kats lo liberó del trabajo durante casi un mes. En Kolimá la suerte anda escasa. Hay que agarrarla fuerte y sujetarla mientras las fuerzas duren.

Malinski era el más joven de la clase. Tenía diecinueve años; reclutado el último año de la guerra, educado durante la guerra y con una moral poco firme, Kostia Malinski fue condenado por saqueo. El azar lo había conducido al hospital, donde un tío suyo, un terapeuta moscovita, trabajaba de médico. El tío le ayudó a inscribirse en los cursos. Estos le interesaban poco a Kostia. Su naturaleza echada a perder, o sencillamente su juventud, lo empujaban constantemente a emprender diversas aventuras en el campo: conseguir mantequilla con vales falsificados, vender

calzado, emprender un viaje a Magadán. Una y otra vez se veía obligado a dar explicaciones (¿solo estas?) a los servicios de investigación política. Y es que alguien tiene que hacer de informador.

Los cursos le dieron a Kostia una profesión. Al cabo de unos años me lo encontré en la aldea de Ola. Kostia se hacía pasar por un practicante que había realizado la carrera de dos años durante la guerra, y yo, sin quererlo, podía desenmascarar su mentira.

En 1957 coincidí con Kostia en el mismo autobús en Moscú; gorro de terciopelo, abrigo acolchado.

—¿Qué haces?

—He seguido la llamada de la medicina, ya ves —me dijo a grandes voces Kostia al despedirse.

El resto de los estudiantes era gente llegada de las explotaciones mineras, gente de otra suerte.

Orlov era un «literato», condenado por un artículo con alguna letra, es decir, por una troika o tribunal especial.

El mecánico moscovita Orlov llegó a «terminal» tres veces en las minas. La máquina de Kolimá lo había arrojado como escoria a la clínica local, y de allí fue a parar a los cursos. La apuesta era la vida. Orlov no se dedicaba a otra cosa que a las clases, tan infinitamente complicada le resultaba la medicina. Poco a poco fue entrando en los estudios y empezó a creer en su futuro.

El maestro de escuela, el geógrafo Sujovénchenko, era mayor que Orlov, tenía más de cuarenta años. Había pasado recluido ocho años de los diez de la condena, de mane-

ra que le quedaba poco. Además, Sujovénchenko era de los que habían sobrevivido, de los que se habían sabido aferrar a un trabajo tranquilo y ahora podían salvar el pellejo. Había pasado por el trance de ser un «terminal» y salido de él con vida. Trabajó de geólogo, de colector, de ayudante de dirección en una expedición. Pero todos estos buenos empleos podían de pronto desaparecer como el humo, bastaba con que cambiasen al jefe, pues Sujovénchenko no tenía título. Y el recuerdo de los años pasados en la mina se mantenía aún demasiado fresco. La posibilidad de obtener permiso para ir a los cursos era una realidad. Los cursos duraban ocho meses y le quedaba muy poco para el final de la condena. Y además conseguiría en el campo una buena profesión. Sujovénchenko abandonó la expedición geológica y recibió formación de practicante. Pero no salió un médico de él, bien porque ya no tenía la edad de antes, bien porque las cualidades del alma no eran las adecuadas. Tras acabar los cursos, Sujovénchenko notó que era incapaz de ejercer, le faltaba fuerza de voluntad para tomar decisiones. Tenía ante sí a seres vivos y no piedras para una colección. Después de trabajar un tiempo como practicante, Sujovénchenko regresó a su profesión de geólogo. De modo que fue uno de aquellos a los que se formó en vano. Su honradez y bondad estaban fuera de toda duda. Temía la «política» más que al fuego, pero nunca te habría denunciado.

Silaikin no había acabado las siete clases, era un hombre mayor y le costaba mucho estudiar. Si Kundush, Orlov y yo cada día nos sentíamos más seguros, a Silaikin aquello

le resultaba cada vez más difícil. Pero continuó estudiando, pues contaba con su memoria, que era extraordinaria, con su astucia, y no solo con ella sino también con su saber entender a la gente. Según Silaikin, los criminales, salvo los hampones, no existían. Todos los demás presos se comportaban en libertad de igual manera que el resto; robaban por igual al Estado, se equivocaban del mismo modo y transgredían la ley como aquellos que habían sido condenados por el Código Penal y seguían dedicados a sus tareas. El año treinta y siete subrayó esta evidencia con particular intensidad al eliminar toda garantía jurídica a los rusos. La cárcel era algo que no había manera de evitar, nadie podía escapar a ella.

Tanto en libertad como en el campo, los únicos delincuentes eran los hampones. Silaikin era una persona inteligente, tenía la facultad de ver el alma humana, y a pesar de haber sido condenado por estafa era a su modo una persona honesta. Hay gente honesta de corazón, por sus sentimientos, y la hay por su manera de pensar. A Silaikin no le faltaban convicciones honradas, sino costumbres honestas. Era veraz porque comprendía que en aquel momento eso le resultaba ventajoso. No realizó acto alguno contrario a las normas porque entendía que era algo que no se podía hacer. No creía en la gente y consideraba el interés propio como principal motor del progreso social. Era ingenioso. En una clase de cirugía general, cuando el profesor Meyersón, un hombre de gran experiencia, intentaba sin éxito hacer comprender a los estudiantes la «supinación» y la «pronación», Silaikin se puso en pie, pidió la palabra, y alargando la mano con la palma en cuenco

hacia arriba, dijo: *supu dai*,[37] para luego girar la mano y añadir *pronesli mimo*.[38] Y todos, incluido Meyersón, recordaron, tal vez para toda la vida, el siniestro ejercicio memotécnico de Sulaikin y estimaron en lo que valía su ingenio carcelario. Sulaikin superó sin problemas los exámenes finales y trabajó de sanitario en una mina. Trabajó, seguramente, bien, porque era una persona inteligente y «comprendía la vida». «Comprender la vida» era en su opinión lo principal.

Igualmente instruido era su compañero de mesa Logvínov, Iliá Logvínov. Logvínov, condenado por bandidaje, a pesar de no pertenecer al mundo del hampa, caía bajo la influencia de los criminales reincidentes cada vez más. Veía con claridad la fuerza del hampa en el campo: su fuerza moral y material. Los de arriba adulaban a la gente del hampa y la temían. Para el hampa el campo era su casa. Casi no trabajaban, disfrutaban de todo género de privilegios y, aunque a sus espaldas se confeccionaban las listas de los que se mandaban a otros campos y de vez en cuando llegaba el «cuervo negro» con su escolta para llevarse a los hampones más desmandados, así era la vida, y por lo demás tampoco en el nuevo destino las cosas les iban peor. También en los campos de castigo seguían siendo los amos.

Logvínov, de familia obrera y condenado por un delito cometido en tiempo de guerra, veía que solo le quedaba un camino. El jefe del campo, que había leído la causa de

37. Dame sopa.
38. Ha pasado de largo.

Logvínov, lo persuadió para que se apuntara a los cursos. Aprobó como pudo el examen y empezó a estudiar apasionada, desesperadamente. Las materias de medicina eran demasiado difíciles para Iliá. Pero encontró en su fuero interno las fuerzas para no dejarse derrotar, terminó los cursos y trabajó unos cuantos años de practicante jefe de una gran sección terapéutica. Salió en libertad, se casó, fundó una familia. Los cursos le abrieron el camino a la vida.

Nos encontrábamos en la clase introductoria de cirugía general. El profesor enumeraba los nombres de las figuras culminantes de la medicina mundial.

—... Y en nuestra época un científico ha realizado un descubrimiento revolucionario en la cirugía y en la medicina en general...

Mi compañero de mesa se inclinó hacia adelante y pronunció:

—Fleming.

—¿Quién ha dicho esto? ¡En pie!

—Yo.

—¿Su apellido?

—Kundush.

—Siéntese.

Yo me sentí profundamente ofendido. Pues no tenía ni idea de quién era aquel Fleming. Había pasado en la cárcel y en el campo casi diez años, desde el treinta y siete, sin periódicos, sin libros, y no sabía nada salvo que había habido una guerra y que esta había terminado, que existía algo así como la penicilina, o la estreptomicina. ¡Fleming!

—¿Quién eres? —le pregunté a Kundush por primera vez. Ambos habíamos llegado de la Administración Occidental por orden superior, a los dos nos había mandado a los cursos nuestro común salvador, el médico Andréi Maxímovich Pantiújov. Juntos pasamos hambre —él menos, yo más—, pero ambos conocíamos las minas. No sabíamos nada el uno del otro.

Y Kundush me contó una historia asombrosa.

En 1941 fue nombrado jefe de un distrito fortificado. Los constructores levantaban sin prisas las fortificaciones y los muros, hasta que, una mañana de julio, en la bahía se levantó la niebla y la guarnición vio en la rada, frente por frente, el buque de guerra alemán *Admiral Scheer.* El buque se acercó a la costa, y disparando a bocajarro destruyó todas las fortificaciones a medio construir y lo convirtió todo en polvo y montones de piedra. A Kundush le echaron diez años. La historia resultó interesante e instructiva, solo había un punto oscuro en ella: el artículo por el que fue condenado Kundush era «propaganda antisoviética». No se podía condenar con aquel artículo una negligencia como la que puso al descubierto el *Admiral Scheer.* Cuando intimamos más supe que Kundush había sido condenado por el tan traído y llevado «caso NKVD», uno de los multitudinarios procesos, públicos o secretos, de los tiempos de Lavrenti Beria:[39] el «caso de Leningrado», el «caso NKVD», el pro-

39. Lavrenti Beria (1899-1953), dirigente político de la Unión Soviética y ministro de Interior entre 1938 y 1953.

ceso de Ríkov, el proceso de Bujarin, el «caso Kírov»; todas estas fueron las «etapas de la gran marcha». Kundush era un hombre apasionado, impulsivo, que incluso en el campo no siempre sabía contener su irascibilidad. Era sin duda una persona honesta, sobre todo después de ver con sus propios ojos las «prácticas» en los lugares de reclusión. Su propio trabajo en un pasado no lejano, el de jefe de sección con Zakovski[40] en Leningrado, se le presentó con toda claridad en su auténtico aspecto. Sin haber perdido todavía el interés hacia los libros, hacia el saber y lo novedoso, capaz de captar una broma, Kundush era uno de los estudiantes más interesantes. Trabajó de practicante varios años, pero tras la liberación pasó a ser proveedor, se convirtió en estibador en el puerto de Magadán, hasta que fue rehabilitado y regresó a Leningrado.

Amante de los libros —sobre todo de las notas y los comentarios, nunca se saltaba los textos impresos en letra pequeña—, Kundush poseía unos conocimientos amplios aunque dispersos, charlaba con gusto sobre cualquier tema, y sobre cualquier cuestión tenía su propia opinión. Todo su ser protestaba contra el régimen del campo, contra la opresión. Fue más tarde cuando mostró su hombría: en el audaz viaje que hizo para buscar a una muchacha detenida, una española, hija de cierto miembro del Gobierno español.

Kundush era de complexión fofa. Todos nosotros,

40. Leonid Zakovski (1894-1938), jefe del NKVD en Leningrado durante los años treinta. Murió fusilado.

claro está, comíamos gatos, perros, ardillas, cornejas y, por supuesto, también carroña de caballo, si lográbamos hacernos con ella. Pero cuando fuimos sanitarios dejamos de hacerlo. Kundush, en la época en que trabajaba en la sección de enfermedades nerviosas, hirvió un gato en la cámara esterilizadora y se lo comió él solo. A duras penas logró sofocar el escándalo. Kundush se había encontrado con la Señora Hambre en las minas y se acordaba muy bien de su cara.

¿Lo contaba todo de sí mismo Kundush? Quién sabe. ¿Y para qué saberlo? «Si no te lo crees, tómalo por un cuento.» En el campo no se pregunta ni por el pasado ni por el futuro.

A mi izquierda se sentaba Barateli, un georgiano condenado por algún delito relacionado con el servicio. No dominaba el ruso. En los cursos se encontró con un paisano, el profesor de farmacología, y en él halló apoyo material y moral. Llegar tarde por la noche a la «cabina» de una sección hospitalaria, donde hace calor y se está seco como en un bosque de pinos en verano, hartarte de té con azúcar o comer sin prisas unas gachas de sémola de mijo con grandes salpicaduras de aceite de girasol, experimentar la casi dolorosa y relajante alegría de todos los músculos que reviven, ¿no es esto el colmo de las maravillas para un hombre salido de la mina? Y Barateli había estado en las minas.

Kundush, yo y Barateli nos sentábamos en la cuarta mesa. La tercera era más corta que las demás; el lugar lo ocupaba una estufa holandesa, y en la mesa solo se sentaban dos: Serguéyev y Petrashkévich. Serguéyev era un sim-

ple común que en el campo ya era agente de provisiones y la escuela de practicantes no le hacía mucha falta. Estudiaba de cualquier manera. En las primeras clases prácticas de anatomía en la morgue —no faltaban cadáveres a disposición de los estudiantes— Serguéyev se desmayó y lo dieron de baja.

Petrashkévich no se hubiera desmayado. Venía de la mina, y además el artículo de su condena de «actividades contrarrevolucionarias» llevaba un añadido bastante frecuente en el año treinta y siete: «condenado como miembro de familia», y nada más. Así les colgaban condenas a hijos, padres, madres, hermanas y demás familiares de los condenados. El abuelo de Petrashkévich (¡no el padre, sino el abuelo!) era un conocido nacionalista ucraniano. Por esta razón en 1937 fusilaron al padre de Petrashkévich, un maestro ucraniano. Y al propio Petrashkévich, un escolar de dieciséis años, le echaron diez años como «miembro de familia».

He observado repetidamente que la reclusión, sobre todo en el Norte, se diría que congela a los hombres; el desarrollo espiritual del preso, sus facultades se adormecen quedándose en el nivel de cuando lo arrestaron. La anabiosis no se produce hasta la liberación. La persona que ha pasado en la cárcel o en un campo veinte años no adquiere la experiencia que se acumula en la vida normal: el escolar se queda siendo un escolar; el sabio, solo sabio, pero no más sabio.

Petrashkévich tenía veinticuatro años. Corría por la clase, gritaba, pegaba papelitos a la espalda de Shabáyev o de Silaikin, hacía aviones y se reía. Respondía a los pro-

fesores como si aún estuviera en la escuela. Pero no era un mal muchacho, y de él salió un buen practicante. Huía de la «política» como del fuego y le daba miedo leer los periódicos.

El organismo del muchacho no era lo suficientemente fuerte para Kolimá. Petrashkévich murió de tuberculosis al cabo de unos años, sin haber logrado alcanzar el continente.

Las mujeres eran ocho. La *stárosta* era Muza Dmítrievna, al parecer una antigua funcionaria del partido, o más bien de los sindicatos: esta ocupación marcaba con un sello indeleble todos los movimientos, maneras de hacer e intereses. Tendría unos cuarenta y cinco años y se esforzaba por merecer la confianza de los superiores. Llevaba una chaqueta de terciopelo y un buen vestido de lana. Durante la guerra una enorme cantidad de prendas de lana americanas fueron donadas a los habitantes de Kolimá. Claro que estos regalos no llegaron hasta las profundidades de la taiga, hasta los yacimientos; incluso en la costa las autoridades locales se las arreglaron para echarles mano: pedían o sencillamente requisaban a los presos todos aquellos chalecos y jerseys. Pero algunos de los habitantes de Magadán consiguieron esos «trapos». Y Muza los había conservado.

No intervenía en los asuntos de los cursos, circunscribía su poder al grupo de mujeres. Muza hacía buenas migas con la estudiante más joven, Nadia Yegórova, a quien protegía de las tentaciones del mundo criminal. A Nadia esta protección no la afectaba mucho, y Muza no pudo

evitar el tormentoso desarrollo del romance entre Nadia y el cocinero del campo.

—El camino hacia el corazón de la mujer pasa por el estómago —repetía satisfecho Silaikin.

Ante Nadia y su vecina Muza aparecían platos «dietéticos», todo género de croquetas, *rumsteaks* y tortitas. Las raciones eran dobles y hasta triples. El asalto duró poco, Nadia se rindió. La agradecida Muza la siguió protegiendo, pero ya no del cocinero, sino de los mandos del campo.

Nadia estudiaba mal. En cambio se entregaba en cuerpo y alma a la brigada cultural. La brigada cultural, el club, los círculos artísticos de aficionados eran los únicos lugares en el campo donde se podía encontrar juntos a hombres y mujeres. Y aunque el ojo avizor de la vigilancia del campo velaba por que las relaciones entre hombres y mujeres no sobrepasaran la frontera de lo permitido, según la costumbre del lugar un adulterio se había de demostrar con la misma contundencia que empleara el comisario de policía en la novela de Maupassant *Bel-ami*. Los vigilantes observaban, perseguían. Pero no siempre tenían la suficiente paciencia, pues, como dice Stendhal, el preso piensa más en la reja que el carcelero en sus llaves. La vigilancia flaqueaba.

Si en la brigada cultural no se podía ni pensar en el amor en su variante más antigua y eterna, no importaba: los ensayos les parecían a los reclusos otro mundo, más parecido a aquel en el que vivían en otro tiempo. Esta es una consideración que no carece de importancia, aunque el cinismo del campo no les permitía reconocer este tipo de sentimien-

tos. La ventaja más que real estaba en los pequeños privilegios que obtenía el miembro de la brigada cultural: un inesperado paquete de *majorka*, de azúcar. El permiso para no cortarse el pelo no es cualquier cosa en el campo. Por un corte de pelo se han producido verdaderas batallas campales, escándalos en los que ni mucho menos participaban solo actores o ladrones...

Yákov Zavódnik, un ex comisario del frente de Kolchak (de la misma quinta que Zelenski, el secretario del Comité de Moscú fusilado en el proceso de Ríkov), a sus cincuenta años mantuvo a raya armado de un atizador a los peluqueros del campo, y por su pelo fue a parar a una mina de castigo. ¿Qué era eso? ¿Acaso la fuerza de Sansón no es una leyenda? ¿Dónde radica la causa de semejante afecto? Está claro que la psique trastornada por el deseo de afirmarse aunque sea en lo más pequeño, en lo más nimio, es una muestra más de la gran alteración de las proporciones que se produce en el campo.

Lo monstruoso de la vida carcelaria, la separación entre hombres y mujeres, se suavizaba algo en las brigadas culturales. En última instancia, también esto era un engaño, pero era un engaño más apreciado que las «bajas verdades». Todos los que sabían chillar y cantar, todos los que habían recitado versos en casa o actuado en espectáculos familiares, quien había aporreado una mandolina y bailado claqué, todos tenían «posibilidades» de ir a parar a la brigada cultural.

Nadia Yegórova cantaba en el coro. No sabía bailar,

se movía por la escena con andares patosos, no iba a los ensayos. Su turbulenta vida privada le quitaba mucho tiempo.

Yelena Serguéyevna Melodze, georgiana, también era «miembro de familia» de su marido fusilado. Trastornada hasta lo más hondo de su alma por su arresto, Melodze creía ingenuamente que su marido era culpable de algo, y recobró la calma cuando ella misma fue a parar a la cárcel. Al comprobar que había decenas de miles de personas como ella, lo vio todo claro, lógico y simple.

La diferencia entre un sinvergüenza y una persona honrada consiste en lo siguiente: cuando un sinvergüenza inocente va a parar a la cárcel, se cree que solo él no es culpable y que el resto son enemigos del Estado y del pueblo, criminales y canallas. Cuando el hombre honrado cae preso, considera que ya que a él le han podido meter entre rejas sin culpa alguna, también a sus vecinos de litera puede haberles pasado lo mismo.

Aquí está

el Hegel, y de los libros la sabiduría
y el sentido de toda la filosofía[41]

de los sucesos de 1937.

Melodze recuperó la paz de espíritu, el estado de ánimo pausado y la alegría. En Elguén, en una expedición de

41. Shalámov cita un fragmento de una versión rusa aproximada que el poeta ruso Alexéi Plescheyev hizo en 1846 de la poesía de Heine *Doctrina.*

mujeres a la taiga, Melodze no fue a parar a los trabajos más duros. Y ahora se encontraba en los cursos de practicante. No llegó a ser un buen médico. Cuando salió en libertad —su condena concluía a principios de los cincuenta— la «inmovilizaron», como a todos a los que se concedía la libertad en aquel período; la obligaron a residir de por vida en Kolimá. Y entonces se casó.

Junto a Melodze se sentaba la alegre y risueña Gálochka Bazárova, una joven condenada por alguna falta cometida durante la guerra. Gálochka siempre reía, incluso reía a carcajadas, algo que no la favorecía, ya que tenía unos dientes enormes y escasos. Pero esto no la cohibía. Los cursos le dieron una profesión: la de enfermera de operaciones. Durante una serie de años después de quedar en libertad trabajó en el hospital de Magadán, donde con el primer dinero que ganó se puso unas coronas de acero inoxidable en los dientes, lo que mejoró al instante su aspecto.

Tras Bazárova se sentaba Aino, una finlandesa de dientes blancos. Su condena comenzó en el invierno de 1939-1940. Aprendió ruso en la cárcel, y siendo una muchacha trabajadora y cuidadosa, como buena finlandesa, atrajo la atención de algún médico y fue a parar a los cursos. Le costaba estudiar, pero se esforzó y llegó a ser enfermera... La vida en los cursos le gustaba.

Junto a Aino se sentaba una mujer pequeña. No puedo acordarme ni de su apellido ni de su cara. O se trataba de una espía, o realmente no era más que la sombra de una persona.

En el banco siguiente se sentaba Marusia Dmítrieva, la compañera de Chernikov, con su amiga Tamara Nikifórova. Ambas condenadas por artículos comunes, ninguna de las dos había estado en la taiga y ambas estudiaban con ganas.

Junto a ellas se sentaba Valia Tsukánova, una cosaca de Kubán de ojos negros, una enferma llegada del hospital. A las primeras clases asistió aún con la bata de paciente. Había estado en la taiga y estudiaba bastante bien. Las huellas del hambre y de la enfermedad tardaron en desaparecer de su cara, pero cuando se borraron resultó que Valia era una belleza. Cuando recobró sus fuerzas, empezó una «aventura» sin esperar a que acabaran los cursos.

Muchos la pretendieron, pero sin éxito. Se lió con el herrero y se citaba con él en la herrería. Tras la liberación trabajó varios años de practicante.

Teníamos ganas de estudiar, y nuestros profesores de enseñar. Estos echaban de menos la palabra viva, la labor de transmitir conocimientos, labor que se les había prohibido y que antes del arresto daba sentido a sus vidas. Catedráticos y profesores, doctores en medicina y conferenciantes de los cursos de perfeccionamiento para médicos pudieron dar rienda suelta a sus energías por primera vez en muchos años. Los profesores de los cursos eran todos, menos uno, del artículo 58.

Las autoridades de pronto se dieron cuenta de que conocer los misterios de la circulación de la vena porta no

necesariamente estaba relacionado con la propaganda antisoviética, y para los cursos se eligió a profesores muy cualificados. Es cierto que los estudiantes debían ser de los comunes. Pero ¿dónde encontrar tantos comunes con las siete clases terminadas? Los comunes ya cumplían sus condenas en cargos privilegiados y no necesitaban de ningún curso. Los altos cargos no querían ni oír hablar de que se permitiera estudiar a reclusos del 58. Finalmente se llegó a un compromiso: se permitió participar en el experimento a los de propaganda antisoviética, así como a los del punto 10 del 58, que casi eran considerados comunes.

Se confeccionó un horario y se colgó en la pared. ¡Un horario! Todo como en la vida real. La máquina, más parecida a una vieja camioneta remendada de la taiga, cargada hasta los topes, se puso en marcha con paso inseguro por entre los baches y pantanos de Kolimá.

La primera clase fue de anatomía. Impartía la asignatura David Umanski, el especialista de anatomía patológica del hospital, un anciano de setenta años.

Emigrante en la época de los zares, Umanski obtuvo el título de doctor en medicina en Bruselas. Vivió y trabajó en Odesa, con gran éxito entre su clientela: en unos cuantos años Umanski se convirtió en propietario de muchas casas. La revolución demostró que las casas no eran el mejor tipo de inversión. Umanski regresó a la práctica médica. A mediados de los treinta, atento a la dirección de los vientos del momento, decidió marcharse lo más lejos posible y se ofreció a trabajar en el Dalstrói. Esto no lo salvó. Cayó

en las «purgas de las listas» de Dalstrói; fue arrestado en 1938 y condenado a quince años.

Desde entonces trabajó como responsable de la morgue del hospital. Le impedían trabajar bien el desprecio hacia los demás y el sentimiento de que le habían arruinado la vida. Era lo suficientemente inteligente como para no pelearse con los médicos del hospital, pues podía ocasionarles muchos problemas en las autopsias; aunque a lo mejor aquello no era inteligencia sino desprecio, y cuando en las sesiones se producía una discusión siempre cedía por simple displicencia.

El doctor Umanski estaba dotado de una mente clara. No era mal lingüista; este era su entretenimiento, su ocupación preferida. Sabía muchas lenguas, en el campo aprendió las orientales e intentaba descubrir las leyes por las que se formaban las lenguas, consumiendo en esta tarea todo el tiempo libre que le dejaba la morgue, donde vivía con su ayudante, el practicante Dunáyev.

Nos dio de paso, con soltura, como quien bromea, un curso de latín para futuros practicantes. Qué curso de latín fue aquel no lo sabría decir, pero el genitivo en las recetas empezó a dárseme bien.

El doctor Umanski era una persona vivaz, reaccionaba ante cualquier acontecimiento político y tenía una opinión meditada sobre cualquier cuestión de la vida internacional y del país. «Lo más importante, queridos amigos —decía en sus charlas privadas—, es salir vivos de aquí y sobrevivir a Stalin. La muerte de Stalin: esto es lo que nos

traerá la libertad.» Por desgracia, Umanski murió en Magadán en 1953, sin alcanzar a ver lo que había esperado tantos años.

No daba mal las clases, pero las impartía como con desgana. Era el más impasible de todos los profesores. De tanto en tanto se organizaban cuestionarios, clases de repaso, la anatomía general cedía su lugar a la anatomía específica. Umanski solo se negó categóricamente a impartir una de las partes de la anatomía: la de los órganos sexuales. Nada lo pudo convencer; y, por culpa del excesivo pudor del profesor de Bruselas, los estudiantes terminaron sus estudios sin recibir conocimiento alguno en esta materia. ¿Cuáles eran las razones de Umanski? Consideraba que tanto el nivel moral, como el cultural y el de instrucción de los estudiantes no era lo suficientemente elevado como para que semejantes temas no suscitaran en ellos un interés insano. Este insano interés se producía también en los institutos de su juventud, por ejemplo, ante un atlas anatómico, y Umanski lo recordaba. No tenía razón; los provincianos se habrían interesado por el tema del modo más serio.

Era una persona correcta, y vio a los estudiantes como seres humanos antes que los demás profesores. El doctor Umanski era un weismanista[42] convencido. Al hablar sobre la división de los cromosomas nos explicó como de pasada

42. August Weismann (1834-1914), biólogo neodarwinista alemán que desarrolló una teoría sobre la herencia basada en la continuidad del plasma germinal. Ver el relato *El weismanista*, en la página 251 de esta edición.

que, al parecer, había otra teoría sobre la división cromosómica, pero que él simplemente no la conocía, por eso había resuelto exponernos solo lo que se sabía a ciencia cierta. De modo que nos formamos como weismanistas. La victoria definitiva de los weismanistas, que se produjo cuando se inventó el microscopio electrónico, no halló al doctor Umanski con vida. Esta victoria le hubiera proporcionado al viejo profesor una gran alegría.

Los nombres de los huesos, de los músculos, los aprendíamos de memoria. El nombre en ruso, por supuesto, no en latín. Estudiábamos con dedicación, con entrega. En la memorización había cierto principio democrático; todos éramos iguales ante la ciencia, la anatomía. Nadie trataba de entender algo. Sencillamente nos esforzábamos por recordar. A quienes mejor les iban las cosas era a Bazárova y a Petrashkévich, hacía poco escolares (si excluimos el tiempo de reclusión, que en el caso de Petrashkévich se acercaba a los ocho años).

Mientras me aprendía a conciencia la lección recordé la residencia de la primera Universidad de Moscú en 1926, la Cherkaska, donde por las noches los estudiantes de medicina recorrían los oscuros pasillos borrachos de tantas lecciones, empollando sin parar y tapándose los oídos con los dedos. La residencia retumbaba, reía, vivía. Los alegres estudiantes de sociología, los de teoría de la literatura y de historia se reían de los pobres empollones de medicina. Nosotros despreciábamos una ciencia en la que no había que entender sino memorizar.

Pasados veinte años, ahora era yo quien empollaba anatomía. Durante estos veinte años había comprendido bien qué era una especialidad, qué significaba «ciencias exactas», qué era la medicina o la ingeniería. Y ahora Dios había querido que me dedicara a eso mismo.

El cerebro aún estaba en condiciones de adquirir y ofrecer conocimientos.

El doctor Blagorazúmov[43] enseñaba «Fundamentos de sanidad e higiene». La asignatura era aburrida, pero Blagorazúmov no se atrevía a darle más animación a las clases, quizá por razones de sensatez política: recordaba el treinta y ocho, cuando a todos los especialistas, a todos los médicos, ingenieros y contables los obligaban a trabajar con la carretilla y el pico, de acuerdo con las «instrucciones especiales» llegadas de Moscú. Blagorazúmov se pasó dos años llevando una carretilla, llegó a «terminal» tres veces, debido al hambre, al frío, al escorbuto y las palizas. Al tercer año le dejaron ejercer en calidad de practicante en un centro sanitario bajo el mando de un médico de los comunes. Aquel año murieron muchos médicos. Blagorazúmov quedó con vida y desde entonces se le grabó para siempre la norma: nada de conversaciones, con nadie. Y la amistad, solo para «tomar un trago». En el hospital lo querían. Los practicantes ocultaban las borracheras del doctor, y cuando era imposible disimularlas, metían a Blagorazúmov en una celda, en el trullo. El hombre salía de su encierro y volvía a sus clases. Aquello no le extrañaba a nadie.

43. En ruso significa «razonable, sensato».

Impartía sus clases con dedicación, obligándonos a apuntar lo importante al dictado, comprobando sistemáticamente nuestros apuntes y nuestros conocimientos; en una palabra, Blagorazúmov era un profesor concienzudo y sensato.

Nos enseñaba farmacología el practicante del hospital, Gogoberidze, ex director del Instituto de Farmacología de Transcaucasia. Dominaba el ruso y no tenía más acento georgiano que Stalin. En el pasado Gogoberidze había sido un destacado miembro del partido; su firma aparece en la «Plataforma de los Quince» de Saprónov.[44] El período comprendido entre 1928 y 1937 lo pasó en el destierro; en 1937 se le anunció un nuevo veredicto: una condena de quince años en Kolimá. Gogoberidze rondaba los sesenta años. La hipertensión lo torturaba. Sabía que iba a morir pronto, pero no temía la muerte. Odiaba a los canallas, y al descubrir que en el departamento en el que trabajaba, su médico, apellidado Krol, se dedicaba al soborno y la extorsión, Gogoberidze le dio una paliza y le obligó a devolver unas botas de piel y unos pantalones a rayas. Gogoberidze no se marchó de Kolimá. Tras la liberación fue deportado de por vida a Narim, pero consiguió que lo trasladaran de Narim a Kolimá. Vivía en el poblado Yágodni y allí murió a principios de los cincuenta.

44. Timoféi Saprónov (1887-1939), comunista, sindicalista que se enfrentó al partido bolchevique por haber traicionado este los ideales de la revolución. Fue expulsado del partido y fusilado.

El único común de entre nuestros profesores era el doctor Krol, un especialista en enfermedades venéreas y de la piel de Járkov. Todos nuestros profesores se esforzaban por inculcarnos convicciones éticas, y en sus excursos líricos durante las clases nos pintaban su ideal de pureza moral; querían infundirnos un sólido sentido de la responsabilidad ante la gran tarea que representaba auxiliar a un enfermo, y más aún cuando el enfermo era un preso, y todavía más un preso en Kolimá, repitiendo cada cual como podía lo mismo que en su juventud le habían inculcado en los institutos y en las facultades de medicina: el juramento hipocrático. Todos salvo Krol, que nos mostraba otras perspectivas, que enfocaba nuestra futura labor desde otro punto de vista, un ángulo que él conocía mejor. No se cansaba de hablarnos sobre el bienestar material de los practicantes. «Ganaréis lo suficiente para mantequilla», decía entre risitas con una expresión lasciva. Krol estaba constantemente metido en asuntos turbios con los ladrones; estos se presentaban incluso en los descansos entre las clases. Vendía no se sabe qué, compraba, cambiaba, sin sentirse nada incómodo ante los estudiantes. El tratamiento contra la impotencia de algunos altos mandos le producía buenas ganancias a Krol y lo protegía durante su reclusión. En este sentido, Krol se atrevía a realizar misteriosas operaciones de curandero: no había quien lo pudiera juzgar, pues sus contactos eran muy importantes.

Los dos bofetones que recibió de Gogoberidze no alteraron a Krol. «Te has pasado, hermano, te has pasado», dijo dirigiéndose a Gogoberidze verde de ira.

Krol era despreciado por todos, tanto por sus compañeros, los profesores, como por los estudiantes. Y además sus clases eran confusas, pues carecía de talento para enseñar. Al acabar los cursos, la única materia que tuve que repasar atentamente, con lápiz y papel, fue la de las enfermedades de la piel.

Olga Stepánovna Semeniak, antigua profesora del departamento de terapia diagnóstica del Instituto de Medicina de Járkov, no daba clases en nuestros cursos. Pero hicimos con ella las prácticas. Me enseñó a percutir y a auscultar a los enfermos. Al acabar las prácticas me regaló su viejo estetoscopio: es una de mis pocas reliquias de Kolimá. Olga Stepánovna rondaba la cincuentena, su condena de diez años aún no había concluido. La condenaron por propaganda contrarrevolucionaria. Su marido y sus dos hijos se quedaron en Ucrania; todos perecieron durante la guerra. La guerra había acabado, la condena de Olga Stepánovna llegaba a su fin, pero la mujer no tenía adónde ir. Después de liberada, se quedó en Magadán.

Olga Stepánovna pasó varios años en el campo para mujeres de Elguén. Halló las fuerzas para sobreponerse a su gran desgracia. Era una persona observadora y comprobó que en el campo solo había un grupo de personas que conservaba su aspecto humano: los religiosos, la gente de iglesia o los miembros de las sectas. Su desgracia personal llevó a Semeniak a acercarse a una secta. En su cuartucho la mujer rezaba dos veces al día, leía los Evangelios y trataba de hacer buenas obras. Hacer buenas obras no le costaba mucho. Nadie pue-

de hacer tanto bien como un médico en un campo, pero se lo impedía su carácter, obstinado, irascible, arrogante. Semeniak no se preocupaba por perfeccionarse en este sentido.

Era una responsable de servicio muy rigurosa y exigente; tenía al personal en un puño. Con los pacientes se mantenía siempre atenta.

Después del día de trabajo, a los «estudiantes» les servían la comida en la cocina del hospital. Semeniak acostumbraba a estar allí tomando el té.

—¿Qué está leyendo?

—Nada, solo estudio.

—Pues lea esto. —Me alargó un librito parecido a un breviario. Era un tomo de las obras de Blok, de la colección menor de la «Biblioteca del poeta».

Pasados unos tres días le devolví las poesías.

—¿Le han gustado?

—Sí. —Me daba vergüenza confesar que conocía, que había conocido bien estos versos.

—Léame «La joven cantaba en el coro».

Se la leí.

—Y ahora: «La lejana Mary, la clara Mary...» Muy bien. Y ahora esta...

Leí «En la lejana y azul alcoba».

—¿Se da usted cuenta de que el niño ha muerto?...

—Sí, claro.

—El niño ha muerto —repitió Olga Stepánovna con los labios secos, y llenó de arrugas su blanca y abultada frente. Se quedó callada—. ¿Quiere que le deje alguna otra cosa?

—Sí, gracias.

Olga Stepánovna abrió el cajón de su mesa escritorio y extrajo un libro parecido al tomo de Blok. Eran los Evangelios.

—Lea, lea. En especial esto: Epístola a los Corintios, de san Pablo Apóstol.

Al cabo de unos días le devolví el libro. La atmósfera ajena a la religión en la que había vivido durante toda mi vida consciente no me había convertido en cristiano. Pero en los campos no he visto personas más dignas que las de convicciones religiosas. La descomposición afectaba a todas las almas y solo la gente religiosa resistía. Así sucedía tanto hace quince años como hace cinco.

En el cuartucho de Semeniak conocí al preso capataz de obras Vasia Shvedtsov. Vasia Shvedtsov, un hermoso joven de unos veinticinco años, tenía un enorme éxito entre las damas del campo. Venía a la sección de Semeniak para visitar a la distribuidora Nina. Persona avispada y capaz, veía claramente muchas cosas y con claridad las explicaba, pero se me ha quedado grabado en la memoria por un motivo muy especial. Reñí a Vasia por lo de Nina; estaba embarazada.

—Si es ella la que no me deja en paz —dijo Shvedtsov—. ¿Qué le voy a hacer? He crecido en el campo de trabajo. Desde chico que estoy encerrado. Imposible contar las hembras que habré tenido. ¿Y sabes? Lo que es en una cama no he pasado con ellas ni una hora. Siempre ha sido, no sé, unas veces en un zaguán, otras en un cobertizo, y como quien dice sobre la marcha. ¿Me crees?

Eso me contó Vasia Shvedtsov, el galán más apuesto del hospital.

Nikolái Serguéyevich Minin, un cirujano ginecólogo, dirigía la sección de mujeres. No nos daba clases; con él hacíamos prácticas, prácticas sin teoría alguna.

Durante las grandes nevascas, las casas del hospital quedaban cubiertas de nieve casi hasta el techo y uno solo se podía orientar por el humo de las chimeneas. Cada sección tenía esculpidos unos peldaños que descendían hasta la puerta de entrada. Salimos de nuestra residencia, en la parte de arriba, corrimos hacia la sección de mujeres y entramos en el despacho de Minin a las ocho y media; nos enfundamos las batas y después de entreabrir la puerta nos introdujimos en el cuarto. Transcurría la habitual sesión matutina, el cambio de enfermera tras la guardia nocturna. Minin, un viejo enorme de barba gris, se hallaba sentado tras una pequeña mesa y fruncía el ceño. El informe de la guardia nocturna había terminado y Minin hizo un gesto con la mano. Todos se pusieron a hacer ruido... Minin giró la cabeza hacia la derecha. Sobre una pequeña bandeja de vidrio, la enfermera jefe traía un vasito con un líquido azulado. El olor era conocido. Minin tomó el vasito, se lo bebió y se atusó el bigote.

—Licor Noche azul —dijo, guiñando el ojo a los estudiantes.

He asistido varias veces a sus operaciones. Siempre intervenía algo «contento», pero aseguraba que no le temblarían las manos. Las enfermeras del quirófano afirmaban

lo mismo. Pero después de la operación, cuando se lavaba las manos en una gran palangana, sus gordos y poderosos dedos temblaban levemente y el hombre contemplaba con tristeza sus estremecidas y desobedientes manos.

—Es hora de dejar de trabajar, Nikolái Serguéyevich, es hora —se decía en voz baja a sí mismo; pero siguió operando todavía varios años.

Antes de Kolimá había trabajado en Leningrado. Lo arrestaron en el treinta y siete, se pasó unos dos años llevando una carretilla en Kolimá. Era el coautor de un gran manual de ginecología. El otro autor se llamaba Serebriakov. Después del arresto de Minin el libro apareció solo con el apellido de Serebriakov. Una vez liberado, a Minin le faltaron fuerzas para meterse en pleitos. Salió del campo como todos, sin derecho a abandonar Kolimá. Se puso a beber aún más, y en 1952 se colgó en su habitación del poblado de Debin.

Durante la revolución, el viejo bolchevique Nikolái Serguéyevich Minin dirigió las negociaciones con el ARA[45] en nombre del Gobierno soviético; se vio con Nansen.[46] Más tarde se dedicó a dar conferencias en la radio sobre cuestiones antirreligiosas.

45. American Relief Administration, organización filantrópica norteamericana.

46. Fridtjof Nansen (1861-1930), explorador y político noruego, Premio Nobel de la Paz en 1922. Entre 1921 y 1923 contribuyó a paliar el hambre en la URSS.

Todos lo querían mucho; no se sabe el motivo, porque sucedía que Minin, a pesar de desear a todo el mundo lo mejor, no hacía nada por nadie, ni bueno ni malo.

El doctor Serguéi Ivánovich Kulikov daba el curso de «Tuberculosis». Durante los años treinta, a los ciudadanos del continente se les infundía con insistencia la idea de que el clima de Kolimá y el clima del Extremo Oriente eran idénticos. Las montañas de Kolimá, decían, eran muy beneficiosas para tratar la tuberculosis y, en cualquier caso, estabilizaban las enfermedades pulmonares. Los acérrimos defensores de esta afirmación se olvidaban de que las colinas de Kolimá estaban rodeadas de ciénagas, que los ríos de las zonas auríferas se habían abierto camino entre los pantanos y que la tundra y los bosques de Kolimá eran el lugar más pernicioso para los enfermos pulmonares. Se olvidaban de que casi todos los evenkos, yakutos y yukaguires de Kolimá padecían tuberculosis. En los hospitales penitenciarios las secciones para tuberculosos no entraban en los planes. Pero el bacilo de Koch es el bacilo de Koch, y hubo que crear secciones de tuberculosos con muchas camas.

Serguéi Ivánovich tenía el pelo blanco y un aspecto avejentado; notablemente duro de oído, pero animoso de cuerpo y alma, consideraba su asignatura la más importante y se enfadaba cuando lo contradecían. Se mantenía en silencio, pero al escuchar algunas noticias importantes de los periódicos, sonreía burlón y se le encendía la mirada.

El doctor Kulikov había pasado diez años por alguno de los puntos del artículo 58. Cuando salió en libertad

también le impusieron un lugar de residencia de por vida. Su familia se reunió con él en Kolimá: su anciana esposa y su hija, también médico especialista en tuberculosis.

El químico Boichenko se encargaba de las prácticas de laboratorio de los estudiantes. Me recordó al verme, se acordó de que no sabía química y me trató con el mayor de los desprecios.

La asignatura de enfermedades nerviosas la impartía Anna Izraílevna Ponizóvskaya. Por entonces ya estaba en libertad y hasta logró defender su tesis doctoral. Durante varios años de reclusión tuvo la oportunidad de trabajar con un destacado neuropatólogo, el doctor Skoblo, quien también la ayudó mucho a redactar la tesis, así lo afirmaban en el hospital. Anna Izraílevna trató a Skoblo después de que yo conociera al doctor; en 1939 él y yo habíamos lavado juntos los suelos del campo de tránsito de Magadán. El mundo es pequeño; Anna Izraílevna era una dama extraordinariamente importante. Accedió amablemente a dar varias conferencias en los cursos para practicantes. Las sesiones se realizaban con tanta ceremonia que de todas ellas solo recordé el sedoso y negro frufrú de su vestido y el penetrante olor de su perfume; ninguna de nuestras compañeras llevaba perfume. Cierto que el cocinero había regalado a Nadia Yegórova un diminuto frasco de colonia barata, llamada Las lilas, pero Nadia lo olía con tanto cuidado y avidez durante las clases que dos filas más atrás no llegaba olor alguno. O puede que lo impidiera el eterno constipado que agarré en Kolimá.

Recuerdo que trajeron a la clase unos carteles: esquemas del reflejo condicionado, al parecer; pero no sé si todo aquello tenía algún sentido.

Se decidió ignorar las enfermedades psíquicas por completo, reduciendo el ya de por sí raquítico programa. Aunque había profesores para ello: el presidente de la comisión de admisión de los cursos, el doctor Sidkin, era un psiquiatra clínico.

Las enfermedades del oído, la laringe y la nariz estuvieron a cargo del doctor Zader, un húngaro de pura cepa. El doctor Zader, un hombre de una belleza clásica, con ojos de cordero, que hablaba muy mal el ruso y casi no podía transmitir nada a los estudiantes. Se ofreció a dar aquel curso para practicar el idioma. Sus clases eran una perfecta pérdida de tiempo.

Le dábamos la lata a Meyersón, que entonces fue nombrado médico jefe del hospital: ¿cómo íbamos a aprender lo que explicaba Zader?

—Si solo fuera eso lo que no sabréis no sería grave —nos respondía en su estilo acostumbrado Meyersón.

Zader había ido a parar a Kolimá hacía poco, justo después de la guerra. En 1956 lo rehabilitaron, pero eso ocurría a finales de año y el hombre decidió no regresar a Hungría, sino que, tras recibir un montón de dinero y despedirse de Dalstrói, se instaló en algún lugar del sur. Con el doctor Zader, después de que este recibiera todos los exámenes de los estudiantes, ocurrió la siguiente historia.

El doctor Janos Zader, otorrinolaringólogo, era un

prisionero de guerra húngaro, seguramente un seguidor de Szálasi.[47] Su «término» era de quince años. Aprendió rápidamente a hablar en ruso; era médico, y los tiempos en que a los médicos los mandaban a trabajos comunes habían pasado (y además esta disposición se refería a los de la letra *t*, es decir a los trotskistas); por otra parte, la especialidad de otorrinolaringólogo era la más escasa. Zader operaba y curaba con éxito. Trabajaba en la sección de cirugía, como médico interno, tarea que se sumaba a su primera especialidad. En las operaciones cavitarias acostumbraba a asistir al jefe de la sección de cirugía, el cirujano Meyersón. En una palabra, el doctor Zader tenía suerte, hasta tenía algún cliente entre los libres. Iba vestido como un libre, llevaba el pelo largo y no le faltaba comida, como tampoco bebida para emborracharse, pero el alcohol ni lo probaba. Su popularidad crecía sin parar, hasta que ocurrió una historia que privó de otorrinolaringólogo a nuestro hospital durante largo tiempo.

Todo el problema vino porque los eritrocitos, es decir, los glóbulos rojos de la sangre, viven veintiún días. La sangre humana viva se halla en un constante proceso de renovación. Pero la sangre extraída del organismo humano no puede vivir más de veintiún días. La sección quirúrgica disponía, como debe ser, de un centro de transfusiones sanguíneas, donde entregaban su sangre los donantes, los libres y los presos; los libres recibían un rublo por centímetro cúbi-

47. Ferenc Szálasi (1897-1946), jefe del Gobierno húngaro filonazi entre 1944 y 1945.

co, y los presos, diez veces menos. Para cualquier hipertenso aquel era un considerable ingreso, pues se llegaban a aceptar hasta trescientos y cuatrocientos gramos al mes. Entregas la sangre, pues te conviene para tu tratamiento, y además recibes una ración complementaria y dinero. Algunos detenidos que formaban parte del personal de servicio (sanitarios y demás), permanecían en el hospital justamente porque entregaban su sangre a los pacientes. Aquí se necesitaban más transfusiones de sangre que en cualquier otro lugar de la Tierra, pero las transfusiones no se decidían en función de los síntomas médicos generales, como por ejemplo en casos de agotamiento, sino tan solo cuando la sangre resultaba necesaria para una operación o para los prolegómenos de esta, o en los casos especialmente graves en las secciones terapéuticas.

En el centro de transfusión siempre había una reserva de sangre extraída por anticipado. Y la existencia de esta reserva era un orgullo para nuestro hospital. En todos los demás centros, en caso de que se hicieran transfusiones, estas se realizaban directamente de una persona a otra. El donante y el receptor se tendían en mesas vecinas durante esta manipulación.

La sangre cuyo período de conservación había caducado se tiraba.

No lejos del hospital se encontraba una granja estatal de cerdos, donde de vez en cuando, tras sacrificar a los cerdos, se guardaba la sangre y se trasladaba al hospital. En el centro, a esta sangre se le añadía una solución de citrato sódico para evitar que se coagulara, y el líquido se le admi-

nistraba a los pacientes; se trataba de algo parecido a un hematógeno casero, muy alimenticio y que encantaba a los pacientes, cuya alimentación se limitaba a diversos tipos de caldos de pescado y papillas de cebada. La administración de hematógeno a los enfermos no era algo nuevo.

Pero sucedió que el jefe de la sección de cirugía, el doctor Meyersón, se marchó de viaje de trabajo y la jefatura de la sección pasó al doctor Zader.

Durante su ronda de inspección de la sección se creyó obligado a visitar también el centro de transfusión, donde comprobó que una parte considerable de las reservas de sangre estaba ya caducada y escuchó el informe de la enfermera, que le comunicó su intención de tirar esa sangre. El doctor Zader se sorprendió.

—¿Cree usted que hay que tirarla? —preguntó el doctor. Y la enfermera le respondió que así era como se hacía.

—Vierta esta sangre en las teteras y désela a los enfermos graves *per os*[48] —dispuso Zader.

La enfermera distribuyó la sangre y los enfermos quedaron muy contentos.

—En el futuro —dijo el húngaro—, toda la sangre vieja distribúyala de esta manera.

Y entonces se inició la práctica de distribuir la sangre de los donantes en las salas. Cuando el jefe de la sección regresó, organizó un escándalo de gran calibre, diciendo que

48. Por vía oral, en latín.

el fascista de Zader daba de beber a los pacientes sangre humana, ni más ni menos. Los enfermos se enteraron del hecho el mismo día, pues en los hospitales los rumores corren más rápido que en las prisiones, y los que habían bebido aquella sangre empezaron a vomitar. Zader fue suspendido de su cargo sin ninguna explicación, y un informe detallado en el que se le acusaba de todos los crímenes posibles salió hacia la dirección de sanidad. Desconcertado, Zader trató de explicar que en principio no había ninguna diferencia entre inyectar la sangre en vena o tomarla por vía oral, que esta sangre era un buen complemento alimenticio, pero nadie le escuchaba. Le afeitaron la cabeza, le quitaron su chaquetilla de hombre libre, y envuelto en ropas de preso lo mandaron a talar árboles a la brigada de Lurié. El doctor Zader ya había conseguido que su nombre apareciera en el cuadro de honor de los estajanovistas de la zona, cuando se presentó una comisión de la dirección de sanidad, preocupada, por cierto, no tanto por este tipo de transfusión sanguínea, sino por que los pacientes enfermos de los oídos y de la garganta se habían quedado sin médico. Por una feliz casualidad, encabezaba la comisión un capitán de sanidad recientemente desmovilizado del ejército y que había pasado toda la guerra en las secciones quirúrgicas de las unidades de sanidad. Tras estudiar los informes de la «acusación», no lograba entender de ninguna manera cuál era el problema. ¿De qué se acusaba a Zader? Y cuando se aclaró que Zader distribuía entre los pacientes sangre humana, que «les daba a beber sangre», el capitán dijo encogiéndose de hombros:

—Yo hice lo mismo en el frente durante cuatro años. ¿Qué pasa, o aquí esto no se puede hacer? Yo no estoy enterado, hace poco que he llegado.

Zader fue devuelto del bosque a la sección de cirugía, a pesar de la protesta por escrito del jefe de brigada de taladores, que consideraba que por algún incomprensible capricho se le privaba del mejor leñador.

Pero Zader perdió todo interés por el trabajo y ya no propuso ninguna medida racionalizadora.

El doctor Dóktor era un canalla acabado. Se decía que aceptaba sobornos y que era un acaparador, pero ¿es que en Kolimá había jefes con hábitos distintos? Era vengativo y dado a sembrar cizaña: algo también perdonable.

El doctor Dóktor odiaba a los presos. No es que los viera con malos ojos o desconfiara de ellos. No, los tiranizaba, los humillaba cada día y a cada instante, los castigaba por el menor detalle, los insultaba y empleaba con generosidad su ilimitado poder (dentro del hospital) para llenar las celdas y campos de castigo. A los ex reclusos no los consideraba personas, y repetidamente amenazaba al cirujano Traut, por ejemplo, con que le colgaría otra condena sin pensárselo dos veces. Cada día le llevaban a su apartamento pescado fresco —una brigada de «enfermos» salía a pescar al mar con redes—, o legumbres del invernadero, o carne de la granja de cerdos, y todo esto en cantidades suficientes como para alimentar a Gulliver.

El doctor Dóktor disponía de un sirviente: un ayu-

dante de guardia de los presos que le ayudaba en el aprovechamiento de todos estos obsequios. Del continente llegaban a la dirección del doctor Dóktor paquetes postales con *majorka*, la divisa de Kolimá. Fue jefe del hospital una larga serie de años, hasta que al final otro gánster lo tumbó. Al jefe de Dóktor los «dividendos» le parecieron pocos.

Pero todo esto vino después, porque durante los cursos el doctor Dóktor era el rey y Dios todopoderoso. Cada día se convocaban reuniones y en ellas Dóktor intervenía con discursos de una marcada inclinación al «culto a la personalidad».[49]

En el arte de los «memorandos» difamatorios, el doctor Dóktor también era un gran maestro y podía «empapelar» a quien quisiera.

Era un jefe vengativo, mezquinamente vengativo.

—A ver, tú, no me has saludado cuando me has visto, voy a ponerte una denuncia, pero no una denuncia cualquiera, sino un memorando oficial. Pondré que eres un «activo trotskista y un enemigo del pueblo», y puedes estar seguro de que no te salvarás de una mina de castigo.

Los cursos —su propia creación— disgustaban al doctor Dóktor. Los estudiantes del artículo 58 resultaron ser demasiados; el doctor Dóktor temía por su carrera. Típico administrador del treinta y siete, el doctor Dóktor al parecer se despidió de Dalstrói a finales de los cuarenta, pero

49. Con esta expresión se condenó en 1956 la dictadura de Stalin. Y sus crímenes se denominaron «transgresiones a la legalidad socialista».

viendo que todo seguía igual y que en el continente se tenía que trabajar, regresó al servicio de Kolimá. Aunque tuvo que ganarse de nuevo el porcentaje de los complementos, el doctor Dóktor regresó a su situación anterior.

Al visitar los cursos antes de los exámenes finales, el doctor Dóktor escuchó benevolente el informe sobre los éxitos de los estudiantes, recorrió a los presentes con sus vidriosos ojos azul celeste y preguntó:

—¿Y todos saben poner ventosas?

La respuesta fue una carcajada respetuosa de profesores y «estudiantes». Aunque, por desgracia, no habíamos aprendido justamente a poner ventosas; ninguno de nosotros creía que este sencillo tratamiento tuviera sus secretos.

El curso sobre las enfermedades de los ojos corrió a cargo del doctor Lóskutov. Tuve la fortuna de conocer y de trabajar unos cuantos años con Fiódor Yefímovich Lóskutov, una de las figuras más notables de Kolimá. Comisario de batallón durante la guerra civil —una bala de Kolchak se le alojó para siempre en el pulmón izquierdo—, Lóskutov aprendió medicina a principios de los años veinte y trabajó como médico militar en el ejército. Una broma casual sobre Stalin lo condujo ante un tribunal militar. Llegó a Kolimá con una condena de tres años y el primero lo pasó trabajando de tornero en la mina Partizán. Luego se le permitió dedicarse a la medicina. La condena de tres años estaba llegando a su final. Aquella época era conocida en Kolimá y en toda Rusia con el nombre de *garánins-*

china, aunque sería más correcto llamarla *pávlovschina*, por el apellido del jefe de Dalstrói de entonces. El coronel Garanin era solo el sustituto de Pávlov, el jefe de los campos, pero era el que presidía la troika de los fusilamientos y quien firmaba las interminables listas de fusilados. En 1938 era peligroso salir en libertad por el artículo 58. Todos a los que se les acababa la condena corrían el peligro de que les cayera otra nueva «causa», algún proceso inventado, impuesto y organizado. Uno estaba más seguro teniendo una condena de unos diez o quince años que no de tres o cinco. Se respiraba más aliviado.

Lóskutov fue condenado de nuevo —por la troika de Kolimá presidida por Garanin—, a diez años. Médico capaz, se especializó en enfermedades de la vista. Operaba, era un especialista valiosísimo. La dirección de sanidad lo mantenía cerca de Magadán, en el kilómetro veintitrés; en los casos necesarios lo llevaban bajo escolta a Magadán para hacer visitas u operaciones. Lóskutov, uno de los últimos médicos rurales, era un doctor universal: podía hacer operaciones cavitarias, sabía de ginecología y era un especialista en oftalmología.

En 1947, cuando la nueva condena llegaba a su fin, el jefe de operaciones Simonosvki le fabricó otra causa. En el hospital arrestaron a unos cuantos practicantes y enfermeras y los condenaron a diversas penas. Al propio Lóskutov le echaron diez años. En esta ocasión insistían en que lo alejaran de Magadán y lo transfirieran a Berlag, un nuevo campo interior en Kolimá para reincidentes políticos, con un

régimen severo. Durante varios años las autoridades del hospital lograron salvar a Lóskutov del Berlag, pero finalmente fue a parar allí ¡para cumplir su tercera condena! Con los descuentos salió libre en 1954. En 1955 fue rehabilitado por completo de las tres condenas.

Cuando lo liberaron tenía una muda, una guerrera y un pantalón.

Persona de elevadas cualidades morales, el doctor Lóskutov supeditó toda su labor de médico, toda su vida de médico de campo a una sola tarea: ayudar activa y constantemente a los demás, a los presos sobre todo. Esta ayuda no era ni mucho menos solo médica. Siempre estaba colocando a uno, recomendando a otro para un trabajo cuando abandonaba el hospital. Siempre daba de comer a alguien, a otros les hacía regalos: a uno una pizca de *majorka*, a otro un pedazo de pan.

Los enfermos consideraban que ir a parar a su sección (él trabajaba como terapeuta) era una gran suerte.

No paraba de hacer gestiones, de ir de un lado a otro, de escribir.

Y así fue no un mes ni un año, sino veinte años enteros, día tras día, y sin recibir de arriba más que nuevos años de condena.

La Historia conoce a otra figura así. Es el médico penitenciario Fiódor Petróvich Gaaz,[50] sobre el que escribió un

50. Fiódor Petróvich Gaaz (Friedrich-Joseph Haas, 1780-1853), médico ruso de origen alemán. Médico jefe de las cárceles de Moscú, dedicó toda su vida a hacer más llevadera la reclusión a los presos.

libro A. F. Koni. Pero los tiempos de Gaaz eran otros tiempos. Eran los años sesenta del siglo pasado: una época en que la sociedad rusa experimentó un renacimiento moral. Los años treinta del siglo XX no se distinguían por algo parecido. En una atmósfera de denuncias, de difamaciones, de castigos y de injusticia, cuando la gente recibía una condena de cárcel tras otra por causas aviesamente inventadas, hacer el bien era muchísimo más difícil que en los tiempos de Gaaz.

A un paciente, Lóskutov le organizaba la posibilidad de viajar al continente como inválido, a otro le buscaba un trabajo más llevadero; sin preguntar nada al enfermo, dirigía su destino de manera inteligente y provechosa.

A Fiódor Yefímovich Lóskutov le faltaba instrucción en el sentido escolar de la palabra; llegó a la Facultad de Medicina con una instrucción deficiente. Pero leía mucho, observaba atentamente la vida, reflexionaba mucho y razonaba libremente sobre las más diversas materias; era una persona educada, de amplios conocimientos.

Modesto en grado extremo, pausado en sus juicios, era una figura singular. Tenía un defecto: en mi opinión, en su ayuda era muy poco selectivo, y por eso los hampones, al descubrir su conocido punto débil, intentaron «ensillarlo». Pero más tarde también en esta cuestión dejó las cosas muy claras.

Tres condenas a campos, la peligrosa vida de Kolimá con las amenazas de los jefes, las humillaciones, la incertidumbre sobre el día de mañana, no hicieron de Lóskutov ni un escéptico ni un cínico.

Y al salir libre de verdad, con la rehabilitación y tras recibir de golpe un montón de dinero, lo dio como antes a quien lo necesitaba, y como antes ayudó a los demás sin guardarse una muda de más, a pesar de recibir varios miles de rublos al mes.

Así era nuestro profesor de enfermedades de la vista. Acabados los cursos, tuve ocasión de trabajar varias semanas, mis primeras semanas de practicante, justamente con Lóskutov. La primera tarde terminó en la sala de curas. Trajeron a un paciente con un absceso retrofaríngeo.

—¿Qué es esto? —me preguntó Lóskutov.

—Un absceso retrofaríngeo.

—¿Y el tratamiento?

—Extraer el pus con cuidado de que el paciente no se atragante con el líquido.

—Ponga a hervir los instrumentos.

Puse los instrumentos en el esterilizador y tras hervirlos llamé a Lóskutov.

—Listo.

—Haga entrar al paciente.

El enfermo se sentó en un taburete con la boca abierta. Una lamparilla le iluminaba la laringe.

—Lávese las manos, Fiódor Yefímovich.

—No, láveselas usted —respondió Lóskutov—. Usted es quien va a llevar a cabo la operación.

Un sudor frío me corrió por la espalda. Pero yo sabía, y lo sabía bien, que hasta que no haces algo con tus propias manos no puedes decir que lo sabes hacer. Lo fácil de

pronto resulta insuperable y lo complicado, extraordinariamente fácil.

Me lavé las manos y me acerqué decidido al paciente. Los ojos del hombre, abiertos de par en par, me miraban con reproche y espanto.

Yo apunté y atravesé el absceso ya maduro con el extremo romo del bisturí.

—¡La cabeza! ¡La cabeza! —gritó Fiódor Yefímovich.

Logré doblar a tiempo la cabeza del enfermo hacia delante y este escupió el pus directamente sobre las faldas de mi bata.

—Ya está. Y cámbiese la bata.

Al día siguiente Lóskutov me mandó a la sala de pacientes semicrónicos, donde vivían los inválidos, con la orden de tomarles a todos la tensión arterial. Me llevé el aparato Riva-Rocci, les tomé la tensión a los sesenta y apunté los datos en un papel. Eran hipertensos. Me pasé una semana entera tomándoles la tensión, diez veces a cada uno, y solo después Lóskutov me mostró sus cartillas.

Me alegraba de poder realizar aquellas mediciones a solas. Y muchos años más tarde alcancé a comprender que aquella fue una operación calculada, para que me habituara tranquilamente a mi trabajo; nada que ver con la primera ocasión, en que había que comportarse de otro modo, pues se necesitaba rapidez de decisión y mano firme.

Cada día descubría algo nuevo, y al mismo tiempo conocido por las lecciones de las clases.

Fiódor Yefímovich no denunciaba a los simuladores ni a los que agravaban su estado.

—Eso solo se lo parece —decía con aire triste Lóskutov—, que se agravan ellos mismos o que simulan sus enfermedades. Están mucho más enfermos de lo que ellos mismos creen. La simulación y el agravamiento, en el marco de la distrofia alimentaria y del marasmo psíquico que representa la vida en el campo, es un fenómeno que no se ha descrito, no se ha descrito...

Alexandr Alexándrovich Malinski, que nos daba las clases sobre medicina interna, era un hombre lleno de vida, bien lavado y comido, perfectamente rasurado; un tipo alegre, canoso, que empezaba a engordar. Tenía los labios de un rosa oscuro, en forma de corazón. Y unas aristocráticas verrugas de largos tallos que temblaban sobre su encendida espalda: así se nos aparecía a los estudiantes en los baños del hospital, en la sauna. Dormía —el único de los médicos de Kolimá y, a mi parecer, el único en toda Kolimá— con una camisa de dormir larga hasta los tobillos, cosida especialmente para él. Es algo que se descubrió durante el incendio que se produjo en su sección. El incendio se logró apagar enseguida y pronto se olvidaron de él, pero de la larga camisa de dormir del doctor Malinski se habló en el hospital durante meses.

Antiguo profesor de los cursos de perfeccionamiento para médicos en Moscú, se adaptaba con dificultad al nivel de nuestros cursos.

Entre el profesor y sus oyentes reinaba siempre un frío distanciamiento. Alexandr Alexándrovich quería romper esta barrera, pero no sabía cómo hacerlo. Se inventó

unos cuantos chistes algo vulgares, pero ello no hizo más comprensibles sus clases.

¿Y el material gráfico? ¡Pero si incluso en clase de anatomía nos arreglábamos sin un esqueleto! Umanski nos dibujaba con tiza en la pizarra los huesos de los que hablaba.

Malinski impartía las lecciones esforzándose con toda el alma por transmitirnos el máximo de conocimientos. Como conocía muy bien el campo —lo habían arrestado en el treinta y siete—, Malinski daba en sus clases muchos consejos importantes sobre ética médica en su versión carcelaria. «Aprended a creer al enfermo», nos instaba ardientemente Alexandr Alexándrovich mientras daba saltitos junto a la pizarra, que golpeaba con una tiza. Aunque se refería a la ciática y al lumbago, nosotros comprendíamos que el llamamiento se refería a algo más importante: el hombre nos hablaba sobre la actitud de la *verdadera* medicina en el campo, sobre el hecho de que los horrores de la vida carcelaria no debían alejar al médico de su verdadero camino.

Es mucho lo que le debemos al doctor Malinski: información, conocimientos, y aunque su permanente tendencia a mantenerse, en nuestra opinión, a considerable distancia de nosotros, como quien se encuentra en la cima, no nos infundía simpatías, reconocíamos sus méritos.

Alexandr Alexándrovich soportaba bien el clima de Kolimá. Ya después de rehabilitado se quedó por propia voluntad a acabar sus días en Seimchán, en una granja de hortalizas de Kolimá.

Alexandr Alexándrovich leía regularmente los perió-

dicos, pero no compartía con nadie sus opiniones: la experiencia... Leía libros, pero solo de medicina.

La directora de los cursos era una contratada libre, la médica Tatiana Mijáilovna Iliná, la hermana de Serguéi Ilin, el conocido futbolista, como se presentaba ella misma. Tatiana Mijáilovna era una dama que se esforzaba por satisfacer hasta en lo más mínimo a sus superiores. Hizo carrera en Kolimá. Su capacidad de halagar parecía no tener límites. En cierta ocasión me pidió que le trajera «algo bueno» que leer. Le ofrecí un tesoro: un tomo de Hemingway con *La quinta columna* y *Cuarenta y ocho relatos*.[51] Iliná examinó por todos lados el librito color guinda, lo hojeó y dijo:

—No, se lo devuelvo: esto es un lujo y nosotros lo que necesitamos es pan negro.

Eran unas palabras claramente ajenas, hipócritas, y las pronunció con satisfacción, pero estaban por completo fuera de lugar. Después de semejante afrenta, dejé de pensar en ser el consejero literario de la doctora Iliná.

Tatiana Mijáilovna estaba casada. Había llegado a Kolimá con sus dos hijos; era una mujer con marido. El esposo era un oficial que al regresar del frente después de la guerra firmó un contrato con el Dalstrói y vino con su familia a estas tierras del Noreste: aquí se mantenían las raciones, las condiciones y los privilegios de oficial, y la familia

51. Shalámov cita de memoria, pues en realidad son cuarente y nueve relatos. El título original de la obra, de 1938, es *The Fifth Column and the First Forty-nine Stories.*

era numerosa: dos hijos. Lo nombraron jefe del departamento político de una administración minera de Kolimá: un cargo importante, casi de general, y además con perspectivas. Pero Nikoláyev —el apellido del marido de Tatiana Mijáilovna era Nikoláyev— era una persona observadora, honesta y nada arribista. Tras comprobar la arbitrariedad, la especulación, las denuncias, los robos, las intrigas, el acaparamiento, la corrupción, la dilapidación de los bienes públicos y todas las crueldades que llevaban a cabo las autoridades de Kolimá sobre los detenidos, Nikoláyev se dio a la bebida. Comprendió la influencia desmoralizadora de la crueldad humana y la condenó profunda e inapelablemente. La vida se le presentó en su aspecto más horrendo, mucho más horroroso que los años en el frente. No era ni un ser corrupto ni un desalmado. Y se dio a la bebida.

Pronto lo destituyeron del cargo de jefe de la sección política y en poco tiempo —en solo dos o tres años— realizó el recorrido inverso de la carrera, de arriba abajo, hasta alcanzar el simple cargo, mal pagado y poco influyente, de inspector del Club de Actividades Culturales del hospital penitenciario. La pesca se convirtió en su pasión obligada. En lo más profundo de la taiga, a la orilla del río, Nikoláyev se sentía mejor, más tranquilo. Cuando se terminó el plazo de su contrato, regresó al continente.

Tatiana Mijáilovna no lo siguió. Al contrario, ingresó en el partido y así puso los cimientos de su carrera. Se repartieron los hijos; la niña le tocó al padre; el niño, a la madre.

Pero todo esto sucedió más tarde; por entonces, la

doctora Iliná era la preocupada y atenta responsable de nuestros cursos. Como le asustaban algo los presos, trataba de contactar lo menos posible con ellos y ni siquiera tomó una sirvienta de entre los reclusos.

Las clases de cirugía, la general y la especializada, las daba Meyersón. Meyersón era discípulo de Spasokukotski, un cirujano de gran futuro, destinado a una importante carrera científica. Pero estaba casado con una familiar de Zinóviev[52] y en 1937 fue detenido y condenado a diez años en cuanto jefe de cierta organización terrorista antisoviética dedicada al sabotaje... En 1946, cuando se inauguraron los cursos de practicantes, justo había recuperado la libertad. (Había pasado menos de un año en trabajos comunes; toda su reclusión trabajó de cirujano.) Entonces empezaron a ponerse de moda las «residencias de por vida», y también a Meyersón le dieron esta «residencia». Liberado hacía poco, era extremadamente precavido, extremadamente oficial y extremadamente inaccesible. Su prometedor destino hecho añicos y su cólera buscaban una salida, y la hallaban en sus bromas malignas, en las burlas...

Daba las clases de manera admirable. Meyersón se había visto privado durante diez años de su querida labor

52. Grigori Yeuséyevich Zinóviev (1883-1936) formó parte de la troika dirigente, junto con Kámenev y Stalin, después de la muerte de Lenin. Se acercó a Trotsky en oposición a Stalin, por lo que fue condenado a muerte en 1936.

docente —sin contar, por supuesto, las conversaciones que mantenía sobre la marcha con las enfermeras en el quirófano—, y era la primera vez que tenía ante sí a un público, a unos «estudiantes» ansiosos de recibir sus conocimientos médicos. Y aunque la composición de los presentes era muy variada, esto no molestaba a Meyersón. Al principio sus clases eran atractivas, fogosas. Pero las primeras preguntas fueron como un jarro de agua fría arrojada sobre el fogoso Meyersón. Los oyentes eran demasiado ignorantes: las palabras «elemento» o «forma» necesitaban una explicación, y una explicación detallada. Meyersón, al comprender la situación, se sintió muy decepcionado, pero no dio muestras de ello y se adaptó al nivel. Tuvo que situarse a la altura de los más rezagados, al nivel de la finlandesa Aino y del director de almacén Silántiev.

—Se forma una fístula... —decía el profesor— ¿Quién sabe qué es una fístula?

Silencio.

—Es como un agujero, algo parecido a...

Las clases se tornaron más grises, aunque no perdieron su contenido práctico.

Como corresponde a un cirujano, Meyersón trataba con evidente desprecio a todos los demás especialistas médicos. En su sección, la preocupación del personal por mantener estéril el lugar alcanzó con él cotas casi comparables a las de la capital, pues exigía el cumplimiento escrupuloso de las normas de las clínicas quirúrgicas. En cuanto a las demás secciones, las miraba con manifiesto desprecio.

Cuando se presentaba para realizar una consulta nunca se quitaba el chaquetón y el gorro, y con esa ropa de abrigo se sentaba en la cama del paciente en todas las secciones terapéuticas. Era algo que hacía adrede y se interpretaba como una ofensa. Las salas, no obstante, estaban limpias, y cuando el médico abandonaba la sala los sanitarios se pasaban largo rato frotando entre refunfuños las huellas mojadas de las botas de Meyersón. Era esta una de las diversiones del cirujano; Meyersón tenía la lengua afilada y siempre estaba dispuesto a dejar caer sobre los demás su bilis, su rabia, su descontento con el mundo.

En las clases no se distraía. Con una exposición clara, precisa, exhaustiva, sabía hallar ejemplos comprensibles para todos, ilustraciones vivas, y si comprobaba que la gente asimilaba sus palabras se alegraba de ello. Era el cirujano jefe del hospital y más tarde fue médico jefe, y en nuestros cursos su opinión tenía un valor decisivo en todas las cuestiones internas relativas a los estudios. Todos sus actos se realizaban a la vista de los estudiantes y todas sus conversaciones eran meditadas y sensatas.

El primer día que asistimos a una auténtica operación, agolpados en un rincón de la sala de operaciones con las batas estériles recién estrenadas y con las fantásticas mascarillas de gasa, operaba Meyersón. Lo asistía la enfermera que siempre lo acompañaba, Nina Dmítrievna Járchenko, una contratada, secretaria de la organización del Komsomol del hospital. Meyersón lanzaba órdenes entrecortadas:

—¡Pinzas!... ¡Aguja!

Y Járchenko cogía de la mesa los instrumentos para colocarlos con cuidado en la mano cubierta por un guante de goma color amarillo pálido que el cirujano le alargaba.

Pero en un momento dado no le dio lo que este necesitaba, y Meyersón, tras soltar una brutal grosería, alzó la mano y arrojó las pinzas al suelo. Las pinzas resonaron y Nina Dmítrievna enrojeció y le alargó tímida el instrumento que aquel le había pedido.

Nos sentimos ofendidos por Járchenko y furiosos contra Meyersón. Creíamos que no debía haberse comportado de aquel modo. Aunque solo fuera por nosotros, ya que era un tipo tan grosero.

Tras la intervención nos dirigimos a Nina Dmítrievna para expresarle nuestra comprensión.

—No, chicos, el cirujano es quien responde de la operación —dijo en tono serio y confidencial. Y en su voz no había muestras ni de indignación ni de resentimiento.

Como si hubiera comprendido lo que ocurría en el alma de los neófitos, Meyersón dedicó la clase siguiente a un tema especial. Fue una brillante conferencia sobre la responsabilidad del cirujano, sobre la voluntad del cirujano, sobre la necesidad de derrotar la voluntad del paciente, sobre la psicología del médico y la psicología del enfermo.

La clase provocó un entusiasmo unánime, y desde aquella sesión colocamos a Meyersón en el lugar más elevado de nuestros cursos.

Igualmente brillante e incluso poética resultó su clase dedicada a «las manos del cirujano», que trató sobre la esen-

cia de la profesión de médico, sobre el concepto de esterilización, y que puso al rojo vivo al auditorio. Meyersón se dirigía a los oyentes como quien habla consigo mismo, casi sin mirarlos. La clase estuvo llena de historias. Cómo el pánico invadió la clínica de Spasokukotski ante la presencia de una misteriosa infección entre los pacientes, a pesar de la asepsia de las operaciones, y cómo se descubrió la causa en la verruga de un dedo de un asistente. Fue una lección sobre la constitución de la piel, sobre el rigor impecable de la cirugía. Y sobre por qué ningún cirujano, ninguna enfermera o practicante de la sección de cirugía puede participar en los trabajos «voluntarios» del campo y le está prohibido realizar trabajos físicos. Tras sus palabras adivinábamos la apasionada lucha que libró durante largos años el cirujano Meyersón contra las ignorantes autoridades del campo.

A veces, en los días dedicados a revisar las materias asimiladas, Meyersón conseguía acabar con las preguntas antes de lo previsto. Y dedicaba el resto del tiempo a interesantísimos relatos «a propósito de»: sobre los grandes cirujanos rusos, sobre Oppel, Fiódorov y en especial sobre Spasokukotski, a quien Meyersón veneraba. Todo se presentaba de manera ingeniosa, inteligente, provechosa, y todo era de lo más «auténtico». Nuestra mirada sobre el mundo cambiaba, nos convertíamos en sanitarios gracias a Meyersón. Aprendíamos a pensar como sanitarios y lo hacíamos con éxito. Cada uno de nosotros era otro después de estos cursos, donde en ocho meses se enseñaba el programa de dos años de las escuelas.

Posteriormente, Meyersón se trasladó de Magadán a Neksikan, a la Administración Occidental. En 1952 repentinamente lo detuvieron y se lo llevaron a Moscú; lo intentaron «encajar» en la causa de los médicos, con los que fue liberado en 1953.[53] Al regresar a Kolimá, Meyersón no se quedó por mucho tiempo, ante el temor de permanecer en aquel lugar tan inseguro y peligroso. Y volvió al continente.

En el hospital había un club, pero los estudiantes no lo frecuentaban, salvo las muchachas Zhenia Kats y Borísova.

A nosotros nos parecía una herejía gastar siquiera una hora de nuestro tiempo libre en algo que no fuera estudiar. Estudiábamos día y noche. Al principio intenté pasar a limpio mis apuntes en una nueva libreta, pero para ello me faltaba tiempo y papel.

El hospital del campo ya estaba lleno de gente llegada de la guerra: emigrantes rusos llegados de Manchuria, prisioneros japoneses a los que en lugar de pan se les daba arroz, centenares de personas condenadas como espías por los tribunales, pero todo ello no llegó al grado de represión alcanzado algo más tarde, al final del período de navegación de 1946, cuando, en pleno diciembre, cinco mil presos traídos en el barco *KIM* fueron rociados de agua con las mangue-

53. En 1952 Stalin fraguó un último proceso, el de las «batas blancas», según el cual un grupo de médicos, entre los que abundaban los de origen judío, querían atentar contra la vida de algunos dirigentes de país. La muerte del dictador en marzo de 1953 desbarató el plan.

ras durante el trayecto, que se había prolongado. Las tareas de traslado y de amputación de los miembros de estos seres congelados la llevamos a cabo nosotros siendo ya practicantes de pleno derecho, y no en Magadán.

Cada día nos asaltaban las dudas: ¿y si suspenden los cursos? Los rumores, cada uno más terrible que el anterior, nos impedían dormir. Pero las clases poco a poco avanzaban, y prosiguieron hasta el día en que los más quejicas e incrédulos pudieron suspirar de alivio.

Pasaron más de tres meses y las clases continuaban. Y surgieron nuevas dudas: ¿superaríamos el examen final? Pues aquellos cursos eran plenamente oficiales y nos daban derecho a curar. Es verdad que el departamento de sanidad de Dalstrói aclaró en su momento al departamento municipal de sanidad de Kalinin que los diplomados en estos cursos solo podían ejercer en Kolimá, pero tan extrañas fronteras para los conocimientos médicos no se tuvieron en cuenta en todas partes.

Nos disgustó sobremanera el hecho de que el programa se redujera y solo nos diera derecho a ejercer como enfermeros. Pero esto era algo secundario. Lo peor era que no se nos entregaba documento alguno. «Los certificados se incluirán en vuestros expedientes personales», nos explicaba Iliná. Pero resultó que en nuestros expedientes personales no había ni rastro de nuestra formación sanitaria. Tras la liberación, a más de uno de nosotros nos tocó recoger las declaraciones firmadas por los profesores de los cursos.

Después de tres meses de clases el tiempo empezó a correr más y más deprisa. El cada vez más cercano día de los exámenes no infundía alegría, los exámenes ponían punto final a nuestra extraordinaria vida en el kilómetro veintitrés. Nosotros, que habíamos conocido Kolimá, nosotros, los veteranos del treinta y siete, sabíamos que no nos esperaba una vida mejor. Y por eso nos sentíamos alarmados y tristes, aunque de manera moderada, pues Kolimá nos había enseñado a no prever nada con más de un día de antelación.

La fecha de los exámenes se acercaba. Ya se decía abiertamente que trasladarían el hospital a quinientos kilómetros en el interior de la taiga, a la orilla izquierda del río Kolimá, a la aldea de Debin.

Un mes antes de finalizar las clases se convocó un examen de prueba para todas las asignaturas. Yo no le di importancia a este detalle, y solo después del examen final me di cuenta de que todas las preguntas escritas que los estudiantes recibieron en el examen definitivo eran —en todas las asignaturas— una repetición de las preguntas realizadas en el examen previo. Es verdad que los miembros de la comisión —altos jefes de la dirección de sanidad de Dalstrói— podían hacer e hicieron preguntas complementarias. Pero el hecho de conocer el contenido de la pregunta fue el elemento que permitió infundir seguridad a los examinados y contribuyó a mejorar la impresión de los examinadores. Aún recuerdo la pregunta de mi prueba de cirugía: el ensanchamiento varicoso de las venas.

Antes de los exámenes corrió el tranquilizador rumor de que aprobarían todos, todos sin excepción, que nadie se vería privado de aquellos pobres derechos sanitarios. Todos nos alegramos de ello. El rumor resultó ser cierto.

Poco a poco nuestras relaciones se fortalecían, se ampliaban. Ya no éramos unos extraños, sino unos iniciados, éramos miembros de la gran orden de los sanitarios. Así nos veían tanto los médicos como los enfermos.

Dejamos de ser gente del montón. Nos convertimos en especialistas.

Yo me sentía —por primera vez en Kolimá— una persona necesaria; necesario para el campo, para la vida, para mí mismo. Me sentía un hombre de pleno derecho, una persona a la que nadie podía hablar a gritos o de la que nadie se podía burlar.

Y aunque muchos jefes me encerraron en celdas de castigo por diferentes infracciones contra el régimen penitenciario, ya fueran faltas inventadas o reales, incluso en la celda de castigo seguía siendo una persona necesaria para el hospital. Y al abandonarla regresaba a mi trabajo de sanitario.

El amor propio hecho añicos había encontrado el pegamento, el cemento necesario para reconstruir aquello que se había quebrado en mil pedazos.

El curso llegaba a su fin y los muchachos empezaron a salir con las chicas; todo como debe ser. Pero los de mayor edad no dejaron que el sentimiento del amor se inmiscuyera en su futuro. El amor era una apuesta demasiado baja en

el juego del campo. Durante años nos enseñaron a contenernos, y no fue en vano.

Un exacerbado sentido del amor propio crecía en mí. Cualquier respuesta excelente de otro estudiante en cualquiera de las clases yo la interpretaba como un insulto personal, como una ofensa. Yo tenía que saber dar respuesta a todas las preguntas del profesor.

Nuestros conocimientos crecían poco a poco, y, lo más importante, se ampliaba nuestro interés; y no parábamos de preguntar una y otra vez a los médicos, por ingenuas, por estúpidas que fueran las preguntas. Pero los médicos no consideraban ni ingenuas ni estúpidas ninguna de nuestras preguntas. Y todas obtenían respuesta, respuestas por lo demás bastante categóricas. Las respuestas suscitaban nuevas preguntas. Aún no nos atrevíamos a iniciar disputas médicas entre nosotros. Esto hubiera sido demasiado presuntuoso.

Pero... una vez me llamaron para colocar en su lugar un hombro dislocado. El médico inyectaba anestesia Rausch y yo recolocaba el hombro con el pie, por el método de Hipócrates. Debajo de la planta de mi pie algo chasqueó suavemente y el hueso del hombro volvió a ocupar su sitio. Me sentí feliz. Tatiana Mijáilovna Iliná, presente en la operación, me dijo: «Se ve que le han enseñado bien.»

Y yo no pude sino estar de acuerdo con ella.

Por supuesto, nunca fui al cine, ni a las funciones de la brigada cultural, que en Magadán e incluso en el hospital estaba constituída por un grupo muy digno y que se distin-

guía por su ingenio y buen gusto, en la medida en que esto podía darse tras atravesar las barreras de la censura del Club de Actividades Culturales. Dirigía entonces la brigada de Magadán L. V. Varpajovski, más tarde director jefe del Teatro Yermólova de Moscú. Yo no tenía tiempo, y además los secretos de la medicina que lentamente iba descubriendo me interesaban muchísimo más.

La terminología médica dejó de ser un jeroglífico. Por entonces leía los artículos y los libros de medicina sin la impotencia y el miedo de antes.

Ya no era un hombre corriente. Estaba obligado a saber ofrecer una primera ayuda, a comprender, siquiera en sus rasgos más generales, el estado de un enfermo grave. Estaba obligado a descubrir cualquier peligro que amenazara la vida de los demás. Y esto tanto me producía alegría como alarma. Pues temía no poder cumplir con mi más alto deber.

Yo sabía cómo emplear un enema, un aparato de Bobrov para inyecciones subcutáneas, un escalpelo, una jeringa...

Sabía cambiar las sábanas de la cama de un enfermo grave y podía enseñárselo a hacer a los enfermeros. También podía explicarles para qué se realizan las desinfecciones, los lavados.

Llegué a saber miles de cosas que no sabía antes: cosas necesarias, provechosas, útiles para las persona.

Acabó el curso y poco a poco empezaron a mandar a los practicantes a sus lugares de trabajo.

He aquí la lista, una hoja de papel en manos del escolta, en la que aparece mi apellido. Pero yo me subo al coche

el último. Llevo a unos pacientes a la orilla izquierda. El camión está lleno a rebosar, me siento en el extremo, de espaldas al borde. Mientras me sentaba se me ha levantado la camisa; el viento sopla por una rendija del borde del camión. Llevo en las manos un hato con frascos: valeriana, extracto de convalaria, yodo, amoníaco. A los pies, un saco lleno a rebosar con mis libretas de apuntes del curso de practicante.

Durante más de un año estas libretas fueron para mí el mejor soporte, hasta el día en que, finalmente, durante uno de mis viajes, un oso que irrumpió en el ambulatorio de la taiga donde trabajaba, tras reventar todos los botes y frascos, hizo pedazos mis apuntes.

1960

El primer chekista

Los ojos azules pierden el color. Las aguamarinas de la infancia con los años se tornan unos ojillos turbios, de un azul grisáceo, ordinario; se transforman o bien en los tentáculos vidriosos de los instructores y los vigilantes, o bien en los ojos «de acero» del soldado; son muchos los matices. Pero muy rara vez los ojos conservan el color de la infancia...

El haz de rayos rojos de sol, al atravesar el entramado de la reja carcelaria, se dividía en varios haces menores, y en mitad de la celda los chorros de luz volvían a fundirse en un solo torrente de un rojo dorado. En este torrente luminoso brillaba un denso enjambre de polvo dorado. Las moscas que surcaban el haz se tornaban doradas, como el sol. Los rayos del ocaso chocaban directamente contra la puerta forjada, hecha de un hierro gris y lustroso.

Rechinó la cerradura, un sonido que en la celda oye todo recluso, esté despierto o dormido, a cualquier hora. En la celda no hay conversación que pueda ahogar este sonido, no hay en la celda sueño para el que este sonido pueda pasar desapercibido. No hay en la celda pensamien-

to que pueda... Nadie puede concentrarse en algo que haga pasar por alto este sonido, que impida oírlo. Y a todo preso se le detiene el corazón cuando oye el ruido del cerrojo, el aldabonazo del destino en las puertas de la celda, en las almas, en los corazones, en las mentes. No hay nadie a quien este sonido no llene de zozobra. Y no hay modo de confundirlo con ningún otro.

Chirrió el cerrojo, la puerta se abrió y el torrente de luz escapó de la celda. Por la puerta abierta se veía como los rayos atravesaban el pasillo, se precipitaban hacia la ventana, volaban sobre el patio de la cárcel y se hacían añicos en las ventanas acristaladas de otro pabellón carcelario. Todo esto lograron verlo los sesenta habitantes de la celda en un breve momento, mientras la puerta permaneció abierta. La puerta se cerró con un tañido melódico, semejante al ruido de los baúles antiguos cuando se cierra de golpe la tapa. Y al instante todos los reclusos —que seguían ávidos el salto del torrente de luz, el movimiento del rayo, como si se tratara de un ser vivo, de un semejante, de un compañero— comprendieron que el sol de nuevo había quedado encerrado con ellos.

Y solo entonces vieron que junto a la puerta, recibiendo sobre su ancho y negro pecho el torrente de los rayos dorados del ocaso, se encontraba un hombre que fruncía el ceño ante la brillante luz.

Era un hombre maduro, alto, ancho de hombros, una espesa mata de cabellos claros le cubría por completo la cabeza. Solo si se le observaba con más atención se podía deducir que hacía tiempo que las canas habían descolorido su pelo

dorado. El rostro arrugado, parecido a un mapa en relieve, se veía cubierto de profundas marcas de viruela semejantes a cráteres lunares.

El hombre vestía una guerrera negra de paño sin cinturón, desabrochada en el pecho, unos pantalones negros de montar también de paño, y calzaba botas. Entre sus manos estrujaba un capote negro bastante gastado. La ropa apenas se le sostenía: le habían arrancado todos los botones.

—Alekséyev —dijo en voz baja colocando la palma de su gran mano peluda sobre el pecho—. Muy buenas...

Pero la gente ya se acercaba a él dándole ánimos con sus risas nerviosas y explosivas, le daban palmadas en los hombros, le estrechaban la mano. Se le acercó el *stárosta* de la celda, el responsable elegido, para indicar el lugar que debía ocupar el recién llegado.

—Gavriil Alekséyev —repetía aquel hombre con aspecto de oso. Y de nuevo—: Gavriil Timoféyevich Alekséyev...

El hombre de negro se apartó a un lado y el rayo de sol ya no impidió ver los ojos de Alekséyev: unos ojos grandes, de color aguamarina, infantiles.

La celda pronto conoció los detalles de la vida de Alekséyev, jefe de bomberos de una fábrica de Naro-Fominsk; de ahí el negro traje de uniforme. Sí, era miembro del partido desde el verano de 1917. Sí, había sido soldado de artillería: había participado en los combates de octubre de Moscú. Sí, lo expulsaron del partido en el año veintisiete. Recuperó la militancia. Y lo echaron de nuevo, hacía una semana.

Durante el arresto cada recluso se comporta de distinto modo. A veces es muy difícil abrir brecha en la desconfianza de algunos. Pero, poco a poco, con el paso de los días, el preso empieza a acostumbrarse a su suerte y a comprender algunas cosas.

Alekséyev era de otra pasta. Era como si, después de haberse pasado largos años callado, ahora, tras el arresto, la celda de la cárcel le hubiera devuelto al hombre el don del habla. Aquí Alekséyev encontró la posibilidad de comprender lo más importante, adivinar el curso del tiempo, vislumbrar su propio destino y comprender el porqué de este. Hallar la respuesta al enorme interrogante que se había cernido sobre él y su suerte, y no solo sobre su propia vida y su destino, sino sobre los de centenares de miles de hombres, un «porqué» inmenso, colosal.

Alekséyev contaba su vida sin justificarse, sin preguntar a los demás, sino simplemente tratando de comprender, de comparar, de adivinar.

De la mañana a la noche recorría de un lado a otro la celda; andaba con su cuerpo enorme, de oso grande, con su guerrera negra sin cinturón, y tomando del hombro a alguien con su gigantesca zarpa preguntaba, no paraba de hacer preguntas... O contaba.

—¿Por qué te expulsaron, Gavriusha?

—Pues ya verás cómo. Estábamos en unos cursos de educación política. El tema: Octubre en Moscú. La cosa es que yo había sido soldado de Murálov, artillero; dos veces me hirieron. Yo personalmente apunté las piezas hacia

los *junkers*[54] que se apostaban junto a las puertas Nikítinskie. Y el profesor de los cursos me dice: «¿Quién mandaba las tropas del poder soviético en Moscú durante el levantamiento?» Y yo le contesto: «Murálov, Nikolái Ivánovich.» Yo a él lo conocía bien, personalmente. ¿Cómo le iba a decir otra cosa? ¿Qué querías que le dijera?

—Aquella pregunta era una provocación, Gavriil Timoféyevich. ¿O no sabías que a Murálov lo habían declarado enemigo del pueblo?

—Pero ¿cómo podía decirle otra cosa? No era algo que hubiera aprendido de los libros... Aquella misma noche me detuvieron.

—¿Y cómo fuiste a parar a Naro-Fominsk, al servicio de bomberos?

—Bebía mucho. Me desmovilizaron de la Cheka[55] ya en el dieciocho. Fue Murálov quien me mandó allí. Como persona de toda confianza... Bueno, y allí es donde me puse enfermo.

—¿Enfermo de qué, Gavriusha? ¡Tú que pareces un oso de sano que se te ve!...

—Ya lo veréis. Ni yo mismo sé qué es esa enfermedad... No puedo recordar cómo se llama. Como tampoco

54. Unidades de cadetes del ejército zarista.

55. Siglas de la *Chegvicháinaya Komissia*, comisión especial para la lucha contra la contrarrevolución y el sabotaje (1918-1922), origen de la policía política.

me acuerdo de lo que me pasa... Pero algo me pasa... Me entran unos nervios, un odio y me llega Ella...

—¿Del vodka?

—No, no es del vodka... Sino de la vida. Aunque lo de beber...

—Podías haber estudiado... Tenías todas las puertas abiertas.

—¿Estudiar cómo? Unos estudian y otros defienden a los que estudian. No sé expresarme bonito, ¿verdad, compadre? Y además luego pasaron los años, y estudiar de mayor... De modo que me quedó este maldito servicio de escolta. Y el vodka. Y Ella.

—¿Tienes hijos?

—Tuve una hija con mi primera mujer. Pero me dejó. Ahora vivo con una tejedora. Aunque con mi arresto se va a llevar un susto de muerte, si no se muere de verdad. A mí, en cambio, la detención me ha quitado un peso de encima. Ya no tengo que pensar en nada. Y todo se decidirá sin mí. Ya se les ocurrirá qué hacer conmigo. ¿Qué vamos a hacer contigo, Gavriusha Alekséyev?

Pasaron unos pocos días, muy pocos. Y llegó Ella.

Alekséyev lanzó un quejido, abrió de par en par los brazos y cayó desplomado sobre la litera. Su cara se tornó gris, una espuma burbujeante asomó de su boca azul por sus débiles labios. Un sudor caliente le cubrió las grises mejillas y el pecho peludo. Sus vecinos lo agarraron de las manos y se arrojaron sobre los pies de Alekséyev. Su cuerpo se estremecía con un poderoso temblor.

—La cabeza, sujetadle de la cabeza. —Y alguien colocó el capote negro bajo la sudorosa cabeza con el pelo revuelto.

Llegó Ella. El ataque de epilepsia duró mucho, los poderosos músculos sufrían continuas convulsiones, los puños parecían querer golpear a alguien y los torpes dedos de los vecinos intentaban abrir los potentes puños. Se diría que los pies querían salir corriendo, pero el peso de varios hombres tumbados sobre ellos sujetaban a Alekséyev a la litera.

Poco a poco los músculos se fueron debilitando, se abrieron los dedos; Alekséyev dormía.

Durante todo este tiempo los encargados de guardia en la celda no pararon de golpear la puerta llamando furiosos a un médico. Porque algún médico debía de haber en la Butirka. Algún Fiódor Petróvich Gaas,[56] o sencillamente el médico militar de guardia, fuera del grado que fuera, incluso un teniente de sanidad.

No resultó sencillo llamar a un médico, pero al final llegó. El médico se presentó en bata, cubriéndose el uniforme de oficial, acompañado de dos forzudos ayudantes con aspecto de enfermeros. El médico se encaramó a la litera y examinó a Alekséyev. Entretanto el ataque había pasa-

56. F. P. Gaas (1780-1853), médico jefe de las prisiones moscovitas desde 1828, mejoró las condiciones sanitarias de estas; organizó un hospital penitenciario en 1832, y una escuela para los hijos de los presos.

do y Alekséyev dormía. El médico, sin decir palabra y sin contestar a ninguna de las preguntas con que le asediaban los presos que lo rodeaban, se fue. Tras él salieron sus mudos acompañantes. Chirrió el cerrojo y explotó una ola de indignación. Y cuando el primer estallido se hubo calmado se abrió el «comedero» en la puerta de la celda y el vigilante de guardia, inclinándose para asomarse, dijo: «El médico ha dicho que no hay nada que hacer. Es epilepsia. Vigilad que no se trague la lengua... Si tiene otro ataque, no llaméis a nadie. Esta enfermedad no tiene cura.»

Los de la celda ya no llamaron más al médico para que examinara a Alekséyev, que sin embargo aún tuvo muchos más ataques.

Después de los ataques, Alekséyev se quedaba en la cama un día o dos quejándose de dolores de cabeza. Pasaba el tiempo, y la enorme figura de oso cubierta con la guerrera y los pantalones negros de montar emergía de nuevo y echaba a andar, recorría una y otra vez el suelo de cemento de la celda. De nuevo centelleaban los ojos de un intenso azul. Tras dos desinfecciones de la celda, después de dos «freidoras», el paño negro de la ropa de Alekséyev palideció y ya no parecía negro.

Alekséyev seguía andando y andando, y hablando con toda simpleza de su vida pasada, sobre cómo había vivido hasta caer enfermo, apresurándose a descargar sobre el contertulio de turno todo lo que aún no había contado en aquella celda.

—... Ahora dicen que hay personal especial para las

ejecuciones. ¿Sabes, en cambio, cómo se resolvía este tema con Dzerzhinski?[57]

—¿Cómo?

—Si la comisión daba la máxima, debía ejecutar la condena el mismo instructor que había llevado el caso... El mismo que había instruido las pruebas y exigía la pena máxima. ¿Pides la pena de muerte, estás convencido de que es un enemigo y se merece la muerte? Pues mátalo con tus propias manos. Porque una cosa es firmar un papelillo, dar un veredicto, y otra muy distinta matar tú mismo a alguien...

—Sí, claro...

—Además, cada instructor debía encontrar el momento y el lugar para este asunto... Cada cual lo hacía a su modo. Unos en el despacho, otros en el pasillo o en algún sótano. En tiempos de Dzerzhinski el asunto lo resolvía cada instructor en persona... Y te lo pensarás mil veces antes de pedir que maten a un hombre...

—Gavriusha, ¿has visto cómo fusilaban?

—Pues claro. ¿Quién no lo ha visto?

—¿Y es verdad que el tipo a quien fusilan cae hacia delante?

—Es cierto. Cuando lo tienes de cara.

—¿Y si le disparan por detrás?

—Entonces cae de espaldas, cara arriba.

—¿Y tú te has visto obligado a... eso?

57. Féliks Edmúndovich Dzerzhinski (1877-1926), bolchevique, creador de la policía política, organizador de la Cheka en 1918.

—No, yo no he sido instructor. Si soy medio analfabeto. Yo simplemente he estado en filas. He luchado contra el bandidaje y todo eso. Pero me puse enfermo de esta cosa, y me desmovilizaron. Como enfermo. Luego me puse a beber. Lo cual, dicen, no contribuye a que te cures.

La cárcel no ve con buenos ojos a los listos. En la celda uno está las veinticuatro horas del día a la vista de todos. Una persona no tiene la fuerza suficiente para esconder su verdadero carácter en una celda de instrucción, para dárselas de alguien que no es durante minutos, horas, días, semanas, meses de tensión, de nervios, cuando todo lo superfluo, todo lo aparente se desprende de la gente como una corteza. Y queda solo la verdad; algo que no ha creado la prisión pero que el encierro saca a la luz, pone a prueba. La voluntad del hombre aún no se ha quebrado, no ha sido aplastada, como ocurre inevitablemente en el campo. Pero ¿quién pensaba entonces en los campos de trabajo, en qué era eso? Algunos tal vez supieran algo e incluso habrían podido contar de buen grado lo que sabían de los campos y así poner sobre aviso a los novatos. El hombre, sin embargo, cree en aquello que quiere creer.

Allí tenemos por ejemplo al barbinegro Weber, un comunista de Silesia, un hombre de la Komintern al que han traído de vuelta de Kolimá para una investigación «complementaria». Él sabe lo que es un campo. Y también a Aleksandr Grigórievich Andréyev, el ex secretario general de los presos políticos, un social-revolucionario de derechas conocedor de los penales zaristas y de la deportación soviética.

El tal Andréyev está en posesión de cierta verdad que la mayoría desconoce. Pero esta verdad no se puede contar. No porque sea un secreto, sino sencillamente porque no se puede creer. Por eso tanto Weber como Andréyev callan. La cárcel es la cárcel. La cárcel de instrucción es la cárcel de instrucción. Cada uno tiene su caso, su guerra, su conducta, que nadie podrá señalar, y tiene su deber, su carácter, su alma, su reserva de fuerzas anímicas, su experiencia. Las cualidades humanas se ponen a prueba no tanto y no solo en la celda, sino al otro lado de los muros de la celda, en algún despachito de instrucción. Allí está su destino, una suerte que depende de una cadena de casualidades, aunque más a menudo es del todo ajena al azar.

Incluso la cárcel de instrucción —no solo la de cumplimiento de las penas— siente aprecio por los hombres cándidos, por los sinceros. La celda era benevolente con Alekséyev. ¿Lo querían? ¿Acaso en una cárcel de instrucción se puede querer a alguien? Aquello era una cárcel de instrucción, de tránsito, de paso. La celda era benevolente con Alekséyev.

Pasaban las semanas, los meses. A Alekséyev seguían sin llamarlo para interrogarlo. Y Alekséyev seguía caminando, caminando.

Hay dos escuelas de instructores. La primera es de la opinión de que al arrestado hay que aturdirlo, darle en la frente sin mayor dilación. Esta escuela construye su éxito sobre la base de un rápido ataque psicológico, mazazo que le permite forzar e inhibir la voluntad del detenido antes de

que este recobre el equilibrio, antes de que se haga cargo de la situación y reúna las suficientes fuerzas de espíritu. Los interrogatorios de los instructores de esta escuela empiezan la misma noche del arresto, duran largas horas y están cargados de amenazas. La segunda escuela cree que la permanencia en la celda no hace más que torturar, debilitar la voluntad del detenido ante cualquier resistencia. Cuanto más tiempo pase el detenido encausado antes de encontrarse con su instructor, más ventajoso resultará para este. El arrestado se prepara para el interrogatorio, el primer interrogatorio de su vida, y pone en tensión todas sus fuerzas. Pero el interrogatorio no llega. No llega en una semana, en un mes, en dos. Todo el trabajo de destruir psíquicamente al arrestado lo hace, en vez del instructor, la propia celda.

Nada se sabe del modo en que emplean la primera y la segunda escuela un arma tan poderosa como la tortura. Este relato se sitúa a principios del año treinta y siete, y solo se empezó a torturar a partir de la segunda mitad de ese año.

El instructor de Gavriil Timoféyevich Alekséyev pertenecía a la segunda escuela.

A finales del tercer mes —casi tres meses recorriendo de un lado a otro la celda—, se presentó una joven con uniforme militar que llamó a Alekséyev; lo llamó por sus iniciales, pero lo hizo salir «sin sus cosas», es decir, casi seguro que para un interrogatorio. Alekséyev se peinó los claros rizos con la mano y, tras arreglarse la guerrera desleída, atravesó el umbral de la puerta.

Regresó pronto. De modo que lo habían interrogado en el pabellón especial, en el de interrogatorios, no se lo habían llevado a ninguna parte. Alekséyev estaba asombrado, decaído, se le veía conmocionado, aturdido y espantado.

—¿Ha pasado algo, Gavriil Timoféyevich?

—Pues sí, ha pasado. Esto es nuevo. Me acusan de conspirar contra el Gobierno.

—Calma, Gavriusha. En esta celda todos estamos acusados de conspirar contra el Gobierno.

—Dicen que los quería matar.

—Tampoco esto es nuevo. ¿De qué te acusaban antes?

—Fue en Naro-Fominsk, después del arresto. Era jefe de bomberos de la fábrica textil. Un cargo menor, se diría.

—Aquí no distinguen los cargos, Gavriusha.

—Allí me preguntaron por los cursos de formación política. Que si había alabado a Murálov. ¡Pero si había estado con él en Moscú! ¿Qué querían que dijera? Ahora, en cambio, ya no se trata para nada de Murálov.

Las marcas de la viruela y las arrugas se hicieron más pronunciadas. Alekséyev trataba de componer una sonrisa deliberadamente serena, pero al mismo tiempo se le veía inseguro, y sus ojos azules brillaban cada vez más apagados. Lo extraño fue que los ataques de epilepsia se hicieron menos frecuentes. La proximidad del peligro, la necesidad urgente de luchar por su propia vida parecía que habían dejado los ataques en un segundo plano.

—¿Qué hacer? Me van a liquidar.

—No hay que hacer nada. Solo di la verdad. Muéstrales la verdad mientras te queden fuerzas.

—¿Y crees que así no me pasará nada?

—Al contrario, algo te colgarán, seguro. De aquí no sale nadie de vacío, Gavriusha. Pero el paredón no es lo mismo que diez años de condena. Y diez años no son cinco.

—Entiendo.

Gavriil Timoféyevich cantaba más a menudo. Y lo hacía de maravilla. Su voz de tenor era limpia, clara. Cantaba en voz baja, en el extremo más alejado del «ojo»:

Qué esplendor de noche estrellada,
la luna en su blanca palidez...

Pero más a menudo, cada vez más a menudo, entonaba otra canción:

Abridme la ventana, abridme.
Que ya me queda poco por vivir.
Dejadme en libertad y dadme,
dadme mi pena y mi amor.

Alekséyev interrumpía la canción, se levantaba de un salto y echaba a andar, a andar...

Se peleaba muy a menudo. La vida carcelaria, la cárcel de instrucción predispone a las peleas. Es algo que hay que saber, comprenderlo, y aprender a contenerse constantemente o ser capaz de distraerse... Gavriil Alekséyev

desconocía estas sutilezas carcelarias y se metía en disputas y peleas. Que si uno le ha dicho no sé qué a Gavriil Alekséyev, que si el otro ha insultado a Murálov. Murálov era un dios para Alekséyev. El dios de su juventud, el dios de toda su vida.

Cuando Vasia Zhávoronkov, un maquinista de tren del depósito Saviólovski,[58] dijo algo sobre Murálov en sintonía con los últimos manuales del partido, Alekséyev se arrojó sobre Vasia y agarró la tetera de bronce con la que se repartía el té en la celda.

La tetera, que había permanecido en la cárcel de Butirka desde los tiempos de los zares, era un enorme cilindro de bronce. Pulida con polvo de ladrillo, la tetera brillaba como el sol del atardecer. Traían la tetera colgada de un palo, y cuando los encargados de turno distribuían el té tenían que sujetar la tetera entre dos hombres.

El titánico, el hercúleo Alekséyev agarró resuelto el asa de la tetera pero no pudo moverla de sitio. La tetera estaba llena de agua, y para la cena, que era cuando se la llevaban, aún faltaba mucho.

Y así, entre risas, se acabó el asunto, aunque Vasia Zhávoronkov, pálido, se había preparado para el ataque. Vasia Zhávoronkov tenía una causa casi idéntica a la de Gavriil Alekséyev. A él también lo habían detenido tras una reunión de formación política. El responsable de los cursos le hizo una pregunta: «A ver, Zhávoronkov, ¿qué harías tú si de

58. Estación de Moscú.

pronto el poder soviético desapareciera?» Y Zhávoronkov le contestó con simpleza: «¿Cómo que qué haría? Pues trabajaría en el depósito, de maquinista, como lo hago ahora. Tengo cuatro hijos que alimentar.» Al día siguiente arrestaron a Zhávoronkov. La instrucción del juicio ya había concluido. El maquinista esperaba el veredicto. El caso era similar, y Gavriil Alekséyev le hacía consultas a Zhávoronkov; incluso eran amigos. Pero cuando las circunstancias del caso de Alekséyev cambiaron —le empezaron a acusar de conspirar contra el Gobierno— el asustadizo Zhávoronkov se alejó de su compañero. Y no dejó de citar a posta aquella observación sobre Murálov.

Pero no había pasado ni un instante desde que se logró calmar a Alekséyev tras el cómico enfrentamiento con Zhávoronkov, cuando se produjo una nueva trifulca. Alekséyev había tachado de zorro a alguien. Volvieron a separar a Alekséyev del otro compañero. Y toda la celda ya veía claro que Ella estaba a punto de llegar. Los compañeros acompañaban a Alekséyev tomándolo de los brazos, dispuestos a agarrarlo al instante de manos y pies y a sujetarle la cabeza. Pero Alekséyev, de pronto, logró zafarse y saltó al ventanal, se agarró con ambas manos a la reja y se puso a sacudirla; la sacudía entre blasfemias y rugidos. El cuerpo negro de Alekséyev colgaba de la reja como una enorme cruz negra. Los presos intentaban arrancar los dedos de Alekséyev de la reja, le retorcían las manos, se daban prisa porque el centinela de la torre ya se había percatado del forcejeo en la ventana abierta.

Y entonces Aleksandr Grigórievich Andréyev, el secretario general de la Sociedad de Presos Políticos, dijo mostrando el negro cuerpo que se deslizaba ventana abajo:

—El primer chekista...

Pero no había malicia en su voz.

1964

El weismanista

En el suelo, ante el umbral del ambulatorio, se veían unas huellas recientes de las garras de un oso. El candado, un pequeño candado de tuerca con el que se cerraba la puerta, apareció tirado entre los arbustos, arrancado de cuajo junto con las argollas, con un trozo de puerta...

Dentro de la casita, frascos, botellas, botes fueron barridos de las estanterías y lanzados al suelo, convertidos en un amasijo de vidrios. El fuerte olor de las gotas de valeriana aún se mantenía en la casucha.

Las libretas de los cursos de practicante con las que había estudiado Andréyev estaban hechas pedazos. Durante varias horas, Andréyev estuvo recogiendo, con dificultad, hoja a hoja, sus preciosas notas, pues en aquellos cursos no les dieron manual alguno. Para luchar contra las enfermedades en aquella taiga profunda, el practicante Andréyev no disponía de otra arma aparte de aquellas libretas. Una de ellas había quedado más dañada que las demás. Era la de anatomía. En la primera hoja Andréyev, que nunca había estudiado dibujo, había trazado con mano poco diestra el esquema de la división de la célula, los elementos del núcleo

de esta y los misteriosos cromosomas. Pero las garras del oso se habían ensañado con tanta furia en el dibujo, en esta libreta con tapas de celofán, que no hubo más remedio que tirarla a la estufa, a la estufa de hierro. La pérdida era irreparable. Era el curso del profesor Umanski.

Los cursos de practicante destinados a los presos se realizaron en el hospital donde Umanski era especialista en anatomía patológica, médico forense encargado de las autopsias, el responsable de la morgue. El patólogo se encarga del control «supremo», como quien dice de ultratumba, sobre el trabajo de los médicos dedicados a curar. En la «disección», cuando se practica la autopsia de un cadáver, se juzga lo correcto de un diagnóstico, lo acertado de un tratamiento.

Pero la morgue de los presos era una morgue especial. Se podría pensar que a esta gran demócrata que es la muerte no le habría de interesar quién se encuentra sobre la mesa de las autopsias; la muerte no debería hablar con los cadáveres en diferentes lenguas.

Curar a un paciente preso, y si además tiene que hacerlo un médico también preso, no es algo sencillo, siempre que este médico no sea un sinvergüenza.

Tanto en el hospital como en la morgue, a todos los presos los tratan del mismo modo, como debería ser en cualquier hospital del mundo. Lo único es que la escala de valores está alterada, y el verdadero contenido de la historia clínica de un recluso es distinto al de un contratado libre.

Y la cuestión no estriba solo en que el representante de la muerte, el patólogo, es él mismo una persona viva con

pasiones, ofensas, virtudes y defectos vivos, con su propio grado de experiencia. Se trata de algo que va más allá: el laconismo oficial del protocolo en que se refleja la autopsia no basta ni para la vida ni para la muerte.

Si el enfermo moría con un diagnóstico de cáncer, pero en la autopsia no se encontraba tumor maligno alguno —solo se detectaba un agotamiento físico muy agudo y no tratado—, Umanski se indignaba y no les perdonaba a los médicos no haber podido salvar al preso del hambre. En cambio, si se veía que el médico comprendía de qué se trataba, no teniendo derecho a dar al diagnóstico de «distrofia alimentaria» su verdadero nombre —hambre, en las formas de avitaminosis, poliavitaminosis, escorbuto de grado III o pelagra—, Umanski ayudaba al médico con sus sólidos razonamientos. Y más aún. Si un médico quería limitarse a ofrecer un diagnóstico del todo respetable, como una neumonía griposa o una insuficiencia cardíaca, entonces el dedo índice del patólogo dirigía la atención de los médicos a las peculiaridades de cualquier enfermedad característica del campo.

La conciencia médica de Umanski también estaba atada, encadenada. El primer diagnóstico de «distrofia alimentaria» se formuló después de la guerra, después del cerco de Leningrado, cuando, también en los campos, el hambre se denominó como es debido.

El patólogo debería ser un juez; Umanski en cambio era un cómplice. Por eso mismo era juez, porque podía ser un cómplice. Por muy coartado que estuviera por las ins-

trucciones, la tradición, las órdenes, los esclarecimientos, Umanski miraba más allá, más hondo y de forma más fundada. Él no consideraba que su obligación fuera la de pescar a los médicos en cualquier minucia, en pequeños errores, sino ver —¡e indicar a los demás!— la enormidad que asomaba tras esas minucias, el trasfondo del agotamiento por hambre, circunstancia que cambiaba el cuadro de la enfermedad que el médico había estudiado en un manual. El vademécum de las enfermedades de los reclusos aún no se había escrito. Nunca fue escrito.

Las congelaciones en el campo dejaban aturdidos a los cirujanos militares llegados del continente. El tratamiento de las roturas de huesos se practicaba en contra de la voluntad de los presos. Para ir a parar a la sección de tuberculosos, los pacientes se traían consigo esputos ajenos, y, al ingresar para las pruebas de los análisis, se introducían en la boca alguna pócima llena sin duda de bacilos. Los enfermos mezclaban su sangre con la orina, aunque fuera arañándose su propio dedo, para así ir a parar al hospital, quedarse allí siquiera un día, librarse al menos durante una hora de lo más pavoroso que se da en reclusión: el mortal y humillante trabajo.

Como todos los viejos médicos de Kolimá, Umanski tenía conocimiento de todo esto, aprobaba y perdonaba estas prácticas. El manual de enfermedades para los reclusos aún no se había escrito.

Umanski había estudiado medicina en Bruselas y al estallar la revolución regresó a Rusia; vivió en Odesa, haciendo de médico...

En el campo comprendió que para tener la conciencia tranquila era preferible cortar a trozos a los muertos que curar a los vivos. Se convirtió en el director de la morgue, se hizo patólogo.

Aquel viejo de setenta años, todavía no decrépito, con unas prótesis desajustadas en ambas mandíbulas, la cabeza de cabello plateado, muy corto, como los presos, aquel amigo de las bromas con nariz respingona, entró en la clase.

Para los estudiantes su clase tenía una importancia especial. No porque fuera la primera lección, sino porque a partir de entonces, tras la primera palabra pronunciada por el profesor Umanski, los cursos empezaban a existir, se convertían en algo real y serio, por mucho que todo esto a los estudiantes les pareciera un cuento de hadas. El tiempo de las alarmas había quedado atrás. La decisión de empezar los cursos se había tomado ya. Y para muchos había desaparecido para siempre el trabajo agotador en las minas de oro, la lucha diaria por la vida. Los cursos empezaron con la lección del profesor Umanski de anatomía y fisiología humana.

El viejo de cabellos plateados con la pelliza desabrochada, una gastada pelliza negra y no una chaqueta guateada como la que llevábamos nosotros, se acercó a la pizarra, agarró un trozo enorme de tiza en su puño diminuto. Lanzó sobre la mesa el arrugado gorro de piel —estábamos en abril y aún hacía frío— y dijo:

—Empezaré mis clases exponiéndoles la estructura de la célula. Ahora se discute mucho en la ciencia...

¿Dónde? ¿Qué se discute? La vida pasada de aquellas treinta personas, desde el ex instructor hasta el tendero de un pueblo, se hallaba muy lejos de la vida de cualquier género de ciencia. El pasado de los estudiantes se hallaba más apartado de nosotros que la vida de ultratumba; de esto estaba completamente convencido cada uno de los estudiantes. ¿Qué les importaba no se sabe qué discusión en Dios sabe qué ciencia? ¿Y además, qué ciencia era aquella? ¿Anatomía? ¿Fisiología? ¿Biología? ¿Microbiología? Ninguno de los estudiantes habría sabido decir aquel día qué era eso de la biología. Los más instruidos habían pasado el hambre suficiente como para no conservar interés alguno por las disputas científicas...

—En la ciencia abundan las disputas. Ahora esta parte de la materia se acostumbra a exponer de otra forma; pero yo os la voy a explicar del modo que considero que es el acertado. He llegado a un acuerdo con vuestra administración para poder exponer esta parte a mi manera.

Andréyev trató de imaginarse esta administración con la que había llegado a un acuerdo el profesor. Al jefe del hospital, un tipo que atravesaba con la mirada penetrante de un guardián a cada uno de los estudiantes en el examen de ingreso. O al jefe en funciones del departamento de sanidad, un individuo de nariz encendida que hedía a alcohol y no paraba de hipar. Salvo esta, Andréyev no podía imaginar ni inventar otra administración superior.

—Este apartado lo voy a exponer a mi manera. No quisiera ocultar mis opiniones ante ustedes.

«Ocultar mis opiniones», repitió en un susurro André-

yev, emocionado por estas asombrosas palabras extraídas de una ciencia asombrosa.

—No quiero ocultar mi opinión. Soy weismanista, amigos míos...

Umanski hizo una pausa para que pudiéramos estimar en su justa medida su valentía y su delicadeza.

¿Weismanista? Esto a los estudiantes les daba igual.

Ninguna de las treinta personas sabía ni supo nunca qué era la mitosis o qué eran los filamentos nucleoproteicos, los cromosomas que contenían el ácido desoxirribonucleico.

Tampoco a la administración le interesaba el ácido desoxirribonucleico.

Pero pasaron uno o dos años y la vida social se vio cortada en todas direcciones por los oscuros rayos de las discusiones biológicas, y la palabra weismanista se convirtió en un término bastante comprensible para los instructores con formación jurídica media y para los hombres corrientes, sometidos a las tempestades de las represiones políticas. «Weismanista» empezó a sonar de manera amenazadora, funesta, semejante a las bien conocidas «trotskista» y «cosmopolita».

Fue justamente entonces, un año después de la disputa biológica, cuando Andréyev recordó y apreció tanto el valor como la delicadeza del viejo Umanski.

Treinta lápices dibujaban en treinta libretas los imaginados cromosomas. Fue esta libreta la que había provocado la ira del oso.

Pero no solo por los misteriosos cromosomas y las «disecciones» condescendientes e inteligentes recordó Andréyev a Umanski.

Al final del curso, cuando los reclutas de la medicina ya se veían dentro de las batas blancas que distinguían a los médicos del resto de los mortales, Umanski soltó de nuevo un extraño discurso:

—No voy a detenerme en la anatomía de los órganos sexuales. He llegado a un acuerdo con vuestra administración. En los cursos anteriores se trató el tema. Pero de aquello no salió nada bueno. Mejor dedicar estas horas a prácticas terapéuticas; al menos aprenderéis a poner ventosas.

Así los estudiantes recibieron su diploma sin haber aprendido nada de esta parte de la anatomía. ¿Pero solo era eso lo que no sabían los futuros practicantes?

Al cabo de un mes o dos de iniciarse el curso, cuando Andréyev logró detener, vencer y apagar la omnipresente hambre y ya no se lanzaba a recoger cualquier colilla que veía en el camino, en la calle o en suelo, y en su cara empezaron a asomar nuevos —¿o viejos?— rasgos humanos, y hasta su mirada —y no solo los ojos— se hizo más humana, Andréyev recibió una invitación para ir a tomar el té con el profesor Umanski.

El té fue eso: un té. Tomar té no suponía que servirían pan y azúcar, aunque Andréyev tampoco esperaba nada de esto. Tomar té significaba mantener una charla vespertina con el profesor Umanski, una charla en su cuarto caliente, una conversación de tú a tú.

Umanski vivía en la morgue, en la oficina de la morgue. La puerta de acceso a la sala de disecciones sencillamente no existía, y la mesa de las autopsias, cubierta, por cierto, con un hule, se veía desde cualquier lugar de la habitación de Umanski. La puerta de la sala de disecciones no existía, pero Umanski, que había olido todos los olores del mundo, se comportaba como si la puerta estuviera allí. Andréyev no captó enseguida qué hacía del cuarto un cuarto, pero luego observó que el suelo se elevaba medio metro por encima del de la sala de autopsias. El trabajo llegaba a su fin, y Umanski colocaba sobre su mesa de trabajo la fotografía de una mujer joven, una foto con marco de hojalata y cubierta con un verdoso vidrio de ventana, irregular y burdo. La vida privada del profesor Umanski empezaba justamente tras la verificación de este movimiento habitual. Los dedos de la mano derecha agarraban la tapa del cajón, sacaban el cajón, apoyándolo en la barriga del profesor. Umanski alcanzaba con la mano derecha la foto y la colocaba en la mesa ante sí.

—¿La hija?

—Sí. Si hubiera sido un hijo, sería mucho peor, ¿no cree?

Andréyev comprendía bien la diferencia entre un hijo y una hija para un preso. De los cajones de la mesa, y los cajones resultaron ser muchos, el profesor extrajo una cantidad incontable de hojas recortadas de un rollo de papel, hojas arrugadas, gastadas, en las que se dibujaban una serie de columnas, infinidad de columnas, un sinfín

de líneas escritas. En cada casilla, con una letra diminuta, Umanski había escrito una palabra. Miles, decenas de miles de palabras escritas con tinta química que habían palidecido con el paso del tiempo y que había repasado aquí y allá. Umanski seguramente conocía veinte lenguas...

—Sé veinte lenguas —dijo Umanski—. Ya las sabía antes de Kolimá. Conozco a la perfección el hebreo antiguo. Es la raíz de todo. Aquí, en esta misma morgue, con los cadáveres de compañía, he estudiado el árabe, el turco, el farsi... He confeccionado una tabla: la relación entre las lenguas. ¿Entiende lo que le digo?

—Creo que sí —dijo Andréyev—: madre/*Mutter*, hermano/*Bruder*.

—Eso mismo; pero todo es mucho más complejo, más importante. He hecho algún que otro descubrimiento. Este diccionario será mi contribución a la ciencia y justificará mi vida. ¿No será usted lingüista?

—No, profesor —dijo Andréyev y un dolor penetrante se le clavó en el corazón; en aquel instante tuvo unas ganas enormes de ser lingüista.

—Lástima —comentó, y el trazado de las arrugas de la cara se le alteró levemente, pero luego recompuso la acostumbrada expresión irónica—. Lástima. Esta tarea es mucho más interesante que la medicina. Pero la medicina es más segura, salva vidas.

Umanski había estudiado en Bruselas. Después de la revolución regresó a su país, trabajó de médico, curando enfermos. Umanski descubrió el verdadero significado del

año treinta y siete. Comprendió que su larga vida en el extranjero, su conocimiento de varias lenguas, su libertad de pensamiento eran motivo suficiente para caer víctima de la represión, y el viejo trató de engañar a su suerte. Umanski hizo una jugada valiente: ingresó en el Dalstrói, se fue a trabajar a Kolimá, al Extremo Norte, como médico y llegó a Magadán como contratado libre. Allí vivió y ejerció de médico. Pero, por desgracia, Umanski no tuvo en cuenta el carácter universal de las órdenes vigentes. Kolimá no lo salvó, como no lo hubiera salvado el polo Norte. Umanski fue arrestado, juzgado y condenado a diez años. Su hija abjuró de aquel enemigo del pueblo y desapareció de la vida de Umanski; solo quedó la fotografía casualmente conservada en la mesa escritorio del profesor de Bruselas. La condena de diez años llegaba a su fin, Umanski recibía con puntualidad las reducciones de los días trabajados y se interesaba mucho por estas reducciones de condena.

Llegó el día en que Andréyev recibió de nuevo una invitación del profesor Umanski a tomar té.

Una desconchada taza esmaltada con té caliente esperaba a Andréyev. Junto a la taza se encontraba el vaso del profesor, un auténtico vaso de vidrio de un color verdoso, turbio e increíblemente sucio incluso para el ojo habituado de Andréyev. Umanski nunca lavaba su vaso. Era este también un descubrimiento de Umanski, su contribución a la ciencia de la higiene, un principio que Umanski ponía en práctica con la misma firmeza, persistencia y didáctica de siempre.

—En nuestras condiciones, un vaso no lavado está más limpio, más esterilizado que uno lavado. Esta es la mejor higiene, la única tal vez... ¿Me entiende?

Umanski chasqueó los dedos.

En la toalla hay más infecciones que en el aire. Ergo, no hay que lavar el vaso. Tengo un vaso personal, como los viejos creyentes. Y no hay que enjuagarlo, pues en el aire hay menos infecciones que en el agua. El abecé de las normas sanitarias e higiénicas. ¿Me comprende? —Umanski entornó los ojos—. Y el descubrimiento no solo sirve para la morgue.

Después de una de estas veladas de té con sus conjuros lingüísticos, Umanski susurró al oído de Andréyev, casi perdiendo el aliento:

—Lo principal es sobrevivir a Stalin. Los que lo sobrevivan vivirán. ¿Me comprende? No puede ser que las maldiciones de millones de hombres caídas sobre su cabeza no se materialicen. ¿Me comprende? Morirá forzosamente por este odio general. Tendrá un cáncer o algo parecido. ¿Me comprende? Y nosotros seguiremos vivos.

Andréyev callaba.

—Comprendo y apruebo su prudencia —dijo Umanski ya sin susurrar—. Cree usted que debo de ser un provocador. Tengo setenta años.

Andréyev seguía callado.

—Hace bien en no decir nada —dijo Umanski—. Ha habido provocadores incluso de setenta años. De todo ha habido...

Andréyev callaba; admiraba la actitud de Umanski, pero no lograba darse impulso y decir algo. Este silencio instintivo e invencible era parte del comportamiento que se había acostumbrado a adoptar Andréyev durante su vida en el campo ante un sinfín de acusaciones, investigaciones e interrogatorios, una de esas normas interiores que no es tan fácil transgredir ni abandonar. Andréyev estrechó la mano de Umanski, una pequeña palma senil, seca y ardiente, con unos dedos tenaces y calientes.

Cuando el profesor cumplió su pena lo condenaron a residencia perpetua en Magadán. Umanski murió el 4 de marzo de 1953[59] prosiguiendo hasta el último minuto su trabajo —no legado a nadie y por nadie continuado— sobre lingüística. El profesor no llegó a enterarse de que se había inventado el microscopio electrónico y que la teoría cromosómica se vio confirmada de modo experimental.

1964

59. Pocos días antes de morir Stalin.

Camino del hospital

Krist era alto y el practicante era más alto aún, ancho de hombros y jetudo. Desde hacía tiempo, a Krist todos los jefes le parecían jetudos. Después de colocar a Krist en un rincón, el practicante observó la pieza cobrada con evidente satisfacción.

—¿De manera que has sido sanitario?

—Lo he sido.

—Eso está bien. Necesito un sanitario. Uno de verdad. Para que haya orden. —Y el practicante recorrió con la mano el enorme ambulatorio desierto, más parecido a unas caballerizas.

—Estoy enfermo —dijo Krist—. He de ir al hospital.

—Todos están enfermos. Ya tendrás tiempo. Pondremos todo esto en orden. Aprovecharemos este armario —y el practicante golpeó con los dedos la puerta de un enorme armario vacío—. Bueno ya es tarde. Lava el suelo y acuéstate. Me despiertas con la diana.

Krist no había tenido tiempo de esparcir el agua helada por todos los rincones del frío, casi helado ambulatorio, cuando la voz soñolienta del nuevo amo interrumpió su labor.

Krist entró en el cuarto vecino —igualmente parecido a unas caballerizas—. En un rincón habían adosado un catre. Cubierto por una montaña de mantas, pellizas y harapos, el practicante, adormilado, llamaba a Krist.

—Quítame las botas, enfermero.

Krist le quitó al practicante sus hediondas botas de fieltro.

—Ponlas junto a la estufa, bien alto. Y por la mañana me las traes bien calentitas. Me gustan calentitas.

Krist echó con un trapo el agua sucia y helada hacia un rincón del ambulatorio; el agua comenzó a solidificarse, se convirtió en la masa de hielo que cubre los ríos al helarse, y finalmente se congeló. Krist secó el suelo del ambulatorio, se acostó en su camastro y se desconectó al instante para sumergirse en el estado de duermevela que lo dominaba en este lugar, para, como quien dice al instante, despertar. El practicante le sacudía el hombro.

—¿Qué es esto? Hace rato que han llamado a formar.

—No quiero trabajar de sanitario. Mándeme al hospital.

—¿Al hospital? Para ir al hospital hay que ganárselo. ¿De modo que no quieres trabajar de sanitario?

—No —dijo Krist cubriéndose la cara con el gesto habitual para protegerse de los golpes.

—¡Entonces, a trabajar! —El practicante sacó a Krist a empujones del ambulatorio y echó a andar con él a través de la niebla hacia el puesto de guardia.

—Un vago es lo que eres, un simulador. ¡A trabajar,

mandadlo a trabajar! —gritaba el practicante a los guardias que conducían la correspondiente partida de presos tras las alambradas. Los experimentados guardias empujaron a Krist con sus bayonetas y culatas sin hacerle daño.

Llevaban troncos al campo, un trabajo ligero. Los troncos se arrastraban desde una distancia de dos kilómetros, se conseguían de entre los árboles derribados en primavera y caídos en el torrente, que estaba helado hasta el fondo. Limpios de corteza, lavados, secados por el viento, costaba arrancar los troncos de entre el amasijo: allí los sujetaban los brazos de las algas, las ramas, la fuerza de las rocas. Había gran cantidad de troncos. Y no había ninguno imposible de arrancar. A Krist esta circunstancia lo alegraba. Cada preso escogía el tronco según sus fuerzas. El viaje de dos kilómetros duraba casi toda la jornada. Aquella era una expedición para inválidos, un poblado, y la demanda no era grande. Un CPA, un Centro Penitenciario Autónomo, vitamínico. ¡Viva la «vita»! Pero Krist no comprendía, no quería comprender esta cruel ironía.

Pasaban los días y seguían sin mandar a Krist al hospital. Mandaban a otros, pero no a Krist. Cada día el practicante se presentaba en el puesto de guardia y señalando a Krist gritaba a los guardias:

—¡Este, a trabajar, que vaya a trabajar!

Y todo empezaba de nuevo.

El hospital, el soñado hospital, se encontraba a cuatro kilómetros del poblado. Pero para poder ingresar hacía falta un volante, un papel. El practicante era consciente de

ser el amo de la vida y de la muerte de Krist. También lo comprendía Krist.

Del barracón donde dormía Krist —o «vivía», como se dice en el campo— hasta el puesto de guardia no habría más de cien pasos. Aquel poblado vitamínico era de los más dejados de la mano de Dios, y por eso tanto más alto, más gordo y más cruel parecía el practicante, y Krist más poca cosa.

En el camino de cien pasos se encontró con alguien; no podía recordar quién era. Y el desconocido pasó de largo para desaparecer en la niebla. La memoria debilitada, hambrienta, no podía ayudar en nada a Krist. Y sin embargo... Krist pensaba día y noche, sobreponiéndose al helado frío, al hambre y al dolor de las manos y pies congelados: ¿Quién era? ¿Con quién se había cruzado en el camino? ¿O se estaba volviendo loco? Krist conocía a este hombre que había desaparecido en la niebla, y no lo conocía de Moscú, de cuando estaba en libertad. No, era de algo más importante, más próximo. Y Krist recordó. Dos años atrás este hombre había sido el jefe del campo, pero no del vitamínico, sino del campo de la mina, de la mina de oro, donde Krist se encontró cara a cara con la verdadera Kolimá. Era el jefe de la mina, un capullo de campo, como dicen los comunes. Un jefe de los contratados libres, al que juzgaron en presencia de Krist. Después del juicio el hombre desapareció, dijeron que lo habían fusilado; y resulta que allí estaba, se había cruzado con Krist en el camino de aquella expedición vitamínica. Krist localizó al ex jefe en la ofi-

cina del campo. Allí trabajaba en algún cargo, sin duda administrativo. Al ex jefe lo habían condenado, por supuesto, por el artículo 58, pero sin «lítero», de modo que le estaba permitido trabajar en la oficina.

Como es natural, esto podía saberlo Krist; era él quien mejor podía reconocer al jefe. Este, en cambio, quizá no se acordase de él. Y a pesar de todo... Krist se acercó a la barrera tras la que se encuentran en todo el mundo los oficinistas...

—¿Qué, te estás quedando con mi cara? —dijo en el argot del hampa el ex jefe del campo dándose la vuelta hacia Krist.

—Eso. Soy de la mina —dijo Krist.

—Qué bien, un paisano. —Y comprendiendo bien a Krist, el ex jefe añadió—: Acércate por la tarde. Que te daré un arenque.

El uno no sabía ni el nombre ni el apellido del otro. Pero aquella cosa insignificante y breve que los había unido por casualidad en otro tiempo, de pronto se convirtió en una fuerza capaz de cambiar una vida humana. Y el propio jefe, al no dar su arenque a sus compañeros hambrientos de la expedición, sino a Krist, que había estado con él en la mina de oro, recordaba, sabía, que el oro y la expedición vitamínica era dos cosas distintas. Ni el uno ni el otro tocaban el tema. Pero ambos comprendían, los dos sentían: Krist, su oculto derecho, y el ex jefe, su deuda.

Cada atardecer el ex jefe le traía a Krist un arenque. Y el arenque era cada día más grande. El cocinero del campo no se sorprendía del repentino capricho del oficinista,

quien antes nunca se había llevado su ración de arenque. Krist se comía aquel arenque, según su vieja costumbre de la mina, con la piel, la cabeza y las espinas. A veces el ex jefe le traía un pedazo de pan mordido que alguien no había acabado de comer.

Krist un día pensó que seguir comiendo aquellos apetitosos arenques era peligroso: ¿y si de pronto no lo admitían en el hospital? El cuerpo podía perder el aspecto necesario para ser hospitalizado. La piel no estará lo suficientemente seca, la rabadilla no lo bastante angulosa.

Krist le contó a su ex jefe que le negaban el ingreso en el hospital, pues el practicante, con su poder, lo había dejado varado aquí, y la cosa es que...

—Sí, este practicante es una buena hiena. Llevo aquí más de un año y nadie ha dicho una palabra buena de este matasanos. Pero lo vamos a engañar. Aquí se manda gente al hospital cada día. Y la lista la escribo yo. —Y el ex jefe sonrió.

Por la tarde llamaron a Krist al puesto de guardia. Allí ya había dos presos, uno de ellos llevaba una pequeña maleta de madera.

—No hay convoy para escoltaros —dijo el jefe de guardia tras asomarse al soportal—. Os mandaremos mañana.

Para Krist aquello era la muerte. Al día siguiente se descubriría todo. Y el practicante metería a Krist en alguno de sus infiernos. Krist no sabía cómo se llamaba este infierno al que podía ir a parar y que podía ser peor de lo

que conocía. Pero no dudaba de que estos sitios donde aún se estaba peor existían. Solo quedaba esperar y callar.

El jefe de guardia salió de nuevo

—Iros al barracón. Hoy no hay convoy.

Pero el preso de la maleta dio un paso adelante y dijo:

—Encárgueme a mí la misión, mi teniente. Y se los entrego a todos en destino. Mejor que cualquier soldado. Usted ya me conoce. Lo hemos hecho más de una vez. Yo tengo permiso para ir sin escolta, y los otros, ¿adónde cree que van a huir? De noche y con este frío...

El jefe de guardia entró en el puesto de guardia, regresó al momento y le dio al preso de la maleta un sobre hecho de papel de periódico.

—¿Lleváis encima vuestras cosas?

—¿Qué cosas?

—¡Bueno, pues arreando!

La reja de hierro se abrió y soltó a los tres detenidos, que se sumergieron en la blanca y helada oscuridad.

El hombre exento de convoy marchaba delante; en opinión de Krist corría. Aquí y allá la niebla se abría, dejando entrever la luz amarilla de los faroles eléctricos de la calle.

Pasó una eternidad. Gotas de sudor ardiente se deslizaban por el vientre hundido de Krist y por su huesuda espalda. El corazón de Krist latía, latía. Y Krist corría sin parar, corría tras sus compañeros, que se perdían en la oscuridad. En la esquina del poblado empezaba una ancha carretera.

—¡Que te crees que te vamos a esperar!

Krist se asustó pensando que lo iban a abandonar, a dejar tirado.

—Oye tú —dijo el exento de convoy—. ¿Sabes dónde está el hospital?

—Sí.

—Nos vamos a adelantar. Y te esperaremos junto al hospital. Los presos desaparecieron en la oscuridad, y Krist, tras recobrar el aliento, se arrastró siguiendo la cuneta; se detenía a cada instante y se lanzaba de nuevo hacia delante. Krist perdió los guantes, pero no notó que con sus palmas arañaba la nieve, el hielo y las piedras. Krist gruñía, resoplaba y arañaba la tierra. Hacia delante no veía nada salvo la blanca oscuridad. De esta blancura, irrumpían entre furiosos bocinazos enormes camiones que al instante se esfumaban en la niebla. Pero Krist no se detenía para dejar pasar a los camiones, y seguía arrastrándose hacia el hospital. Krist se sujetaba con las manos a la cuneta, al borde de la cuneta —que como una enorme maroma se extendía a través del helado vacío—, avanzando hacia el calor, hacia la salvación. Krist avanzaba a rastras, seguía avanzando.

Las tinieblas se despejaron levemente, y Krist vio la curva que llegaba al hospital y las diminutas casitas del poblado hospitalario. Faltaban unos trescientos pasos, no más. Y tras lanzar otro gruñido, Krist volvió a arrastrarse.

—Pensábamos que ya la habías palmado —dijo con tono indiferente y sin maldad el exento de convoy que se encontraba en el soportal del barracón hospitalario—. Sin ti aquí no nos admiten.

Pero Krist ni oía ni respondía. Ahora había llegado el momento más importante, y el más difícil: si lo admitían o no en el hospital.

Llegó el médico, una persona joven, limpia, con una bata inverosímilmente blanca, y los inscribió a todos en el libro de ingresos.

—Desnudaos.

La piel de Krist se escamaba, se desprendía de su cuerpo en ligeras películas, como las huellas dactiloscópicas en un expediente personal.

—Esto se llama pelagra —dijo el exento de convoy.

—Yo también tuve algo parecido —comentó el tercero, y estas fueron las primeras palabras que oyó Krist—. Me quitaron como unos guantes de piel de ambas manos. Los mandaron a Magadán, al museo.

—¿Al museo? —dijo despectivo el otro—. ¡No habré visto yo guantes como estos en Magadán!

Pero el tercer preso no escuchaba al exento de convoy.

—Oye, tú —le decía a Krist tirándole del brazo—. ¡Escúchame bien! Con esta enfermedad te darán inyecciones calientes, seguro. A mí me las recetaron, pero las cambié por pan a los hampones. Y así me curé.

Del armario sacaron los impresos para las historias clínicas. Tres hojas. Se quedan con los tres. Entró un enfermero.

—De momento, a la segunda.

Ducha con cubos de agua caliente, ropa interior sin piojos. El pasillo, donde en la mesa del enfermero de guar-

dia aún no se había apagado la mecha de la lámpara llena de aceite de bacalao, vertido en un platillo hecho con el fondo de una lata de conservas. La puerta hacia la sala vacía, donde olía a frío helador, a calle, a hielo. El enfermero fue a buscar leña para encender la fría estufa de hierro.

—Una cosa —dijo el exento de convoy—. Vamos a acostarnos juntos, porque si no aquí nos quedamos tiesos.

Los tres se acostaron en una litera abrazados el uno al otro. Luego el exento de convoy se deslizó fuera de la cama, reunió todos los colchones, todas las mantas, las echó como una montaña sobre la litera donde se habían acostado los presos, y luego se sumergió entre los brazos huesudos de Krist. Los enfermos se durmieron.

1964

Junio

Andréyev salió de la galería y se dirigió al taller para entregar su lámpara Wolf.

«Otra vez se van a meter conmigo», pensaba perezosamente en el servicio de seguridad laboral. «El alambre está roto...»

A pesar de la prohibición, en la mina se fumaba. Por fumar te podían caer más años, pero aún no habían pescado a nadie.

No lejos de las escombreras Andréyev se encontró con Stupnitski, profesor de la Academia de Artillería. En la mina Stupnitski trabajaba de capataz de superficie, a pesar de su artículo 58. Era un tipo eficiente y entregado al servicio, cumplidor y ágil a pesar de los años; los jefes de la mina no podían ni soñar con capataces como aquel.

—Oiga —me dijo Stupnitski—, los alemanes han bombardeado Sebastópol, Kiev, Odesa.

Andréyev lo escuchaba cortés. La noticia sonaba como si se tratara de una guerra en Paraguay o Bolivia. ¿Qué le importaba esto a Andréyev? Stupnitski tiene la barriga llena, es capataz, por eso le interesan cosas como la guerra.

Se acercó Grisha el Griego, un ladrón.

—¿Qué es una automática?

—Ni idea. Algo así como una ametralladora, seguramente.

—Un cuchillo es peor que cualquier bala —dijo sentencioso Grisha.

—Cierto —dijo Borís Ivánovich, un cirujano preso—. Un cuchillo en el estómago es una infección segura, con el riesgo siempre de una peritonitis. La herida por arma de fuego es mejor, más limpia...

—Lo mejor de todo es un clavo —dijo Grisha el Griego.

—¡A-a-a formar!

Nos pusimos en fila y nos dirigimos de la mina al campo. El convoy nunca entraba en la mina; la oscuridad del mundo subterráneo salvaba a los presos de las palizas. Los capataces libres también tomaban sus precauciones. No fuera que del «horno» les cayera encima un pedrusco de carbón... En cuanto a tener las manos largas, incluso Nikolái Antónovich, el «jefe», había casi olvidado su vieja costumbre. Solo se atrevía a descargar la mano Misha Timoshenko, un joven vigilante preso que «hacía carrera».

Misha Timoshenko pensaba mientras caminaba: «Pediré que me manden al frente. Mandar no me mandarán, pero sacaré algún provecho. Porque aquí, hagas lo que hagas, salvo una nueva condena no conseguirás nada.» Por la mañana se dirigió a ver al jefe. Kosarenko, el jefe del campo, no era un mal tipo. Misha se presentó ante él siguiendo todas las normas.

—Tenga mi petición para ir al frente, ciudadano jefe.

—Mira... Bueno, dame, dame. Serás el primero... Aunque no te admitirán...

—¿Por el artículo de la condena, ciudadano jefe?

—Eso mismo.

—¿Y qué quiere que haga con este artículo? —dijo Misha.

—No te pasará nada. Eres un listillo —replicó con voz ronca Kosarenko—. Ve a llamar a Andréyev.

Andréyev se sorprendió de que lo llamaran. Nunca antes lo habían llamado para presentarse ante el mismísimo gran jefe del campo. Pero le dominaba la acostumbrada indiferencia, la falta de miedo y de voluntad. Andréyev llamó a la puerta de chapa del despacho:

—Se presenta, a órdenes suyas, el recluso Andréyev.

—¿Tú eres Andréyev? —preguntó Kosarenko observando con curiosidad al visitante.

—Andréyev soy, ciudadano jefe.

Kosarenko rebuscó entre los papeles de encima de la mesa, encontró algo y se puso a leer para sus adentros. Andréyev esperaba.

—Tengo un trabajo para ti.

—Yo trabajo de carretillero en el sector número tres...

—¿Con quién?

—Con Koriaguin.

—Mañana te quedas aquí. Trabajarás en el campo. No se va a morir Koriaguin por un carretillero menos.

Kosarenko se levantó de la mesa, agitó el papel y soltó con su voz ronca:

—Vas a desmantelar la zona. A retirar el alambre de espino. Tu zona.

Andréyev comprendió que se trataba de la zona para los del artículo 58. A diferencia de otros muchos campos, el barracón en que vivían los «enemigos del pueblo» estaba rodeado de alambre de espino dentro de la propia zona del campo.

—¿Solo?

—Con Maslakov.

«Es la guerra —pensó Andréyev—, por el plan de movilizaciones, tal vez.»

—¿Puedo retirarme?

—Tengo dos informes contra ti.

—No trabajo peor que los demás, ciudadano jefe...

—Bueno, ve...

Se dedicaron a desdoblar clavos oxidados y a retirar el alambre de espino enrollándolo en un palo. Diez hileras, diez hilos de alambradas y además las líneas transversales: Andréyev y Moslakov tuvieron trabajo para un día entero. No era una tarea peor que cualquier otra. Kosarenko se equivocaba, los sentimientos de los presos se habían embotado.

A la hora de comer Andréyev se enteró de otra noticia: la ración de pan se había reducido de un kilo a quinientos gramos; era un noticia terrible; pues en el campo lo más importante no era el plato caliente; lo decisivo era el pan.

Al día siguiente Andréyev regresó a la mina.

En la mina hacía el frío acostumbrado y reinaba la acostumbrada oscuridad. Andréyev bajó por el paso del personal al nivel inferior. De arriba aún no habían mandado las vagonetas vacías, y Kuznetsov, el segundo carretillero del turno, se hallaba sentado no lejos de la plataforma inferior, donde llegaba la luz, y esperaba las vagonetas.

Andréyev se sentó a su lado; Kuznetsov era de los comunes, un campesino homicida.

—Oye —le dijo Kuznetsov—. Me ha llamado.

—¿Adónde?

—Allá, al otro lado del puente.

—¿Y qué?

—Pues que mandaron que escribiera un informe contra ti.

—¿Contra mí?

—Sí.

—¿Y qué hiciste?

—Pues escribirlo. ¿Qué iba a hacer?

«En efecto —pensó Andréyev—, ¿qué podía hacer?»

—¿Y qué pusiste?

—Puse lo que me dijeron que pusiera. Que alabaste a Hitler...

«No, no es un canalla —pensaba Andréyev—. Es sencillamente un desgraciado.»

—¿Y ahora qué harán conmigo? —preguntó Andréyev.

—No lo sé. El responsable de Interior ha dicho que era un trámite.

—Ya —replicó Andréyev—. Eso mismo, un trámite. Lo que pasa es que este año se me acaba la condena. Y quieren endosarme otra.

Las vagonetas retumbaban por la pendiente.

—Eh, vosotros —gritó el responsable de la plataforma—. ¡Cuentistas! Que van las vagonetas vacías.

—Puede que me niegue a trabajar contigo —dijo Kuznetsov—. Si me llaman de nuevo, les diré: no sé, ya no trabajo con él. Así son las cosas...

—Es la mejor salida —admitió Andréyev.

En el siguiente turno el compañero de trabajo de Andréyev fue Chudakov, también un común. A diferencia del locuaz Kuznetsov, este callaba. O era callado de nacimiento, o bien le habían avisado desde el «otro lado del puente».

Tras varios turnos, mandaron a Andréyev y Chudakov a la galería de ventilación, que daba a la plataforma superior, a que bajaran las vagonetas vacías y subieran las cargadas por la pendiente de treinta metros. Se cambiaba la dirección de las vagonetas en la plataforma, se introducían las ruedas en los raíles que llevaban a la pendiente, se fijaba a la vagoneta un cable de acero y, tras engancharlo con un tambor al cable de la cabria, se empujaba la vagoneta hacia abajo. Se enganchaban por turno. Le tocaba a Chudakov.

Las vagonetas pasaban una tras otra, la jornada estaba en su momento álgido cuando, de pronto, Chudakov se equivocó, empujó la vagoneta hacia abajo sin fijarla al cable. ¡Maldición, un accidente en la mina! Resonó un golpe sordo,

el chirriar del hierro, el crujido de los puntales; columnas de polvo blanco inundaron la pendiente.

Arrestaron a Chudakov al instante, y Andréyev regresó al barracón. Por la tarde le mandaron a que fuera a ver a Kosarenko, el jefe.

Kosarenko iba de un lado a otro del despacho.

—¿Qué ha hecho? ¡Le estoy preguntando qué ha hecho, saboteador!

—Se ha vuelto loco, ciudadano jefe —contestó Andréyev—. Si ha sido Chudakov, sin querer...

—¡Tú le has enseñado, cerdo! ¡Saboteador! ¡Has parado la mina!

—¿Yo qué tengo que ver? Y nadie ha parado la mina. La mina sigue funcionando... ¿Qué grita?

—Que no sabe... Mira lo que escribe Koriaguin... Un miembro del partido.

En efecto, un largo informe, escrito con la letra menuda de Koriaguin, se encontraba sobre la mesa del jefe.

—¡Responderás de esto!

—¡Como usted diga!

—¡Largo, carroña!

Andréyev se fue. En el barracón, en el cuartucho de los capataces, bullía una ruidosa charla que se interrumpió con la llegada de Andréyev.

—¿A quién vienes a ver?

—A usted, Nikolái Antónovich —dijo Andréyev dirigiéndose al capataz jefe—. ¿Adónde voy mañana a trabajar?

—A ver si vives hasta mañana —dijo Misha Timoshenko.

—Esto no es asunto tuyo.

—Mire, por culpa de sabihondos como este me han colgado la condena; palabra de honor, Nikolái Antónovich —dijo Misha—. Por culpa de esos Iván Ivánovich.

—Pues mira, irás a trabajar con Misha —dijo Nikolái Antónovich—. Órdenes de Koriaguin. Si no te arrestan. Y Misha te aliviará las penas.

—Uno debe saber dónde está —dijo severo Misha—. ¡Maldito fascista!

—Fascista lo serás tú, imbécil —replicó Andréyev, y se fue a repartir sus cosas entre los compañeros: los peales de recambio, una bufanda de algodón vieja pero aún en buen uso, para no tener nada de sobra en caso de arresto.

El vecino de litera de Andréyev era el ex decano de la Facultad de Minería Tijomírov. Trabajaba en la mina de entibador. El ingeniero jefe quiso «promover» al profesor siquiera al cargo de capataz, pero el jefe del distrito hullero Svíschev se negó en redondo y miró con cara de pocos amigos a su segundo.

—Si coloca usted a Tijomírov —se dirigió Svíschev al ingeniero jefe—, ya no tendrá usted nada que hacer en la mina. ¿Comprende? Y que no vuelva a oír conversaciones de este género.

Tijomírov esperaba a Andréyev.

—¿Y bien?

—Dejemos que pase la noche —dijo Andréyev—. Estamos en guerra.

No arrestaron a Andréyev. Resultó que Chudakov no quería mentir. Lo encerraron un mes con una ración de castigo —un tazón de agua y trescientos gramos de pan—, pero no consiguieron obligarlo a hacer declaración alguna. No era la primera vez que encerraban a Chudakov y el hombre sabía el verdadero precio de las cosas.

—¿Tú me quieres dar lecciones? —le dijo al instructor—. Andréyev no me ha hecho nada malo. Conozco las normas. A vosotros no os sale a cuenta juzgarme. Lo que queréis es empapelar a Andréyev. Pero mientras yo siga vivo no lo vais a conseguir, no habéis comido suficientes sopas para eso.

—Bueno —dijo Koriaguin a Misha Timoshenko—, solo me quedas tú. Tú lo conseguirás.

—Entendido —dijo Timoshenko—. Primero vamos a darle en la «panza»: le bajaremos la ración. Y entonces si se le escapa algo...

—Idiota —dijo Koriaguin—. ¿Qué tiene que ver si se le escapa o no? ¿O es que naciste ayer?

Koriaguin sacó a Andréyev del trabajo bajo tierra. En invierno el frío en la mina solo alcanza los veinte grados bajo cero en las capas más bajas, en cambio en el exterior baja hasta sesenta. Andréyev trabajaba en el turno de noche, sobre una alta escombrera donde se acumulaba el mineral. Las vagonetas con el mineral ascendían de vez en cuando hasta allá y Andréyev tenía que descargarlas. Había pocas

vagonetas, el frío era horroroso e incluso la brisa más leve convertía la noche en un infierno. Allí, por primera vez en tierras de Kolimá, Andréyev lloró; antes nunca le había sucedido una cosa igual, salvo tal vez en los años jóvenes, cuando le llegaban las cartas de su madre y Andréyev era incapaz de leerlas sin que se le saltaran las lágrimas, o de recordarlas sin echarse a llorar. Pero eso fue hacía mucho tiempo. ¿Y ahora por qué lloraba? La impotencia, la soledad, el frío; Andréyev en el campo había adquirido el hábito de recordar versos, de susurrar, de repetir algo en silencio; pero en aquel lugar helado era imposible pensar. El cerebro humano es incapaz de trabajar con aquel frío.

Pasaron varios turnos helados y Andréyev regresó a la mina, de nuevo en la pendiente y de pareja con Kuznetsov.

—Qué bien que estés aquí —se alegró Andréyev—. Me han devuelto de nuevo a la mina. ¿Y qué ha pasado con Koriaguin?

—Dicen que ya han reunido las pruebas contra ti. Las suficientes —dijo Kuznetsov—. Más no hacía falta. De modo que he vuelto. Y además se trabaja bien contigo. Y Chudakov ha salido. Lo habían mandado a la celda de castigo. Está hecho un esqueleto. De momento lo han puesto en los baños. Ya no va a trabajar más en la mina.

Las noticias eran de peso.

Los capataces reclusos volvían al campo sin convoy al acabar el turno de trabajo, tras cumplir con sus obligaciones. Misha Timoshenko decidió ir a los baños antes de que regresaran los trabajadores del campo, tal como hacía siempre.

Un huesudo encargado de los baños que no conocía levantó el gancho y abrió la puerta.

—¿Adónde vas?

—Soy Timoshenko.

—Ya veo que eres Timoshenko.

—Pues menos hablar —dijo el capataz—. Que tú no has probado aún mi termómetro; ya verás lo que es bueno. Ve, y dame vapor.

Y, tras apartar de un empujón al encargado, entró en el lugar. Una oscuridad húmeda y negra llenaba los baños de la mina. Techos negros, cubiertos de hollín, negras palanganas, bancos negros a lo largo de las paredes, negras ventanas. El lugar estaba seco y a oscuras, como en la mina, y una linterna minera Wolf con un vidrio roto colgaba de un gancho fijado a una columna en medio del cuarto, como en una columna de la mina.

Misha se desnudó deprisa, eligió un tonel medio lleno de agua fría, e introdujo en él el tubo del vapor; en el local había una caldera y el agua se calentaba con vapor caliente.

El huesudo encargado observaba desde el umbral el cuerpo rosado y generoso de Timoshenko y callaba.

—A mí me gusta así —se dirigió a él Timoshenko—: con el vapor bien vivo. Calientas un poco el agua, yo me meto en la barrica y tú vas dándole poco a poco al vapor. En cuanto esté bien la cosa, doy unos golpes en el tubo y apagas el vapor. El encargado anterior, uno tuerto, conocía todos mis gustos. ¿Dónde está?

—No lo sé —contestó el tipo huesudo. Las clavículas se le clavaban en la chaqueta.

—¿Y tú de dónde vienes?

—De la celda de castigo.

—¿No serás Chudakov?

—Sí, soy Chudakov.

—No te he reconocido. Eso quiere decir que serás rico —se rió el capataz.

—Me he quedado así en la celda de castigo, ¡por eso no me has reconocido! Oye, Misha —prosiguió Chudakov—, te he visto, ¿sabes?

—¿Dónde?

—Al otro lado del puente. Y me he enterado de lo que le has cantado al responsable...

—Cada cual mira por su pellejo —dijo Timoshenko—. Es la ley de la taiga. Estamos en guerra. Y lo que es tú, eres imbécil. Eres imbécil, Chudakov. Idiota, más que idiota. Mira que soportar todo esto por ese maldito Andréyev.

—Eso es asunto mío —dijo el encargado de los baños, y salió.

El vapor resonó e hirvió borboteando en el tonel, el agua se calentó. Misha dio unos golpes: Chudakov cerró el vapor.

Misha se subió al banco y desde allí se dejó caer en el estrecho y alto tonel... Había barricas más bajas, más anchas, pero al capataz le gustaba tomar sus baños de vapor justamente en esta. El agua le llegaba a Misha hasta el cuello.

Cerrando los ojos de satisfacción, el capataz golpeó de nuevo el tubo. Y de nuevo borboteó el vapor. El agua se calentó. Misha hizo una señal al encargado, pero el tubo siguió vomitando vapor ardiente. El vapor le quemaba el cuerpo y Timoshenko se espantó, dio varios golpes más e intentó escapar, salir de la barrica, pero esta era estrecha, el tubo de hierro entorpecía la salida y en los baños no se veía nada por el blanco, borboteante y cada vez más espeso vapor, y Misha lanzó un grito salvaje.

Aquel día los obreros se quedaron sin baño.

Cuando abrieron las puertas y las ventanas, la espesa niebla, de una turbia blancura, se disipó. Llegó el médico. Timoshenko ya había dejado de respirar: había hervido vivo.

A Chudakov, de los baños lo mandaron a otro destino; regresó el tuerto encargado de los baños: nadie lo había echado de su puesto, simplemente había pasado un día entre los reclusos del grupo C, como preso temporalmente de baja por enfermedad. Había tenido fiebre.

1959

Mayo

Habían arrancado el fondo de la barrica de madera y colocado en su lugar una reja hecha de barrotes de hierro. En la barrica vivía el perro Kazbek. Sótnikov alimentaba a Kazbek con carne cruda y pedía a todo el que pasaba por su lado que lo provocara con un palo. Kazbek rugía y mordía el palo hasta hacerlo astillas. El jefe de obras Sótnikov adiestraba al futuro perro de guarda inculcándole el odio.

Durante toda la guerra el oro se lavaba en palanganas, siguiendo el método de los buscadores de oro, antes prohibido en las minas. Hasta entonces solo podía lavar oro con palanganas un buscador del servicio de prospección. Antes de la guerra el plan diario se establecía en metros cúbicos de tierra; durante la guerra, en gramos de metal.

Un buscador manco arrojaba con destreza la tierra en la palangana con un rastrillo y, tras echarle agua, sacudía con cuidado la palangana sobre el riachuelo, dejando caer las piedras lavadas al torrente. En el fondo de la palangana, una vez escurrida el agua, quedaba un granito de oro, y el trabajador, tras depositar la palangana en el suelo, sacaba

con la uña el granito y lo trasladaba a un pedazo de papel. El papel se plegaba como para guardar un polvo de farmacia. Toda una brigada de mancos autolesionados «lavaba» oro en invierno y en verano. Y entregaba los granitos de metal, los granos de oro, a la caja de la mina. A cambio, les daban de comer.

El juez de instrucción Iván Vasílievich Yefrémov había pescado al misterioso asesino que buscaban desde hacía más de una semana. Una semana atrás, en la isba de los geólogos, a unos ocho kilómetros del poblado, fueron asesinados a hachazos cuatro artificieros. Robaron el pan y la *majorka*; no encontraron el dinero. Pasó una semana y en la cantina de los obreros, un tártaro de la brigada de los carpinteros llamado Ruslánov, cambió un puñado de *majorka* por un pedazo de pescado hervido. No había *majorka* en la mina desde que empezó la guerra; traían «amonal», que era un tabaco verde casero increíblemente fuerte; la gente intentaba plantar tabaco. Solo tenían *majorka* los libres. Arrestaron al tártaro, que lo confesó todo e incluso señaló el lugar del bosque donde había arrojado en la nieve el hacha cubierta de sangre. A Iván Vasílievich Yefrémov le correspondía una importante condecoración.

Sucedió que Andréyev era vecino de litera de este tártaro, un muchacho de lo más ordinario, un «colilla». Detuvieron también a Andréyev. Al cabo de dos semanas lo soltaron; durante este lapso de tiempo se produjeron muchas novedades. Kolia Zhúkov se había cargado al odiado jefe de brigada Koroliov. Este jefe pegaba a Andréyev cada día

delante de toda la brigada; le pegaba sin rabia, sin prisas, y Andréyev lo temía.

Andréyev palpó en el bolsillo del chaquetón un pedazo de la ración de pan blanco americano que le había quedado de la comida. Había mil maneras de alargar el placer de la comida. Se podía lamer este pan, hasta que desaparecía en la palma de la mano; se podía pellizcar a migajas, pequeñísimas migajas, y chupar cada migaja removiéndola por la boca con la lengua. Se podía tostar el pan en la estufa, siempre encendida, secar este pan y comerse aquellos pedacitos de pan requemados, de un marrón oscuro, rebanadas que aún no eran pan seco pero que habían dejado de ser pan. Se podía cortar el pan con un cuchillo en lonchas muy finas y solo entonces secarlas. Se podía cocer el pan en agua caliente, hervirlo, mezclar la pasta y convertirla en una sopa caliente, en unas gachas. Se podía desmenuzar el pan en agua fría y salarlo, y te salía algo parecido a una *turia.* Y todo se tenía que hacer en el cuarto de hora que le quedaba a Andréyev de la pausa para comer. Andréyev se acababa el pan a su manera. Hervía agua en un pequeño bote de conserva, un agua sacada de la nieve, un agua sucia por los pequeños trozos de carbón o de la pinaza que habían caído en la lata. Andréyev echaba su pan en la lata y esperaba. El pan se hinchaba como una esponja, como una esponja blanca. Andréyev arrancaba con un palito, una astilla, pequeños trocitos de esponja y se los introducía en la boca. El pan remojado se fundía al instante.

Nadie prestaba atención a los manejos de Andréyev. Era uno de los centenares de miles de «colillas» de Kolimá, de «terminales» que hacía tiempo que no estaban en sus cabales.

Había también gachas traídas por el Lend-Lease, papilla americana de avena con azúcar. También había pan del Lend-Lease, hecho de harina canadiense mezclada con polvo de hueso y de arroz. Salía inusitadamente inflado y ninguno de los distribuidores se arriesgaba a preparar las raciones por la noche: cada molde de doscientos gramos en una noche perdía de diez a quince gramos de peso, y el más honrado de los cortadores de pan podía parecer, sin él quererlo, un chorizo. El pan blanco casi no dejaba residuos: el organismo humano echaba el sobrante solo una vez en varios días.

La sopa, el primer plato, también era del Lend-Lease: un olor a estofado de cerdo y algunas trazas de carne, parecidas a los bacilos de la tuberculosis vistos por el microscopio, les tocaban a todos en sus platos a la hora de la comida. También había, según contaban, salchichón, un salchichón en conserva, pero para Andréyev aquel manjar siguió siendo una leyenda, como la leche condensada Alfa, que muchos recordaban de la infancia, por los envíos del ARA. La marca Alfa aún existía.

También gracias al Lend-Lease había unos zapatos de cuero rojo con una gruesa suela de goma. Estos zapatos solo se repartían entre los jefes, y no todos los maestros de minas podían hacerse con aquel calzado de importación. Destinadas a los jefes de las minas, había unas cajas que contenían diversas piezas de ropa: trajes, chaquetas y camisas con corbatas.

Decían que se habían repartido prendas de lana, ropa recogida entre la población de Norteamérica, pero nada de esto llegaba a los reclusos: las mujeres de los jefes entendían mucho sobre la calidad de aquellos paños.

En cambio lo que llegaba bien a los presos eran las herramientas. Las herramientas también eran del Lend-Lease: palas americanas curvadas con unos cortos mangos pintados. Las palas tenían buena pinta; alguien se había parado a pensar en su forma. Todos estaban satisfechos de las palas. Los mangos pintados se quitaban a golpes y se ponían unos nuevos, rectos y largos, a medida de cada uno: el extremo del mango debía llegar a la barbilla.

Los herreros doblaban un poco la punta de la pala, la afilaban y resultaba un magnífico instrumento.

Las hachas norteamericanas eran muy malas. No eran hachas sino hachitas, parecidas a los tomahawk indios de las novelas de Mayne Reid, y no servían para un trabajo serio de carpintero. A nuestros carpinteros las hachas del Lend-Lease les produjeron una gran impresión; aquel instrumento milenario al parecer se extinguía.

Las sierras laterales eran pesadas, gruesas e incómodas para trabajar.

En cambio era fantástico el solidol, un aceite sólido, blanco como la mantequilla e inodoro. Los comunes intentaron vender el solidol como mantequilla, pero en la mina ya no había nadie que pudiera comprar mantequilla.

Los Studebaker recibidos del Lend-Lease corrían de un lado a otro por las pendientes de Kolimá. Era el úni-

co vehículo en el Extremo Norte al que no importaban las cuestas. Los enormes Diamond, recibidos también del Lend-Lease, transportaban una carga de hasta novecientas toneladas.

También nos curaban por el Lend-Lease; las medicinas eran norteamericanas, y por primera vez apareció la sulfidina, en los primeros tiempos un remedio milagroso. La vajilla del laboratorio era regalo de Norteamérica. Los aparatos de rayos X, las bolsas de agua y los frascos...

Ya el año anterior, después de la batalla de Kursk, se decía que el pan blanco americano estaba a punto de acabarse, pero Andréyev no hacía caso de estas «bolas» de campo. Lo que tuviera que pasar pasaría. Otro invierno había quedado atrás y él seguía vivo; él, un hombre que no hacía previsiones más allá de la tarde del mismo día.

Pronto llegará el negro, el pan negro. Los nuestros están llegando a Berlín.

—El pan negro es más sano —decían los médicos.

—Y los americanos son unos idiotas, seguro.

En esta futura mina no había ni una sola radio.

«La infección del asesinato», como decía Voronov, según recordaba Andréyev. El asesinato es contagioso. Si en alguna parte matan a un jefe de brigada, enseguida aparecen imitadores y los jefes de brigada se buscan gente que les haga la guardia: mientras el jefe duerme, otros protegen su sueño. Pero todo es inútil. A uno se lo cargan de un hachazo, a otro le abren la cabeza con una barra de hierro, a un tercero le cortan el cuello con una sierra de dos mangos.

Hacía tan solo un mes, Andréyev se hallaba sentado junto a la hoguera; era su turno para calentarse. El tiempo se acababa, el fuego se extinguía y los cuatro prisioneros del turno se sentaban a los cuatro lados rodeando la hoguera, encorvados y alargando las manos hacia las llamas agonizantes, hacia el calor mortecino. Cada uno llegaba casi a tocar las encendidas brasas con las manos desnudas, con los dedos congelados e insensibles. La bruma blanca caía sobre los hombros, y la espalda se destemplaba, y era aún mayor el deseo de apretujarse contra el fuego de la hoguera, y daba miedo enderezarse, mirar a un lado, y uno se sentía sin fuerzas para levantarse y marcharse a su lugar, cada uno a su hoyo, donde perforaban y perforaban sin parar... Sin fuerzas para levantarse y alejarse del jefe de brigada que en aquel momento se estaba acercando.

Andréyev intentaba imaginarse perezosamente con qué le sacudiría el jefe de brigada en el caso de que este fuera a pegarle. Con un tizón, seguramente, o con una piedra... Con un tizón lo más seguro...

El jefe de brigada se hallaba ya a diez pasos de la hoguera cuando, de pronto, de uno de los hoyos que había junto al sendero por el que avanzaba, salió a rastras un hombre con una barra de hierro en la mano. El hombre alcanzó al jefe de brigada y alzó la barra. El jefe de brigada cayó de bruces. El hombre arrojó la barra de hierro sobre la nieve y echó a andar, pasando de largo la hoguera junto a la que se sentaba Andréyev con los otros tres trabajadores. Se dirigió hacia un gran fuego alrededor del cual se calentaban los guardias.

Andréyev no cambió de postura durante el asesinato. Ninguno de los cuatro se movió del lugar; no tenían fuerzas para separarse del fuego, de aquel calor mortecino. Todos querían quedarse allí hasta el final, hasta el instante en que los expulsaran. Pero no había quien los echara, habían matado al jefe de brigada y Andréyev se sentía feliz, al igual que sus compañeros de aquel día.

Con el postrer esfuerzo de su pobre cerebro hambriento y seco, Andréyev comprendía que había que buscar alguna salida a la situación. No quería compartir la suerte de los mancos con sus palanganas. Él, que un día había jurado que nunca sería jefe de brigada, tampoco buscaría la salvación en los peligrosos cargos del campo. Su camino era distinto: él no iba a robar, a pegar a los camaradas, a denunciarlos. Andréyev esperaba paciente.

Aquella mañana el nuevo jefe de brigada había mandado a Andréyev a por amonita, un polvo amarillo con el que el artificiero llenaba unas bolsas de papel. En la gran fábrica de amonita, donde se realizaba el transbordo y el empaquetado del explosivo llegado del continente, trabajaban mujeres presas; aquel trabajo se consideraba ligero. La fábrica de amonita marcaba a las trabajadoras con su estigma: el pelo se les volvía dorado, como después de teñirse con agua oxigenada.

La pequeña estufa de hierro que calentaba la isba de los artificieros se alimentaba con trozos amarillos de amonita.

Andréyev mostró la nota del inspector, se desabrochó el abrigo y se desenrolló la agujereada bufanda.

—Muchachos, necesito unos peales —dijo—, dadme un saco.

—¿Te crees que nuestros sacos...? —empezó a decir un joven artificiero, pero el mayor le dio un codazo y aquel calló.

—Te daremos un saco —dijo el artificiero de más edad—: toma.

Andréyev se quitó la bufanda y se la entregó al artificiero. Luego hizo tiras el saco para hacerse unos peales y se envolvió con ellos los pies a la campesina; pues en el mundo existen tres maneras de «liarse» los peales: a la campesina, a la militar y a la urbana.

Andréyev se los enrollaba a la campesina, colocando el peal desde arriba hasta la planta del pie. Se enfundó con dificultad los pies en las botas, se puso en pie y, tras coger el cajón de amonita, salió. Los pies estaban calientes, y el cuello notó el frío. Andréyev sabía que tanto lo uno como lo otro no duraría mucho. Entregó la amonita al inspector y regresó a la hoguera. Había que esperar al inspector.

Este por fin se acercó a la hoguera.

—Un pitillo —sonaron apresuradas varias voces.

—Unos lo tendrán, y otros no —dijo, y tras levantarse la pesada ala del abrigo de pieles alcanzó un bote de hojalata con *majorka*.

Solo entonces Andréyev se desenrolló los trapos que envolvían las botas y se descalzó.

—Buenos peales —comentó sin mostrar envidia uno vestido con andrajos, señalando los pies de Andréyev envueltos con trozos de tela de saco, compacta y brillante.

Andréyev se puso cómodo, estiró las piernas y lanzó un grito. Se vio el resplandor de una llama amarilla. Los peales, impregnados de amonita, ardían lentamente con luz brillante. Envueltos por las llamas, los pantalones y el chaquetón humeaban. Los vecinos se apartaron de un salto huyendo en todas direcciones. El inspector tiró a Andréyev al suelo y lo cubrió de nieve.

—¡¿Cómo has podido, maldito?!

—Manda a por un caballo. Y levanta acta del accidente.

—Pronto será la hora de comer, a lo mejor te podrías esperar...

—No, no puedo esperar —mintió Andréyev, y cerró los ojos.

En la clínica cubrieron las piernas de Andréyev con una solución templada de permanganato, y lo acostaron sin vendarlo sobre un camastro. Una carcasa sujetaba la manta, de modo que el montaje parecía una tienda de campaña. Andréyev tenía garantizado el hospital por mucho tiempo.

Al anochecer entró un médico en la sala.

—Oigan lo que les digo, señores reclusos —dijo—: la guerra ha terminado. Hace una semana que se acabó. De la administración ha llegado un segundo correo. Al primero, dicen, lo han matado unos fugitivos.

Pero Andréyev no escuchaba al médico. Le estaba subiendo la fiebre.

1959

En los baños

A modo de cruel broma que solo el campo de trabajo sabe gastar, a los baños los llamaban a menudo «sálvese quien pueda». Los mendas gritan: «¡Sálvese quien pueda! Los llevan a los baños.» Es, digamos, una ironía acostumbrada, tradicional, que tiene su origen en los hampones, a los que no se les escapa ni una. En esta observación jocosa se esconde una amarga verdad.

Los baños siempre constituyen un acontecimiento negativo para los presos, pues hace más penosa su vida cotidiana. Esta observación es otra de las pruebas de la alteración de las proporciones que constituye la cualidad más importante, más fundamental, que el campo imprime al individuo que da con sus huesos en él y cumple allá su pena de castigo; el «término», como decía Dostoievski.

Uno podría preguntarse: ¿cómo es esto posible? El hecho de evitar ir a los baños es motivo constante de sorpresa por parte de los médicos, que ven en este absentismo una especie de protesta, una transgresión de la disciplina, un cierto reto al régimen carcelario. Pero las cosas son como son. Y a lo largo de los años ir a los baños es

todo un acontecimiento en el campo. Se moviliza y se instruye un convoy, todos los jefes participan personalmente en la caza de los que se quieren escaquear. No hablemos ya de los médicos. Llevar a cabo el baño y desinfectar la ropa en la cámara de desinfección es obligación directa de la unidad sanitaria. Todos los cargos administrativos inferiores desempeñados por los presos (*stárostas*, maestros de obras) también abandonan sus quehaceres y se dedican solo a los baños. Finalmente, las autoridades técnicas asimismo están obligadas a participar en esta magna cuestión. Toda una serie de medidas relacionadas con la producción se aplican en los días de baño (que son tres al mes).

En días como estos todo el mundo está en pie desde por la mañana temprano hasta muy entrada la noche.

¿Qué ocurre? ¿Cómo es posible que un individuo, cualquiera que sea el grado de miseria en el que se le ha hundido, se niegue a lavarse en unos baños, a lavarse la mugre y el sudor que han cubierto su cuerpo carcomido por las enfermedades de la piel y a sentirse siquiera por una hora algo más limpio?

Existe la expresión rusa: «Feliz como recién salido del baño». Es una expresión cierta y refleja con exactitud la beatífica satisfacción física que experimenta un hombre con un cuerpo limpio, lavado.

¿Será posible que la gente pierda hasta tal punto la razón como para no entender que sin piojos se está mejor que con ellos? Y eso que los piojos son muchos, y extermi-

narlos es casi imposible sin una cámara de desinfección, sobre todo en los barracones llenos a rebosar.

Claro que la epidemia de piojos es un concepto que conviene precisar. Unas cuantas decenas de piojos en la ropa no se tienen en cuenta; así de sencillo. Los piojos empiezan a molestar tanto a los compañeros como a los médicos cuando los puedes echar a manotazos de la ropa, cuando el suéter de lana se retuerce por sí solo de tantos piojos como han anidado en él.

Entonces, ¿es posible que un hombre, sea quien sea, no quiera librarse de este tormento, algo que le impide dormir y que, en su lucha contra esta plaga, le obliga a arañarse hasta hacerse sangre en su sucio cuerpo?

No, claro está. Pero el primer «pero» es que no se prevé ningún día de fiesta para los baños. Te llevan a los baños o antes o después de la jornada laboral. Y después de muchas horas de trabajo en la intemperie helada (aunque tampoco en verano la cosa es mejor), cuando todos tus pensamientos y esperanzas se concentran en el deseo de alcanzar cuanto antes la litera, comer y dormirte, el contratiempo de los baños resulta casi insoportable. Los baños siempre se encuentran a una distancia considerable de los barracones. Y esto es así porque los mismos baños no sirven solo a los reclusos; los libres del poblado también se bañan allí mismo, y el edificio por lo general no se encuentra en la zona sino en el poblado de los libres.

El tiempo perdido en los baños no es más o menos una hora dedicada a lavarse y a desinfectar la ropa. En el

baño los reclusos son muchos, se bañan grupo tras grupo, y todos los que llegan tarde (pues los conducen a los baños directamente del trabajo, sin pasar por el campo, porque allí se dispersarían y encontrarían algún modo de escapar al baño) esperan helados haciendo cola. Cuando el frío es intenso, las autoridades tratan de reducir el tiempo de estancia de los reclusos a la intemperie, los dejan entrar en los vestuarios, donde caben de diez a quince individuos, y meten allí a un centenar con sus ropas puestas. Los vestuarios no tienen calefacción o están mal acondicionados. Todos mezclados —los desnudos y los vestidos con sus abrigos—, toda aquella masa se apretuja, blasfema y ruge. Aprovechando el ruido y las estrecheces, los ladrones y los que no lo son roban las prendas de sus compañeros (porque se mezclan diversas brigadas que viven por separado, así que nunca es posible encontrar lo robado). No hay donde entregar tu ropa.

El segundo o, mejor dicho, el tercer «pero» consiste en que, mientras la brigada se lava en los baños, el servicio de guardia está obligado a realizar la limpieza del barracón, bajo la supervisión de la unidad de sanidad; es decir, barrer, lavar y tirar todo lo que sobre. Este tirar lo sobrante se realiza de manera despiadada. Porque cualquier trapo es un tesoro en el campo y no son pocas las energías que hay que consumir para disponer de unos guantes, unos peales de recambio, por no hablar de otros objetos menos portátiles o de los alimentos. Todo esto desaparece sin dejar huella y de la manera más legal mientras transcurre el baño. Por lo demás, es inútil llevarse los objetos

de recambio al trabajo y luego al baño: los descubrirá al instante el ojo atento y avezado de los hampones. A cualquier ladrón al menos le darán de fumar por unos guantes, sean como sean, o por unos peales.

Rodearse rápidamente de pequeños objetos es propio del hombre, sea este un pordiosero o un laureado, no importa. En cada traslado (y no me refiero tan solo a los penitenciarios) uno descubre una cantidad asombrosa de pequeños objetos. ¿De dónde han salido tantas cosas? Y entonces todos estos objetos se regalan, se venden, se tiran, hasta alcanzar con un enorme esfuerzo el nivel necesario para poder cerrar de golpe la maleta. Lo mismo le ocurre al preso. Porque es un trabajador, de manera que ha de tener una aguja, material para hacer remiendos y, quién sabe, un viejo plato de recambio. Todo esto se tiraba, y después de cada baño la gente había de agenciarse otra vez nuevos trastos. Siempre que no se tuviera tiempo para meter todo esto en alguna parte, bien hondo bajo la nieve, para volverlo a recuperar al día siguiente.

En los tiempos de Dostoievski, en los baños daban una palangana de agua caliente (el resto se compraba). Dicha norma se ha conservado hasta nuestros días. Una palangana de madera con agua no demasiado caliente y un tonel lleno de ardientes pedazos de hielo que se te pegan a los dedos, este a voluntad. Una sola palangana, y no te dan ningún otro barreño para mezclar el agua. O sea que el agua caliente se enfría con los trozos de hielo, y esta es toda la porción de agua con la que el preso tiene que lavarse la cabe-

za y el cuerpo. En verano, en lugar de hielo dan agua fría; al menos es agua y no hielo.

Supongamos que el preso debe saber lavarse con cualquier cantidad de agua: desde una cuchara hasta una cisterna. Si dispone del agua que contiene una cuchara, se lavará los pegajosos y purulentos ojos y considerará que su aseo ha terminado. Si es una cisterna, mojará a sus vecinos, cambiará el agua a cada instante y de algún modo se las arreglará para consumir en el tiempo reglamentario su porción de agua. Para una taza, un cazo o un plato de agua también se ha hecho el cálculo y existen unas instrucciones no escritas.

Todo esto muestra la habilidad con que se resuelve una cuestión de la vida cotidiana como es el baño. Pero, claro está, no resuelve el problema de la limpieza. El sueño de conseguir lavarse como es debido en unos baños es un sueño irrealizable.

Dentro de los propios baños, que se distinguen todos por el barullo, el humo, los gritos y las estrecheces («gritar como en los baños» es una expresión común), no hay agua sobrante y además nadie la puede comprar. Pero no solo falta el agua. No hay suficiente calor. Las estufas de hierro no siempre están al rojo vivo, y en los baños (en la enorme mayoría de los casos) simplemente hace frío. Esta sensación se agrava por las corrientes de aire procedentes de las puertas y las rendijas. Como en todas las construcciones de madera de este tipo, los muros se tapan poniendo musgo entre los troncos, que se seca y desmenuza, abriendo

agujeros al exterior. En cada sesión de baño uno se arriesga a agarrar un resfriado, cosa que todos saben (incluidos los médicos). Después de cada día de baño aumenta la lista de bajas por enfermedad, una lista de enfermos de verdad, y eso todos los médicos lo saben.

Recordemos que la leña de los baños la traen el día anterior las propias brigadas sobre sus propias espaldas, hecho que una vez más retrasa en un par de horas el regreso a los barracones e involuntariamente dispone en contra de los días de baño.

Pero todo esto es poco. Lo más terrible es la cámara de desinfección, obligatoria en cada lavado, según las instrucciones.

En el campo, la ropa interior puede ser «individual» o «común». Son expresiones burocráticas, aceptadas oficialmente junto a perlas verbales como «enchinchamiento», «piojez», etcétera. La ropa interior individual es la más nueva y la mejor, y se destina al servicio del campo, los capataces de los presos y demás individuos privilegiados. Esta ropa no está asignada a ninguno de estos presos en concreto, pero se lava aparte con más cuidado y se sustituye más a menudo por ropa nueva. En cuanto a la ropa blanca «común», pues es eso: común. La entregan al momento, justo después de lavada, a cambio de la sucia, que se recoge y se cuenta previamente. Pero ni hablar de escogerla según tu talla. La ropa limpia es pura lotería y me producía horror y hasta lágrimas ver a personas mayores llorar al recibir una prenda limpia pero deshecha a cambio de una sucia pero

sólida. Nada puede hacer olvidar los disgustos que nos proporciona la vida. Ni siquiera la sensata reflexión de que esto, al fin y al cabo, les ha ocurrido esta vez y que en suma, ante la evidencia de una vida echada a perder, pensar en unos calzoncillos es una tontería, o que, a fin de cuentas, la prenda más resistente también les tocó por casualidad, pero ellos en cambio discuten y lloran... Es, cómo no, un fenómeno del orden de los trastornos psíquicos, la desviación de la norma típica en casi todos los actos del preso, esa misma demencia que un médico neuropatólogo denominaba enfermedad universal.

La vida del detenido y sus vivencias espirituales se reducen a situaciones tales que la entrega de la ropa por una oscura ventanilla, abierta a la misteriosa profundidad de los baños, se convierte en un acontecimiento que te puede destrozar los nervios. Después del baño, mucho antes del reparto de la ropa, los presos se reúnen en multitud ante esta ventanilla. Razonan y disertan sobre qué ropa se les entregó la vez anterior, qué ropa les dieron cinco años atrás en Bamlag, y en cuanto se retira el tablón que cierra la ventanilla por dentro, todos se lanzan hacia ella, empujándose los unos a los otros con sus cuerpos resbaladizos, sucios y malolientes.

La ropa no siempre se entrega seca. Demasiado a menudo la dan mojada, no tienen tiempo para secarla, falta leña. A nadie le gusta ponerse ropa mojada o húmeda después del baño.

Las maldiciones caen a chorros sobre las cabezas de

los encargados de los baños, unos tipos acostumbrados a todo. Los que se enfundan la ropa blanca húmeda se acaban de congelar definitivamente, y sin embargo aún hay que esperar a que se desinfecte el resto de la ropa.

¿Qué es una cámara de desinfección? Es un hoyo excavado en el suelo, cubierto con una tapadera hecha de tablas, revestido de barro por dentro y que se caldea con una estufa de hierro cuyo fogón da al zaguán. Allí se cuelgan en unos palos chaquetones, zamarras y pantalones; la puerta se cierra herméticamente y el encargado de la desinfección le «da candela». Nada de termómetros, nada de azufre en saquitos para determinar la temperatura. El éxito de la operación depende de la casualidad o del buen hacer del encargado.

En el mejor de los casos, solo se calientan bien las prendas que cuelgan cerca de la estufa. El resto, separadas del calor por las primeras, solo se humedecen, y las que están colgadas en el extremo más alejado incluso se sacan frías. Este tipo de cámara no mata ni un piojo. Se trata de una pura formalidad y la cámara se convierte en un instrumento de tortura más para el preso.

Esto también lo saben perfectamente los médicos, pero ¿cómo privar de una cámara al campo de trabajo? Y he aquí que después de una hora de espera en el gran «vestidor», se empiezan a sacar montones de prendas: uniformes completamente iguales; los tiran al suelo y cada uno ha de buscar el suyo por su cuenta. Los presos se enfundan entre juramentos chaquetones humeantes, mojados por el

vapor, zamarras y pantalones de guata. Y luego, por la noche, privándose del resto de sus horas de sueño, se secarán la chaqueta y los pantalones junto a la estufa del barracón.

No es de extrañar, pues, que a nadie le guste el día de baño.

1955

El manantial Almazni

El camión se detuvo en el vado y la gente empezó a bajar, levantando lenta y torpemente sus entumecidas piernas por encima de la baranda del Studebaker. La orilla izquierda del río era más baja, y la derecha escarpada, tal como deben ser según la teoría del académico Ber.[60] Salimos del camino para meternos directamente en el lecho del río de montaña, y andamos unos doscientos pasos por las rocas bien lavadas y secas que retumbaban bajo nuestros pies. El oscuro hilo de agua, que tan estrecho parecía desde la orilla, resultó ser un ancho torrente, rápido y poco profundo. Nos esperaba una barca de fondo plano, y el barquero, con una pértiga en lugar de remos, trasladaba la barca a la otra orilla cargado con tres pasajeros y regresaba solo. El paso del río duró hasta el anochecer. Tardamos mucho en escalar la otra orilla, por un estrecho y rocoso sendero, ayudándonos los unos a los otros, como los alpinistas. El estre-

60. Karl Maxímovich Ber (1792-1876), naturalista ruso, formuló una ley sobre la erosión de las orillas de los ríos en relación con la rotación terrestre.

cho sendero, casi imperceptible entre la amarillenta y mustia hierba, conducía hacia un desfiladero donde, en la azulada lejanía, se reunían las cimas de las montañas del lado izquierdo y derecho. En este desfiladero el río se llamaba justamente manantial Almazni. [61]

Aquella asombrosa expedición se dirigía al manantial Almazni, un lugar deseado en vano desde hacía mucho tiempo, cuando trabajábamos en las minas de oro, y sobre el que tantas cosas extraordinarias habíamos oído contar. Se decía que en este manantial no había convoy, tampoco revisiones, ni los inacabables recuentos, ni alambre de espino, ni perros.

Estábamos acostumbrados al chasquido de los cerrojos de los fusiles, nos habíamos aprendido de memoria los avisos de los guardias: «Un paso a la izquierda o un paso a la derecha se considera fuga, en marcha ¡ar!», y nos poníamos en marcha, y algún chistoso, que siempre los hay en cualquier situación, incluso en la más dura, pues la ironía es el arma de los desarmados, algún chistoso repetía la eterna broma carcelaria: «Y un salto hacia arriba, propaganda ilegal.» La agria broma se pronunciaba sin que llegara a oídos del convoy. Y la expresión animaba un poco, y representaba un momentáneo, un brevísimo alivio. Oíamos el aviso cuatro veces al día: por la mañana, cuando nos dirigíamos al trabajo; durante el día, cuando íbamos a comer; después de comer; y, a modo de despedida, por la noche, antes de

61. Significa «de diamantes, diamantino».

regresar a los barracones. Y en cada ocasión, después de sonar la conocida fórmula, alguien añadía el comentario sobre el salto, y esto no aburría ni irritaba a nadie. Al contrario, estábamos dispuestos a oír esta ocurrencia miles de veces.

Así pues, se hizo realidad nuestro sueño: nos encontrábamos en el manantial Almazni y no nos acompañaba convoy alguno, sino tan solo un joven de barba negra que se la había dejado claramente para darse más empaque. El joven, armado de una escopeta de caza, observaba nuestra travesía. Ya nos habían explicado que era el jefe de aquella zona forestal, nuestro jefe, un capataz de los libres.

En el manantial Almazni la administración se aprovisionaba de postes para una línea eléctrica de alta tensión.

No hay muchos lugares en Kolimá donde crezcan árboles altos: nuestro trabajo consistía en realizar una tala selectiva, es decir, la tarea más ventajosa para gente como nosotros.

La mina de oro es un trabajo que mata al hombre, y además rápidamente. Allí la ración es mayor, pero lo cierto es que en el campo no mata la ración pequeña sino la grande. Hacía tiempo que nos habíamos convencido de lo acertado de este proverbio carcelario. Al minero convertido en «terminal» ya no lo rescatas ni dándole de comer chocolate.

La tala selectiva es más ventajosa que la integral, porque el bosque es ralo, de vegetación escasa; los árboles han crecido en un pantano y entre ellos no hay ejemplares de gran altura; el arrastre, es decir, el acarreo de los troncos has-

ta las pilas sobre tus propios hombros, andando por una nieve blanda, es un tormento. Pero sucede que los hombres no pueden acarrear troncos de doce metros, que son los de las líneas eléctricas. Es esta una tarea para un caballo o un tractor. De manera que la cosa resulta soportable. Además es una expedición sin convoy, o sea que nada de celdas de castigo, ni de palizas; el jefe de la zona es un contratado libre, un ingeniero o un técnico. Sin duda, hemos tenido suerte.

Pasamos la noche junto a la orilla, y por la mañana nos dirigimos por el sendero hacia nuestro barracón. El sol aún no se había puesto cuando llegamos a una casa de troncos, baja y alargada, con un techo cubierto de musgo y de piedras, como las que se hacen en la taiga. En el barracón vivían cincuenta y dos hombres, y nosotros éramos veinte más. Las literas, hechas de tablones, eran altas, y el techo, bajo. Solo se podía estar de pie y derecho en el pasillo central.

El jefe era un muchacho movido, espabilado. Con sus ojos jóvenes, pero de mirada experta, examinó las filas de nuevos obreros. Al instante se interesó por mi bufanda. La bufanda no era de lana, claro, sino de algodón, pero de todos modos era una bufanda, una prenda de hombre libre. Me la había regalado el año pasado el practicante del hospital, y desde entonces no me la quitaba del cuello ni en invierno ni en verano. La lavaba como podía en los baños, pero nunca la entregué a la cámara «matapiojos». La cámara de desinfección no habría exterminado los piojos, que infestaban la bufanda, pero me habrían robado la prenda al

instante. A mi bufanda le daban caza legal; me refiero al asedio de mis compañeros de barracón, de vida y de trabajo. Y también la pretendía cazar de manera ilegal cualquier individuo, porque ¿quién se negaría a ganar algo de tabaco, o de pan? Pues cualquier libre compraría la bufanda, y los piojos siempre se podrían escaldar sin problema. Esto es algo que solo le resulta difícil a un preso. Pero yo, antes de irme a dormir, me ataba heroicamente la bufanda al cuello con varios nudos, sufriendo las picaduras de los piojos, a los que uno no podía acostumbrarse, como tampoco es posible acostumbrarse al frío.

—¿No me la venderías? —me preguntó el de la barba negra.

—No —respondí.

—Bueno, ya sabes. A ti la bufanda no te hace falta.

No me gustó aquella charla. Tampoco estaba bien que en aquel lugar se diera de comer solo una vez al día, después de acabado el trabajo, ya que por la mañana solo te daban agua hervida y pan. Pero esto es algo que ya me había ocurrido antes. Los de arriba prestaban poca atención a los estómagos de los presos. Cada uno se organizaba del modo más sencillo posible.

Todos los alimentos se guardaban en la casa del capataz; este contratado libre vivía con su escopeta en una isba diminuta a diez pasos del barracón. Semejante manera de custodiar las provisiones también era una novedad; por lo general no las guardaban los jefes de producción sino los propios reclusos, pero las instrucciones en el manantial

Almazni eran evidentemente mejores, pues dejar en manos de los hambrientos presos las reservas de los comestibles siempre es peligroso y arriesgado, un riesgo del que, por lo demás, todos eran conscientes.

Había que ir lejos a trabajar, a unos cuatro kilómetros, y no había duda de que la tala selectiva se iría alejando más y más cada día hacia el interior del desfiladero.

Las largas caminatas, incluso con convoy, son para el preso algo más bueno que malo; cuanto más tiempo se gasta en andar, menos se emplea en trabajar, hagan los cálculos que hagan el jefe de obra o el capataz.

El trabajo no era ni peor ni mejor que cualquier otro trabajo penitenciario en el bosque. Serrábamos los árboles marcados por los cortes del capataz, sacábamos los tocones, cortábamos las ramas, que reuníamos en una pila. La tarea más dura era tumbar la parte inferior del tronco sobre un tocón, para de este modo salvaguardarlo de la nieve, pero el capataz sabía que urgía recoger los postes, que vendrían los tractores, y sabía que al principio del invierno la nieve aún no sería lo suficientemente espesa como para cubrir los árboles talados, y no siempre exigía que levantáramos el tronco sobre el tocón.

La sorpresa me esperaba por la noche.

La cena en el manantial Almazni era desayuno, comida y cena; los tres juntos tampoco parecían más abundantes y consistentes que cualquier otra comida o cena en la mina. Mi estómago me aseguraba con insistencia que el total de las calorías y el valor alimenticio eran aún menores que

en la mina, donde recibíamos menos de la mitad de la ración que nos correspondía; el resto se quedaba pegado en los platos de los jefes, del servicio y de los hampones. Pero yo no creía a mi estómago, que tanto hambre había pasado en Kolimá. Sus mediciones eran exageradas por lo alto o por lo bajo: mi estómago quería demasiado, exigía con demasiada insistencia y era demasiado parcial.

Por alguna razón, tras la cena nadie se iba a dormir. Todos esperaban algo. ¿Alguna comprobación? No, aquí no se hacían. Por fin, la puerta se abrió y entró nuestro infatigable y barbinegro capataz con una hoja de papel en la mano. El vigilante de guardia descolgó el quinqué de bencina de las literas superiores y lo colocó sobre la mesa fijada al suelo en medio del barracón. El capataz se sentó junto a la luz.

—¿Qué va a hacer? —le pregunté a mi vecino.

—Leer los porcentajes del día —dijo este, y en su tono capté algo que me asustó; había oído este tono en circunstancias muy serias, cuando a las víctimas del treinta y ocho les medían cada día el trabajo realizado durante la jornada en la mina de oro con una «norma individual». No podía equivocarme. Allí ocurría algo que, aunque no supiera qué era, intuía como una novedad alarmante.

Sin mirar a nadie, con un tono de voz regular y monótono, el capataz enumeró los apellidos y los porcentajes de la norma que había cumplido cada uno de los trabajadores, plegó con cuidado la hoja de papel y salió. El barracón callaba. Solo se oía la respiración pesada de varias decenas de personas en la oscuridad.

—A quien tenga menos de cien —me explicó el vecino, con aire complacido— no le darán pan mañana.

—¿Nada de pan?

—¡Nada!

Algo así, en efecto, no lo había visto nunca en ninguna parte. En las minas, la ración se establecía en función de la producción alcanzada en diez días trabajados por la brigada. Y en el peor de los casos, te daban una ración de castigo de trescientos gramos, pero no te privaban de pan por completo.

Pensé intensamente en el asunto. El pan era aquí nuestro alimento principal. Del pan recibimos la mitad de las calorías. El plato de comida caliente es algo impreciso, cuyo valor alimenticio depende de mil causas diferentes: de la honradez del cocinero, de lo saciado que esté, de su amor al trabajo, pues al cocinero gandul le ayudan unos «trabajadores» a los que él ha de alimentar; depende del control enérgico e incesante, de la honestidad de los jefes, de la honradez del vigilante de guardia, de lo saciado que esté y de lo legal que sea el convoy; de la ausencia o de la presencia de hampones. Para acabar, un hecho del todo casual, como es el gesto del repartidor que al sumergir el cucharón pesca solo caldo, puede reducir las cualidades alimenticias del plato a casi cero.

El espabilado capataz se sacaba los porcentajes de la manga, claro. Así que me hice una promesa: en caso de que se me aplicara este método de persuasión en el trabajo y me tocara quedarme sin pan, actuaría.

Pasó una semana, durante la cual comprendí por qué los alimentos se guardaban debajo de la litera del capataz. Este, además, no se había olvidado de la bufanda.

—Oye, Andréyev, véndeme la bufanda.

—Es un regalo, mi jefe.

—No me hagas reír.

Pero me negué en redondo. Aquella misma tarde aparecí en la lista de los que no habían alcanzado la norma. Renuncié a demostrar nada. Por la mañana me desenrollé la bufanda y se la llevé a nuestro zapatero.

—No te olvides de pasarla por el vapor.

—Bien que lo sé, que no nací ayer —replicó alegremente el zapatero, contento de su inesperada adquisición.

El zapatero me dio a cambio una ración de quinientos gramos de pan. Le arranqué un pedazo y me guardé el resto entre la ropa. Bebí agua hervida hasta hartarme y salí junto con los demás al trabajo, pero por el camino me fui quedando más y más rezagado hasta que por fin dejé el sendero, me interné en el bosque y, tras rodear de lejos nuestro poblado, eché a andar por el mismo camino por el que había llegado al lugar un mes atrás. Avancé manteniéndome a media versta del sendero, la nieve caída no me impedía avanzar, el barbinegro capataz no disponía de perros de rastreo. Y solo más tarde me enteré de que tuvo tiempo de alcanzar con sus esquís la caseta del barquero, pues en ese lugar el torrente tardaba mucho en helarse, y mandar al campo, con un convoy de paso, la noticia de mi huida.

Me senté en la nieve y enrollé unos trapos en mis botas, hasta la altura de las rodillas. Este tipo de calzado, de botas solo tenía el nombre. Era un modelo local, una producción económica para tiempos de guerra. Estas botas se fabricaban por centenares de miles a partir de pantalones viejos de guata. La suela se hacía del mismo material cosido en varias capas y dotado de unos cordones. Con las botas te daban unos peales de franela. Así se calzaba a los trabajadores que se dedicaban a buscar oro a cincuenta y sesenta grados bajo cero. Si uno trabajaba en el bosque las botas se deshacían al cabo de unas horas, pues se rasgaban con las ramas y los troncos, y en unos días cuando se trabajaba en una mina de oro. Los agujeros que se abrían en las botas se remendaban de cualquier manera en los talleres nocturnos de calzado. Al llegar la mañana el arreglo estaba listo. A la suela se le cosía una capa tras otra, y el calzado finalmente adquiría un aspecto informe, semejante a la orilla de un río de montaña tras un derrumbe.

Calzado con este tipo de botas y con un palo en la mano me dirigía hacia el río, a unos cuantos kilómetros aguas arriba del vado. Me deslicé por la pendiente rocosa y el hielo crujió bajo mis pies. Una larga zanja con una brecha de hielo fundido me cortaba el camino, brecha que no parecía tener fin. El hielo se quebró, di un paso para entrar en la humeante agua perlada y la suela de guata percibió las piedras del lecho del río. Alcé bien alto la pierna y las heladas botas resplandecieron; di un paso más y el agua me llegó más arriba de la rodilla; ayudándome con el palo alcancé la otra

orilla. Luego sacudí cuidadosamente el hielo con el palo y lo saqué de las botas y el pantalón; tenía los pies secos. Palpé el pan entre la ropa y eché a andar siguiendo la orilla. Al cabo de unas tres horas salí al camino. Me resultaba agradable ir sin la piojosa bufanda; hasta se diría que mi cuello y mi garganta descansaban cubiertos con una vieja toalla, el «recambio» que me había dado el zapatero por mi bufanda.

Andaba ligero de equipaje. Para los grandes trayectos, sea en verano o en invierno, es muy importante llevar las manos libres. Los brazos participan en el movimiento y entran en calor con la marcha, al igual que las piernas. Pero lo importante es no llevar nada en las manos, hasta un lápiz se antojará una carga insoportable al cabo de veinte o treinta kilómetros. Todo esto lo sabía bien desde hacía tiempo. Sabía también otra cosa más: si un hombre es capaz de dar varios pasos llevando cierta carga en la mano, eso quiere decir que la puede llevar hasta el infinito, pues sacará fuerzas para ello una, dos, o las veces que haga falta. Yo, un «terminal», puedo llegar a donde sea. Si el camino es llano. En invierno es incluso más fácil andar que en verano, si el frío no es demasiado intenso. Yo no pensaba en nada, aunque tampoco se puede pensar cuando hiela mucho; las bajas temperaturas te privan de los pensamientos y en poco tiempo te convierten fácilmente en una fiera. Iba sin plan alguno, con el único deseo de escapar de aquella maldita expedición sin convoy. A unos treinta kilómetros del campo, en una isba junto la carretera, vivían unos leñadores, allí contaba con calentarme y, con suerte, pasar la noche.

Había oscurecido cuando alcancé aquella casita; abrí la puerta y después de franquear una nube de vaho helado entré en el barracón. Un hombre se levantó para recibirme desde detrás de una estufa rusa; lo conocía, era Stepán Zhdánov, el jefe de la brigada de leñadores; un preso, claro.

—Desvístete, toma asiento.

Me desvestí al instante, me descalcé y colgué la ropa junto a la estufa.

Stepán abrió la portezuela de la estufa y tras ponerse una manopla sacó de dentro una olla.

—Siéntate, come.

Y me dio pan y sopa.

Me acosté en el suelo, pero tardé en dormirme: me dolían los pies y las manos.

Stepán no me preguntó adónde me dirigía ni de donde venía. He estimado su delicadeza eternamente. Nunca más lo vi. Pero aún hoy recuerdo la caliente sopa de mijo, el olor de las gachas algo quemadas que me recordaban al chocolate, el gusto de la boquilla de la pipa que, tras frotarla contra su manga, me alargó Stepán cuando nos despedíamos para que pudiera dar una bocanada por el camino.

Al anochecer alcancé el campo y me senté en la nieve, en la turbia oscuridad, no lejos del portón.

Ahora entraré y se habrá acabado todo. Habrán concluido estos dos maravillosos días de libertad después de tantos años de cárcel, y de nuevo vendrán los piojos, de nuevo la roca helada, el vapor blanco, el hambre y los golpes.

En aquel momento entró en el campo a través del

puesto de guardia un actor de la brigada cultural: un hombre que podía moverse solo, sin convoy. Lo conocía. Luego llegaron unos obreros de los talleres forestales, que sacudían los pies para no helarse mientras su convoy entraba en el puesto de guardia, donde hacía calor, y no tenía prisa por salir. Más tarde llegó el jefe del campo, el teniente Kózichev; tiró a la nieve una colilla de Kazbek, y los leñadores que se encontraban junto al portón se lanzaron a atraparla.

No me iba a pasar allí toda la noche. Hay que saber acabar lo que uno empieza. Abrí de un empujón la puerta y entré en el puesto de control. En la mano llevaba una declaración dirigida al jefe del campo sobre todas las normas que reinaban en aquella expedición sin convoy. Kózichev leyó la declaración y me mandó a la celda de castigo. Allí me eché a dormir hasta que me llamaron ante el inspector; pero, como supuse, no me abrieron ningún nuevo «caso»: tenía muchos años de condena. «Irás a una mina de castigo», dijo el inspector. Y allí me mandaron al cabo de unos días, pues en el campo central de tránsito no se retenía a la gente por mucho tiempo.

1959

El fiscal verde

La escala de valores está trastocada, y cualquiera de los conceptos humanos, a pesar de conservar su forma escrita, su sonoridad, la habitual colección de letras y sonidos, contiene en sí algo distinto, algo que en el continente no tiene nombre: las medidas aquí son otras, y los hábitos y costumbres, especiales; el sentido de cualquier palabra ha cambiado.

En los casos en que resulta imposible expresar un suceso, un sentimiento o un concepto nuevo con el término humano acostumbrado, nace una nueva palabra, una expresión tomada de la lengua de los hampones, los legisladores de las modas y los gustos del Extremo Norte.

Las metamorfosis semánticas se refieren no solo a conceptos tales como Amor, Familia, Honor, Trabajo, Virtud, Vicio, Crimen, sino también a palabras propias de este mundo, nacidas en él, como, por ejemplo, FUGA.

En mis años jóvenes tuve ocasión de leer algo sobre la fuga de Kropotkin de la fortaleza de Pedro y Pablo. Un intrépido cochero apostado junto a las puertas de la prisión, una dama disfrazada en una calesa y con un revólver en la

mano, el cálculo de los pasos hasta la garita, la huida del detenido bajo las balas de los centinelas, el retumbar de los cascos del veloz caballo contra los adoquines del empedrado; fue, sin ningún género de dudas, una fuga clásica.

Más tarde leí los recuerdos de los deportados sobre las fugas de Yakutia, de Verjoyansk, y me decepcionaron amargamente. Nada de disfraces, nada de persecuciones. Un viaje en invierno con caballos enganchados en fila, como en *La hija del capitán*, la llegada a la estación de ferrocarril, la compra del billete en la taquilla... Me resultaba incomprensible cómo podían llamar a aquello una fuga. En otro tiempo, a fugas de este género las llamaban «abandono no autorizado del lugar de residencia», y, en mi opinión, esta fórmula transmite mejor la esencia del asunto que la romántica palabra «fuga».

Incluso la fuga del SR Zenzínov de la bahía Providencia, cuando un yate norteamericano se acercó a la barca en la que Zenzínov pescaba y recogió al fugitivo, no me pareció una fuga de verdad como la de Kropotkin.

En Kolimá siempre hubo muchas fugas y siempre fracasaron.

Esto se debe a lo específico de este riguroso territorio polar, donde el régimen zarista nunca se decidió a mandar presos, como hizo en Sajalín con el fin de poblar y colonizar esas tierras.

Las distancias hasta el continente se contaban en miles de verstas: en el espacio más estrecho, en el «vacío» de la taiga, la distancia desde los lugares habitados de los yacimien-

tos de Dalstrói hasta Aldán, era de mil kilómetros de bosque infranqueable.

Es cierto que en dirección a Norteamérica las distancias eran sensiblemente más cortas: en el estrecho de Bering, en su parte más angosta, solo era de algo más de cien kilómetros; pero también el cordón de vigilancia en esta dirección, reforzado con unidades de guardafronteras, era absolutamente infranqueable.

La primera vía llevaba a Yakutsk, y desde allí solo se podía seguir o bien a caballo o bien por el agua, ya que aún no había líneas aéreas; y además cerrar los aviones a cal y canto era lo más fácil del mundo.

Es comprensible que en invierno no se produjera ninguna fuga; pasar el invierno en algún lugar bajo techo, donde hubiera una estufa de hierro, era el sueño más acariciado de todos los reclusos, y no solo de ellos.

El cautiverio se torna insoportable en primavera; así sucede siempre y en todas partes. Aquí, a este factor meteorológico natural, que actúa de manera harto imperiosa sobre los sentimientos de los hombres, se suma también una reflexión que es fruto de la fría lógica de la razón.

Por la taiga solo se puede viajar en verano, cuando, si se acaban las provisiones, se puede comer hierba, setas, bayas, raíces, o también asar tortas hechas de liquen —el «musgo de los renos»— mezclado con harina, cazar ratas de campo, ardillas, cascanueces, liebres...

Por frías que sean las noches de verano en el Norte, en el país del hielo eterno, un hombre experimentado no se

resfriará si pasa la noche sobre a una roca. Cambiará a menudo de postura, no se acostará sobre la espalda, se hará un lecho de hierbas o de ramas...

Huir de Kolimá es imposible. El emplazamiento de los campos de trabajo se eligió de manera genial. Pero, de todos modos, el poder de la ilusión, una ilusión por la que se paga con duros días de celda de castigo, con más años de condena, con palizas, golpes y a menudo con la muerte, el poder de la ilusión es tan grande aquí como en todas partes y como siempre.

Las fugas son frecuentes. En cuanto las puntas de los alerces adquieren el color de las esmeraldas, los fugitivos se ponen en marcha.

Casi siempre se trata de novatos —durante su primer año de condena— en cuyo corazón aún no ha muerto la fuerza de voluntad, el amor propio, y cuya razón aún no ha entendido bien las condiciones del Extremo Norte, un lugar que en nada se parece al mundo del continente que ellos conocen. Los novatos, ante aquel panorama, se sienten insultados en lo más hondo de su alma, humillados por las palizas, las torturas, los ultrajes y la degeneración del hombre... Y se dan a la fuga; unos mejor, otros peor, pero todos tienen el mismo desenlace. A unos los atrapan a los dos días, a otros a la semana, y a los terceros a las dos semanas. Los fugitivos «con hoja de ruta» (más adelante se aclarará esta expresión) no duran más que eso en sus andanzas.

El enorme contingente de los guardianes del campo

y las tropas de Interior, con miles de pastores alemanes, sumados a los destacamentos de los guardafronteras y al ejército estacionado en Kolimá, enmascarado bajo el nombre de Kolimpolk, es suficiente para atrapar al cien por cien de posibles fugitivos.

¿Cómo resulta posible, pues, una fuga? ¿Y no sería más sencillo emplear las fuerzas de las tropas de Interior directamente en la vigilancia, en la protección de los campos, y no en la captura de los fugitivos?

Consideraciones de orden económico demuestran que, a pesar de todo, mantener un contingente de «cazadores de cabezas» le sale al país más barato que una vigilancia integral de tipo penitenciario. Pues evitar la fuga en sí es inusitadamente difícil. Tampoco ayuda en este menester la gigantesca red de informadores de entre los propios presos, a quienes la autoridad compensa con un pitillo de *majorka* o un cazo de sopa.

Aquí de lo que se trata es de la psicología humana, de sus meandros y recovecos, y nada se puede prever sobre quién, cuándo y por qué ha decidido darse a la fuga. Y lo que le espera al fugitivo no se parece a nada de lo que pueda suponer.

Es cierto que para este fin existen las medidas «profilácticas»: arrestos, reclusión en zonas de castigo, cárceles dentro de la cárcel, traslado de los sospechosos de un lugar a otro. Se han inventado mil «medidas» que, seguramente, producen algún efecto en la reducción de las fugas; posiblemente las fugas serían muchas más de no existir zonas de

castigo con una vigilancia segura y numerosa, dispuestas en lugares recónditos y apartados.

Pero también de las zonas de castigo se fugan; en cambio, en las expediciones sin convoy nadie intenta largarse. En los campos sucede de todo. Por lo demás, la sutil observación de Stendhal en la *Cartuja de Parma* en el sentido de que «el carcelero piensa menos en su llaves que el preso en las rejas» es justa y acertada.

Kolimá, oh Kolimá,
planeta encantado.
De invierno nueve meses
y el resto de verano.

Por eso al llegar la primavera todos se preparan: las tropas de vigilancia y las de Interior incrementan sus contingentes en personal y perros, traen a unos e instruyen a otros; pero también se preparan los presos: guardan conservas, pan seco, escogen a sus «socios»...

Disponemos de un único caso de fuga clásica de Kolimá, una operación pensada y preparada minuciosamente y llevada a cabo con talento y sin prisas. Es justamente de esas excepciones que confirman la regla. Pero también en esta fuga quedó un cabo suelto, un hilo que tenía un final, un desliz en apariencia insignificante, pero que permitió localizar al fugitivo justo al cabo de dos años. Al parecer, el amor propio de los Vidocq y Lecoq se vio herido en lo más hondo, y al asunto se le dedicó mucha más atención, fuerzas y

medios de los que se empleaban en los casos habituales. Lo curioso es que el individuo que «se lanzó a la fuga», quien la llevó a cabo con una energía y astucia fantásticas, no era ni mucho menos un preso político, ni siquiera un hampón, especialistas en estas lides, sino un tipo condenado a diez años por estafa.

Y se entiende. La fuga del político siempre sintoniza con la idea de libertad y, como la huelga de hambre en la prisión, depende de su relación con la libertad. Hay que saber, saber bien y de antemano, para qué y adónde escapas. ¿Qué político podía dar respuesta en 1937 a esta pregunta?

Los presos implicados en la política por azar no se fugan de la prisión. Podrían buscar refugio en su familia, en casa de algún conocido, pero en el año treinta y ocho esto significaba poner en grave peligro a todo aquel a quien este fugitivo mirara por la calle.

Y de eso no creas que te libras con quince o veinte años. Poner en peligro la vida de allegados o familiares: este es el único resultado posible de la fuga de uno de esos presos políticos. Porque a un fugitivo así es necesario que alguien lo encubra, que lo esconda y ayude. Y entre los políticos del año 1938 no había gente de esta especie.

En los raros casos de los que regresaban a casa cumplida la condena, las propias esposas se encargaban de comprobar la autenticidad y la legalidad de los documentos del marido liberado del campo. Y, con el fin de informar a las autoridades de la llegada de este, corrían al cuartelillo tratando de adelantarse al inquilino responsable del apartamento.

Castigar a una persona inocente tomada al azar era muy fácil. En lugar de amonestar o avisar al individuo, lo torturaban y después le echaban diez o veinte años en los «lejanos horizontes», bien de trabajos forzados, bien de cárcel. De manera que solo quedaba una salida: morirse. Y la gente moría sin pensar siquiera en fugarse, moría comprobando una vez más la virtud nacional de la paciencia, cualidad loada ya por el poeta Tiútchev y subrayada con posterioridad sin ningún sonrojo por políticos de todos los niveles.

Los hampones no se fugaban porque no confiaban en el éxito de la fuga, no creían poder llegar al continente. Y además, el personal de búsqueda y captura y las tropas del campo, gente de mucha experiencia, reconocía a los hampones gracias a cierto sexto sentido, asegurando que los hampones estaban marcados por una especie de estigma de Caín imposible de ocultar.

La «prueba» más elocuente de este sexto sentido se dio cuando en una ocasión se estuvo dando caza durante un mes por las carreteras de Kolimá a un atracador y asesino armado, con la orden de tirar a matar en caso de que se le identificara.

El oficial de Interior Sevastiánov dio el alto a un desconocido con un abrigo de piel de oveja, que se encontraba junto a un surtidor de combustible en una de las gasolineras de la carretera, y cuando el hombre se dio la vuelta Sevastiánov le pegó un tiro en medio de la frente. Y aunque Sevastiánov nunca había visto la cara del atracador, aunque esto

sucedía en invierno y el fugitivo llevaba ropa de invierno, aunque los datos del fugitivo que le habían proporcionado a Sevastiánov eran de lo más general (porque no se iba a examinar los tatuajes a cada uno que se encontrara, y además la fotografía del bandido estaba mal hecha, era borrosa), de todos modos, a Sevastiánov no le engañó el olfato.

De entre los faldones del muerto cayó una escopeta recortada y en los bolsillos le encontraron una Browning.

Los documentos hallados eran más que suficientes.

¿Cómo interpretar una enérgica decisión como esta? ¿A partir del sexto sentido? Un instante más y hubiera sido Sevastiánov el que habría recibido el tiro.

¿Y si se hubiera cargado a un inocente?

Para fugarse al continente a los hampones les faltaban fuerzas y ganas. Tras sopesar todos los pros y los contras, el mundo criminal había decidido no arriesgarse, sino limitarse a organizar su vida en nuevos lugares; una opción sensata, por supuesto. A los hampones las fugas les parecían una aventura demasiado audaz, un riesgo innecesario.

¿Quién se fugará entonces? ¿Los campesinos? ¿Los popes? Se ha dado un solo caso de pope fugado, y esta fuga se produjo aun antes del célebre encuentro entre el patriarca Sergui y Bullitt, cuando al primer embajador de Estados Unidos se le entregaron en mano las listas de todos los sacerdotes ortodoxos encarcelados o deportados en todo el territorio de la Unión Soviética. El patriarca Sergui, entonces metropolita, también había conocido en carne propia las celdas de la cárcel Butirka. Después de la gestión de Roose-

velt todos los sacerdotes fueron liberados de sus cárceles y destierros. Se preparaba un concordato con la Iglesia, algo en extremo necesario ante la proximidad de la guerra.

¿Los condenados por delitos comunes, los pervertidores de menores, los ladrones de bienes públicos, los funcionarios corruptos, los asesinos? Para esta gente no tenía ningún sentido huir. Su condena, el «término», en expresión de Dostoievski, no acostumbraba a ser larga; en los lugares de reclusión disfrutaban de todo género de privilegios y se empleaban en los cargos del servicio, en la administración del campo y en general en todos los cargos «privilegiados». Recibían buenas redenciones de penas y, lo más importante, al regresar a casa, a la aldea o a la ciudad, la gente los recibía con los brazos abiertos. Y no porque esta forma amistosa de recibir a los demás sea un rasgo del pueblo ruso, que siente pena por los «desgraciados»; la compasión hacia los «desdichados» hacía ya tiempo que se había instalado en el espacio de la leyenda y se había convertido en un tierno cuento de hadas. Los tiempos habían cambiado. El carácter altamente disciplinado de la sociedad incitaba a la «gente sencilla» a informarse sobre la posición del poder. El poder veía con buenos ojos el tema. Pues solo procedía odiar a los trotskistas, a los «enemigos del pueblo».

Había otra razón, también importante, que explicaba la actitud indiferente del pueblo hacia los que regresaban de las cárceles. Por ellas había pasado tanta gente que difícilmente había en el país una sola familia con algún pariente o conocido que no hubiera sido encerrado o represaliado.

Tras los saboteadores les tocó el turno a los kulaks; después de estos, a los trotskistas, después de los trotskistas, a la gente con apellidos alemanes. Y faltó poco para que anunciaran la Santa Cruzada contra los judíos.

Todo esto provocó en la gente una profunda apatía, inculcó entre el pueblo la más completa indiferencia hacia las personas señaladas por cualquiera de los artículos del Código Penal.

Si en otros tiempos el hombre que regresaba a la aldea natal tras una estancia en la cárcel suscitaba a veces una actitud de cautela, de enemistad o desprecio hacia su persona y otras, de compasión declarada u oculta, ahora en cambio nadie prestaba atención a esta gente. El aislamiento moral de los «estigmatizados», de los presos, hacía tiempo que se había esfumado.

La gente salida de la cárcel —siempre que su regreso estuviera permitido por la autoridad— era recibida del modo más cordial. En todo caso, cualquier *chubárovets* —un tipo que había pervertido e infectado de sífilis a una víctima menor de edad—, cumplida la condena, podía contar con una libertad «espiritual» plena y en el mismo círculo en el cual había transgredido el Código Penal.

La interpretación literaria de las categorías jurídicas desempeñaba al respecto un papel no menos importante. En calidad de teóricos del derecho intervenían por alguna razón escritores y dramaturgos. Pero la práctica carcelaria y de los campos seguía siendo un libro guardado bajo siete llaves; de los informes derivados del servicio no se

extraía ninguna deducción seria ni se llegaba a ninguna conclusión de fondo...

¿Para qué tenían que fugarse los comunes de los campos? De modo que no se fugaban, confiando plenamente en los cuidados de los superiores.

Por eso resulta especialmente asombrosa la fuga de Pável Mijáilovich Krivoshéi.

Achaparrado, piernicorto, con un grueso cuello de color rojo encendido que se fundía con el cogote, no en vano Pável Mijáilovich Krivoshéi[62] tenía aquel apellido.

Ingeniero químico de una fábrica de Járkov, conocía a la perfección varias lenguas extranjeras, leía mucho, entendía de pintura y de escultura y poseía una gran colección de antigüedades.

Persona destacada entre los especialistas de Ucrania, el ingeniero Krivoshéi, que no era miembro del partido, despreciaba hasta lo más hondo de su alma a los políticos de todo género. Hombre inteligente y hábil, desde sus años jóvenes se educó, no en la pasión de la codicia —eso sería demasiado vulgar y poco inteligente para Krivoshéi—, sino en la pasión por los placeres de la vida tal como él los entendía. Y esto para él significaba descanso, vicio, arte... Los placeres espirituales no eran de su gusto. La cultura y sus muchos conocimientos le abrían, paralelamente a la abundancia material, grandes posibilidades para satisfacer las necesidades y los deseos más bajos.

62. *Krivoshéi* significa «de cuello torcido».

Pável Mijáilovich se hizo incluso un entendido en pintura solo para hacerse valer, para ocupar un lugar elevado entre los conocedores y expertos, para no caer en el ridículo ante su pasión de turno, ya fuera de sexo femenino o masculino. Por sí misma, la pintura no lo emocionaba ni le interesaba lo más mínimo, aunque tener una opinión formada incluso sobre la sala cuadrada del Louvre era algo que consideraba su obligación.

Lo mismo le sucedía con las obras literarias, que leía de vez en cuando, sobre todo en francés o en inglés, y especialmente para practicar la lengua; de por sí la literatura le interesaba poco, y podía leer una novela durante un tiempo inacabable, a página por noche antes de irse a dormir. Porque, por supuesto, no existía en el mundo un libro por el que Krivoshéi se quedara leyendo hasta el amanecer. Cuidaba puntualmente de su sueño y no había novela de detectives que pudiera perturbar el regular régimen del ingeniero.

En música, Pável Mijáilovich era un completo profano. No tenía oído, y de la música en el sentido que le daba Blok no había ni oído hablar. Pero Krivoshéi hacía tiempo que había comprendido que la falta de oído «no es un defecto sino una desgracia», y se resignó a ello. En cualquier caso, tenía la suficiente paciencia como para escuchar hasta el final alguna fuga o sonata y felicitar al intérprete, o mejor dicho a la intérprete.

Gozaba de una salud magnífica, tenía una complexión pícnica con cierta inclinación a la gordura; algo que, por otro lado, en el campo no constituía para él un peligro.

Krivoshéi había nacido en el año 1900.

Siempre llevaba gafas, de carey o sin montura, con los cristales redondos. Lento de movimientos, poco ágil, de frente alta, redonda y con entradas. Pável Mijáilovich Krivoshéi tenía un aspecto extraordinariamente imponente. En ello tal vez hubiera cierta intención: sus gestos majestuosos producían el efecto deseado en los jefes y tal vez debían de aliviar su suerte en el campo.

Hombre ajeno al arte, ajeno a la emoción artística del creador o de quien la disfruta, Krivoshéi se encontró a sí mismo en el coleccionismo, en las antigüedades. A esta actividad se entregó en cuerpo y alma: era un negocio rentable, una ocupación interesante y le ofrecía la posibilidad de hacer nuevas amistades. Para acabar, el hobby ennoblecía las bajas pasiones del ingeniero.

El sueldo de ingeniero —las pagas especiales de aquellos tiempos— no resultaron suficientes para el ritmo de vida que llevaba Pável Krivoshéi, aquel anticuario aficionado.

Le hicieron falta más medios, dinero público, y en lo que se refiere a carácter decidido, eso era algo que a Pável Mijáilovich no se le podía negar.

Lo condenaron a muerte, le conmutaron el fusilamiento por diez años, una condena enorme para mediados de los años treinta. Es decir, que la estafa fue de millones. Sus bienes fueron confiscados, sacados a subasta, pero un final así Pável Mijáilovich Krivoshéi lo había previsto de antemano. Habría sido extraño que no hubiera sabido esconder varios cientos de miles. El riesgo no era grande y el

cálculo, sencillo. Krivoshéi, un común, se pasaría encerrado, en calidad de «amigo del pueblo», la mitad de la condena, o aún menos, y saldría gracias a las redenciones o a alguna amnistía y podría disfrutar del dinero escondido.

No obstante, a Krivoshéi no lo tuvieron encerrado por mucho tiempo en el continente; como preso de larga condena se lo llevaron a Kolimá. Y esta circunstancia complicó sus planes. Es cierto que las esperanzas puestas en el artículo por el que lo condenaron y el efecto de su porte majestuoso se cumplieron al pie de la letra: Krivoshéi no pasó ni un día en la montaña, en los trabajos comunes de una mina. Gracias a su especialidad de ingeniero, enseguida lo mandaron al laboratorio del sector hullero de Arkagalá.

Era una época en que aún no se había descubierto el célebre oro de Chai-Urinsk, y en los lugares donde surgirían numerosos poblados con miles de habitantes todavía se alzaban viejos alerces y álamos de seiscientos años. Era una época en que aún nadie pensaba que las riquezas del valle de At-Uriaj un día se agotarían o que se verían superadas por otros yacimientos; la vida todavía no se trasladaba hacia el noroeste, en dirección al polo del frío de entonces, a Oimiakón. Se trabajaba en los viejos yacimientos y se abrían nuevos. La vida de las minas era puro azar.

El carbón de Arkagalá —de la futura cuenca de Arkagalá— era la avanzada de los exploradores de oro, la futura base donde el territorio se aprovisionaría de combustible. La vida giraba en torno a la pequeña galería, donde de pie sobre el riel podías tocar el techo con la mano, un túnel

que se horadaba de forma económica, «a la manera de la taiga» en expresión de los jefes —a pico y pala—, al igual que las miles de verstas de todas las carreteras que entonces recorrían Kolimá. Aquellas carreteras y las minas de los primeros años se habían hecho a mano; de todos los mecanismos conocidos solo se empleaba la carretilla: «dos brazos y una rueda».

El trabajo de los presos salía barato.

Las partidas de geólogos exploradores tenían aún más que suficiente con el oro de Susumán, con el oro del Verjni At-Uriaj.

Esto también lo comprendía bien Krivoshéi: las rutas de prospección geológica alcanzarían los alrededores de Arkagalá y seguirían avanzando hacia Yakutsk. Y tras los geólogos vendrían los carpinteros, los ingenieros de minas, los guardias...

Había que darse prisa.

Pasaron varios meses y la esposa de Pável Mijáilovich vino a verlo de Járkov. La mujer no viajó solo para tener con él una cita, no, sino a quedarse junto a su marido, repitiendo la hazaña de las esposas de los decembristas. La esposa de Krivoshéi no fue la primera ni la última de las «heroínas rusas»; el nombre de la geóloga Faína Rabinóvich era bien conocido en Kolimá. Pero Faína Rabinóvich era una destacada geóloga. Y su suerte constituye una excepción.

Las esposas que se reunían con sus maridos quedaban condenadas al frío, a los constantes tormentos de las andanzas siguiendo a sus maridos, a los que trasladaban una

y otra vez a cualquier parte, y las mujeres tenían que abandonar el puesto de trabajo tan duramente conseguido y dirigirse a zonas donde para ellas viajar era peligroso, donde las podían violar, robar, humillar... Pero incluso al margen de los viajes, a cada una de estas mártires le esperaban cortejos groseros y acosos de los jefes, empezando por el más alto para acabar con algún guardián que ya le había tomado gusto a la vida de Kolimá. Las invitaciones a compartir la compañía de algún solterón borracho era el destino de todas las mujeres sin excepción, y si a las presas sencillamente les mandaban «¡desnúdate y acuéstate!», sin recurrir para nada a Pushkin o Shakespeare, y las contagiaban de sífilis, a las mujeres de los presos las trataban con aún menos miramientos. Pues al que violaba a una presa siempre lo podía denunciar su compañero o rival, fuera subordinado o superior, en cambio por el «amor» con la esposa de un preso, como persona jurídicamente independiente, no se podía aplicar ningún artículo.

Lo más terrible era que todo aquel viaje de trece mil verstas resultó completamente inútil: a la pobre mujer no le concedieron ni una sola entrevista con su marido, y las promesas de un posible encuentro se convertían en arma para acosarla.

Algunas esposas se traían permisos de Moscú para tener una cita una vez al mes, siempre que el preso mostrara una conducta ejemplar y cumpliera con las normas de trabajo. Todo esto, claro está, sin pasar juntos la noche y con la obligada presencia del jefe del campo.

La esposa casi nunca lograba encontrar trabajo en el mismo poblado donde su marido cumplía la pena.

Y si, por una rarísima casualidad, la mujer conseguía instalarse cerca del marido, entonces a este lo trasladaban de inmediato a otro lugar. Y no se trataba de una diversión de los jefes; la decisión respondía al cumplimiento de las instrucciones: «una orden es una orden». Casos así Moscú los tenía previstos.

La esposa no lograba hacer llegar ningún alimento al marido; a este respecto también existían órdenes y normas en función de los resultados del trabajo y de la conducta.

¿Mandar pan al marido a través del convoy? Les dará miedo hacerlo, lo tienen prohibido. ¿A través del jefe? Este está de acuerdo, pero exige que se le pague en especie, con su propio cuerpo. No necesita dinero, tiene el que quiere, no en vano ya hace tiempo que recibe el «ciento por ciento», es decir, que cobra un salario cuadruplicado. Por lo demás, una mujer como aquella casi seguro que no tiene dinero para sobornos, sobre todo para sobornos de las proporciones que alcanzan en Kolimá. Así era la situación sin salida en la que se encontraban las mujeres de los presos. Y si además la mujer era esposa de un «enemigo del pueblo», entonces seguro que no se andaban con chiquitas: cualquier humillación contra ella se consideraba un mérito y una hazaña y, en cualquier caso, se valoraba positivamente en el sentido político.

Muchas de las esposas llegaban contratadas por tres años, y tras caer en el cepo no tenían más remedio que espe-

rar el barco de regreso. Las mujeres fuertes de espíritu —una fuerza que en su caso debía ser mayor que la de sus maridos presos— esperaban a que expirara el plazo del contrato y regresaban a sus casas sin haber visto siquiera a sus esposos. Las débiles, al recordar cómo se las perseguía en el continente y temiendo regresar, inmersas en una atmósfera de desenfreno, dinero fácil y alcoholismo, se casaban de nuevo y aún otra vez más, seguían pariendo hijos y daban por perdidos a sus esposos encarcelados y a sí mismas.

Como era de esperar, la mujer de Pável Mijáilovich Krivoshéi no encontró trabajo en Arkagalá y, tras permanecer un breve tiempo en el lugar, se marchó a la capital del territorio, a Magadán. Tras colocarse allí de contable —Anguelina Gueórguievna no tenía profesión, pues se había pasado la vida haciendo de ama de casa—, la esposa de Krivoshéi encontró un rincón donde vivir y se instaló en Magadán, donde, en cualquier caso, se vivía mejor que en la taiga, que en Arkagalá.

Pero de allí volaba a Magadán por un conducto secreto, hacia el jefe de la sección de búsqueda y captura —institución ubicada en la calle, casi la única, donde se halla el barracón dividido para los familiares de reclusos y donde halló refugio Anguelina Gueórguievna—, un informe oficial cifrado: «El recluso Krivoshéi, Pável Mijáilovich, nacido en 1900, artículo 168, condena de diez años, número de expediente personal... se ha fugado.»

Pensaron que lo escondía su mujer en Magadán. Arrestaron a la mujer, pero no le sacaron nada. «Sí, estuve,

lo vi y me marché, trabajo en Magadán.» Una vigilancia prolongada, el seguimiento, no dieron resultado alguno. Se reforzó el control de los barcos, de los aviones que salían del lugar, pero todo en vano: ni rastro del marido de Anguelina Gueórguievna

Krivoshéi huyó en el sentido opuesto al mar, se marchó en dirección a Yakutsk. Partió ligero de equipaje. Salvo un impermeable de lona, un martillo de geólogo, una bolsa con una pequeña cantidad de «muestras» geológicas de rocas, una reserva de cerillas y de dinero, no llevaba nada más.

Andaba sin esconderse y sin prisas, por los senderos de los caballos de carga, por las sendas de los renos, siguiendo los campamentos, los poblados, sin adentrarse mucho en la taiga y durmiendo siempre bajo techo, un cobertizo, una cabaña o una isba... En el primer poblado yakuto importante contrató a unos trabajadores que, siguiendo sus indicaciones, abrieron unas zanjas, unos canales; en una palabra, realizaron el mismo trabajo que solían hacer en otras ocasiones para los geólogos de verdad. Krivoshéi tenía suficientes conocimientos para dirigir un trabajo como aquel. Por lo demás, Arkagalá, donde había vivido cerca de un año, era la última estación base de muchas expediciones geológicas, y Krivoshéi se había fijado en la manera de ser y de moverse de los geólogos. Los movimientos pausados, las gafas de carey, el afeitado diario y las uñas cuidadas, todo esto infundía una confianza ilimitada.

Krivoshéi no tenía prisa. Rellenaba su cuaderno de viaje con signos misteriosos, parecidos a los que apuntaban

en sus cuadernos de campo los geólogos. Y, poco a poco, inalterablemente, avanzaba hacia Yakutsk.

A veces incluso regresaba, se desviaba de la ruta, se detenía; todo esto le hacía falta para «explorar la cuenca del manantial Riabi», para dar verosimilitud a su viaje y para borrar las huellas. Los nervios de Krivoshéi eran de hierro; la sonrisa amistosa no se borraba de su rostro sanguíneo.

Al cabo de un mes había atravesado la cordillera Yablonovi; dos yakutos, destinados por un koljós para aquella importante tarea de Estado, llevaban sus bolsas con las «muestras».

Yakutsk estaba cada vez más cerca. En la ciudad Krivoshéi guardó sus piedras en la consigna del puerto y se dirigió a la administración geológica del lugar para pedirles que le ayudaran a mandar unos cuantos paquetes importantes a Moscú, a la Academia de Ciencias. Pavel Krivoshéi se fue a los baños, a la peluquería, se compró un traje caro, varias camisas de colores, ropa interior y, tras peinarse su escaso cabello, se presentó con su afable sonrisa ante las autoridades científicas del lugar.

Las autoridades científicas recibieron a Krivoshéi con los brazos abiertos. El conocimiento de lenguas extranjeras que mostraba Krivoshéi produjo el efecto deseado.

Al ver en el visitante a un hombre de vasta cultura, algo que no abundaba en el Yakutsk de entonces, las autoridades científicas rogaron a Krivoshéi que se quedara por más tiempo. A las tímidas objeciones de Pável Mijáilovich en el sentido de que tenía prisa por llegar a Moscú, las auto-

ridades le prometieron prepararle un tren hasta Vladivostok por cuenta del Estado. Krivoshéi les dio las gracias con calma y sin perder la compostura. Pero las autoridades científicas tenían sus planes con respecto al ingeniero.

—Querido colega —decía la autoridad con tono obsequioso—, como es natural, no se negará usted a dar dos o tres conferencias a nuestros científicos... De tema libre, por supuesto, el que usted elija. Algo sobre los yacimientos de carbón en el altiplano de la Yacutia central, ¿no le parece?

Y Krivoshéi se sintió halagado.

—Oh, naturalmente, será un gran placer. Siempre dentro de lo permitido, claro... Porque los datos, como usted mismo comprenderá, sin la aprobación de Moscú...

Y Krivoshéi se lanzó a llenar de cumplidos a los científicos de la ciudad de Yakutsk.

Ningún juez de instrucción hubiera planteado una pregunta tan insidiosa como lo hizo el profesor yakuto, por simpatía hacia aquel huésped, dado su porte, sus gafas de carey, y también por su deseo de servir del mejor modo a su tierra natal.

La conferencia se celebró, e incluso reunió a un número considerable de oyentes. Krivoshéi sonreía, citaba a Shakespeare en inglés y dibujaba algo en la pizarra, enumerando decenas de apellidos extranjeros.

—No saben mucho estos moscovitas —comentaba en el comedor al profesor yakuto su vecino de sillón—. De hecho, todo lo que ha dicho de geología lo sabe cualquier escolar de segundo grado, ¿no cree? Y en cuanto a los aná-

lisis químicos del carbón, ¿esto ya no es geología, no? ¡Detrás del brillo de sus gafas no hay nada!

—No diga eso, no diga eso —replicó el profesor frunciendo el ceño—. Todo esto es muy provechoso, y nuestro colega de la capital no carece de talento como divulgador. Habría que pedirle si puede repetir su informe para los estudiantes.

—Hombre, si es para los estudiantes de primero... —seguía en sus trece el vecino del profesor.

—Cierre la boca. Al fin y al cabo es un favor, un gesto amable. Y a caballo regalado...

Krivoshéi repitió amablemente la conferencia para los estudiantes, y sus palabras suscitaron el interés general y una valoración plenamente favorable por parte de los oyentes.

Y el huésped moscovita fue trasladado a Irkutsk a cuenta de las organizaciones científicas de Yakutsk.

Con anterioridad ya habían mandado su colección, varios cajones repletos de piedras. En Irkutsk el «responsable de la expedición geológica» consiguió mandar las piedras por correo a Moscú, a la dirección de la Academia de Ciencias, donde llegaron y permanecieron durante varios años en el almacén sin que nadie llegara a descubrir la verdad de aquel misterio científico. Se suponía que tras el enigmático envío, tras aquellas piedras reunidas por algún geólogo loco que había perdido sus conocimientos y olvidado su nombre, se escondía alguna tragedia del Círculo Polar aún no resuelta.

—Lo más sorprendente —contaba Krivoshéi— es que, durante mis casi tres meses de viaje, nadie en ninguna parte, ni en los sóviets rurales de los pastores ni en las más altas instancias científicas, me pidió los documentos. Yo tenía mis papeles, y sin embargo no tuve que enseñarlos ni una sola vez.

En Járkov, como es natural, a Krivoshéi no le vieron el pelo. Se instaló en Mariúpol, allí se compró una casa y, con su documentación falsa, encontró trabajo.

Pero al cabo de dos años justos, el día del aniversario de su «larga marcha», Krivoshéi fue detenido, juzgado, condenado de nuevo a diez años y mandado a cumplir la pena de nuevo a Kolimá.

¿Dónde se produjo el traspié que redujo a la nada este episodio en verdad heroico, esta hazaña para cuya realización hizo falta una entereza, una agilidad mental y una fortaleza física asombrosas, todas esas cualidades humanas juntas?

Esta fuga no tiene igual por lo escrupuloso de sus preparativos, por lo sutil y profundo de la idea y por el cálculo psicológico, que constituye el cimiento de todo el asunto.

Esta fuga es también asombrosa por el número en extremo reducido de las personas que participaron en su organización. Y aquí radica la causa del éxito de la empresa.

Es asombrosa asimismo porque en ella se enfrentó en un duelo cuerpo a cuerpo contra el Estado, con sus miles de hombres armados, y en la tierra de los chaldones[63] y los

63. Denominación que se daba a los primeros pobladores rusos de Siberia.

yakutos, gente habituada a recibir medio pud de harina blanca por cabeza de fugitivo —esta era la tarifa en los tiempos de los zares, mantenida también más tarde—, un hombre solo. ¡Este hombre, que, con razón, se veía obligado a ver en cada individuo con quien se encontraba a un delator o a un cobarde, se enfrentó al Estado, luchó y venció!

¿Dónde se produjo, en qué estribó el desliz que hizo añicos aquel plan brillantemente ideado y magistralmente realizado?

Las autoridades retuvieron en el Norte a su mujer. No le permitieron regresar al continente; los documentos de salida los entregaba la misma institución que se ocupaba de los asuntos del marido.

Aquello, por cierto, también estaba previsto. Y la mujer se dispuso a esperar. Los meses pasaban uno tras otro, las negativas también y, como siempre, sin explicar el motivo de los rechazos. Intentó salir por el otro extremo de Kolimá, en avión, sobrevolando los mismos ríos y desfiladeros de la taiga que atravesara unos meses antes su marido, pero también allí le esperaba el no. La mujer se encontraba encerrada en una prisión de piedra enorme, del tamaño de una octava parte de la Unión Soviética, y no podía encontrar la salida.

Era una mujer y se cansó de luchar incesantemente contra alguien de quien no podía ver el rostro, de luchar contra alguien que era muchísimo más fuerte que ella, más fuerte y más astuto.

Se le acabó el dinero que había traído; la vida en el

Norte es cara: una manzana en el mercado de Magadán valía cien rublos. Anguelina Gueórguievna obtuvo un empleo, pero a los empleados contratados *in situ*, no reclamados desde el continente, se les pagaban unos sueldos modestos, que no se distinguían en mucho de los sueldos que se pagaban en la región de Járkov.

El marido le decía a menudo: «La guerra la gana aquel que tiene los nervios más templados»; y, durante las blancas noches polares de insomnio, Anguelina Gueórguievna susurraba a menudo estas palabras de un general alemán. Anguelina Gueórguievna empezó a sentir que los nervios le empezaban a flaquear. La tenía agotada aquel blanco silencio de la naturaleza, la sorda pared de la indiferencia de la gente, la ignorancia completa de su futuro y la alarma, la alarma por la suerte de su marido, que podía simplemente morirse de hambre en el camino. Podían matarlo otros fugitivos, pegarle un tiro las tropas de Interior, y solo por la obsesiva atención hacia ella y hacia su vida personal por parte de la Institución, Anguelina Gueórguievna concluía aliviada que aún no habían atrapado a su marido, que seguía en «busca y captura» y que al parecer sus alarmas eran vanas.

Tenía deseos de confiarse a alguien, a alguna persona que pudiera comprenderla y darle algún consejo, pues la pobre sabía tan poco del Extremo Norte... Quería aliviar el pesado fardo que oprimía su alma, una carga que se le antojaba mayor cada día que pasaba, cada hora.

Pero, ¿en quién podía confiar? En cada persona, fuera hombre o mujer, veía a un espía, a un delator, a un con-

fidente, y los sentidos no la engañaban: todos sus conocidos —en todos los poblados y ciudades de Kolimá— fueron llamados y avisados por la Institución. Y todos sus conocidos esperaban en tensión sus confidencias.

Durante el segundo año realizó varios intentos de comunicarse por correo con sus conocidos de Járkov; todas sus cartas fueron copiadas y enviadas a la Institución de Járkov.

A finales del segundo año de su obligado encierro, sumida casi en la miseria, al borde de la desesperación, sabiendo tan solo que su marido estaba vivo y tratando de ponerse en contacto con él, mandó a nombre de Pável Mijáilovich Krivoshéi cartas a todas las grandes ciudades: «A la lista de correos.»

En respuesta recibió un giro postal, y en lo sucesivo siguió recibiendo un poco de dinero cada mes: quinientos, ochocientos rublos de diversos lugares y de diferentes remitentes. Krivoshéi era demasiado listo como para mandar dinero desde Mariúpol, y la Institución demasiado experta para no comprenderlo. El mapa geográfico que se emplea en estos casos para señalar las «operaciones bélicas» se parece a los mapas militares de los Estados Mayores. Los banderines —que indicaban los lugares desde los que se mandaban los giros a la destinataria, al Extremo Oriente— se situaban en las estaciones de ferrocarril próximas a Mariúpol, hacia el norte, y nunca se repetían dos veces. Y entonces a los servicios de búsqueda y captura ya solo les faltó hacer un último esfuerzo para establecer los apellidos de los sujetos llegados a Mariúpol en los últimos dos

años para fijar su residencia permanente en la ciudad, comparar las fotos y...

Así capturaron a Pável Krivoshéi. Su esposa fue para él una ayudante valerosa y fiel. Le llevó a Arkagalá los documentos y el dinero: más de cincuenta mil rublos.

En cuanto detuvieron a Krivoshéi, a la mujer le dieron de inmediato permiso de salida. Extenuada moral y físicamente por aquella tortura, Anguelina Gueórguievna abandonó Kolimá en el primer barco.

En cuanto a Krivoshéi, este cumplió su segunda condena en el cargo de responsable del laboratorio químico en el hospital central para reclusos, disfrutando de pequeños privilegios por parte de las autoridades y despreciando y temiendo como antes a los «políticos», en extremo precavido en sus palabras y atento y temeroso ante las palabras ajenas... Este temor y la excesiva cautela tenían, no obstante, un origen distinto al que distingue a un simple cobarde; a Krivoshéi todo aquello le resultaba ajeno, lo «político» no le interesaba en absoluto y, como sabía que justamente este género de crimen era el que se pagaba al precio más alto en el campo, no quería poner en peligro su pacífica existencia, su tranquilidad material, no espiritual, que apreciaba demasiado.

Krivoshéi vivía incluso en el laboratorio y no en el barracón del campo: algo que se les permitía a los reclusos privilegiados.

Tras los armarios con los ácidos y álcalis se escondía su reglamentaria y limpia litera. Corrían rumores de que en

su guarida se dedicaba a ciertas perversiones muy especiales y de que incluso Sónechka, una prostituta de Irkutsk «capaz de todo», se quedó sorprendida de las artes y saberes de Pável Mijáilovich en este terreno. Pero todo esto podía también ser un infundio, un rumor del campo.

No eran pocas las damas libres que estaban dispuestas a «montarse un romance» con Pável Mijáilovich, un hombre en la flor de la vida. Pero el recluso Krivoshéi, persona cauta y de gran fuerza de voluntad, cortaba por lo sano todas las insinuaciones que generosamente le lanzaban. No quería mantener relaciones ilícitas de ningún tipo, demasiado arriesgadas y demasiado punibles. El hombre quería sosiego.

Pável Mijáilovich recibía puntualmente sus redenciones de condena, por pequeñas que estas fueran, y al cabo de unos años salió en libertad, pero sin derecho a abandonar Kolimá. Esta circunstancia, por cierto, no contrarió a Pável Mijáilovich. Al día siguiente de su liberación comprobamos que ya llevaba un espléndido traje, una gabardina de un modelo extranjero, así como un magnífico sombrero de terciopelo.

Se colocó en una de las fábricas como ingeniero químico, en su especialidad; en efecto, era especialista en «altas presiones». Después de trabajar una semana, pidió permiso «por motivos familiares», como constaba en el documento.

—¿?

—Me voy a por una mujer —dijo Krivoshéi con una leve sonrisa—. ¡A por una mujer!... A la feria de las novias que organizan en la granja Elguén. Quiero casarme.

Aquella misma noche regresó con una.

Junto a la granja Elguén, una granja estatal de mujeres, hay, en las afueras del poblado, «en plena naturaleza», una estación de servicio. Alrededor, junto a los bidones de gasolina, crecen mimbreras y alisos. En este lugar se reúnen cada tarde todas las mujeres que han sido liberadas de Elguén. Y a este lugar también llegan en coches los «novios», ex presidiarios que buscan la compañera de su vida. La fase de cortejo es breve, como todo en las tierras de Kolimá (salvo los años de condena), y los coches regresan con los recién casados. El contacto, en caso de necesidad, se produce entre los arbustos, que son lo suficientemente espesos y grandes.

En invierno todo este asunto se traslada a casas particulares. Los esponsales durante los meses de invierno ocupan, naturalmente, mucho más tiempo que en verano.

—¿Y qué hay de Anguelina Grigórievna?

—Ya no me carteo con ella.

Si esto era verdad o no, no valía la pena aclararlo. Krivoshéi podía contestarte con un magnífico dicho carcelario: ¿No te lo crees? ¡Pues tómalo por un cuento!

Hacia los años veinte, «en el alba de la nebulosa juventud»[64] de las instituciones de los campos, en las escasas zonas denominadas «campos de concentración», las fugas sencillamente no se castigaban, no se imponía condena complementaria alguna, como si no se tratara de un delito. Al parecer, se consideraba natural que el deber del preso fuera

64. Verso del poema «Razluka» [Separación], de Alexéi Vasílievich Koltsov.

escapar y el del convoy, atraparlo; se trataba de unas relaciones perfectamente comprensibles y normales entre dos grupos humanos que se hallan separados por la reja de la cárcel y a la vez unidos por esta misma reja. Eran tiempos románticos, cuando, en palabras de Musset, «el futuro aún no había llegado y el pasado había dejado de existir». Apenas ayer, el jefe de cosacos Krasnov, hecho prisionero, era puesto en libertad bajo palabra de honor. Pero, lo más importante, era un tiempo en que aún no se había puesto a prueba el límite de la paciencia del hombre ruso, y este límite no se había ensanchado hasta el infinito, como ocurrió en la segunda mitad de los años treinta.

No se había escrito, no se había creado todavía el código de 1926, con su bien conocido artículo 16[65] («conforme a delitos similares») y el artículo 35,[66] que denominó a todo un grupo social, «los del 35».

Los primeros campos se abrieron sobre una base jurí-

65. «Si alguna acción socialmente peligrosa no está prevista de forma directa en el presente Código, en tal caso los fundamentos y los límites de la responsabilidad de esta acción se determinan conforme a los artículos del Código previstos para los delitos más parecidos en su género.»

66. «El tribunal puede determinar la expulsión más allá de las fronteras de la URSS, de las fronteras de la RSFSR o de los límites de determinada localidad, con la obligación de fijar su residencia o la prohibición de residir en determinadas localidades, o sin las mencionadas limitaciones, en un plazo no superior a cinco años, a las personas que hayan cometido un delito y cuya permanencia en determinado lugar el tribunal considere socialmente peligrosa.»

dica poco estable. Había mucha improvisación y, al parecer, también lo que vino a llamarse arbitrariedad local. El célebre Kurilka de Solovkí, que ponía a los presos desnudos sobre un tocón en la taiga «para entregarlos a los mosquitos», era por supuesto un empirista. El espíritu empirista en la vida de los campos y en las reglas que se aplicaban era sangriento, pues los experimentos se practicaban en personas, sobre un material vivo. Las altas instancias podían dar el visto bueno al experimento de algún Kurilka y entonces sus procedimientos se introducían en las tablas de la ley de los campos, en las instrucciones, en las órdenes, en las indicaciones. O el experimento se condenaba, y entonces era Kurilka quien iba a juicio. Por lo demás, entonces no había largas condenas; en toda la Cuarta Sección de Solovkí había dos reclusos con condenas de diez años, y los señalaban con el dedo como si se tratara de celebridades. Uno era el ex coronel de gendarmes Rudenko, y el otro Mardzhánov, un oficial del general Kappel.[67] Una condena de cinco años se consideraba grave, y la mayoría eran de dos o tres años.

Así pues, en estos mismos tiempos, hasta principios de los treinta, por una fuga no aumentaban la pena. Que te fugas, suerte que tienes; que te han pescado vivo, de nuevo has tenido suerte. No era frecuente que te atraparan vivo; el sabor de la sangre humana avivaba el odio del convoy hacia los presos. Estos temían por su vida, especialmente en los traslados, en las etapas, cuando una palabra imprudente dicha

67. Vladimir Kappel (1883-1920), general del ejército zarista.

a los guardias podía mandarte al otro mundo, «a la luna». En las etapas las normas son más rigurosas, y al convoy se le perdonan muchas cosas. Los presos, en los traslados de una expedición a otra, pedían a los superiores que para el camino les ataran las manos a la espalda, viendo en esta medida alguna garantía para salir con vida y confiando que así no «dieran de baja» al detenido y no apuntasen en su formulario la frase sacramental «muerto en un intento de fuga».

En esos casos de asesinato las investigaciones se llevaban a cabo de cualquier manera, y si el asesino era lo suficientemente astuto como para disparar un segundo tiro al aire, el asunto siempre acababa felizmente para el guardia, pues las instrucciones decían que antes de apuntar al fugitivo se hiciera un disparo de aviso.

En Víshera, en la Cuarta Sección del SLON —la filial en los Urales de los campos de Solovkí—, salía a recibir a los fugitivos capturados el comandante de campo Nesterov: un tipo fornido, bajo, con unas largas manos blancas y unos dedos gordos y cortos, cubiertos de una espesa mata de vello negro; parecía que el vello le creciera hasta en las palmas.

Los fugitivos, sucios, hambrientos, golpeados, cansados, cubiertos de pies a cabeza del polvo gris del camino, eran arrojados a los pies de Nesterov.

—A ver, a ver, acércate más.

Y la víctima se acercaba.

—¡De manera que te han entrado ganas de dar un paseo! ¡Buena cosa, buena cosa!

—¡Perdón le pido, Iván Spiridónovich!

—Y te perdono —respondía cantarín y ceremonioso poniéndose en pie en el porche—. Lo que es yo, te perdono. Pero no el Estado...

Sus ojos azules se volvían turbios y se inyectaban de hilillos rojos de sangre. Aunque su voz seguía siendo como antes, benévola y bonachona.

—Bueno, elige —soltaba perezoso Nesterov—: un sopapo o a la sombra.

—Un sopapo, Iván Spiridónovich.

El peludo puño de Nesterov se abatía sobre la cabeza del fugitivo y este salía disparado, secándose feliz la sangre y escupiendo los dientes rotos.

—¡Al barracón!

Iván Spiridónovich tumbaba a cualquiera de un solo puñetazo, de un «sopapo»; era célebre por ellos y se enorgullecía de su arte.

El detenido tampoco salía perdiendo, pues con el «sopapo» de Iván Spiridónovich se saldaban las cuentas por la fuga.

Pero si el fugitivo no quería resolver el tema en familia e insistía en que se le castigara de manera reglamentaria, es decir, según la ley, lo esperaba la celda de castigo del campo, una cárcel con el suelo de hierro donde un mes, dos o tres de encierro y con una ración de castigo le parecían al fugado mucho peor que el «sopapo» de Nesterov.

Así pues, si el fugitivo seguía con vida, no quedaba del intento ninguna consecuencia especialmente desagradable, salvo tal vez que en las «descargas», cuando se selec-

cionaban los presos para ser liberados, el ex fugitivo no podía contar con que le tocara.

Crecían los campos, crecía asimismo el número de fugas; el incremento de los centinelas no producía el efecto deseado: era muy caro, y además, en aquellos tiempos, eran muy pocos los que deseaban ingresar en la guardia de los campos.

La cuestión de la responsabilidad por la fuga se resolvía de manera insatisfactoria, poco seria, se diría que se resolvía de modo infantil.

Al poco se leyó a los presos una nueva nota aclaratoria de Moscú: los días que el preso se hallaba en fuga y los que se pasaba encerrado por haberse fugado no se contabilizaban como días de cumplimiento de condena.

Esta orden provocó un notable descontento en los departamentos de contabilidad del campo; hubo que incrementar el personal y, por si fuera poco, los administrativos del campo no siempre estaban capacitados para resolver tan complicados cálculos aritméticos.

La orden se aplicó, se leyó en los recuentos a todo el personal del campo.

Pero, por desgracia, no espantó a los futuros fugitivos.

En los listados de los comandantes, el apartado de «fugado» crecía cada día, y el jefe del campo, que leía a diario los recuentos, fruncía el ceño cada vez más.

Cuando el preferido del jefe, Kapitónov, músico de la orquesta de viento del campo, se fugó tras colgar su corneta de pistones en la rama del pino más cercano —Kapitónov había salido del campo con su reluciente instrumento, como

si se tratara de un salvoconducto—, el jefe perdió su equilibrio moral.

A finales del otoño, en una fuga mataron a tres presos. Tras el reconocimiento, el jefe mandó que se expusieran sus cadáveres durante tres días junto a las puertas del campo por donde todos salían a trabajar. Pero ni esta contundente medida extraoficial detuvo ni redujo las fugas.

Todo esto sucedía a finales de los años veinte. Luego vino la *perekovka*, la «reeducación», el canal Belomor, los campos de concentración se rebautizaron como «campos de trabajo correccional», el número de reclusos se multiplicó por cien mil, la fuga ya se consideraba propiamente un delito y en el código de 1926 apareció el artículo 82, que preveía una pena de un año que se sumaba a la condena principal.

Todo esto sucedía en el continente, pero no en Kolimá; en el campo, que existía desde 1932, la cuestión de las fugas no se planteó hasta 1938. Desde entonces el castigo por fugarse se incrementó y el «término» creció hasta los tres años.

¿Por qué los años de Kolimá, desde 1932 hasta 1937 incluido, no aparecen en las crónicas de las fugas? En este período estuvo al mando de la región Eduard Petrovich Berzin. El primer jefe de Kolimá investido con los poderes de la más alta instancia del partido y de los sindicatos locales —el promotor de Kolimá, fusilado en 1938 y rehabilitado en 1965, ex secretario de Dzerzhinski, ex jefe de los fusileros letones, el hombre que descubrió la célebre conspiración de Lockart—, Eduard Petrovich Berzin, intentó resolver, y lo resolvió con bastante éxito, el problema de la coloniza-

ción de estas rigurosas tierras y, simultáneamente, el problema de la «reeducación» y del aislamiento. Lo resolvió con las redenciones de penas que permitían regresar a casa al cabo de dos o tres años a los condenados a diez; con una alimentación excelente, ropa, la jornada de trabajo en invierno de cuatro a seis horas y en verano de diez horas, con los colosales sueldos de los presos, que les permitían ayudar a sus familias y regresar después de la condena al continente como personas con recursos. Eduard Petrovich no creía en la «reeducación» de los hampones, conocía demasiado bien este inestable y pérfido material. En los primeros años, a los ladrones les costaba llegar a Kolimá, y aquellos que lo lograban luego no lo lamentaban.

Los cementerios penitenciarios de entonces eran tan escasos que se podía pensar que los moradores de Kolimá eran inmortales.

Lo que se dice fugarse, nadie se fugaba de Kolimá: hubiera sido una locura, una tontería...

Aquellos pocos años fueron la época dorada de Kolimá, sobre la que con tanta indignación hablaba el luego desenmascarado espía y auténtico enemigo del pueblo Nikolái Ivánovich Yezhov en una de las sesiones del Comité Ejecutivo Central de la URSS, poco antes de iniciarse la *yezhóvshina*.[68]

68. Época del gran terror o de las grandes purgas durante los años 1937 y 1938, cuando el comisario del Pueblo para Asuntos de Interior era Nikolái Ivánovich Yezhov, detenido en 1939 y eliminado en 1940.

En 1938 Kolimá se convirtió en una zona especial para reincidentes y trotskistas. Y las fugas se empezaron a castigar con tres años.

—¿Cómo es que se han fugado? Si no tenían ni mapa ni brújula.

—Pues ya ve, nos fugamos. Alexandr nos prometió sacarnos de aquí...

Esperábamos juntos en el campo de tránsito que nos mandaran al campo de trabajo. Los fugitivos capturados eran tres: Nikolái Kárev, un joven de unos veinticinco años, antes periodista de Leningrado; Fiódor Vasíliev, otro muchacho de la misma edad, contable de Rostov; y Alexandr Kotelnikov, originario de Kamchatka. Alexandr Kotelnikov era natural de Kolimá, de etnia kamchadal y de profesión *kayur*, pastor de renos, condenado en estas tierras por robar un cargamento propiedad del Estado. Kotelnikov tendría unos cincuenta años, o quizá más, es difícil precisar a simple vista la edad de un yakuto, un chukchi, un kamchadal o un evenko. Kotelnikov hablaba bien en ruso —solo que no había manera de que pronunciara la *sh*, que sustituía con el sonido de la *s*—, y también en todos los dialectos de la península de Chukotka. Tenía idea de quienes eran Pushkin y Nekrásov, había estado en Jabárovsk; en una palabra, era un viajero experimentado, pero en el fondo, un romántico; sus ojos brillaban con destellos demasiado infantiles.

Él fue quien se decidió a sacar del encierro a sus nuevos jóvenes amigos.

—Yo les decía: «América está más cerca, vámonos para América»; pero ellos querían ir al continente, y al continente los llevé. Debíamos llegar hasta los chukchi, los chukchi nómadas. Los chukchi estuvieron aquí, pero se fueron en cuanto el hombre ruso se presentó en sus tierras... No me dio tiempo.

Los fugitivos caminaron solo cuatro días. Escaparon a principios de septiembre, con zapatos y ropa de verano, con la seguridad de alcanzar los campamentos de los chukchi, donde, según palabras de Kotelnikov, les esperaban su amistad y su ayuda.

Pero cayó una nevada, una gran nevada. Kotelnikov se dirigió a un poblado evenko para comprar botas de piel. Compró las botas, pero al llegar la noche un destacamento de soldados de Interior alcanzó a los fugitivos.

—El tungús[69] es un enemigo, es un traidor —decía Kotelnikov escupiendo.

El viejo pastor se prestó a sacar de la taiga a Kárev y Vasíliev sin cobrar nada. Tampoco le sabían muy mal a Kotelnikov los tres años de más que le habían «cargado».

—En cuanto llegue la primavera y nos manden a la mina a trabajar, me largo de nuevo.

Para matar el tiempo, enseñaba a Kárev y a Vasíliev las lenguas chukchi y kamchadal. El instigador de aquella fuga condenada al fracaso era, por supuesto, Kárev. De todo su aspecto, teatral incluso en las condiciones del campo, de

69. Aquí equivale a «evenko».

la modulación de su voz aterciopelada, emanaba la frivolidad, que no tenía nada de espíritu aventurero. Cada día que pasaba veía cada vez más claro lo inútil de estos intentos, y cada vez se quedaba más pensativo y se sentía más débil.

Vasíliev era simplemente un buen compañero, dispuesto a compartir la suerte de su amigo, cualquiera que esta fuera. Los tres huyeron, por supuesto, durante el primer año de su reclusión, cuando aún les quedaban ilusiones... y fuerza física.

Una noche blanca de verano, en el poblado trashumante de geólogos, de la tienda de campaña que hacía de cocina desaparecieron doce botes de carne en conserva. La desaparición resultó en extremo enigmática: los cuarenta trabajadores y técnicos eran todos libres y con sueldos decentes, y difícilmente necesitaban algo como unas latas de carne. Aun en el caso de que hubieran sido unas conservas de un valor incalculable, no había a quien venderlas en aquel profundo e infinito bosque. La hipótesis de los osos también se abandonó al instante, pues en la cocina nada se había movido de su sitio. Se podría pensar que lo había hecho alguien adrede, para fastidiar al cocinero, a cuya disposición se hallaban los alimentos de la cocina; aunque es cierto que el cocinero, persona de una bondad infinita, negaba que entre sus cuarenta compañeros se escondiera e intentara fastidiarle algún enemigo. Entonces, si tampoco esta hipótesis resultaba plausible, quedaba aún otra. Y para comprobar este último supuesto, el capataz de la expedición, Kasáyev,

tras llevarse consigo a los dos trabajadores más avispados, armarlos de cuchillos, y tras hacerse con la única arma de fuego que había en el lugar —una escopeta de pequeño calibre— se dirigió a examinar los alrededores. Los alrededores estaban formados por desfiladeros de un marrón grisáceo, sin rastro de verdor, que conducían hacia una meseta calcárea. El poblado de los geólogos se diría que se alojaba en un agujero, en la verde orilla del río.

No tardaron mucho en resolver el enigma. Al cabo de unas dos horas, al alcanzar sin prisas la parte más alta de la meseta, uno de los trabajadores, el que mejor vista tenía, alargó la mano señalando en el horizonte a una figura que se movía. Avanzaron por el borde de unas jóvenes y movedizas tobas, una roca reciente que aún no había tenido tiempo de petrificarse y que parecía manteca blanca, con un repugnante gusto salado. Los pies se atascaban como en una ciénaga y las botas, sumergidas en esta roca semilíquida y mantecosa, se cubrían de algo semejante a pintura blanca. Por el borde era más fácil caminar, y al cabo de una hora y media alcanzaron a aquel hombre. Iba cubierto de un chaquetón astroso y llevaba unos pantalones de guata destrozados, con las rodillas desnudas. Las dos perneras estaban cortadas; con ellas el hombre se había hecho el calzado, ya en las últimas, destrozado y gastado. Con igual fin ya antes se había cortado las mangas del chaquetón. Sus zapatos de cuero, o las botas de goma, hacía tiempo que se habían desgastado contra las rocas y las ramas y, al parecer, los había abandonado.

El hombre llevaba barba, el pelo largo, y estaba pálido debido al insoportable sufrimiento. Tenía diarrea, una diarrea desesperada. Once latas, intactas, yacían sobre las piedras. Había destrozado una de ellas contra las rocas; se la había comido entera el día anterior.

Hacía un mes que se dirigía hacia Magadán, dando vueltas por la taiga como un remero en un lago sumido en una niebla espesa, y, en su vagar, perdida toda orientación, marchó al azar hasta que dio con la expedición. Pero entonces ya estaba completamente extenuado. Había cazado ratones de campo, comido hierba. Y se había mantenido entero hasta el día anterior. Ya antes había percibido el olor a humo. Esperó a la noche, cogió las latas y se arrastró hasta la meseta, adonde llegó por la mañana. De la cocina se llevó unas cerillas, pero no las necesitó. Se comió una lata, y una sed horrorosa que le dejó la boca seca lo obligó a descender por otro desfiladero hasta un torrente. Llegado al agua, bebió y bebió aquella agua fría y sabrosa. A las veinticuatro horas se le hinchó la cara, y la descomposición del intestino le empezó a consumir las últimas fuerzas.

Estaba dispuesto a aceptar cualquier desenlace de su viaje.

Otro fugitivo al que los hombres de Interior sacaron de la taiga y arrastraron hasta aquel mismo campamento era un personaje importante. Había participado en una fuga en grupo de la mina vecina, una fuga con robo y asesinato del mismísimo jefe de la mina; era el último de los diez fugados. A dos los mataron, siete fueron capturados y él era

el último; le habían dado caza el vigésimo primer día. No llevaba calzado, las resquebrajadas plantas de los pies, duras como suelas, sangraban. En una semana, según sus palabras, solo había comido un pez diminuto de un riachuelo medio seco, un pez que estuvo pescando durante varias horas, exhausto por el hambre. Tenía la cara hinchada, completamente exangüe. El convoy se preocupaba mucho por su estado, de su dieta, por su salud; movilizaron al practicante de la expedición ordenándole muy seriamente que se ocupara del fugitivo. Este se pasó tres días enteros en los baños del poblado y, al fin, con el pelo cortado, afeitado, lavado y con el estómago lleno, se lo llevaron para la instrucción de la causa, cuyo desenlace solo podía ser el fusilamiento. Por supuesto, el propio fugitivo también lo sabía, pero era un preso experimentado, indiferente a todo, un hombre que hacía tiempo que había traspasado la frontera en la vida carcelaria en que toda persona se torna fatalista y se deja «llevar por la corriente». A su lado siempre se encontraba el convoy, los soldados de vigilancia; no le dejaban hablar con nadie.

Cada atardecer se sentaba en el soportal de los baños y observaba la inmensa y rojiza puesta de sol. El fuego del sol vespertino se reflejaba en sus ojos y estos parecían encendidos: un espectáculo muy hermoso.

En uno de los poblados de Kolimá, en Orotukán, se levanta un monumento a Tatiana Malandina, y el club de Orotukán lleva su nombre. Tatiana Malandina era una

muchacha libre contratada, miembro del Komsomol, que cayó en las garras de unos fugitivos comunes. Estos la robaron, la violaron «a coro», como se dice en el abominable argot de los hampones, y la mataron a unos centenares de metros del poblado, en la taiga. El hecho sucedió en 1938 y los de arriba hicieron correr inútilmente el rumor de que la habían matado unos trotskistas. Sin embargo, una calumnia de este tipo era demasiado absurda e indignó incluso al tío de la muchacha asesinada, el teniente Malandin, un trabajador del campo, quien tras la muerte de su sobrina cambió radicalmente de actitud hacia los ladrones y hacia el resto de los reclusos, odiando a los primeros y concediendo ventajas a los segundos.

Ambos fugitivos fueron capturados cuando se les habían agotado las fuerzas.

De otro modo se comportó el fugitivo retenido por un grupo de trabajadores en la senda que corría junto a las zanjas de exploración. Era el tercer día que llovía sin parar, sin pausa, y varios hombres, tras embutirse la ropa de trabajo de lona, las chaquetas y los pantalones, se dirigieron a comprobar si no se habría dañado por la lluvia una pequeña tienda donde se encontraba la cocina con los platos y los alimentos, además de una herrería de campaña con su yunque, un cuerno de caza y reservas de instrumental de sondeo. La herrería y la cocina se encontraban en el lecho de un torrente de montaña, en un desfiladero que se hallaba a tres kilómetros de donde vivían.

En los días de lluvia los ríos de montaña se desbordan muy deprisa, y de aquel tiempo traicionero se podía esperar cualquier cosa. No obstante, lo que vieron los dejó profundamente turbados. No estaba la herrería, donde se conservaban los instrumentos para los trabajos de toda la zona: taladros, portataladros, picos, palas y herramientas de forja; no estaba la cocina con la reserva de alimentos para todo el verano; no estaban las cazuelas, la vajilla... No quedaba nada. El desfiladero era nuevo, todas sus piedras estaban dispuestas de otra manera, traídas de alguna parte por las enloquecidas aguas. Todo lo viejo había sido barrido río abajo, y los trabajadores recorrieron la orilla del torrente hasta el río donde desembocaba a unos seis o siete kilómetros, y no encontraron ni un pedacito de hierro. Mucho tiempo después, en la desembocadura del torrente, cuando el nivel del agua descendió, en la orilla se encontró, entre las mimbreras, cubierto de arena, magullado por las rocas, retorcido y hecho trizas, un plato de hierro esmaltado del comedor del poblado; esto fue todo lo que quedó después de la tormenta, después de la avenida.

De regreso, los trabajadores encontraron un hombre con botas de lona, una capa calada y una gran bolsa al hombro.

—¿Un fugado o qué? —se dirigió al hombre Vasia Ribin, uno de los que cavaban las zanjas en la expedición.

—Eso —respondió afirmando a medias el hombre—. Si pudiera secarme.

—Ven con nosotros, tenemos la estufa encendida.

En verano, cuando llovía siempre se encendía la estufa de hierro en la gran tienda; los cuarenta trabajadores dormían allí.

El fugitivo se quitó las botas, colgó los peales en torno a la estufa, alcanzó una pitillera de hojalata, echó un poco de *majorka* sobre un pedazo de papel de periódico y encendió el pitillo.

—¿Adónde vas con esta lluvia?

—A Magadán.

—¿Hay hambre?

—¿Qué tenéis?

La sopa y las gachas de cebada no le sedujeron. El hombre desató su saco y sacó de él un pedazo de salchichón.

—Amigo —dijo Ribin—, tú no eres un fugitivo de verdad.

Uno de los trabajadores mayores, el sustituto del jefe de brigada, Vasili Kóchetov, se levantó.

—¿Adónde vas? —le preguntó Ribin.

—A tomar el aire —contestó, y pasó por encima de la tabla que hacía de umbral de la tienda.

Ribin se rió.

—Mira una cosa, amigo —se dirigió al fugitivo—; recoge tus bártulos y vete a donde querías ir. Este tipo —dijo refiriéndose a Kóchetov— ha corrido a informar arriba. Para que te detengan, quiero decir. Por aquí no hay soldados, o sea que no tengas miedo, echa a andar y vete. Toma un trozo de pan, toma un paquete de tabaco. Y además tienes

suerte, parece que la lluvia amaina. Ve directo hacia la gran colina, no tiene pérdida.

El fugitivo se enrolló los peales aún húmedos, colocando las puntas secas en las plantas de los pies, se calzó las botas, se echó el saco al hombro y salió.

Al cabo de diez minutos el trozo de lona que hacía de puerta se retiró y en la tienda entraron los jefes: el maestro de obras Kasáyev con la escopeta al hombro, dos capataces y Kóchetov, que entró el último.

Kasáyev se quedó un rato en silencio hasta acostumbrarse a la oscuridad de la tienda; miró a su alrededor. Nadie prestó atención a los recién llegados. Cada uno se dedicaba a lo suyo: unos dormían, otros se arreglaban la ropa, otros tallaban con una navaja extrañas figuras en una rama retorcida —los ejercicios eróticos de turno—, los de más allá jugaban a las cartas con unos naipes caseros...

Ribin estaba colocando en la estufa, sobre los carbones encendidos, una cazuelita chamuscada hecha de una lata de conservas; algún mejunje preparado por él.

—¿Dónde está el fugitivo? —aulló Kasáyev.

—Se ha marchado —respondió con calma Ribin—; ha cogido y se ha ido. ¿Qué, o es que lo tenía que retener?

—Pero si se había desvestido —gritó Kóchetov—. Si se iba a echar a dormir.

—También tú querías ir a tomar el aire. ¿Y adónde has ido con esa lluvia? —replicó Ribin.

—Vámonos —dijo Kasáyev—. Y tú, Ribin, ándate con cuidado, que acabarás mal...

—¿Y qué me puedes hacer tú? —dijo Ribin acercándose a Kasáyev—. ¿Echarme sal a la cabeza? ¿O cortarme el cuello mientras duermo? ¿Es eso, eh?

El jefe de obras y los capataces salieron.

He aquí un pequeño episodio lírico en el relato monocorde y tenebroso sobre los fugitivos en Kolimá.

El jefe de la expedición, alarmado por las constantes visitas de fugitivos —tres en un solo mes—, intentó inútilmente conseguir de las altas instancias de la organización que se creara un puesto de vigilancia en el lugar, formado por soldados armados del cuerpo de guardia. Pero la administración no se decidió a correr con tales gastos para los contratados libres, dejando que se las arreglaran con los fugitivos con sus propios recursos. Y aunque para entonces, además de la escopeta de pequeño calibre de Kasáyev, habían traído al poblado otras dos escopetas de caza de dos cañones con fuego central, cuyos cartuchos se cargaron con pedazos de plomo, como si fueran para cazar osos, de cualquier modo todos tenían claro que en caso de ser atacados por unos fugitivos hambrientos y desesperados tampoco estos cartuchos serían de suficiente ayuda.

El jefe era una persona de recursos; de pronto en el campamento se construyeron dos torres de vigilancia, exactamente iguales a las que se levantan en los ángulos de los campos de verdad.

Era un camuflaje ingenioso. Las falsas torres de vigilancia debían convencer a los fugitivos de que en el campamento había centinelas armados.

Al parecer el cálculo del jefe fue acertado; los fugitivos dejaron de visitar aquella expedición, que se hallaba tan solo a doscientos kilómetros de Magadán.

Cuando los trabajos de extracción del primer metal, es decir del oro, se trasladaron al valle de Chai-Urinsk, decenas de fugitivos siguieron el camino que en otro tiempo recorriera Krivoshéi. Aquello estaba muy cerca del continente, cosa que también sabían las autoridades. La cantidad de «secretos» y de puestos operativos se incrementó considerablemente: la caza del fugitivo estaba en pleno auge. Destacamentos volantes peinaban la taiga y cerraban a cal y canto la «liberación a través del fiscal verde», que era como se denominaban las fugas. El «fiscal verde» liberaba cada vez menos y finalmente dejó de liberar del todo.

A los capturados por lo general los mataban allí mismo, y en Arkagalá había cantidad de cadáveres que esperaban su identificación, es decir, la llegada de los funcionarios para que tomaran las huellas dactilares a los difuntos.

En el bosque, a diez kilómetros de la mina de carbón de Arkagalá, en el poblado de Kadikchán, conocido por los ricos estratos de carbón que emergían casi a la superficie —los estratos tenían ocho, trece y veintiún metros de espesor—, se había ubicado un puesto de aquellos; allí los soldados de las tropas de Interior dormían, comían y, en suma, tenían su base de operaciones.

Al mando de aquel destacamento volante, en el verano del cuarenta, se encontraba el joven cabo Póstnikov, un

individuo poseído por una insaciable sed homicida y que cumplía con su deber con agrado, celo y pasión. Él personalmente capturó a cinco fugitivos, recibió por ello una medalla y, como corresponde en estos casos, un premio en metálico. Las medallas se entregaban igualmente tanto por los muertos como por los vivos, de manera que no tenía ningún sentido entregar el cuerpo «entero» del fugitivo.

Una pálida mañana de agosto, Póstnikov y sus hombres se encontraron cara a cara con un fugitivo que había salido al torrente donde estaban emboscados.

Póstnikov disparó su máuser y mató al fugitivo. Decidieron no llevarlo a cuestas al poblado y abandonarlo en la taiga: se veían muchas huellas de lince y de oso.

Póstnikov tomó el hacha y le cortó ambas manos al fugitivo para que el departamento de administración pudiera recoger las huellas dactilares; metió las dos manos en su bolsa y se dirigió de vuelta a la base para inventarse el informe de turno sobre su pieza cobrada.

Mandaron el informe aquel mismo día; uno de los soldados llevó el paquete y al resto les dio el día libre, en recompensa por su buen trabajo...

Por la noche el difunto se levantó, y estrechando contra el pecho sus ensangrentados muñones, siguiendo las huellas, salió de la taiga y alcanzó como pudo la tienda de campaña donde vivían unos trabajadores presos. Con la cara blanca, sin una gota de sangre, con ojos de loco increíblemente azules, el hombre se plantó ante la puerta, encorvado, apoyando todo su cuerpo contra el marco, y bramó

algo incomprensible con una mirada aviesa. Temblaba preso de un intenso estremecimiento. Había gotas negras de sangre en el chaquetón, los pantalones y las botas de goma del fugitivo. Le dieron una sopa caliente, le envolvieron con unos trapos los espantosos brazos y lo condujeron al centro médico, al ambulatorio. Pero ya de la casita donde se alojaba el destacamento de Interior salían corriendo los soldados, corría también el cabo Póstnikov.

Los soldados se llevaron al fugitivo a alguna parte, pero no al hospital, no al ambulatorio, y nadie más oyó hablar del fugitivo con las manos cortadas.

Póstnikov y todo su grupo trabajaron hasta que cayó la primera nieve. Con la llegada de las primeras heladas, cuando disminuyen las tareas de busca y captura en la taiga, el destacamento fue trasladado de Arkagalá a algún otro lugar.

La fuga representa una gran prueba de carácter, de entereza, de fuerza de voluntad, de resistencia física y anímica. Al parecer, cuesta menos elegir compañeros para una invernada polar o para cualquier expedición que para una fuga.

Por lo demás, el hambre, un hambre fiera, constituye la eterna amenaza para el fugado. Y si comprendemos que es del hambre de lo que huye justamente el preso, y de que por tanto este no teme al hambre, se alza entonces otro vago peligro con el que puede encontrarse el fugitivo: lo pueden devorar sus propios compañeros. Es cierto que en las fugas los casos de canibalismo son raros. Pero de todos modos se dan, y se me antoja que no hay ningún viejo habitante de

Kolimá, ningún hombre que haya permanecido al menos diez años en el Extremo Norte que no se haya encontrado con caníbales, con presos condenados justamente por haber matado a un compañero durante una fuga y consumido carne humana a modo de alimento.

En el hospital central penitenciario estuvo ingresado durante mucho tiempo Soloviov, un enfermo aquejado de una osteomielitis crónica de la cadera. La osteomielitis —la inflamación de la médula— se le declaró después de recibir una herida de bala en el hueso, lesión hábilmente avivada por el propio Soloviov. Condenado por una fuga y por antropofagia, se había «apalancado» en el hospital, y contaba de buena gana que él y un compañero, mientras se preparaban para fugarse, invitaron ex profeso a un tercero «por si nos da el hambre».

Los fugitivos marcharon largo tiempo, durante cerca de un mes. Cuando mataron al tercero, al que en parte se comieron y en parte «asaron para el camino», ambos asesinos se fueron cada uno por su lado, pues cada uno temía que el otro lo matara cualquier noche.

Hubo otros caníbales. Era gente de lo más corriente. Los antropófagos no llevan ningún estigma de Caín, y hasta que no conoces los detalles de sus biografías todo parece normal. Pero incluso cuando te enteras del hecho, tampoco es algo que te disguste o que te indigne. Para sentirte disgustado o indignado te faltan fuerzas físicas, sencillamente te falta sitio para que puedan vivir en ti sentimientos tan sutiles. Por lo demás, si no recordamos mal, la historia de los

viajes polares normales de nuestro tiempo tampoco está exenta de actos parecidos: como la misteriosa muerte del científico sueco Malmgren, miembro de la expedición de Nobile. ¿Qué se puede pedir entonces a un ser hambriento y acosado, medio hombre medio animal?

Todas las fugas de que hemos hablado son fugas de gente que huye a su tierra, al continente, son fugas que persiguen escapar de las tenaces zarpas de la taiga y llegar a Rusia. Todas acaban igual, nadie puede escapar del Extremo Norte. Por un lado está el fracaso de este género de empresas, su inutilidad, y por otro la imperiosa ansia de libertad, el odio y la repugnancia que generan los trabajos forzados, el trabajo físico, pues el campo no puede enseñarle al preso nada más. En las puertas de todos los campos aparece una sentencia burlona: «Honor y gloria al trabajo, ejemplo de entrega y heroísmo», y el nombre del autor de estas palabras. La inscripción se debe a una circular especial y es obligatoria para todas las secciones del campo.

Esta ansia de libertad, el deseo ardiente de encontrarte en el bosque, donde no hay alambre de espino, ni torres de vigilancia con cañones de fusil que brillan al sol, donde no hay palizas ni el pesado trabajo durante incontables horas sin dormir, sin descansar, todo ello genera fugas de otro orden.

El preso se siente irremediablemente condenado: pasará un mes, o dos, y morirá, como mueren sus compañeros ante sus ojos.

Morirá de todos modos; entonces, si ha de morir que

sea en libertad y no en una galería, en una zanja, cayendo muerto de agotamiento y de hambre.

En verano el trabajo en la mina es más duro que en invierno. Las arenas se lavan justamente en verano. El cerebro, cada vez más débil, señala al preso cierto camino de salida que le permitirá aguantar todo el verano, e incluso pasar parte del invierno en un lugar caliente.

Así nace la idea de «irse a los hielos», como se han bautizado pintorescamente las fugas «siguiendo la carretera».

Los presos, en grupos de dos, de tres, de cuatro, huyen a la taiga, a las montañas, y se instalan en alguna cueva, o en una osera, a varios kilómetros de la carretera, esta enorme vía de dos mil kilómetros de largo que atraviesa toda Kolimá.

Los fugitivos tienen reservas de cerillas, tabaco, alimentos, ropa, de todo lo que han podido reunir para una fuga. Aunque lo cierto es que reunir provisiones de antemano es algo que casi nunca se consigue, y además sería motivo de sospechas y echaría por tierra las intenciones de los fugitivos.

A veces la misma noche de la huida asaltan la tienda o la «cantina», como la llaman en el campo, y se marchan a las montañas con todo lo robado. Pero en la mayoría de los casos, se fugan sin nada, «a cuenta del cuchillo». Comer «a cuenta del cuchillo» no significa alimentarse de hierba o de raíces de las plantas, de ratas o de ardillas grises.

Día y noche, por la infinita carretera circulan coches. Entre ellos hay muchos camiones con alimentos. La carre-

tera —llena de subidas y bajadas— avanza por las montañas y los camiones suben por los puertos lentamente. De manera que te encaramas a un camión con harina, echas abajo un saco o dos y ya tienes reservas de comida para todo el verano. Y como además no solo se transporta harina... Después de los primeros asaltos a los camiones, decidieron acompañarlos con un convoy, pero no a todos los vehículos los escoltaban de este modo.

Además del atraco puro y simple en plena carretera, los fugitivos asaltaban los poblados vecinos de su base, pequeños campamentos a pie de carretera en los que vivían dos o tres individuos que recorrían aquellas rutas. Los grupos de fugitivos más valientes y más numerosos detenían a los camiones, atracaban a los pasajeros y se llevaban la carga.

Durante el verano, con un poco de suerte, aquellos hombres mejoraban física y «anímicamente».

Si encendían las hogueras con cuidado, si las huellas de lo sustraído se borraban a conciencia, si los vigilantes se mantenían en guardia y bien atentos, los fugitivos podían resistir hasta finales de otoño. Las heladas y la nieve los expulsaban del desnudo y desapacible bosque. Los pobos, los álamos perdían sus hojas; los alerces dejaban caer su oxidada pinaza sobre el sucio y helado musgo. Los fugitivos ya no se sentían con fuerzas para seguir y salían a los caminos, a la carretera, o se rendían en el puesto de guardia más próximo. Los arrestaban y no siempre los juzgaban con premura —el invierno hacía tiempo que había comenzado—, les echaban los correspondientes años y de nuevo entraban a formar par-

te de los «trabajadores» de las minas, donde (si por una casualidad regresaban al mismo lugar del que se habían fugado) ya no estaban sus compañeros de brigada del año anterior, que o bien habían fallecido o se habían ido medio muertos a formar parte de las compañías de inválidos.

En 1939 se crearon por primera vez las llamadas «compañías de restablecimiento» o «centros de restablecimiento» para los trabajadores extenuados. Pero como para «restablecerse» hacían falta varios años y no varios días, estas instituciones no dieron el resultado deseado en la recuperación del personal. En cambio, de la venenosa copla popular se acuerdan todos los habitantes de Kolimá, que creen que mientras el preso conserva la ironía aún sigue siendo una persona:

Primero fueron centros, luego compañías.
Y luego, una tablilla en el pie y ¡buenos días!

La tablilla con el número del expediente personal se ataba al pie izquierdo cuando se enterraba al preso.

En cuanto al fugitivo, aunque le añadieran cinco años de condena, si el instructor no lograba endosarle atraco a mano armada, este seguía vivito y coleando, porque tener cinco, diez o quince, incluso veinte años más de pena, de hecho daba igual, porque en una galería no resistes ni cinco años. En la galería de una mina se puede trabajar cinco semanas.

Estas fugas de vacaciones, los atracos y los asesinatos se hicieron más frecuentes. Pero no eran ni los atracos

ni los asesinatos lo que irritaba a nuestros jefes, acostumbrados a tratar con papeles, con cifras, pero no con personas de carne y hueso.

Las cifras decían que el valor de lo robado —porque los años de vida perdidos por culpa de un asesinato no se tomaban en cuenta para nada— era mucho menor, incomparablemente menor que el valor de las horas y de los días de trabajo perdidos.

Las fugas de vacaciones asustaron a los jefes mucho más que todo lo demás. El artículo 82 del Código Penal se olvidó por completo y nunca más se aplicó.

Las fugas se empezaron a considerar como un delito contra el orden, contra la administración, contra el Estado, es decir, como un delito político.

A los fugitivos los empezaron a juzgar ni más ni menos que por el artículo 58, junto a los traidores a la patria. El punto del artículo 58 que eligieron los juristas era ya conocido, el mismo que se empleó antes en los procesos de Shajtí contra los saboteadores. Era el punto 14: «Sabotaje contrarrevolucionario.» Una fuga significaba negarse a trabajar, y negarse a trabajar significa sabotaje contrarrevolucionario. Por este mismo punto se comenzó a juzgar a los fugitivos. Diez años por una fuga se convirtió en la pena complementaria mínima. Una nueva fuga se castigaba con veinticinco años.

Pero esto no asustó a nadie y no hizo disminuir ni el número de fugas ni la cantidad de atracos.

Al mismo tiempo, cualquier acto de absentismo laboral, cualquier renuncia al trabajo empezó a interpretarse

como sabotaje, y el castigo por negarse a trabajar —el mayor delito en el campo— se dio cada vez más. «Veinticinco y cinco de restricción de derechos civiles»: esta era la fórmula de la larga práctica de condenas a los absentistas y a los fugitivos en los tiempos de guerra y de posguerra.

Los rasgos específicos que distinguen las fugas en Kolimá de las fugas corrientes no las hacen menos difíciles. Si en la enorme mayoría de los casos es fácil sobrepasar el límite que distingue una fuga de una ausencia sin permiso, las dificultades crecen con cada día, con cada hora que pasa en el avance por la naturaleza arisca y hostil a todo lo vivo del Extremo Norte. Los brevísimos plazos durante los que eran posibles las fugas, las premiosas estaciones del año, todo ello obliga a darse prisa también en los preparativos, así como a superar distancias largas y difíciles de recorrer en un breve lapso de tiempo. Ni el oso ni el lince son un peligro para el fugitivo. Este es derrotado por su propia impotencia en esta tierra rigurosa, donde dispone de poquísimos medios para luchar por la vida.

El relieve del lugar es una tortura para el caminante, a un valle le sigue otro valle; a un desfiladero, otro. Las sendas de los animales son casi imperceptibles, la tierra en la taiga —un bosque ralo e informe— es musgo mojado y resbaladizo. Dormir sin encender una hoguera es un riesgo, el frío subterráneo del hielo perpetuo no deja que las piedras se calienten durante el día. En el camino no encuentras alimento alguno, salvo liquen seco, el musgo de los renos, que se puede triturar y mezclar con harina para hacer tortas.

Abatir con un palo a una perdiz o un cascanueces es tarea difícil. Las setas y las bayas son mal alimento para el camino. Pero además solo se dan al final de la breve estación veraniega. De modo que toda la reserva de comida tienes que sacarla del campo y cargar con ella.

Son duros los caminos de la fuga, pero aún más arduos son los preparativos. Porque cada día, cada hora, los fugitivos pueden verse descubiertos, denunciados a la autoridad por sus compañeros. El mayor peligro no reside en el convoy, ni en los centinelas, sino en tus propios compañeros, los presos, aquellos que comparten la misma suerte del fugitivo y están a su lado las veinticuatro horas del día.

Cada hombre que pretende fugarse sabe que estos no solo no lo ayudarán, si descubren algo sospechoso, sino que tampoco pasarán de largo indiferentes a lo que hayan visto. El hambriento y extenuado preso se arrastrará sacando fuerzas de flaqueza, se dirigirá al puesto de guardia para denunciar, para desenmascarar al compañero. Y no lo hace en vano; el jefe puede invitarlo a un pitillo, alabar su acto y darle las gracias. El denunciante hace pasar su propia cobardía y ruindad por algo que él llama sentido del deber. Los únicos a los que no denuncia son los hampones, porque teme recibir un navajazo o acabar colgado de una soga.

Una fuga colectiva con un número de participantes mayor de dos o tres individuos, si no es espontánea, repentina, como un motín, es casi impensable. Una fuga así es imposible de preparar por las personas pervertidas y vendidas, hambrientas, llenas de odio, que abarrotan los campos.

No es nada casual que la única fuga en grupo organizada, no importa cómo terminara, tuvo éxito justamente porque en la sección del campo de donde salieron los fugitivos no había ni un solo antiguo preso de Kolimá —todos ellos envenenados, pervertidos por la experiencia de Kolimá, humillados por el hambre, el frío y las palizas—, porque en aquella sección no había gente que denunciara a los fugitivos a las autoridades.

Ilf y Petrov, en su *América de una planta*, medio en broma medio en serio, señalan la insuperable inclinación a quejarse como un rasgo nacional del ruso, como algo inherente al carácter ruso. Este rasgo nacional, deformado en el espejo curvo de la vida del campo, halla su expresión en la denuncia al compañero.

La fuga podía surgir como una improvisación, como algo espontáneamente natural, como un incendio en el bosque. Más trágica era entonces la suerte de sus protagonistas, observadores pacíficos y accidentales que, de pronto, casi al margen de su voluntad, se veían sumidos en el torbellino de los acontecimientos.

Ninguno de ellos se había percatado aún de cuán traidor es el otoño de Kolimá; nadie sospechaba siquiera que el rojo incendio de las hojas, de la hierba, de los árboles había de durar dos o tres días, y que del alto cielo, de un pálido azul, de un tono algo más claro de lo acostumbrado, muy poco, de pronto podía empezar a caer una nieve menuda y fría. Ninguno de los fugitivos sabía cómo interpretar que el *stlánik* extienda de pronto sobre el suelo sus verdes

ramas, que las aplaste contra la tierra ante sus ojos. Cómo interpretar la repentina huida de los peces corriente abajo por los torrentes.

Nadie sabe si hay asentamientos en la taiga. Ni cómo son. Los nacidos en el Extremo Oriente, los siberianos, en vano confían en sus conocimientos sobre la taiga y en sus dotes como cazadores.

A finales de otoño, un otoño de posguerra, un automóvil, un camión descubierto con veinticinco presos se dirigía a un campo de trabajos forzados. A unas decenas de kilómetros de su lugar de destino, los reclusos se abalanzaron sobre el convoy, desarmaron a los guardias y «se fueron de fuga»; los veinticinco.

Caía la nieve, una nieve dura, helada; los fugados no tenían ropa. Al poco los perros dieron con las huellas, con el rastro de los cuatro grupos en los que se dividieron los fugados. Al grupo que se llevó las armas del convoy lo eliminaron entero. A dos grupos más los atraparon al cabo de un día, y al último, al cuarto día. Los llevaron directamente al hospital. Todos tenían congelaciones de cuarto grado —en manos y pies—; las heladas de Kolimá, la naturaleza de Kolimá, enemigas del fugitivo solitario, siempre se aliaban con la autoridad.

Los fugitivos pasaron largo tiempo en el hospital, en un pabellón especial junto a cuya puerta se sentaba un guardia; el hospital, aunque penitenciario, no era una prisión. A los cinco se les amputó una mano o un pie, y a dos les amputaron de una vez ambas piernas.

De este modo se vengó el frío de Kolimá de aquellos apresurados e ingenuos novatos.

Todo esto lo comprendía muy bien el teniente coronel Yanovski. Teniente coronel lo fue, es cierto, en la guerra; en el campo era el recluso Yanovski, el responsable de cultura de una gran sección del campo. La sección se había formado inmediatamente después de la guerra solo con novatos, con criminales de guerra, con soldados de Vlásov, prisioneros de guerra que habían servido en unidades militares alemanas, con policías de los alemanes y con habitantes de aldeas ocupadas por los alemanes, sospechosos de haber confraternizado con estos.

Había allí gente que llevaba sobre sus espaldas la experiencia de la guerra, la experiencia del encuentro diario con la muerte, la experiencia del riesgo, la experiencia de esa habilidad que tienen las fieras para luchar por su vida, la experiencia del asesino.

Había allí gente que ya se había fugado, tanto del cautiverio alemán como del ruso, así como del de los ingleses... Gente acostumbrada a jugarse la vida a una sola carta, gente con un valor educado en el ejemplo y la instrucción. Exploradores y soldados que, adiestrados para matar, seguían en guerra pero en unas condiciones nuevas, una guerra en favor de sí mismos y contra el Estado.

Los superiores, acostumbrados a tratar con obedientes trotskistas, no sospechaban que aquella era gente que sabía actuar; hombres, ante todo, de acción.

Unos meses antes de los acontecimientos que vamos

a narrar, visitó aquel campo cierto alto mando. Al familiarizarse con la vida de los recién llegados y con el trabajo que realizaban en la producción, aquel jefe lamentó que las actividades culturales, los círculos artísticos de aficionados dejaran mucho que desear. Y el ex teniente coronel Yanovski, el responsable de cultura del campo, le informó con todo respeto: «No se preocupe usted, estamos preparando un concierto del que hablará toda Kolimá.»

Era una frase muy arriesgada, pero entonces nadie le prestó atención; reacción de la que, por otra parte, Yanovski estaba seguro.

Durante el invierno, se abrieron paso poco a poco hacia los cargos del servicio del campo los participantes de la fuga planeada para la primavera. El distribuidor de tareas, el *stárosta* del barracón, el practicante, el peluquero, el jefe de brigada, todos los cargos civiles del servicio de los reclusos los ocuparon hombres seleccionados por Yanovski. Entre ellos había pilotos, chóferes, exploradores, es decir, todos los que podían contribuir al éxito de aquella fuga tan audazmente planeada. Se estudiaron las condiciones de Kolimá; nadie menospreció las dificultades ni se equivocó en nada. El objetivo era alcanzar la libertad, o la dicha de morir no de hambre ni de las palizas ni en las literas del campo, sino en combate, con un arma en la mano.

Yanovski comprendía lo importante que era que sus compañeros conservaran las fuerzas físicas, el aguante, junto a la fuerza moral, espiritual. Y en los cargos del servicio uno podía casi satisfacer el hambre y no debilitarse.

Llegó la habitual primavera de Kolimá: una estación silenciosa, sin el cantar de los pájaros, sin una gota de lluvia. Los alerces se cubrieron de tierna pinaza, de un verde radiante, el bosque ralo y desnudo pareció espesarse, los árboles se acercaron el uno al otro, ocultando con sus ramas a hombres y animales. Empezaron las noches blancas, o, más exactamente, noches de una liliácea palidez...

El puesto de guardia situado cerca del campo tiene dos puertas que dan al interior y al exterior del campo; esta es la especificidad arquitectónica de los edificios de este género. Vigila una pareja de guardias.

A las cinco en punto de la mañana, sonaron unos golpes en la ventana del puesto de guardia. El soldado miró por el cristal: había llegado el cocinero de campo Soldátov a recoger la llave del armario donde se almacenaban las provisiones; la llave se guardaba en el puesto de guardia, colgada de un clavo fijado en la pared. Durante varios meses seguidos, cada día a las cinco en punto de la mañana, el cocinero se presentaba en el lugar a buscar la llave. El vigilante levantó el gancho y dejó entrar a Soldátov. El segundo vigilante no se encontraba en el puesto de guardia, acababa de salir por la puerta que daba al exterior: su casa, donde vivía con su familia, se hallaba a unos trescientos metros.

Todo estaba calculado, y el autor del espectáculo observaba a través de la ventana como se iniciaba el primer acto de aquella función hacía tanto tiempo planeada, como todo lo que se había repetido mil veces en la imaginación y en la mente tomaba cuerpo, carne y sangre propia.

El cocinero se dirigía hacia la pared donde colgaba la llave cuando llamaron de nuevo. El vigilante conocía bien al que había llamado, era el recluso Shevtsov, mecánico y armero que más de una vez había arreglado las armas automáticas, los fusiles y las pistolas del destacamento; un hombre «de los nuestros».

En aquel instante Soldátov se arrojó por detrás sobre el vigilante y lo estranguló con la ayuda de Shevtsov, que había entrado en el cuarto. Echaron al muerto bajo el catre, en un rincón del cuarto, y lo cubrieron de leña. Soldátov y Shevtsov le quitaron al muerto la chaqueta, el gorro y las botas, y Soldátov, tras ponerse las ropas del vigilante y armarse con una pistola, se sentó a la mesa del puesto. En aquel momento regresaba el segundo vigilante. Antes de que tuviera tiempo de entender nada, ya lo habían estrangulado como al primero. Shevtsov se puso su ropa.

Inesperadamente entró en el puesto de guardia la mujer del segundo vigilante, que había ido a desayunar a casa. No mataron a la mujer, solo le ataron las manos y los pies y, tras amordazarla, la echaron junto a los muertos.

Un guardia trajo la brigada de trabajadores del turno de noche y entró en el puesto de guardia para firmar la entrega de sus hombres. También lo liquidaron. Y así se hicieron con otro fusil y un nuevo capote.

Por el patio, junto al puesto de guardia, ya andaba gente, como es habitual durante el reparto de las tareas, y en este momento el teniente coronel Yanovski tomó el mando.

El espacio que rodeaba el puesto de guardia estaba

a tiro de las torres de las esquinas más cercanas. En ambas torres había centinelas, pero en aquella turbia mañana, después de una noche blanca, los centinelas no vieron nada sospechoso en la plataforma que había junto al puesto de guardia. Como siempre, el vigilante abrió las puertas, contó los hombres y, como siempre, salieron dos vigilantes a hacerse cargo de la brigada. Los dos vigilantes hicieron formar la pequeña brigada —eran diez hombres en total; no, quizá nueve— y se la llevaron... El hecho de que la brigada dejara el camino para torcer por el sendero tampoco suscitó la alarma de los centinelas: por ese sendero que pasaba junto al destacamento de vigilancia los soldados también habían conducido a los obreros en ocasiones anteriores, cuando se retrasaba el reparto de tareas.

La brigada pasaba junto al destacamento de vigilancia y el soñoliento soldado de guardia, al verla por la puerta entreabierta, no pudo por menos de asombrarse de que la brigada avanzara por el sendero en fila india, pegados los unos al cogote de los otros, y no como de costumbre en formación, cuando un golpe lo aturdió y se vio desarmado; la «brigada» se arrojó sobre la pirámide de fusiles que se hallaba allí mismo, a la vista del soldado de guardia, en la primera sala del cuartel.

Armado de una metralleta, Yanosvki abrió de par en par la puerta de la habitación donde dormían cuarenta soldados de vigilancia: jóvenes soldados profesionales del cuerpo de escolta. Una ráfaga de ametralladora disparada al techo los dejó a todos tumbados en el suelo debajo de las literas.

Tras entregar el arma a Shevtsov, Yanovski salió al patio, adonde sus compañeros llevaban ya las provisiones y las armas con la munición de los almacenes del destacamento que habían forzado.

Los centinelas de las torres no se decidieron a abrir fuego; más tarde explicaron que había sido imposible ver y comprender lo que pasaba en el destacamento de vigilancia. No se dio crédito a sus declaraciones y posteriormente los centinelas fueron castigados.

Los fugitivos llevaban a cabo sus preparativos sin prisas. Yanovski ordenó que solo se llevaran armas y cartuchos, cuantos más cartuchos mejor; y de las provisiones, solo galletas y chocolate. El practicante Nikolski llenó una bolsa con una cruz roja de paquetes individuales para primeros auxilios. Todos se pusieron uniformes militares nuevos, y del almacén del destacamento cada uno eligió unas botas.

Cuando ya abandonaban la zona del campo en formación y tomaban el destacamento, se descubrió que en la fuga no estaban todos; faltaba el jefe de brigada Piotr Kuznetsov, el amigo del teniente coronel Yanovski. Lo habían trasladado de pronto al turno de noche, para ocupar el lugar del capataz, que se había puesto enfermo. Yanovski no quiso partir sin su compañero, con quien había vivido muchas peripecias y planeado muchos proyectos.

Mandaron a buscar al jefe de brigada a su lugar de trabajo, y Kuznetsov vino y se cambió la ropa por el uniforme de soldado.

El comandante del destacamento atacado y el jefe del

campo salieron de sus casas solo cuando se enteraron por sus ayudantes de que los fugitivos habían abandonado el territorio del campo.

El cable del teléfono estaba cortado, y no lograron informar de la fuga a la sección más cercana hasta que los fugitivos ya habían salido a la carretera, a la vía central.

Al salir a la carretera, los fugitivos detuvieron al primer camión vacío. El chófer salió de la cabina ante la amenaza de un revólver, y Kobaridze, un piloto de caza, se hizo con el volante. Yanovski se sentó a su lado en la cabina y desplegó sobre sus rodillas el mapa robado en el destacamento de vigilancia; el coche corrió hacia Seimchán, el aeródromo más cercano. Solo quedaba apoderarse de un avión y salir volando.

El segundo, tercero, cuarto desvío a la izquierda. ¡El quinto cruce!

El coche dobló a la izquierda abandonando la carretera central y corrió sobre un torrente de aguas bravas, a lo largo de un talud de roca, siguiendo un camino estrecho, sinuoso, que hacía crepitar los cantos bajo las ruedas. Kobaridze redujo la velocidad; el coche podía muy bien precipitarse por el talud al agua desde una altura de diez metros. Al fondo, junto al río, se veían las pequeñas casitas de una expedición, que parecían de juguete. El camino se retorcía, rodeando una roca tras otra y descendiendo: el camión bajaba del puerto. De entre la taiga surgieron las casitas, ya muy cercanas, y Yanovski vio a través de la ventanilla de la cabina a un soldado que corría a su encuentro con el fusil terciado.

El soldado saltó a un lado, el camión pasó volando junto a él y al instante retumbaron unos disparos entrecortados detrás de los fugitivos: los centinelas ya estaban sobre aviso.

Yanovski había tomado de antemano la decisión, y al cabo de unos diez kilómetros Kobaridze frenó el coche. Los fugitivos abandonaron el camión, y tras atravesar la cuneta cubierta de musgo se internaron en la taiga hasta desaparecer en ella. Para llegar al aeródromo quedaban aún unos setenta kilómetros y Yanovski decidió cortar camino a través del bosque.

Pasaron la noche en una cueva, junto a un pequeño torrente de montaña, todos juntos, dándose calor los unos a los otros y después de haber apostado centinelas.

A la mañana del día siguiente, en cuanto se pusieron en marcha se dieron de bruces con unos soldados de Interior: un grupo local estaba peinando el bosque. Cuatro soldados cayeron abatidos por los primeros disparos de los fugitivos. Yanovski ordenó prender fuego al bosque; el viento soplaba en dirección a sus perseguidores, y los fugados siguieron su camino.

Pero ya por todos los caminos de Kolimá corrían camiones con soldados; el invisible ejército de las tropas regulares se apresuraba a salir en auxilio de los guardias del campo y de las tropas de Interior. Recorrían la carretera central decenas de vehículos militares.

El camino hacia Seimchán estaba infestado de unidades militares en muchas decenas de kilómetros. Las más altas autoridades de Kolimá dirigían personalmente esta operación sin precedentes.

Habían adivinado el plan de Yanovski y, para proteger el aeródromo, se movilizó tal cantidad de tropas regulares que estas a duras penas cabían en los accesos al aeródromo.

Al atardecer del segundo día el grupo de Yanovski, al verse descubierto de nuevo, entró en combate. Las tropas dejaron diez muertos en el lugar del encuentro. Yanovski, aprovechando la dirección del viento, prendió fuego a la taiga y de nuevo logró escapar tras atravesar un caudaloso torrente. La tercera noche de los fugitivos, que aún no habían perdido ni a un solo hombre, Yanovski decidió pasarla en un pantano, en medio del cual se alzaban unos almiares.

Los fugitivos durmieron en los almiares, y cuando la blanca noche llegó a su fin, cuando el pesado sol iluminó las copas de los árboles, vieron que la ciénaga estaba rodeada de soldados. Casi sin esconderse, los soldados avanzaban corriendo de un árbol a otro.

El comandante del mismo destacamento que habían atacado los fugitivos al principio de su marcha agitó un trapo y gritó:

—Rendíos, estáis rodeados. No tenéis adónde ir...

Shevtsov se asomó por detrás del almiar y contestó:

—Llevas razón. Ven a por las armas...

El comandante de la unidad apareció en el sendero del pantano y echó a correr hacia los almiares, se tambaleó, perdió la gorra y cayó de bruces en un charco. La bala de Shevtsov le había dado en medio de la frente.

Al instante comenzó un desordenado tiroteo desde todas direcciones; se oían las órdenes de ataque y los solda-

dos se lanzaron de todas partes hacia los almiares. Pero la defensa en círculo de los invisibles fugitivos, escondidos entre el heno, abortó el ataque. Los heridos gemían, los que seguían con vida yacían tumbados en el pantano; de vez en cuando sonaba un disparo y un soldado se estremecía y se quedaba tendido cuan largo era.

Se reinició un tiroteo contra los almiares, en esta ocasión sin recibir respuesta. Después de una hora de fuego se emprendió un nuevo ataque, de nuevo repelido por los disparos de los fugitivos. El pantano volvió a llenarse de cadáveres y de gemidos de los heridos.

Una vez más empezó un prolongado tiroteo. Se instalaron dos ametralladoras, y después de varias ráfagas, un nuevo ataque.

Los almiares callaban.

Cuando los soldados destriparon cada uno de los almiares lanzando el heno en todas direcciones, se vio que solo quedaba vivo un fugitivo, el cocinero Soldátov. Tenía perforadas ambas piernas, un hombro y un antebrazo, pero aún respiraba. Los demás estaban todos muertos. Acribillados. Pero no eran once hombres, sino nueve.

Faltaba el propio Yanovski y también Kuznetsov.

Aquella misma tarde, veinte kilómetros río arriba fue detenido un desconocido vestido con uniforme militar. Rodeado por los soldados, se suicidó pegándose un tiro con una pistola. Identificaron al muerto al instante. Se trataba de Kuznetsov.

Solo faltaba el cabecilla, el teniente coronel Yanovski.

Su suerte nunca se aclaró. Lo buscaron largo tiempo, muchos meses. No pudo huir a nado por el río ni escapar por los senderos a través de las montañas: todo estaba bloqueado del modo más infranqueable. Con toda probabilidad el hombre puso fin a su vida, no sin antes guarecerse en alguna profunda cueva u osera, donde las alimañas de la taiga se comerían su cuerpo.

Para asistir a los heridos de esta batalla mandaron llamar del hospital central al mejor cirujano con dos practicantes libres, necesariamente habían de ser libres contratados. La camioneta del hospital no llegó hasta el anochecer a la granja Elguén, donde se encontraba el cuartel general de las tropas, tal era el número de Studebaker militares que bloqueaban su avance.

—¿Qué es esto, una guerra? —preguntó el cirujano al alto mando que dirigía la operación.

—Guerra o no, llevamos ya veintiocho muertos. Y de los heridos usted mismo hará la cuenta.

El cirujano estuvo vendando y operando todo el día.

—¿Cuántos eran los fugitivos?

—Doce.

—Haber llamado a la aviación y haberlos bombardeado. Con una bomba atómica.

El jefe miró de reojo al cirujano:

—Usted siempre con sus bromas. Hace mucho que lo conozco... Pero mire lo que le digo, me echarán del cargo, me obligarán a pedir el retiro antes de hora. —Y el jefe suspiró profundamente.

Era perspicaz el hombre. Lo trasladaron de Kolimá y lo destituyeron justamente por aquella fuga.

Soldátov se curó y lo condenaron a veinticinco años. Al jefe del campo le echaron diez, a cada uno de los centinelas de las torres, cinco años de prisión. Por aquella causa se condenó a mucha gente de la mina, a más de sesenta personas: a todos los que estaban enterados y callaron, los que ayudaron y los que pensaron en ayudar pero no llegaron a tiempo de hacerlo. Al comandante del destacamento le habría supuesto una larga condena, pero la bala de Shevtsov lo libró de un castigo inevitable.

Hasta a la médica Potápova, la responsable del departamento de sanidad, entre cuyo personal se encontraba el practicante fugado Shevtsov, se le instruyó una causa, pero lograron salvarla trasladándola urgentemente a otro destino.

1959

El primer diente

La etapa, la expedición de presos era exactamente tal como me la imaginaba en mis largos años de chaval. Los rostros ennegrecidos y los labios azules, quemados por el sol de los Urales en abril. Los gigantescos guardias saltan en el trineo sobre la marcha, los largos trineos dan un brinco; la cicatriz de un tajo que atraviesa toda la cara de un escolta tuerto, que es el que va en cabeza; los claros ojos azules del jefe del convoy; desde el primer día ya sabemos su apellido: Scherbakov. Los reclusos —y eso que éramos unos doscientos hombres— ya sabíamos el apellido del jefe. De modo casi milagroso, incomprensible e indescifrable para mí. Los presos pronunciaban el apellido con toda naturalidad, como si nuestro viaje con Scherbakov durara una eternidad. Y el hombre entró a formar parte de nuestra vida para siempre. Y así fue para muchos de nosotros. La elástica y enorme figura de Scherbakov aparecía aquí y allá, unas veces avanzaba hasta la cabeza de la columna, recibía el último carro de la expedición y lo acompañaba con la vista, y solo después se lanzaba en pos de la columna hasta adelantarla. Sí, teníamos carros, carros clásicos, sobre los cuales los chal-

dones siberianos llevaban sus cosas. La etapa avanzaba en su viaje de cinco días, una columna de presos, sin bagaje, que en las paradas y en los recuentos recordaba a las formaciones desordenadas de los reclutas en alguna estación. Pero todas las estaciones habían quedado apartadas por largo tiempo de nuestro camino por la vida. Era por la mañana, una vivificante mañana de abril, al alba, la oscuridad palidecía en el patio del monasterio donde se estaba formando, entre bostezos y toses, nuestra etapa para emprender la larga marcha.

Pasamos la noche en el sótano del puesto militar de Solikamsk, situado en un antiguo monasterio, después de que el convoy moscovita, atento y callado, se viera relevado por una panda de aullantes muchachotes tostados por el sol comandados por el oficial de ojos azules Scherbakov. La noche anterior nos habían echado al helado sótano. Rodeaban la iglesia el hielo y la nieve, que apenas se fundía durante el día y se volvía a helar durante la noche; montones azules y grises de nieve cubrían todo el patio, y para llegar al fondo de la nieve, a su masa blanca, había que romper una corteza dura que cortaba la manos, cavar un hoyo y solo entonces extraer una nieve de grano grueso y suelto. La nieve se fundía alegremente en la boca y con su ardiente insipidez refrescaba algo nuestras bocas resecas.

Como fui de los primeros en entrar en el sótano pude elegir un lugar más templado. Las enormes bóvedas heladas me asustaban, y yo, un crío inexperto, buscaba con la mirada algo parecido a una estufa, al menos algo parecido a lo

que tuvieron Vera Figner o Morózov.[70] No encontraba nada. Pero mi compañero ocasional, compañero tan solo durante el breve instante en que entrábamos en aquel sótano del monasterio que hacía de prisión, un hampón de pequeña estatura llamado Gúsev, me empujó hasta la pared, hacia la única ventana del lugar, cerrada con una reja y con doble cristal. La ventana era semicircular, empezaba en el mismo suelo del sótano, tenía un metro de altura y parecía una tronera. Intenté buscar un sitio más templado, pero el torrente de gente fluía sin cesar a través de la estrecha puerta y ya no hubo manera de volver atrás.

Gúsev, con la misma calma de antes, sin decirme ni palabra, golpeó con la punta de la bota el cristal rompiendo primero el primer vidrio y luego el segundo. A través del hueco roto irrumpió un aire frío que me abrasó como el agua hirviendo. Envuelto en aquel chorro de aire yo, que ya estaba congelado por la larga espera y el inacabable recuento en el patio, me puse a tiritar de frío. No comprendí enseguida toda la sabiduría del acto de Gúsev: de los doscientos reclusos solo nosotros respiramos aire fresco aquella noche. La gente se amontonaba, la habían embutido en el sótano, de manera que nadie podía sentarse ni acostarse, solo mantenerse en pie.

Hasta la mitad de las paredes, el sótano se veía cubierto del vapor blanco del aliento, un aire impuro y sofocante. Empezaron los desmayos. Los que se ahogaban trataban de

70. Vera Figner y Nikolái Morózov eran revolucionarios populistas rusos, terroristas que pasaron largos años en prisión.

abrirse paso hacia la puerta, que tenía una rendija y un orificio, la mirilla, e intentaban respirar a través de ella. Pero el centinela de guardia, de vez en cuando, clavaba la bayoneta de su fusil en el orificio y los intentos de atrapar un poco de aire fresco a través de la mirilla cesaron. No se llamó, claro está, ni a practicantes ni a médicos para atender a los desmayados. Solo Gúsev y yo estuvimos bien junto a la ventana rota por el sabio Gúsev.

Formamos durante largo rato... Nosotros salimos los últimos; la niebla se había despejado y vimos el techo, el techo abovedado; aquel cielo de la iglesia-prisión se encontraba muy cerca, al alcance de la mano. Y en las bóvedas del sótano del puesto militar de Solikamsk descubrí unas inscripciones realizadas simplemente con carbón que en unas letras enormes decían: «¡Compañeros! En esta tumba nos estuvimos muriendo durante tres días, pero salimos con vida. ¡Ánimo, compañeros!»

Entre los gritos del convoy, la etapa se arrastró hasta las afueras de Solikamsk y descendió hacia el valle. El cielo era de un azul intenso, como los ojos del jefe del convoy. El sol quemaba, el viento refrescaba nuestras caras, que se tornaron marrones, como comprobamos cuando hicimos noche en el camino. Las paradas nocturnas de la etapa, preparadas de antemano, se desarrollaban siempre según lo estipulado. Para pasar la noche en algún pueblo se alquilaban dos isbas a los campesinos: una más limpia y la otra más pobre, algo parecido a un pajar y a veces propiamente un cobertizo. Había que dar con la «limpia», claro. Pero esto no dependía de mi

voluntad: cada anochecer todos pasaban delante del jefe, que con un movimiento de la mano señalaba dónde tenía que pasar la noche el detenido de turno. Entonces Scherbakov me pareció un hombre sabio entre los sabios, porque no se dedicaba a remover papeles y listas, buscando los «datos de la condena», sino que en el momento mismo en que la etapa dejaba de moverse, alzaba la mano y separaba al preso de turno. Luego pensé que Scherbakov era una persona observadora, pues cada vez su elección, realizada por un método del todo incomprensible, resultaba acertada: lograba reunir a todos los del artículo 58, como también a los del 35. Más tarde, pasados uno o dos años, comprendí que en la sabiduría de Scherbakov no había milagro alguno: todo el mundo puede adquirir el arte de adivinar quién es una persona por su aspecto externo. En nuestra etapa los bártulos y las maletas podrían haber sido indicios complementarios. Pero los bultos iban aparte, en los carros, en los trineos campesinos.

Ya en el primer alto para pasar la noche se produjo el suceso por el que de hecho se escribe este relato. Doscientos hombres esperaban de pie la llegada del jefe del convoy, y a la izquierda se oían algunos gritos, un alboroto, resoplidos de gente, rugidos, insultos y por fin un grito bien audible: «¡Dragones! ¡Dragones!» Ante la formación de presos lanzaron a la nieve a un hombre. Tenía la cara ensangrentada por los golpes; el gorro de piel que un extraño le había encasquetado en la cabeza estaba puesto de través sin llegar a ocultar una estrecha y sangrante herida. El hombre estaba cubierto por una tela marrón de factura casera, parecía un

campesino ucraniano. Yo lo conocía. Era Piotr Záyats, miembro de una secta. Venía de Moscú en el mismo vagón que yo. El hombre no paraba de rezar.

—¡No quiere estarse de pie en el recuento! —informó el guardián con la respiración entrecortada, encendido por el esfuerzo.

—¡Pónganlo en pie! —ordenó el jefe del convoy.

Dos enormes guardianes trataron de levantarlo sosteniéndolo de los brazos. Pero Záyats era una cabeza más alto que ellos, más voluminoso y más pesado.

—¿Conque no quieres estar de pie, eh?

Scherbakov golpeó a Záyats con el puño en la cara y Záyats escupió en la nieve.

Y entonces yo sentí de pronto que el corazón me ardía, me quemaba. De pronto comprendí que todo, que toda mi vida se iba a decidir entonces. Y que si no hacía aquello que yo mismo no sabía muy bien qué era, eso querría decir que había venido en vano con esta etapa y que había vivido en vano mis veinte años.

La abrasadora vergüenza por mi propia cobardía huyó de mis mejillas, noté como se me enfriaba la cara y el cuerpo se volvía liviano.

Abandoné la formación y grité con voz entrecortada:

—No se atreva a pegar a este hombre.

Scherbakov se me quedó mirando con enorme sorpresa.

—Vuelve a la formación.

Regresé a la formación. Scherbakov dio una orden, y la etapa, dividiéndose entre las dos isbas, obedeciendo al

ademán del dedo de Scherbakov, empezó a dispersarse en la oscuridad. El todopoderoso dedo de Scherbakov me mostró la isba «negra».

Nos acomodamos para dormir sobre una paja húmeda del año anterior, que olía a podrido. Habían echado la paja directamente sobre el suelo desnudo. Nos acostamos pegados los unos junto a los otros para guardar el calor, y solo los hampones, instalados junto a la linterna que colgaba de una viga, jugaban a sus eternos juegos de cartas. Pero pronto incluso estos se durmieron. Y yo también, reflexionando sobre mi acción. Yo no tenía un compañero mayor, ni ejemplo que seguir. Estaba solo en aquella etapa, no tenía ni amigos ni compañeros.

Vi interrumpido mi sueño. Una linterna me iluminaba la cara, y alguien, uno de mis vecinos hampones a quien también habían despertado, repetía convencido y obsequioso:

—Es él... Es él...

Un guardián sujetaba la linterna.

—¡Sal!

—Ahora me visto.

—Sal como estás.

Salí. Un temblor nervioso me sacudía y no lograba comprender qué había de suceder entonces.

Dos guardianes y yo salimos al porche.

—¡Quítate la ropa!

Me la quité.

—Ponte sobre la nieve.

Me coloqué donde me decían. Miré hacia el porche y vi dos fusiles que me encañonaban. Cuánto tiempo pasó

aquella noche en los Urales, mi primera noche en los Urales, no lo recuerdo.

Oí la orden:

—Vístete.

Me enfundé la ropa. Un golpe en la oreja me tumbó en la nieve. Un golpe de la pesada bota me dio justo en los dientes, la boca se me llenó de cálida sangre y se me empezó a hinchar rápidamente.

—¡Al barracón!

Entré en el barracón, alcancé mi sitio, un lugar ya ocupado por otro cuerpo. Todos dormían o fingían hacerlo... El sabor salado de la sangre no cesaba; tenía en la boca algo ajeno, algo inútil, agarré con los dedos este algo inútil y lo arranqué de mi boca con esfuerzo. Era un diente roto. Y lo tiré allí, sobre la paja podrida, sobre el desnudo suelo de tierra del barracón.

Abracé con las manos los cuerpos sucios y malolientes de mis compañeros y me dormí. Me dormí. Y ni siquiera me resfrié.

Por la mañana la etapa se puso en marcha y los azules e imperturbables ojos del Scherbakov recorrieron todas las filas de presos con su mirada habitual. Piotr Záyats se hallaba en la formación; no le pegaban, aunque tampoco él gritaba nada sobre los dragones. Los hampones me observaban con cara de pocos amigos y con cierto temor: en el campo cada uno aprende a responder de sí mismo.

Dos días más de camino y llegamos a la administración, una casa nueva de madera a orillas de un río.

Vino a recibir a la etapa el comandante Nesterov, el jefe, un hombre con los puños cubiertos de vello. Muchos de los hampones que habían hecho el camino conmigo conocían a este Nesterov y tenían de él muy buena opinión.

—Cuando atrapan a unos fugitivos, sale Nesterov y les dice: «A ver, muchachos, elegid: un sopapo o a la celda.» La celda de castigo aquí tiene el suelo de hierro, la gente no aguanta en ella más de tres meses; además está la instrucción de la causa, y la condena que te añaden. «Un sopapo, Iván Vasílievich.» El hombre levanta el puño y te tumba en el suelo. Vuelve a alzar el puño y otra vez te vas al suelo. Un artista. «Marchando al barracón.» Y esto es todo. Final de la instrucción. Es un buen jefe.

Nesterov pasó revista a la formación observando con atención las caras.

—¿Hay quejas del convoy?

—No, no —se oyó un coro de voces desordenadas.

—¿Y tú? —Un dedo peludo se clavó en mi pecho—. ¿Por qué no se entiende lo que dices? Parece que mujas...

—Es que le duelen las muelas —dijeron mis vecinos.

—No —respondí, tratando de que mi boca magullada pronunciara las palabras con más claridad—. No tengo quejas del convoy.

—No es un mal relato —le dije a Sazónov—. Correcto en lo literario. Lo que pasa es que no te lo publicarán. Y el final parece algo amorfo.

—Tengo otro final —dijo Sazónov—: Pasado un año

yo era un jefe importante en el campo. Porque entonces se practicaba la "reeducación" y a Scherbakov le salió una plaza de jefe operativo de segunda en la sección en la que yo trabajaba. Allí dependían muchas cosas de mí, y Scherbakov tenía miedo de que me acordara aún de la historia del diente. Tampoco Scherbakov lo había olvidado. Tenía una familia numerosa, la plaza era atractiva, importante, y como era una persona llana y directa, se presentó a verme para enterarse de si iba yo a oponerme a su nombramiento. Vino a verme con una botella, para hacer las paces a la rusa, pero yo no quise beber, aunque le aseguré a Scherbakov que no haría nada en su contra.

»Scherbakov se alegró y estuvo largo rato pidiéndome perdón sin moverse de mi puerta, enganchándose cada vez con el tacón en la alfombrilla y sin poder dar por terminada la conversación.

»Estábamos en medio del camino, era una etapa, comprendes. Y además llevábamos a unos fugados.

—Este final tampoco sirve —le dije a Sazónov.

—Entonces tengo otro más: Antes de recibir el nombramiento para ir a trabajar a la sección donde coincidí de nuevo con Scherbakov, me encontré en la calle, en el poblado del campo, al enfermero Piotr Záyats. El joven gigante de pelo y cejas negras había desaparecido. En su lugar tenía ante mí a un anciano cojo, canoso y que tosía sangre. Ni siquiera me reconoció, y cuando lo agarré de la mano y lo llamé por su apellido, se desasió de mí y siguió su camino. Por su mirada se veía que Záyats pensaba en algo muy

suyo, inalcanzable para mí y donde mi aparición era innecesaria u ofensiva para el ser que dialogaba con hombres menos terrenales.

—Tampoco esta variante vale —dije.

—Entonces dejaré la primera. Incluso si el relato no se puede publicar, te sientes mejor al escribirlo. Escribes la historia y ya la puedes olvidar...

1964

El eco en las montañas

En el departamento de administración no había manera de que eligieran al responsable. Más tarde, cuando el volumen de trabajo creció, aquel cargo se convirtió en todo un departamento independiente, el «grupo de liberaciones». El responsable administrativo entregaba los documentos de liberación a los presos, y era una figura importante en un mundo donde la vida entera gira alrededor del instante en que el preso recibe el documento que le da derecho a dejar de serlo. Este cargo ha de ocuparlo un preso, así lo prevé la ahorrativa administración de personal. La vacante habría podido cubrirla, evidentemente, alguien mandado por el partido o por el sindicato local, o se habría podido persuadir a un comandante militar recientemente retirado del ejército, pero aún eran otros tiempos. Para aquel cargo en el campo —con todos los pluses polares que se quiera— no era tan fácil encontrar a algún aspirante. Servir de contratado libre en un campo todavía se consideraba entonces como algo vergonzoso, y en todo el departamento administrativo, que tramitaba los asuntos de los reclusos, solo trabajaba una persona libre: el inspector Paskévich, un

borracho impenitente y callado. Paraba poco en la oficina y consumía la mayor parte del tiempo redistribuyento el correo, pues el campo se hallaba, como debe ser, lejos de las miradas ajenas.

De modo que no había manera de que encontraran a un responsable de administración. O se descubría que el empleado recién nombrado estaba relacionado con el mundo del hampa y ejecutaba sus misteriosos encargos. O resultaba que el responsable concedía la libertad por dinero a ciertos especuladores y traficantes de divisas del Sur. O el muchacho era honesto y de carácter firme, pero torpe y despistado, y ponía en libertad a quien no tocaba.

El alto mando buscaba a la persona adecuada con todas sus energías; ya que, quiérase o no, los errores en el asunto de las liberaciones se consideraban los más graves y podían poner fin rápidamente a la carrera de un veterano de los campos, dar lugar a su «despido de las tropas de Interior» e incluso llevar al responsable al banco de los acusados.

El campo era el mismo que el que un año atrás se llamaba Cuarta Sección de los Campos de Solovkí, aunque ahora ya era un campo independiente, un centro importante de los Urales del Norte.

Lo único que le faltaba era un responsable de administración.

Y he aquí que un día, de Solovkí, de las mismas islas, llegó un convoy especial. Era algo muy raro para Víshera. No había nadie a quien llevar allí con una escolta especial. Unos vagones para caballos —unos coches de color rojo con

literas dentro— y los conocidos y clásicos vagones de pasajeros con las ventanas enrejadas; se diría incluso que el vagón se avergonzaba de sus rejas. Las gentes del Sur, con el fin de protegerse de los ladrones, colocan en las ventanas rejas con dibujos alambicados, en forma de flores, de rayos; la despierta imaginación de los sureños les ha sugerido estas formas que no ofenden a la vista, sin que dejen de ser, no obstante, unas rejas. De igual modo, el vagón de pasajeros deja de ser un vagón común por estas rejillas de hierro que parecen taparle los ojos.

Aún seguían circulando por las vías férreas de largo recorrido de los Urales, y también por las de Siberia, los famosos vagones Stolipin, apodo que los vagones penitenciarios conservarían muchas decenas de años más, sin tener ya nada que ver con los anteriores. El vagón Stolipin tenía dos pequeñas ventanillas cuadradas a un lado del vagón, y varias grandes al otro. Estas ventanillas cegadas por rejillas no permiten ver desde fuera nada de lo que ocurre dentro, aunque te acerques mucho a la ventanilla.

En su interior, el vagón está dividido en dos partes mediante unas fuertes rejas de hierro con pesadas y atronadoras puertas; cada mitad del vagón tiene su pequeña ventanilla.

A ambos lados del vagón hay unos departamentos para el convoy. También el pasillo es para la escolta.

Los convoyes especiales no viajaban en vagones Stolipin. Los escoltas llevaban a los presos aislados en trenes corrientes, ocupando uno de los departamentos extremos.

Todo ocurría aún como en familia, como antes de la revolución. Aún no se había adquirido la debida experiencia.

Llegó un convoy especial de la Isla —así llamaban a las Solovkí, simplemente la Isla, como la isla Sajalín— y entregó a un hombre mayor, de baja estatura, con muletas, vestido con el obligado chaquetón de las Solovkí hecho con paño de capote, y cubierto de una gorra con orejeras del mismo tejido, una *solovchanka*.

Al hombre, que tenía el pelo blanco, se le veía tranquilo; brusco en los movimientos, se notaba que justo empezaba a aprender el arte de caminar con muletas, que era un inválido reciente.

El barracón común, con literas dobles, era estrecho; y, a pesar de las puertas abiertas de par en par en los dos extremos, en él hacía bochorno. El suelo de madera estaba cubierto de virutas y el responsable de guardia, que se sentaba a la entrada, observaba a la luz de un quinqué de queroseno cómo saltaban las pulgas entre las virutas. De vez en cuando, no sin antes echarse saliva en un dedo, el hombre se lanzaba a la captura de los veloces insectos.

En este barracón destinaron un lugar al recién llegado. El responsable de la guardia nocturna hizo un gesto impreciso señalando a un oscuro y hediondo rincón donde, mezclados, dormían unos hombres vestidos, y donde no solo no había sitio para un hombre más sino ni siquiera para un gato.

Pero el recién llegado se enfundó el gorro hasta las orejas y, tras dejar sus muletas sobre la mesa de comer, se

encaramó encima de los hombres que dormían, se acostó y cerró los ojos sin hacer ningún movimiento. Por la fuerza de su propio peso se abrió un sitio entre los demás cuerpos, y si sus dormidos vecinos hacían algún movimiento, el cuerpo del recién llegado se introducía de inmediato en aquel insignificante espacio libre. En cuanto palpó con el codo o con la cadera las tablas de la litera, el hombre distendió los músculos y se durmió.

A la mañana siguiente se descubrió que el inválido recién llegado era el tan anhelado responsable de administración que esperaba desde hacía tanto tiempo la dirección del campo.

A la hora de comer lo llamaron los superiores, y por la noche lo trasladaron a otro barracón, al del servicio administrativo, donde se hallaban todos los funcionarios reclusos del campo. Era un barracón asombroso, de una rarísima construcción.

Se construyó cuando era jefe del campo un ex marino, el mismo que hundió en 1918 la flota del mar Negro, cuando la visitó el célebre alférez de navío Raskólnikov.[71]

El marino hizo una buena carrera en tierra firme, en los campos, y la construcción del barracón para el personal de servicio fue un invento suyo en honor a su pasado ma-

71. Fiódor Raskólnikov (1892-1939), político soviético, diplomático, escritor y periodista, escribió una carta a Stalin en la que criticaba sus métodos. Murió en extrañas circunstancias después de negarse a regresar a la URSS.

rinero. En este barracón las literas de dos pisos eran colgantes, sujetas a unas barras de acero. Colgaban en grupos para cuatro personas, como los marineros en un camarote. Y para que la estructura fuera más sólida se fijaban por un lado con un grueso cable de hierro.

Por eso bastaba con que uno de los habitantes del barracón se moviera para que todas las literas se balancearan al mismo tiempo

Y como se movían varias personas a la vez, las literas colgantes estaban en constante movimiento y chirriaban; sin hacer mucho ruido, pero rechinaban de manera perceptible. El balanceo y el chirrido no cesaban ni por un instante durante todo el día. Solo durante el recuento de la noche las literas se detenían como un péndulo cansado y guardaban silencio.

Fue en este barracón donde conocí a Stepánov, a Mijaíl Stepánovich Stepánov. Así se llamaba el nuevo responsable administrativo, sin ninguna coletilla de «también llamado», algo tan frecuente en el lugar.

Por cierto, un día antes había visto un paquete suyo, su expediente personal traído por el convoy especial. Era un expediente muy delgado, con una tapa verde, que empezaba con el formulario habitual, las dos fotografías numeradas, de cara y de perfil, y el recuadro de la huella dactilar, que parecía el corte de un árbol en miniatura.

En el formulario aparecía el año de nacimiento, 1888 —recordé bien estos tres ochos—; su último lugar de trabajo, Moscú, Comisariado del Pueblo de la Inspección

Obrera y Campesina... Miembro del PC (b) de Rusia desde 1917.

Una de las últimas preguntas se contestaba de este modo: objeto de una condena; fue miembro del partido de los SR desde 1905... El texto estaba escrito en el estilo burocrático habitual, lo más breve posible.

Años de condena: diez; o, mejor dicho, pena máxima, conmutada por diez años.

Trabajo en los campos: estuvo en Solovkí en el cargo de responsable de administración más de medio año.

No eran unos datos muy interesantes los de nuestro Mijaíl Stepánovich. En el campo había muchos comandantes de Kolchak y de Ánnekov: estaba el comandante de la bien conocida División Salvaje, también una aventurera que se hacía pasar por la hija del zar Nicolás, y el conocido carterista Karlov, alias el *Contratista*, que de verdad parecía un contratista de obras, con su cráneo pelado, la barriga prominente y los dedos hichados; era de los carteristas más hábiles, un artista que siempre se exhibía ante las autoridades.

Estaba Mayerovski, revientapisos y pintor, que se pasaba las horas dibujando sobre cualquier cosa, en la pizarra, en una hoja, y siempre lo mismo: mujeres y hombres desnudos, entrelazados en todas las posibles posturas contra natura. Mayerovski no podía pintar otra cosa. Era un hijo a quien sus padres, gente adinerada del mundo de las ciencias, habían desheredado. Para los hampones no era de los suyos.

Teníamos varios condes, varios príncipes georgianos del séquito de Nicolás II.

El expediente personal de Stepánov se encuadernó con una nueva tapa y se colocó en la estantería con la letra *S*.

Y yo no me habría enterado de esta asombrosa historia de no haber surgido en una conversación casual en el despacho de la oficina.

Fue la primera vez que vi a Stepánov sin las muletas. Llevaba en la mano un bastón cómodo, que al parecer había encargado hacía tiempo en la carpintería del campo. El puño del bastón era del tipo hospitalario, cóncavo, y no se doblaba como el puño de un bastón corriente.

Solté un «oh» y lo felicité.

—Estoy mejorando —dijo Stepánov—. Y es que no tengo nada roto. Es el escorbuto.

Se arremangó el pantalón y descubrí una franja de piel de color negro violáceo. Permanecimos en silencio.

—Mijaíl Stepánovich, ¿por qué te han encerrado?

—¿Cómo que por qué? —sonrió—. Pues por soltar a Antónov...[72]

El estudiante petersburgués de diecisiete años Misha Stepánov, hijo de un profesor de instituto, ingresó antes del quinto curso en el partido que Dios le dio a entender siguiendo la moda de los jóvenes intelectuales rusos de la época. Iluminado por la legendaria luz de la «Voluntad popular», el recién creado Partido Social-Revolucionario se dividía en numerosas corrientes, grandes y pequeñas. Entre estas

72. Alexandr Antónov, SR, organizador de la sublevación de Tambov contra los bolcheviques, movimiento conocido como la *antónovschina.*

ocupaban un lugar destacado los SR maximalistas, el grupo del conocido terrorista Mijaíl Sokolov. Lazos de parentesco condujeron a Misha Stepánov a este grupo, y al poco tiempo el muchacho se integró en la vida de la clandestinidad rusa: citas, pisos secretos, instrucción de tiro, dinamita...

En los laboratorios se acostumbraba a tener una botella de glicerina, por si se producía un arresto o un registro.

En un piso clandestino siete combatientes se vieron rodeados por la policía. Los SR se defendieron a tiros mientras les quedaron balas. Entre ellos se encontraba también Misha Stepánov. Los arrestaron, los juzgaron y los colgaron a todos salvo al menor de edad Misha. En lugar de una soga, Misha recibió una cadena perpetua y fue a parar a Schlisselburg, que no se encontraba lejos de su natal Petersburgo.

La cadena perpetua es un régimen, y este cambia a tenor de las circunstancias y del carácter del autócrata de turno. En tiempos del zar, la perpetua se consideraba una condena de veinte años de trabajos forzados, con dos años de grilletes en las manos y cuatro en los pies.

En Schlisselburg, en la época en que estuvo Stepánov, introdujeron también una «novedad» muy efectiva: ataban a los presos de dos en dos, el sistema más seguro de enfrentar a muerte a dos personas...

En uno de sus relatos, Barbusse nos narra la tragedia de dos enamorados encadenados juntos, dos seres que acaban odiándose a muerte...

Esta práctica se aplicaba a los presos desde hacía tiem-

po. La elección de las parejas encadenadas era un magnífico invento de los maestros en estas artes; aquí la autoridad carcelaria podía burlarse del preso como le diera la gana: atar a un hombre alto con uno bajito, al miembro de una secta religiosa con un ateo, y, lo más importante, podía seleccionar «parejas» políticas y encadenar juntos a un anarquista y a un SR, a un socialdemócrata con un populista.

Para no reñir con la persona a la que te habían encadenado, ambas partes debían tener una gran resistencia, o bien una veneración ciega del más joven por el mayor y un deseo ardiente del mayor de transmitir al compañero todo lo mejor que guardaba en su alma.

A veces, la fuerza de voluntad de la persona a la que se sometía a esta nueva prueba, una prueba durísima, se fortalecía aún más. Se templaba el carácter y el espíritu.

Así transcurrieron las condenas de grilletes de Mijaíl Stepánov, el tiempo en que tuvo que llevar grilletes en las manos y en los pies.

Después vinieron los años de condena ordinaria; el número y el as de diamantes en la bata ya eran algo acostumbrado e imperceptible.

En aquella época Mijaíl Stepánovich, un joven de veintidós años, se encontró en Schlisselburg con Sergo Ordzhonikidze. Sergo era un destacado propagandista, y juntos pasaron mucho tiempo charlando en la prisión de Schlisselburg. El encuentro y la amistad con Ordzhonikidze hicieron que, de ser un SR maximalista, Mijaíl Stepánov se convirtiera en socialdemócrata bolchevique.

Compartió con Sergo su fe en el futuro de Rusia y en su propio futuro. Mijaíl era aún un muchacho joven; e incluso si tuviera que cumplir entera su condena «perpetua», día tras día, saldría en libertad sin haber cumplido los cuarenta y aún podría servir a la nueva bandera; esperaría estos veinte años.

Pero tuvo que esperar mucho menos. La revolución de febrero del diecisiete abrió las puertas de las prisiones zaristas, y Stepánov se encontró en libertad mucho antes de lo que esperaba y con muchos menos años de los que se disponía a cumplir. Encontró a Ordzhonikidze, ingresó en el partido de los bolcheviques, participó en el asalto al Palacio de Invierno, y después de la revolución de octubre, tras acabar unos cursos de formación militar, se marchó al frente como comandante rojo, ascendiendo en la escala militar más y más, de frente en frente.

En el frente de Antónov, en Tambov el comandante de brigada Stepánov mandaba un regimiento unificado de trenes blindados y lo hacía con bastante fortuna.

La *antónovschina* iba de baja. Frente al Ejército Rojo, en la región de Tambov se encontraban unas unidades más que peculiares: los habitantes de las aldeas locales, convertidos de pronto en un ejército regular, con sus comandantes.

A diferencia de otras muchas bandas de los tiempos de la guerra civil, Antónov controlaba el estado moral de las unidades y alimentaba el espíritu de sus soldados mediante comisarios políticos, responsables creados a imagen de los comisarios del Ejército Rojo.

El propio Antónov hacía ya tiempo que había sido juzgado por un tribunal revolucionario, condenado a muerte por rebelión y declarado fuera de la ley. Todas las unidades del Ejército Rojo habían recibido la orden del mando supremo, que exigía el fusilamiento inmediato de Antónov en el caso de que aquel declarado enemigo del pueblo fuese detenido o reconocido.

La *antónovschina* iba de baja. Y resulta que un día al comandante de brigada Stepánov le informan de que la operación del regimiento de la VChK[73] había culminado con un triunfo completo y que Antónov, Antónov en persona, había sido capturado.

Stepánov mandó que le trajeran al prisionero. Antónov entró y se detuvo en el umbral. La luz de la linterna que colgaba junto a la puerta caía sobre la angulosa, dura e inspirada cara.

Stepánov mandó al escolta que se quedara detrás de la puerta. Luego se acercó mucho a Antónov —era casi una cabeza más alto que él— y dijo:

—Sasha, ¿eres tú?

En Schlisselburg habían permanecido sujetos a la misma cadena durante todo un año y no se pelearon ni una sola vez.

Stepánov abrazó al prisionero maniatado y los compañeros se besaron.

73. Comisión Extraordinaria Panrusa. Fuerzas del Ministerio de Interior encargadas de eliminar la contrarrevolución y a sus aliados.

Stepánov se pasó largo rato pensando, largo rato deambulando en silencio por el vagón, mientras Antónov sonreía con tristeza mientras observaba a su viejo compañero. Stepánov le contó a Antónov lo de la orden, aunque aquello no era ninguna noticia para el prisionero.

—No puedo fusilarte y no te fusilaré —dijo Stepánov cuando al parecer había hallado la solución—. Encontraré la manera de concederte la libertad. Pero tú dame, a cambio, la palabra de que desaparecerás; de que abandonarás la lucha contra el poder soviético; de todos modos tu movimiento está condenado a desaparecer. Dame tu palabra, tu palabra de honor.

Y Antónov, al que resultaba más fácil el dilema —comprendía muy bien los tormentos morales de su compañero de cárcel—, le dio su palabra de honor. Y se llevaron a Antónov.

El juicio se dispuso para el día siguiente, pero por la noche Antónov se fugó. El tribunal destinado a juzgar de nuevo a Antónov juzgó en su lugar al jefe de los centinelas, que había distribuido mal los puestos de guardia y permitió con ello la fuga de un criminal tan importante. El propio Stepánov y su hermano eran miembros del tribunal. El jefe de la guardia fue acusado y condenado a un año de prisión condicional por haber colocado incorrectamente los puestos de guardia.

¿Cómo era posible que Stepánov ignorara que Antónov era un antiguo preso político? En el escaso tiempo que Mijaíl Stepánov pasó en el frente de Tambov no tuvo tiempo de conocer el contenido de una de las octavillas más

importantes escritas por Antónov. En aquella hoja Antónov escribía: «Yo, un viejo populista, me he pasado muchos años en las cárceles zaristas. Y no me puedo comparar con vuestros líderes Lenin y Trotski, que no han conocido otra cosa que el destierro. Yo llevé grilletes...», etcétera. Stepánov tuvo ocasión de leer esta octavilla mucho más tarde.

Entonces le pareció que todo había acabado, que tenía la conciencia limpia tanto ante Antónov, cuya vida había salvado Stepánov, como ante el poder soviético, ya que Antónov había desaparecido y así se había puesto punto final a la *antónovschina*.

Pero las cosas no fueron así. Antónov no tenía ninguna intención de mantener su palabra. El hombre se unió a sus «verdes», les dio nuevos ánimos y los combates se reiniciaron con nueva fuerza.

—Fue entonces cuando se me puso el pelo blanco —dijo Stepánov—. No más tarde.

Al poco, Tujachevski tomó el mando de todo el ejército, sus acciones enérgicas, emprendidas para liquidar la *antónovschina*, se coronaron con un éxito completo: las aldeas más recalcitrantes fueron arrasadas con fuego de artillería. La *antónovschina* estaba en las últimas. El propio Antónov se encontraba en un hospital de campaña enfermo de tifus, y cuando la Caballería Roja rodeó el hospital, el hermano de Antónov lo mató de un tiro en su cama antes de suicidarse de un disparo. Así murió Alexandr Antónov.

Acabó la guerra civil; Stepánov fue desmovilizdo y se puso a trabajar a las órdenes de Ordzhonikidze, que era

entonces el comisario del pueblo de la Inspección Obrera y Campesina. Miembro del partido desde 1917, Stepánov asumió el cargo de secretario de este comisariado.

Era el año 1924. Allí trabajó un año, dos, tres, y a finales del tercero empezó a notar que lo vigilaban; alguien le controlaba los papeles, la correspondencia.

Muchas noches se pasó Stepánov sin dormir. Rememoraba cada paso de su vida, cada día de su vida, toda ella aparecía más clara que el agua, salvo aquella historia con Antónov. Pero Antónov estaba muerto. Y Stepánov no le contaba nunca nada a su hermano.

Al cabo de poco tiempo lo llamaron a la Lubianka, y el investigador, un chekista de alto rango, le preguntó con calma si no era cierto que Stepánov, cuando era comandante del Ejército Rojo, encontrándose en una situación de guerra, había dejado en libertad a Alexandr Antónov al ser hecho prisionero.

Y Stepánov confesó la verdad. Entonces quedaron al descubierto todos los secretos.

Resulta que aquella noche de Tambov Antónov no se fugó solo. Fue hecho prisionero junto a uno de sus oficiales. El oficial, después de la muerte de Antónov, huyó al Extremo Oriente, atravesó la frontera y se unió al atamán cosaco Semiónov; penetró varias veces en el país como saboteador, finalmente lo atraparon y por entonces estaba encerrado en la Lubianka y «había cobrado conciencia». En la detallada confesión que había garabateado en su celda de aislamiento, mencionó que el año tal fue hecho prisione-

ro por los rojos y que aquella misma noche logró huir junto con Antónov. Antónov no le dijo nada, pero él, como especialista militar, como oficial zarista, creía que en aquella situación se produjo un acto de traición por parte del mando rojo. Se comprobó la veracidad de los renglones de aquella agitada y caótica crónica. Se encontró el protocolo del tribunal según el cual el jefe de la guardia, Greshnev, fue condenado a un año de prisión condicional por la incorrecta distribución de los puestos de guardia.

¿Dónde está ahora Greshnev? Se revisan los archivos militares: resulta que hace mucho que se ha desmovilizado, que vive en su pueblo natal, trabaja como campesino. Tiene mujer y tres hijos pequeños en una aldehuela cercana a Kremenchug. De pronto Greshnev es arrestado y mandado a Moscú.

Si hubieran arrestado a Greshnev durante la guerra civil, tal vez habría preferido la muerte antes que entregar a su jefe. Pero el tiempo pasa; ¿qué le importaban entonces la guerra y su antiguo jefe, Stepánov? Tiene tres hijos de corta edad, un esposa joven y toda la vida por delante. Greshnev contó que hizo lo que le pidió Stepánov; bueno, no lo que le pidió, sino lo que le ordenó personalmente diciéndole que la fuga era necesaria para la causa y que el comandante le prometía que a él no lo iban a juzgar.

Sueltan a Greshnev y van a por Stepánov. Lo juzgan, lo condenan a ser fusilado, le conmutan la pena por diez años de campos de trabajo y se lo llevan a Solovkí...

En 1933 iba yo por la plaza Strasnaya. Pushkin aún no había atravesado la plaza y se encontraba al final, o mejor

dicho, al principio del bulevar Tverskói, allí donde lo había colocado Opekushin, un escultor que entendía muy bien la fusión entre la piedra, el metal y el cielo. Alguien me golpeó con un bastón por detrás. Miré; era Stepánov. Hacía tiempo que estaba en libertad, trabajaba de jefe del aeropuerto. Llevaba el mismo bastón.

—¿Sigues cojeando?

—Sí. Las consecuencias del escorbuto. En medicina a esto lo llaman contractura.

1959

Alias Berdí[74]

Se trata de una anécdota convertida en símbolo místico...

Durante muchos años no me creí que la historia del subteniente Kizhé[75] —aquel hecho vivo y real, pues todos trataban al subteniente como si fuera un ser vivo— se basara en un suceso auténtico. La increíble historia de los tiempos de Pablo I, que tan bien nos contara Yuri Tiniánov, no era para mí más que una ingeniosa y genial invención, una broma cruel de algún dignatario ocioso de la época, convertida, al margen de la voluntad de su autor, en un brillante retrato de aquel notable reinado. El centinela de Leskov,[76]

74. El título en ruso —*Onzhe Berdí*— plasma la confusión que puede producirse entre un apellido extraño, Onzhe —algo frecuente en la multiétnica URSS—, y *on zhe*, que significa «también llamado», o sea, nuestro «alias».

75. *El subteniente Kizhé* (1928), novela de Yuri Nikoláyevich Tiniánov (1894-1943) en la que, fruto de un error administrativo, un nombre se convierte merced a las maravillas de la burocracia en un ser real.

76. *Un hombre de guardia* (1887), otra historia similar —su trama se desarrolla en torno al pavor que genera la autoridad—, obra del autor satírico Nikolái Semiónovich Leskov (1831-1895).

que es una historia del mismo género, viene también a corroborar hasta qué punto se perpetúan las costumbres autoritarias. Pero el hecho mismo de la «errata»[77] me parecía dudoso, y así lo creí hasta el año 1942.

El teniente Kurshakov descubrió la fuga en la estación de Novosibirsk. Sacaron a todos los presos de los vagones de ganado y los contaron bajo la fina y fría lluvia, los «nombraron por lista», con su artículo y condena, pero todo fue inútil. En la formación de a cinco había treinta y ocho filas completas y en la trigésimo novena había un solo hombre, no dos, como constaba al salir. Kurshakov maldecía la hora en que había aceptado hacerse cargo de la etapa sin los «expedientes personales», solo con la lista, donde bajo el número sesenta aparecía el recluso huido. La lista se leía mal, además no había modo de proteger el papel de la lluvia. El alarmado Kurshakov casi no distinguía los apellidos, de hecho hasta las letras se corrían. El número sesenta no estaba. Habían hecho ya la mitad del trayecto. Extravíos como aquel se castigaban con dureza, y Kurshakov ya se estaba despidiendo de los galones y de la paga de oficial. También le asustaba que lo mandaran al frente. Corría el segundo año de guerra y Kurshakov servía por fortuna en las tropas de escolta. El teniente había logrado la reputación de un oficial eficiente y esmerado. Había conducido etapas decenas

77. Se sigue refiriendo a la historia de Kizhé, apellido nacido de un error de escritura o de lectura.

de veces, grupos pequeños y grandes, había llevado convoyes de reclusos, servido en escoltas especiales, y nunca había tenido ninguna fuga. Incluso había recibido la medalla «por méritos en el combate», condecoraciones que también se concedían en la retaguardia.

Kurshakov se hallaba en el vagón de la escolta y, con los dedos temblorosos, resbaladizos por la lluvia, repasaba el contenido de su maldito «paquete» —el estadillo de las comidas, la carta de la cárcel dirigida a los campos de destino de la etapa, y listas, listas, listas—. De todos los papeles, de todas las líneas, solo veía el número 192. En cambio, en los vagones cerrados a cal y canto había ciento noventa y un presos. Los hombres, calados hasta los huesos, lanzaban maldiciones y, tras despojarse de las chaquetas y los abrigos, intentaban secarlos con el aire que entraba por las rendijas de las puertas del vagón.

Kurshakov no sabía qué hacer, aturdido por la fuga. Los guardias libres de servicio callaban espantados en un extremo del vagón, y en el rostro del ayudante de Kurshakov, el sargento mayor Lázarev, se reflejaba alternativamente todo lo que asomaba en el de su jefe: la impotencia, el miedo...

—¿Qué hacer? —dijo Kurshakov—. ¿Qué hacer?

—A ver, dame la lista.

Kurshakov alargó a Lázarev varias hojas de papel arrugado sujetas por un alfiler.

—Número sesenta —leyó Lázarev—: Alias Berdí, artículo 162; condena, diez años.

—Un ladrón —dijo Lázarev lanzando un suspiro—. Un ladrón. Un bicho.

El frecuente trato con el mundo del hampa había enseñado a los escoltas a emplear su argot, su diccionario cifrado, en el que se llama «bicho» a los habitantes de Asia central, del Cáucaso y sus aledaños.

—Un bicho —confirmó Kurshakov—. No sabrá ni hablar en ruso. Habrá mugido algo al pasar lista. Nos van a arrancar la piel a tiras, hermano, por este asunto... —Y Kurshakov se acercó la hoja a los ojos para añadir con rabia—: Berdí...

—O puede que no —pronunció Lázarev de pronto con voz firme. Sus brillantes y huidizos ojos se elevaron al techo—. Tengo una idea. —Y susurró presuroso algo al oído de Kurshakov.

El teniente meneó incrédulo la cabeza:

—No saldrá bien...

—Se puede probar —dijo Kurshakov—. ¿Qué me dices del frente? ¿O no estamos en guerra?

—En marcha —dijo Kurshakov—. Aún estaremos aquí un par de días; me he informado en la estación.

—Dame dinero —dijo Lázarev.

Regresó al anochecer.

—Un turkmeno —le dijo a Kurshakov.

Kurshakov se dirigió a los vagones, abrió la puerta del primer vagón de presos y preguntó si entre ellos había alguien que supiera aunque fuera dos palabras de turkmeno. En el vagón le dijeron que no, y Kurshakov ya no siguió la

búsqueda. Trasladó con sus cosas a uno de los presos al vagón del fugado, y los guardias arrojaron en el primer vagón a un hombre con la ropa hecha pedazos que gritaba en una lengua incomprensible algo muy importante y pavoroso.

—Te han trincado, los hijos de su madre —dijo un recluso alto haciendo sitio al fugado. Este abrazó los pies del hombre alto y se echó a llorar.

—Déjame, ¿me oyes? Suelta —rugía el larguirucho.

El fugado farfullaba algo incomprensible.

—No te comprendo, chaval —dijo el alto—. Tómate la sopa, me ha quedado algo en la cazoleta.

El fugado se acabó la sopa y se durmió. Por la mañana de nuevo se puso a gritar y a llorar, logró salir del vagón y cayó a los pies de Kurshakov. Los escoltas le metieron a golpes de vuelta en el vagón, y hasta el final del trayecto el fugado se pasó el viaje tumbado bajo las literas, asomándose solo cuando distribuían la comida. El hombre callaba y no paraba de llorar.

La entrega de la etapa transcurrió de modo plenamente satisfactorio para Kurshakov. Después de soltar unos cuantos denuestos contra la prisión, que había mandado la etapa sin los expedientes personales, el comandante de guardia salió a recibirlos y empezó a pasar lista. Cincuenta y nueve hombres se apartaron a un lado, el sesenta no salía.

—Es un fugado —dijo Kurshakov—. Se me escapó en Novosibirsk, pero lo pescamos. En el mercado. Nos ha dado mucho trabajo. Se lo voy a mostrar. Es un bicho, ni palabra de ruso.

Kurshakov sacó a Berdí agarrándolo por el hombro. Los cierres de los fusiles chasquearon y Berdí entró en el campo.

—¿Su apellido?

—Ahí lo tiene —señaló Kurshakov.

—Alias Berdí —leyó el comandante—. Artículo 162; condena, diez años. Un bicho, pero de los malos...

El comandante apuntó con pulso firme junto al apellido de Berdí: «Propenso a las fugas. Intentó escapar durante el traslado.»

Al cabo de una hora llamaron a Berdí. Este, contento, se levantó de un salto, creyendo que todo se iba a aclarar y que enseguida lo pondrían en libertad. El hombre corría alegre delante del escolta.

Lo condujeron al extremo del campo, a un barracón rodeado con tres filas de alambre de espino; lo empujaron por la primera puerta y el hombre cayó en un agujero oscuro y pestilente de donde emergía un zumbido de voces:

—Un bicho, hermanos...

Me reencontré con Alias Berdí en el hospital. El hombre ya hablaba un poco de ruso y me contó que tres años antes, en el mercado de Novosibirsk, un soldado ruso, de una patrulla según cree Berdí, probó durante largo rato a trabar conversación con él. El soldado condujo al turkmeno a la estación para comprobar su identidad. Rompió los documentos de Berdí y lo metió en un vagón de presos. El verdadero apellido de Berdí era Tosháyev; se trataba de

un campesino de una perdida aldea cercana a Chardzhou. En su peregrinar en busca de comida y trabajo, junto con un compañero que sabía hablar ruso, llegaron hasta Novosibirsk. En el mercado, el compañero se había ido no se sabe adónde...

Me contó que él, Tosháyev, había mandado ya varias instancias, pero aún no había recibido respuesta alguna. Que su expediente personal nunca llegó, de modo que se le incluía en el grupo de los «indocumentados», de las personas que permanecían en reclusión sin documentos. Que ya se ha acostumbrado a responder al apellido de Alias, que tiene ganas de volver a casa, que aquí hace mucho frío, que enferma a menudo, que ha escrito a casa pero que no ha recibido respuesta, seguramente porque no paran de trasladarlo de un lugar a otro.

Alias Berdí había aprendido a hablar en ruso, pero en los tres años no había aprendido a comer con cuchara. Tomaba con ambas manos la escudilla: la sopa siempre estaba tibia y el plato no podía quemarle ni los dedos ni los labios... Berdí sorbía la sopa, y lo que quedaba en el fondo lo recogía con los dedos... También tomaba las gachas del mismo modo, con los dedos, dejando a un lado la cuchara. Era el hazmerreír de todo el barracón. Después de masticar un trozo de pan, Berdí lo convertía en una masa con la que hacía unas bolas mezclándolas con ceniza que sacaba de la estufa. Tras amasar bien la pasta, hacía una bola que luego chupaba. Era su hachís, su *anasha*, su opio. De esta costumbre nadie se reía; quien más quien menos se había visto obliga-

do a desmenuzar hojas secas de abedul o alguna raíz de grosella y fumarse aquello en lugar de *majorka.*

Berdí se sorprendió al ver que yo había captado enseguida el meollo del asunto. Un error de la mecanógrafa, que había dado un número al apodo del preso que tenía el número 59, el desorden y el desbarajuste en las apresuradas expediciones de presos de las cárceles en tiempo de guerra, el miedo servil de los Kurshakov y los Lázarev ante sus superiores...

Pero el caso es que sí había un hombre vivo y real: el cincuenta y nueve. ¿No pudo este decir que el apodo, el alias «Berdí» era el suyo? Claro que lo habría podido hacer. Pero cada uno se divierte como puede. Todo el mundo disfruta al ver cundir el desconcierto y el pánico entre las filas de los superiores. Solo un preso normal podía sacar de su error al mando, no un hampón. Y el número cincuenta y nueve era un hampón.

1959

Las prótesis

El barracón de castigo del campo era viejo, muy viejo. Parecía que con un solo golpe en la pared de la celda, el muro de madera se caería, el barracón se desmoronaría y los troncos echarían a rodar. Pero el edificio no se derrumbaba y las siete celdas individuales de aislamiento cumplían fielmente su cometido. Claro que cualquier palabra dicha en voz alta era oída por los vecinos. Pero los encerrados en las celdas temían ser castigados. El vigilante de guardia marcaba la celda con una cruz de yeso y la celda se quedaba sin plato caliente. Marcaba dos cruces, y se quedaba sin pan. Era un barracón destinado a los delitos del campo; a todos los sospechosos de algo más grave se los llevaba a la dirección.

Entonces, por primera vez, de pronto se había arrestado a todos los jefes de los servicios del campo, a todos los responsables nombrados de entre los reclusos. Se estaba montando algún caso de envergadura, se preparaba algún proceso en los campos. Por orden de alguien.

De modo que henos allí a todos, los seis, de pie en el estrecho pasillo del barracón de castigo, rodeados de guardias de escolta, sintiendo y comprendiendo solo una cosa:

que la misma máquina que años atrás nos había atrapado hoy nos clavaba de nuevo sus dientes, y que la razón de aquel arresto la conoceríamos mañana, no antes...

Tras desnudarnos a todos hasta dejarnos en paños menores, nos metieron a cada uno en una celda de castigo. El encargado del almacén apuntaba las cosas que quedaban bajo su custodia, las guardaba en sacos, a los que ataba unas tablillas y escribía algo. Un instructor —del cual yo conocía el apellido: Pesniakévich— dirigía la operación.

El primero de los arrestados iba con muletas. El hombre se sentó en un banco junto a un fanal, dejó las muletas en el suelo y comenzó a desnudarse. Asomó su corsé metálico.

—¿Me lo quito?

—Claro.

El hombre comenzó a desabrocharse los cordones del corsé y el instructor Pesniakévich se inclinó para ayudarle.

—¿Me descubres, viejo? —dijo en el argot del hampa quien se estaba desvistiendo, dándole al término «descubres» un sentido nada insultante.

—Te reconozco, Pleve.

El hombre del corsé era Pleve, el encargado del taller de sastrería del campo. Era un puesto importante, con veinte sastres que trabajaban por encargo, también para los libres, con el permiso de los superiores.

El hombre desnudo se hizo un ovillo sobre el banco. El corsé metálico yacía en el suelo; la operación de inscribir en el estadillo los objetos entregados proseguía.

—¿Cómo apunto este chisme? —preguntó el alma-

cenero del barracón a Pleve señalando con la punta de la bota el corsé.

—Prótesis metálica; es un corsé —respondió el hombre desnudo.

El instructor Pesniakévich se alejó un momento y yo le pregunté a Pleve:

—¿Es cierto que a este sabueso lo conoces de la calle?

—¡Pues claro! —dijo Pleve con voz dura—. Su madre regentaba un burdel en Minsk, y yo iba allí. Eso era aún en tiempos de Nicolás el Sangriento.[78]

Del fondo del pasillo asomó Pesniakévich y cuatro escoltas. Los guardias agarraron por las manos y los pies a Pleve y lo introdujeron en una celda. Resonó el candado.

El siguiente era Karaváyev, el responsable de las cuadras de caballos. Antiguo combatiente de Budiónni,[79] había perdido una mano durante la guerra civil. Karaváyev golpeó con el hierro de la prótesis la mesa del vigilante de guardia:

—Escoria, eso es lo que sois.

—Quítate el hierro. Entrega la mano.

Karaváyev alzó su prótesis desabrochada, pero sobre el caballero rojo saltaron los escoltas y lo metieron a empu-

78. Se refiere a Nicolás II (1868-1918), a quien llamaban el Sangriento, sobre todo tras la catástrofe que se produjo durante su coronación.

79. Semión Mijáilovich Budiónni (1883-1973), mariscal, militar célebre que comandó el I Ejército de Caballería, la famosa Caballería Roja cuyas gestas recoge Isaak Bábel en el ciclo homónimo.

jones en la celda. Hasta nosotros llegó una sarta de juramentos rebuscados.

—Eh, tú, mano de hierro —terció el responsable del barracón de castigo—. Por armar ruido, te quedas sin plato caliente.

—Vete con tu plato caliente a...

El responsable sacó del bolsillo un trozo de yeso y marcó una cruz en la celda de Karaváyev.

—¿Y ahora quién me va a firmar por la mano?

—Nadie te va firmar; pon una señal y basta —dispuso Pesniakévich.

Le tocaba el turno al médico, a nuestro doctor Zhidkov. El viejo, que era sordo, entregó su corneta acústica. El siguiente era el coronel Panin, el encargado del taller de carpintería. Al coronel, durante la Gran Guerra, en algún lugar de Prusia Oriental, un proyectil le había arrancado la pierna derecha. Era un carpintero espléndido; una vez me había contado que a los hijos de los nobles siempre se les enseñaba algún oficio, un oficio manual. El viejo Panin se desabrochó la prótesis y se fue dando saltos sobre una pierna hacia su celda.

Quedábamos dos: Shora, Grisha Shora, el jefe primero de brigada, y yo.

—Mira qué guasa —dijo Grisha dominado por la alegre excitación del arresto—: este, una pierna; aquel, la mano. Pues yo, mira, un ojo. —Y Grisha se quitó con gesto diestro su ojo de porcelana, el derecho, y me lo mostró tras depositarlo sobre la palma de la mano.

—¿No me digas que tenías un ojo artificial? —dije asombrado—. Nunca lo había notado.

—Porque no miras bien. Y además tuve suerte con el ojo: me va perfecto.

Mientras apuntaban el ojo de Grisha, al responsable del barracón de aislamiento le hizo gracia todo aquello y le entró la risa, no podía parar.

—O sea que aquel, la mano; ese, una pierna; el otro, la oreja; el de más allá, la espalda; y este, el ojo. Así vamos a reunir todas las partes del cuerpo. ¿Y tú qué?

El hombre me miró, desnudo como estaba, atentamente.

—¿Tú, a ver, qué me das? ¿Tu alma?

—No —dije yo—. El alma no te la doy.

1965

Tras el humo del tren

Sí, este había sido mi sueño: oír el silbido del tren, ver el humo blanco de la locomotora deslizándose por el terraplén del ferrocarril.

Esperaba el humo blanco, esperaba una locomotora de verdad.

Nos arrastrábamos, desfallecidos, pero sin decidirnos a tirar los chaquetones, las pellizas; nos quedaban tan solo quince kilómetros hasta casa, hasta los barracones. Pero nos daba miedo tirar los chaquetones y las pellizas allí mismo, en el camino, tirarlos a la cuneta y correr, andar, arrastrarnos, librarnos del pavoroso peso de la ropa. Temíamos desprendernos de los chaquetones; al cabo de unos minutos la ropa se convertiría en un helado arbusto de *stlánik* en medio de la noche de invierno, en una piedra congelada. Por la noche nunca encontraríamos la ropa, esta se perdería en la taiga invernal, como se perdía la chaqueta en verano entre los arbustos de *stlánik* si no la atabas a la rama más alta del arbusto como un jalón, un jalón de la vida. Sabíamos que sin los chaquetones y las pellizas no nos salvaríamos. Y nos arrastrábamos, perdiendo las fuerzas, calentándonos con el sudor

y notando que bastaba que dejaras de moverte para que el frío mortífero se deslizara por el cuerpo exhausto tras perder su principal facultad, la de ser una fuente de calor, de simple calor, capaz de generar, si no la esperanza, sí la ira.

Nos arrastrábamos todos juntos, los libres y los presos. El chófer, a quien se le había acabado la gasolina, se había quedado esperando la ayuda que íbamos a pedir nosotros. Se había quedado, después de hacer una hoguera con la única madera seca que tenía a mano: los jalones de la carretera. La salvación del chófer podía costar la vida a otros conductores, pues habíamos arrancado todos los jalones, los hicimos astillas y los arrojamos a la hoguera, que ardía con un fuego pobre pero salvador; y el chófer se había encorvado sobre la hoguera, sobre las llamas, añadiendo de vez en cuando un palito, una astilla más; el chófer ni siquiera pensaba en entrar en calor, en calentarse. No hacía más que salvar su vida... Si hubiera abandonado el camión y se hubiera marchado con nosotros arrastrándose por las piedras cortantes y frías de aquella carretera de montaña, si hubiera abandonado la carga, le habrían caído varios años. El chófer esperaba y nosotros nos arrastrábamos en busca de ayuda.

Yo me deslizaba tratando de evitar los pensamientos superfluos —los pensamientos eran como los movimientos—; la energía no debía consumirse más que para arañar, para empujar, para trasladar tu propio cuerpo hacia delante por aquella carretera nocturna de invierno.

Y no obstante, con aquel frío de cincuenta grados, nuestra propia respiración nos parecía humo de tren. Los

alerces plateados en medio de la taiga nos recordaban las bocanadas del humo de tren. La blanca bruma que cubría el cielo y que llenaba nuestra noche también era humo de tren, el humo de mi viejo sueño. En este blanco silencio lo que oí no fue el rumor del viento, sino una frase musical llegada del cielo y una voz humana clara, melódica y sonora que retumbó en el aire helado justo encima de nosotros. La frase musical era una alucinación, un espejismo sonoro, había en ella algo del humo de tren que llenaba todo el desfiladero. La voz humana no era más que una prolongación, la prolongación lógica de este espejismo musical de invierno.

Pero descubrí que no solo yo oía aquella voz. Todos los que se arrastraban la oían. Muertos de frío, pero sin fuerzas para moverse. En la voz llegada del cielo había algo más grande que la esperanza, más grande que nuestro movimiento de tortuga hacia la vida. La voz del cielo repetía: «Noticias de la TASS. Quince médicos... Acusados ilegalmente, no han cometido ningún delito; sus confesiones les fueron arrancadas mediante métodos de investigación inadmisibles y severamente prohibidos por la legislación soviética.»

Han soltado a los médicos. ¡Esta sí que es buena! ¿Qué ocurre entonces con la correspondencia de Lidia Timaschuk[80] y la medalla? ¿Y qué ocurre con la periodista

80. El autor se refiere al proceso de las «batas blancas»; cuando unos médicos se vieron acusados por la también médico Lidia Timaschuk de intentar envenenar a la dirección del partido y del Gobierno soviéticos. Por esta acción, Timaschuk fue condecorada. El proceso se cerró a la muerte de Stalin.

Yelena Kononenko, glorificadora del espíritu vigilante y hasta hace poco heroína de este mismo espíritu, un espíritu vigilante encarnado, personificado en ella y mostrado al mundo entero?

Y es que la muerte de Stalin no nos produjo, con toda nuestra larga experiencia, la debida impresión.

Hacía tiempo que sonaba una música que se diría celestial cuando volvimos a arrastrarnos hacia delante. Nadie había dicho ni una palabra; cada cual encajó la noticia a su manera.

Ya asomaban las luces del poblado. Al encuentro de los que se arrastraban salieron sus mujeres, sus subordinados, sus superiores. A mi encuentro no salió nadie; tenía que alcanzar a rastras el barracón yo solo, el cuarto, la litera, encender y caldear la estufa de hierro. Y cuando entré en calor, me harté de agua caliente, calentada en una taza directamente sobre la estufa, sobre la leña que ardía, me enderecé ante el fuego, notando como la luz cálida recorría mi cara —pues no toda la piel de la cara se me había helado antes, había conservado manchas, rincones y partes aún indemnes—, y tomé una decisión.

Al día siguiente entregué mi petición de despido.

—El despido es cosa de la Providencia —dijo burlón el jefe del distrito. Pero aceptó mi petición y esta salió hacia su destino con el correo de turno.

«Llevo en Kolimá diecisiete años. Solicito que se me conceda el despido. Como antiguo recluso, no disfruto de ninguno de los derechos de antigüedad, ni de acumulación

de años trabajados. Mi despido casi no representa para el Estado gasto alguno. Esta es mi petición.» A las dos semanas recibí la respuesta: un no sin ninguna explicación. Escribí a vuelta de correo una reclamación al fiscal, solicitando su intervención, y así sucesivamente.

La cuestión era que si surgía una esperanza, por pequeña que fuera, debían eliminarse o destruirse todos los impedimentos jurídicos para que de este modo las formalidades no entorpecieran mi gestión. Lo más probable era que mi correspondencia fuera inútil. Pero, ¿y si de pronto?...

En el club arrancaron los retratos de Beria, y yo seguía escribiendo y escribiendo. La detención de Beria no dio nuevas alas a mis esperanzas. Aquellos sucesos se producían como quien dice por sí mismos, y la secreta relación que pudieran tener con mi suerte no se percibía con claridad. No era en Beria en quien debía pensar.

La respuesta del fiscal llegó al cabo de dos semanas. Era un fiscal que ocupaba un alto cargo en la administración vecina. Al hombre lo habían retirado de su cargo y lo mandaron a un rincón perdido. La esposa del fiscal comerciaba con máquinas de coser vendiéndolas a precios diez veces más caros; incluso apareció un artículo sobre el asunto. El fiscal trató de defenderse con las armas más habituales: denunció que el ayudante del jefe de la administración, Azbukin, vendía *majorka* entre los reclusos a diez rublos el pitillo. Y que recibía la *majorka* en paquetes enviados desde el continente por avión, casi como si se tratara de correo diplomático, aplicándose al peso de la carga las normas espe-

ciales de la más alta autoridad, o ignorando cualquier norma. A la mesa del jefe de la administración se sentaban a diario hasta veinte personas, y no había complemento polar ni plus de antigüedad que pudieran cubrir los gastos para vino y frutas. El jefe de la administración era un tierno padre de familia, con dos hijos. Cubría todos los gastos con la venta de la *majorka*: sacaba diez rublos por cada pitillo liado a mano; en un paquete equivalente a ocho cajas de cerillas cabían sesenta cigarrillos. Seiscientos rublos por el paquete de cincuenta gramos; el asunto valía la pena.

El fiscal que se opuso a aquel método de enriquecimiento fue retirado de su cargo y mandado a nuestras tierras, a este perdido rincón. El fiscal velaba por el cumplimiento de la ley, contestaba sin dilación a las cartas, alentado por su odio hacia los superiores, enardecido en su lucha contra los superiores.

Escribí una segunda petición: «Se me ha denegado el despido. Ahora, el certificado del fiscal que le adjunto...»

A las dos semanas recibí una nueva negativa. Sin explicación alguna, como si lo que hubiera pedido fuera un pasaporte para viajar al extranjero, trámite en el que no te explican el motivo del rechazo.

Escribí al fiscal regional, al fiscal de la región de Magadán, y recibí respuesta; se me decía que tenía derecho a despedirme y a abandonar el lugar. La lucha de las fuerzas superiores había llegado a una nueva etapa. Cada golpe de timón dejaba alguna huella en forma de innumerables órdenes, explicaciones y permisos. Se intuía cierta recipro-

cidad; mis solicitudes daban «en el blanco», como dice la gente del hampa. ¿En el blanco del tiempo?

A las dos semanas recibí una nueva negativa. Sin explicación alguna. Y aunque escribía repetidamente cartas lacrimógenas a mi jefe, al jefe del departamento de sanidad de la administración, al practicante Tsapko, no recibí ninguna respuesta de él.

Desde mi centro hasta la administración, hasta el centro médico más cercano, había trescientos kilómetros.

Llegué a la conclusión de que se imponía un encuentro cara a cara. Tsapko se presentó con el nuevo jefe de los campos, me prometió muchas cosas, me prometió incluso el despido.

—Te recojo de vuelta. O mejor, quédate un invierno más. Y en primavera te marchas.

—No. Aunque no me despidan, me largo sin falta de su administración.

Nos despedimos. Pasaba agosto, llegaba septiembre. Los peces ya no remontaban la corriente de los torrentes. Pero a mí no me interesaban ni las nasas, ni las explosiones, después de las cuales los peces salían a flote y las blancas panzas de los salmones se balanceaban en las olas de los torrentes de montaña, se quedaban atrapados en los remolinos y se pudrían, apestaban.

Tenía que presentárseme la ocasión. Y la ocasión llegó. Visitó nuestro distrito el jefe de la administración de carreteras en persona, el coronel de ingenieros Kondakov. Pasó la noche en la isba del jefe del distrito. Apremia-

do por el temor de que Kondakov se durmiera, llamé a la puerta.

—Pase.

Kondakov se hallaba sentado a la mesa, con la guerrera desabrochada y frotándose la marca roja que, rodeando su redondo y blanco cuello, le había dejado la tirilla.

—Se presenta el practicante del distrito. Permita que me dirija a usted por un asunto personal.

—De viaje no hablo con nadie.

—En previsión de esta circunstancia —le dije con frialdad y calma—, le he escrito esta carta, esta solicitud. Aquí tiene el sobre; está todo escrito. Le ruego que la lea en el momento en que usted considere oportuno.

Kondakov se sintió incómodo y dejó de masajear la tirilla de la guerrera. Quiérase o no, Kondakov era ingeniero, una persona con educación superior, aunque fuera técnica.

—Siéntese. Cuénteme de qué se trata.

Me senté y le conté el problema.

—Si todo es como usted dice, le prometo que firmaré su despido en cuanto regrese a la administración. Dentro de unos diez días.

Y Kondakov se apuntó mi apellido en un minúsculo cuaderno de notas.

Al cabo de diez días me llamaron de la administración: me llamaron unos amigos, si es que lo que tenía allí eran amigos. O simplemente curiosos espectadores, no actores, que tranquilamente, durante muchas horas, muchos años, contemplan como un pez intenta escapar de una nasa

rota, como un zorro se arranca a mordiscos una pata para escapar de un cepo. Contemplan el espectáculo sin hacer ningún intento de aflojar el cepo y soltar al zorro. Simplemente contemplan la lucha entre el animal y el hombre.

Pedí que me mandaran un telegrama telefónico, desde el distrito a la administración, a mi cargo. Permiso para un telegrama: así se lo imploré al jefe del distrito... Pero ninguna respuesta.

Llegó el invierno de Kolimá. El hielo cubrió los riachuelos y solo aquí y allá en los rápidos fluía, corría, vivía el agua que humeaba como el vapor de la locomotora.

Había que apresurarse, había que darse prisa.

—Voy a mandar a un enfermo grave a la administración —informé al jefe.

Se le había declarado una estomatitis ulcerosa debida a la inanición, a la avitaminosis; una estomatitis ulcerosa, dolencia que tan fácil es de confundir con la difteria. Teníamos derecho a hacer este género de traslados, es más, estábamos obligados a trasladar a este tipo de pacientes. Lo exigía la orden, la ley y la conciencia.

—¿Y quién lo va a acompañar?

—Yo.

—¿Tú mismo?

—Sí. Cerraremos el ambulatorio por una semana.

Casos así ya se habían dado antes y el jefe lo sabía.

—Haré un inventario. Para evitar robos. Y sellaré el armario con un precinto del responsable de Interior.

—Eso está bien —dijo el jefe, más tranquilo.

Viajamos en coches de paso, nos helábamos y entrábamos en calor cada treinta kilómetros, y al tercer día, cuando aún había luz, alcanzamos la administración, sumida en una bruma amarillenta y blanquecina.

La primera persona a la que vi fue al practicante Tsapko, el jefe del departamento de sanidad.

—Le he traído un enfermo grave —le informé; pero Tsapko no miraba al enfermo sino las maletas. Incluso yo tenía maletas, unas maletas de madera, hechas a mano, que contenían mis libros, mi pobre traje de algodón, la ropa interior, una almohada, una manta... Tsapko lo entendió todo.

—Sin el jefe, no le puedo firmar el permiso de partida.

Nos dirigimos al jefe. Se trataba de un jefe pequeño, comparado con el ingeniero coronel Kondakov. Por la falta de firmeza de su tono, por la inseguridad de sus respuestas, comprendí que habían llegado nuevas órdenes, nuevas «aclaraciones»...

—¿No querría usted quedarse un invierno más?

Eran finales de octubre. El invierno estaba en su apogeo.

—No.

—¡Qué le vamos a hacer! Si no quiere, no le vamos a retener...

—¡A sus órdenes, camarada jefe! —Tsapko se puso firmes ante el jefe del campo, hizo resonar los tacones y salimos al sucio pasillo.

—Y bien —dijo satisfecho Tsapko—. Has conseguido todo lo que querías. Ya tienes tu despido, puedes marcharte a donde quieras. Irás al continente. En tu lugar han

destinado al practicante Novikov. Como yo, viene del frente, de la guerra. Regresaréis juntos al ambulatorio, allí harás el traspaso como es debido y luego regresas con el finiquito.

—¿A trescientos kilómetros? ¿Y luego de vuelta aquí? Si para el viaje se me irá un mes entero. No menos.

—No puedo hacer nada más por ti. He hecho todo lo que he podido.

Comprendí que la conversación con el jefe de campo había sido un engaño, que estaba preparada de antemano.

En Kolimá no puedes pedirle consejo a nadie. Un recluso, un antiguo recluso no tiene amigos. Porque el primero en aconsejarte irá corriendo al jefe para contarle; para, en un acto de vigilante celo, vender al compañero.

Hacía tiempo que Tsapko se había ido, pero yo seguía sentado en el suelo fumando sin parar.

¿Quién era ese Novikov? ¿Un practicante del frente?

Encontré a Novikov. Era un hombre aturdido por Kolimá. Su soledad, su sensatez, su mirada insegura decían que para Novikov Kolimá no había resultado ser ni mucho menos lo que esperaba cuando decidió dedicarse a la caza de grandes sueldos. Novikov era demasiado inexperto, un militar demasiado marcado por el frente.

—Oye —le dije—. Tú vienes del frente. Yo he estado aquí diecisiete años. Me he cascado dos condenas. Ahora me van a despedir. Veré a mi familia. En el ambulatorio todo está en orden. Aquí tienes el inventario, todo está precintado. Confía en mí y fírmame el acta de aceptación...

Novikov firmó sin pedir consejo a nadie.

No fui a ver a Tsapko para informarle de que el acta estaba firmada. Me dirigí directamente al departamento de contabilidad. El contable examinó mis documentos, todos los certificados, todos los papeles.

—Bueno —me dijo—. Puedes recibir tu finiquito. Solo hay un pero. Ayer recibimos un telegrama telefónico de Magadán con la orden de detener todos los despidos hasta la primavera, hasta la próxima temporada de navegación.

—Qué me importa a mí la navegación. Si yo vuelo en avión.

—Pero la orden es general, lo sabes bien. Que no naciste ayer.

De nuevo me encontraba sentado en el suelo de la oficina y fumaba, fumaba sin parar. Pasó Tsapko.

—¿Qué, aún no te has marchado?

—No, no me he marchado.

—Bueno, que te vaya bien....

La desilusión que expresaba, extrañamente, no era demasiado profunda. Pero yo ya estaba acostumbrado a estas palmaditas en la espalda. Aunque entonces nada malo me podía pasar. Entonces todo mi cuerpo, toda la fuerza de mi voluntad, se hallaba en movimiento, en marcha, en lucha. Lo único que ocurría es que me había dejado algún cabo suelto. Algún error había cometido mi destino en su frío cálculo, en su juego con mi vida. Este era su error. Me dirigí a ver al secretario del jefe, a aquel mismo ingeniero coronel Kondakov, pero de nuevo estaba de viaje.

—¿Llegó ayer un telegrama telefónico ordenando interrumpir los despidos?

—Sí.

—Pero resulta que... —noté que se me secaba la garganta y casi no podía pronunciar las palabras— que mi despido es de hace un mes. Lleva la orden 65. El telegrama de ayer a mí no me debería afectar. Ya estoy despedido, hace un mes que lo estoy. Yo ya estoy de camino, en tránsito...

—Parece que así es —admitió el teniente—. ¡Vamos a ver al contable!

El contable estuvo de acuerdo con nosotros, pero dijo:

—Esperemos a que regrese Kondakov. Que él decida.

—La verdad es que no se lo aconsejo —dijo el teniente—. La orden la firmó el propio Kondakov. Por propia iniciativa. Nadie se la presentó para la firma. Te arrancará la piel si no la cumples.

—Bueno —dijo el contable mirándome de reojo—. Lo único es que —y el contable hizo chasquear los dedos— el viaje es por cuenta propia.

El billete hasta Moscú en avión y tren valía tres mil quinientos rublos, y yo tenía derecho a que se me pagara el viaje, a que me pagara el Dalstrói, mi amo durante los catorce años de encierro y los tres en libertad; o mejor dicho, no de libertad sino de contratado libre.

Pero por el tono que empleó el contable jefe comprendí que en esto no haría ni la más mínima concesión.

En mi libreta —en mi cuenta de ex recluso—, sin los complementos por los años trabajados, tenía ahorrados seis mil rublos reunidos en tres años.

Las liebres que había cazado, que había cocido, cocinado y que me había comido, los peces que había pescado, cocido, frito y comido, me ayudaron a ahorrar esta asombrosa suma.

Pagué el dinero en caja, recibí un volante por tres mil rublos, los documentos, el pase para el aeropuerto de Oimiakón, y me puse a buscar un coche de paso que fuera en esa dirección. El coche apareció al poco. Doscientos rublos, doscientos kilómetros. Vendí una manta, la almohada. ¿Qué falta me hacían en el avión? Vendí los libros de medicina a Tsapko, se los vendí al precio oficial, aunque Tsapko vendería los manuales y los vademécum diez veces más caros. Pero por entonces yo ya no estaba para estas bobadas.

Peor fue otra cosa. Perdí mi talismán, una navaja hecha a mano que había llevado conmigo muchos años. Había pasado la noche sobre unos sacos de harina y al parecer la navaja se me debió de caer del bolsillo. Para encontrarla hubiera hecho falta vaciar el camión.

Por la mañana temprano llegamos a Oimiakón; allí había trabajado el año anterior, en Tomtor, en mi tiernamente recordada estafeta de correos, desde donde mandé y recibí tantas cartas. Me bajé junto al hotel del aeropuerto.

—Oye, amigo —me dijo el chófer del camión—, ¿no has perdido nada?

—Sí, he perdido una navaja entre la harina.

—Aquí la tienes. He abierto la tabla de la caja y la navaja ha caído al suelo. Una buena hoja.

—Quédatela. De recuerdo. Yo ya no necesito más este talismán.

Pero mi alegría se demostró prematura. En el aeropuerto de Oimiakón no había aviones de línea, y los pasajeros acumulados desde el otoño podían llenar varias decenas de vuelos. Se hacían listas de catorce personas que se revisaban cada día. Una vida en tránsito.

—¿Cuándo salió el último avión?

—Hace una semana.

De manera que tendría que quedarme allí hasta la primavera. No había sido una buena idea regalarle mi talismán al chófer.

Me dirigí al campo de trabajo, a ver al maestro de obras, donde hacía un año había trabajado de practicante.

—Conque al continente...

—Sí. Ayúdame a salir de aquí.

—Mañana iremos juntos a ver a Veltman.

—¿El capitán Veltman sigue siendo el comandante del aeropuerto?

—Así es. Solo que ya no es capitán, sino mayor. Hace poco ha recibido nuevos galones.

A la mañana siguiente el maestro de obras y yo entramos en el despacho de Veltman; nos saludamos.

—Ya ve, nuestro amigo se marcha.

—¿Y por qué no ha venido él solo? A mí me conoce tan bien como a ti.

—Porque conmigo, camarada mayor, se siente más seguro.

—Bueno. ¿Dónde tienes tus cosas?

—Lo llevo todo conmigo —y señalé una pequeña maleta de chapa.

—Excelente, pues. Ve al hotel y espera.

—Pero si...

—¡A callar! Haz lo que te mandan. Y en cuanto a ti, maestro de obras, mañana quiero que me traigas un tractor para igualar la pista, porque sin tractor...

—Te lo mandaré. Seguro —dijo sonriendo Suprún.

Me despedí de Veltman y del maestro de obras y entré en el pasillo del hotel, y tras pasar por encima de piernas y cuerpos encontré un lugar libre junto a la ventana. Allí hacía más frío, ciertamente, pero luego, después de varios aviones, después de varias colas, me movería hacia la estufa, hasta alcanzarla.

Pasaron unas horas, y la gente que estaba tumbada se levantó de un salto escuchando con gran atención un rumor procedente del cielo.

—¡Un avión!

—Un Douglas de carga.

—De carga no, de pasajeros.

Por el pasillo corría de un lado a otro el responsable de guardia del aeropuerto, con una gorra de orejeras con escarapela y con la misma lista de catorce personas que la gente ya se sabía de memoria desde hacía más de un mes.

—A todo el que llame, corriendo a comprarse el billete. El vuelo sale en cuanto el piloto acabe de comer.

—¡Semiónov!

—¡Presente!

—¡Galitski!

—¡Presente!

—¿Por que han tachado mi apellido? —preguntó airado el decimocuarto—. Llevo tres meses en la cola.

—¿A mí qué me cuenta? Lo ha tachado el comandante del aeropuerto. Veltman en persona. Ahora mismo. Lo mandarán con el siguiente avión. ¿No tiene bastante? Porque si quiere usted discutir, ahí tiene el despacho de Veltman. Está dentro... Él se lo explicará todo.

Pero el decimocuarto no se decidió a pedir explicaciones. Dios sabe lo que podría pasar. ¿Y si a Veltman la fisonomía del decimocuarto no le gustaba? Entonces no solo no lo incluirían en el siguiente vuelo, sino que lo borrarían del todo de las listas. Peores cosas se han visto.

—¿Y a quién han apuntado?

—No sé, no se entiende. El encargado de guardia con escarapela intentaba descifrar el nuevo apellido y de pronto gritó el mío.

—Ese soy yo.

—Pues a la caja, corriendo.

Pensaba: no te las des de generoso; no lo rechaces, te largas, coges el vuelo. Llevas diecisiete años de Kolimá sobre las espaldas.

Salí corriendo hacia la caja; era el último; me puse a

sacar los documentos que no había preparado, a sacar el dinero a puñados, mientras las cosas se me caían al suelo.

—Corre. Deprisa —me dijo el cajero—. Vuestro piloto ya ha acabado de comer y el pronóstico es malo: hay que anticiparse al mal tiempo y llegar a Yakutsk.

Yo atendía a aquellas palabras celestiales casi sin resuello.

El piloto había acercado el avión a la puerta del comedor. Hacía tiempo que el embarque había terminado. Yo corría con mi maletita de madera hacia el avión. Sin haberme puesto los guantes, apretando entre mis dedos cada vez más helados el billete de fabricación casera cubierto ya de escarcha; casi no podía respirar de la carrera.

El responsable de guardia comprobó mi billete, me dejó entrar por una escotilla. El piloto cerró la escotilla y se dirigió a la cabina.

—¡Pista!

Alcancé mi asiento, llegué hasta mi butaca incapaz de pensar en nada, incapaz de entender nada.

El corazón me latía; me latió siete horas enteras, hasta que el avión se encontró de pronto en tierra. En Yakutsk.

En el aeropuerto de Yakutsk dormimos abrazados mi nuevo compañero y yo, mi vecino en el avión. Debía calcular la forma más barata de llegar a Moscú, si bien mis documentos de viaje eran hasta Dzhambul. Aunque comprendía que las leyes de Kolimá difícilmente tendrían alguna vigencia en el continente. Es posible que pudiera encontrar trabajo y residir en algún lugar distinto de Dzhambul. Aún tenía mucho tiempo para pensar en ello.

Pero, de momento, la solución más barata era viajar a Irkutsk en avión y de allí en tren hasta Moscú. Cinco días de viaje en tren. También podía volar hasta Novosibirsk y de allí también a Moscú por vía férrea. Dependía del primer avión que saliera... Compré un billete para Irkutsk.

Hasta la salida del vuelo quedaban unas cuantas horas, y durante estas horas recorrí Yakutsk, observando el helado río Lena, la callada ciudad de casas bajas, más parecida a una aldea grande. No, Yakutsk aún no era una ciudad, no era el continente. Allí no había llegado el humo de tren.

1964

El tren

En la estación de Irkutsk me acosté bajo la luz de una bombilla eléctrica, clara e intensa; fuera como fuera, llevaba todo mi dinero cosido en el cinturón. Un cinturón de tela que me confeccionaron en el taller dos años antes; por fin también a él le había llegado el día de serme útil. Con cuidado, pisando por entre las piernas, abriéndose camino entre los cuerpos sucios, malolientes y astrosos, recorría la estación un miliciano y —lo que era aún mejor— había una patrulla militar con brazaletes rojos en las mangas y fusiles automáticos. El miliciano solo no habría podido, de ningún modo, con los maleantes, y la medida, seguramente, se había tomado mucho antes de aparecer yo en la estación. No es que temiera que me robaran el dinero. Hacía mucho que ya no temía nada; simplemente con dinero se está mejor que sin. La luz me caía sobre los ojos, pero la luz me había cegado los ojos miles de veces antes, de modo que había aprendido a dormir perfectamente con claridad. Me levanté el cuello del chaquetón, una prenda que en los documentos oficiales se denominaba «medio abrigo», embutí las manos bien hondo en las mangas, me bajé un poco las botas

de fieltro, para que los dedos quedaran libres, y me dormí. No me asustaban las corrientes de aire. Todo me resultaba habitual: los silbidos de las locomotoras, los vagones en movimiento, la estación, el miliciano, el mercado junto a la estación; era como si simplemente hubiera estado soñando durante muchos años y entonces hubiese despertado. Y me asusté, mi cuerpo se cubrió de un sudor frío. Me espantó la terrible fuerza del hombre, la voluntad y la capacidad de olvidar que tiene el ser humano. Descubrí que estaba dispuesto a olvidarlo todo, a tachar veinte años de mi vida. ¡Y qué años! Y en cuanto lo comprendí me vencí a mí mismo. Sabía que no le permitiría a mi memoria olvidar nada de lo que había visto. Entonces me calmé y me quedé dormido.

Me desperté, di la vuelta a los peales del lado seco, me lavé con nieve —volaban gotas negras en todas direcciones— y me dirigí a la ciudad. Era mi primera ciudad de verdad en dieciocho años. Yakutsk era una aldea grande. El Lena se había apartado mucho de la ciudad, pero los habitantes temían su retorno, las riadas; y el espacio arenoso, el lecho seco del río en medio del campo, se veía vacío, allí solo soplaba la ventisca. En cambio aquí en Irkutsk se veían casas grandes, el ir y venir de los habitantes, tiendas.

En la ciudad compré un traje de lana, un traje así no lo había llevado en dieciocho años. Hacer colas, pagar, alargar el tique de compra me producía un placer indecible. «¿Qué talla?» No me acordaba de mi talla. «La más grande.» La vendedora movió con gesto de desaprobación la cabeza. «¿La cincuenta y cinco?» «Sí, eso.» Y la mujer me envolvió

el traje, una prenda que no tuve ocasión de ponerme, pues mi talla era la 51, algo que descubrí ya en Moscú. Todas las vendedoras llevaban unos vestidos azules idénticos. Me compré además una brocha de afeitar y una navaja. Estas maravillas eran increíblemente baratas. En el Norte todo eso era artesanal, tanto las brochas como las navajas.

Entré en una librería. En la sección de libros antiguos se vendía la *Historia de Rusia* de Soloviov, todos los tomos por ochocientos cinquenta rublos. No, antes de llegar a Moscú no iba a comprar libros. Pero tener en tus manos un libro, quedarte junto al mostrador de una librería era como tomar una buena sopa de carne... Como beberte un vaso de agua fresca.

En Irkutsk nuestros caminos se separaron. Aún el día anterior, en Yakutsk, íbamos por la ciudad juntos y todos juntos sacamos el billete de avión. Hacíamos las colas juntos, los cuatro; a ninguno se nos pasaba siquiera por la cabeza confiar el dinero a alguien. Era algo que no se hacía en nuestro mundo.

Me acerqué hasta el puente y miré hacia abajo: al agua espumeante, verdosa y transparente hasta el fondo del Angará, un río poderoso, limpio. Y tocando con mi mano congelada la barandilla fría y oscura, e inspirando el olor a gasolina y polvo invernal de la ciudad, observaba a los presurosos viandantes, y comprendí hasta qué punto era un hombre de ciudad. Comprendí que lo más querido, lo más importante para el hombre es la época en que nace el sentimiento de pertenecer a un lugar, antes de que hagan acto de presencia

la familia y el amor. Es la época de la infancia, de la temprana juventud. Y el corazón se me encogió. Le mandaba un saludo a Irkutsk con toda mi alma. Irkutsk era mi Vólogda,[81] mi Moscú.

Cuando me acercaba a la estación, alguien me dio un golpe en el hombro.

—Quieren hablar contigo —dijo un chiquillo blancucho con chaquetón, y me condujo hacia un rincón oscuro. Inmediatamente de entre las tinieblas emergió un hombre pequeño que me miraba atentamente.

Por la mirada comprendí con quién me las tenía que ver. Miedosa e insolente, aduladora y llena de odio era aquella mirada tan conocida. De la penumbra surgían otras caras odiosas y desconocidas, no tenía por qué identificarlas, ya aparecerían en su momento, armadas de cuchillos, de punzones, de picas. Ahora ante mí solo tenía una cara de piel pálida y polvorienta, con los párpados hinchados, los labios diminutos, como si estuvieran pegados a una torcida barbilla afeitada.

—¿Quién eres? —dijo alargando una mano sucia de largas uñas. No podía negarme a contestar. Allí ni el miliciano ni la patrulla podían salir en mi defensa—. ¡Vienes de Kolimá!

—Sí, de Kolimá.

—¿De qué has trabajado allí?

—De practicante en las etapas.

81. Ciudad natal de Shalámov.

—¿De practicante? ¡Un matasanos! La sangre que nos habrás chupado. Tenemos que hablar.

Yo apretaba en el bolsillo la navaja que me acababa de comprar y callaba. Solo podía confiar en la ocasión, en alguna posible oportunidad. La paciencia y la casualidad: esto es lo que nos había salvado y nos salva. Los dos pilares sobre los que se sostiene el mundo del preso.

Y las tinieblas se abrieron.

—Yo a este lo conozco —dijo una nueva cara que se asomó a la luz, una cara que me era del todo desconocida. Tengo una gran memoria para las caras. Pero a aquel hombre no lo había visto nunca.

—¿Lo conoces? —el dedo de larga uña dibujó un semicírculo.

—Sí, ha trabajado en «Kudimá» —dijo el desconocido—. Decían que era persona. Que ayudaba a los nuestros. Hay buenas referencias.

El dedo de la uña se esfumó.

—Bueno, largo —soltó con odio el hampón—. Nos lo pensaremos.

Por suerte no tenía que pasar otra noche en la estación. El tren para Moscú salía aquella noche.

Por la mañana reinaba la plúmbea luz eléctrica de las bombillas, unas bombillas turbias, que no había modo de que se apagaran. A través de las puertas que batían sin cesar se veía Irkutsk de día, con su fría claridad. Enjambres de gente amontonada en los pasillos, llenando cada centímetro cuadrado del suelo de cemento, de los grasientos ban-

cos que se dejaban ver solo en el instante en que alguien se levantaba y se iba. Una inacabable espera, una cola interminable ante las cajas: sacar el billete a Moscú, a Moscú y luego veremos... No a Dzhambul, como se indicaba en los documentos. ¿Pero a quién le harían falta estos papeles de Kolimá entre aquel barullo de gente, en aquel incesante movimiento? Por fin me llegó el turno junto a la ventanilla: los espasmódicos malabarismos para alcanzar el dinero, para alargar el fajo de relucientes billetes hacia la taquilla donde desaparecerían, donde iban a desaparecer sin falta, como había desaparecido en aquel instante toda mi vida anterior. Pero el milagro seguía produciéndose, y la ventanilla arrojó un impreciso objeto sólido, rugoso, duro, fino, como un gajo de felicidad: el billete a Moscú. La cajera gritaba algo, algo parecido a que el tren era mixto, que era un billete con reserva pero en un vagón mixto; que la reserva de verdad solo se podía hacer para mañana o pasado. Pero yo no entendí nada a excepción de las palabras «mañana» y «hoy». Hoy, hoy. Y apretando con fuerza el billete, intentando percibir todos sus bordes con mi piel insensible, congelada, pude librarme del tumulto y alcanzar un espacio libre. Había llegado a Irkutsk en avión y no llevaba demasiadas cosas: solo una pequeña maleta de madera. Venía del Extremo Norte, no llevaba nada de más, solo la pequeña maleta de madera, la misma que había intentado vender sin éxito en Adygalaj cuando reunía dinero para viajar a Moscú. No me habían pagado el viaje, pero todo eso eran tonterías. Lo importante era aquella tarjeta de cartón, el billete de tren.

Después de recuperar el aliento en un rincón de la estación —mi sitio bajo la brillante bombilla estaba por supuesto ocupado—, recorrí de nuevo la ciudad y regresé a la estación.

La gente ya había empezado a subir al tren. Sobre un terraplén se veía un tren de juguete, un tren inverosímilmente pequeño; no eran más que unas cuantas cajas sucias de cartón una junto a otra, entre centenares de otras iguales, en las que vivían los ferroviarios y los obreros y donde colgaban prendas de ropa congeladas que repicaban por los golpes del viento.

Mi tren no se distinguía en nada de aquellos convoyes de vagones convertidos en viviendas. El convoy no se parecía en absoluto a un tren que había de salir para Moscú a una hora determinada; se asemejaba más bien a una vivienda ambulante. Por todas partes la gente bajaba los escalones de los vagones. Por todas partes se deslizaban objetos sobre las cabezas de la gente en movimiento. Comprendí que a aquel tren le faltaba lo principal, le faltaba la vida, la promesa de su futuro movimiento, le faltaba la locomotora. En efecto ninguno de aquellos vagones vivienda tenía locomotora. Mi convoy parecía una vivienda sobre ruedas. Y no hubiera creído que estos vagones podrían llevarme a Moscú si no fuera porque los pasajeros subían al tren.

Una lucha, una terrible lucha se producía en la entrada del vagón. Se diría que de pronto la gente hubiera abandonado el lugar de trabajo dos horas antes de lo debido y que todos corrieran a sus casas, al barracón, al calor de la estufa, y se arremolinaran en las puertas.

Qué revisores ni qué... Cada uno buscaba por sus medios su asiento, él mismo tomaba posesión del asiento y se parapetaba en él. Mi litera, que era la del medio, estaba, cómo no, ocupada; por un teniente borracho que no paraba de eructar. Bajé a rastras al teniente y le mostré mi billete.

—Yo también tengo una reserva para este sitio —explicó conciliador el teniente; hipó, se deslizó en el suelo y se durmió al instante.

El vagón no paraba de llenarse de gente. Enormes bultos y maletas se izaban y desaparecían en las alturas. Todo se inundó de un fuerte hedor a abrigos de piel de oveja, a sudor humano, a suciedad y a fenol.

«Como presos en tránsito, como presos», me repetía yo tumbado de espaldas, empotrado en el estrecho espacio entre la litera superior y la mía. Desde abajo, el teniente, con el cuello desabrochado y la cara roja, abotargada, se encaramó hacia arriba. Se agarró a algo, se colgó con los brazos y desapareció...

En el tumulto, entre los gritos del vagón, que realmente parecía un transporte de presos, me perdí lo más importante, aquello que quería oír, que me era imprescindible oír, el momento con el que había soñado diecisiete años, el hecho que se había convertido para mí en algo así como el símbolo del «continente», el símbolo de la vida, el símbolo de la Tierra Grande. No había oído el silbido del tren. Ni siquiera pensé en él durante la batalla por mi plaza en el vagón. No oí el silbido. Pero se estremecieron y se balancearon los vagones, y el nuestro, nuestro transporte de tránsito,

comenzó a desplazarse, y fue como si me empezara a dormir y el barracón se deslizara ante mis ojos.

Me obligué a hacerme a la idea de que realmente me había puesto en marcha, de que me dirigía a Moscú.

En un cambio de agujas, allí mismo, junto a Irkutsk, el vagón se estremeció en una sacudida, y la cara del teniente, que se había agarrado con fuerza de la litera superior en la que dormía, quedó suspendida sobre la mía. El teniente eructó, y una vomitona se precipitó directamente sobre el lugar que yo ocupaba así como sobre la litera de mi vecino. El vómito caía incontenible. Mi vecino se quitó el abrigo de piel —no un chaquetón de guata, ni un capote, sino un auténtico abrigo de ciudad con cuello de piel— y entre denuestos también incontenibles se puso a limpiar el vómito.

Mi vecino viajaba con una incontable cantidad de cestos, cestos trenzados, con arpillera cosida o sin ella. De vez en cuando, de las profundidades del pasillo aparecían unas mujeres envueltas en pañuelos campesinos y cubiertas de abrigos cortos, con idénticas cestas al hombro. Las mujeres le gritaban algo a mi vecino y este las saludaba con la mano.

«¡La cuñada! A Tashkent va, a ver a los parientes», me explicaba, aunque yo no le pidiera explicación alguna.

El vecino abría de buena gana el cesto más cercano y me mostraba su contenido. En el cesto no llevaba nada aparte de un traje de chaqueta hecho un guiñapo y algunas pequeñas cosas. Pero sí había en él muchas fotos en enormes marcos —retratos familiares y en grupo— de las que una parte eran aún daguerrotipos. El vecino extraía del ces-

to una gran foto y me explicaba de buena gana y con detalle quién aparecía en cada retrato, quién había muerto en la guerra, quién había recibido una medalla y quién estudiaba para ingeniero. «Y este soy yo», señalaba invariablemente en la foto, hacia el centro del retrato; y todos a los que enseñaba las fotografías meneaban la cabeza con gesto sumiso, respetuoso y comprensivo.

Al tercer día de vida en común en aquel temblequeante vagón, mi vecino, que se había hecho de mi persona una idea completa, clara y sin duda cierta, aunque yo no le había contado nada de mí, me dijo deprisa, mientras la atención de los demás viajeros estaba en otra parte:

—En Moscú tengo un transbordo. ¿Me ayudarás a sacar un cesto por la entrada? ¿Por la báscula?

—Me esperan en Moscú.

—Ah, sí. Me había olvidado de que a usted lo esperan.

—¿Y qué llevas?

—¿Qué? Semillas. Y de Moscú traeré chanclos...

No bajé del tren en ninguna estación. Llevaba comida. Me daba miedo que el tren partiera sin mí, que me pasara alguna desgracia... No podía ser que la suerte me durara eternamente.

Enfrente, en la litera del medio, se acostaba un hombre con abrigo de piel, siempre ebrio, sin gorro ni guantes. Unos amigos borrachos lo instalaron en el vagón y entregaron el billete a la revisora. Se pasó un día entero tumbado, luego bajó en una estación, regresó con una botella de vino oscuro, se la bebió directamente a morro y tiró la botella

al suelo del vagón. La revisora agarró la botella casi al vuelo y se la llevó a su guarida, un compartimento repleto de mantas que nadie recogía en aquel vagón mixto, y de sábanas que nadie necesitaba. En el compartimento de los revisores, tras el parapeto de las mantas, en la litera de arriba, en la tercera, se había instalado una prostituta procedente de Kolimá; o quizá no era una prostituta, sino una mujer que Kolimá había transformado en prostituta... La dama se sentaba en el asiento de abajo, no lejos de mí, y la luz oscilante de la mustia linterna del vagón caía a veces sobre su cara siempre extenuada, sobre unos labios pintados con cualquier cosa menos con lápiz de carmín. Luego alguien se acercaba a ella, le dirigía unas palabras, y la mujer desaparecía en el compartimento de los revisores. «Cincuenta rublos», me dijo el teniente, ya sobrio, que por lo demás resultó ser un joven bastante agradable.

Jugábamos con él a un pasatiempo muy entretenido. Cuando aparecía un nuevo pasajero en el vagón, ambos tratábamos de adivinar, cada uno por su cuenta, la profesión del recién llegado, su edad, a qué se dedicaba... Tras intercambiar nuestras observaciones, el teniente se sentaba junto al pasajero, trababa conversación con él y luego me venía a ver con la respuesta.

De este modo llegamos a la conclusión de que la dama de los labios pintados, pero sin rastro de laca en las uñas, era del ramo de la medicina; y el abrigo de leopardo que la mujer llevaba, sin duda de piel artificial, falso, nos indicaba que su portadora era más bien una enfermera o practicante, no médico. Una médico no llevaría un abri-

go de piel artificial. Por entonces nadie había oído hablar del nylon ni de las pieles sintéticas. Y nuestra conclusión resultó ser cierta.

De vez en cuando pasaba corriendo por el pasillo, ante nuestro compartimento, un niño de dos años con las piernas torcidas, sucio, envuelto en harapos y de ojos azules. Sus pálidas mejillas aparecían cubiertas de un eccema. Al cabo de un minuto o dos, aparecía con paso firme y seguro el joven padre, un hombre con unos dedos rudos, fuertes, de obrero, cubierto de un chaquetón. Perseguía al niño. El chaval se reía, sonreía a su padre y el padre sonreía al hijo, y regresaba entre risas con el niño a su asiento, a uno de los compartimentos de nuestro vagón. Me enteré de su historia. Una historia muy corriente en Kolimá. El padre, un común sin delitos graves, acababa de salir libre y regresaba al continente. La madre no había querido regresar, y el padre viajaba con el hijo, decidido firmemente a arrancar al niño, y tal vez a librarse él mismo, del poderoso abrazo de Kolimá. ¿Por qué no regresaba la madre? Tal vez —otra historia también de lo más habitual— había encontrado a otro hombre, o se había enamorado de la vida libre de Kolimá. Ella ya era una «libre» y no querría regresar al continente en calidad de ciudadana de segunda... Y puede que viera como se le escapaba la juventud. O el amor, su amor de Kolimá, quién sabe, había llegado a su final. O quizá fuera algo más pavoroso. La madre quizá había cumplido condena por el artículo 58 —el más común de entre los administrativos— y sabía lo que le esperaba si regresaba al continente. Una nueva condena, nuevos

tormentos. En Kolimá tampoco tenía la seguridad de que no le endosaran unos cuantos años más, pero allí no la cazarían como se cazaba a todo el mundo en el continente.

Yo no me enteré de nada y nada quería saber. Veía solo la nobleza, el buen hacer y el amor hacia su hijo; a quien, además, el padre seguramente había visto poco, pues el niño estaría en la guardería, en el jardín de infancia...

Las manos poco diestras del padre, que desabrochaban los pantaloncitos infantiles, los enormes botones de todos los colores, cosidos por unas manos rudas, poco hábiles pero bondadosas. La felicidad del padre, la felicidad del hijo. Este chiquillo de dos años no conocía la palabra «mamá». Gritaba: «¡Papá, papá!» Y el niño y el mecánico de piel morena jugaban juntos, hallando a duras penas un lugar para hacerlo entre los borrachos, los jugadores de cartas, entre las cestas y los bultos de los especuladores. Estos dos seres en nuestro vagón eran sin duda felices.

El pasajero que se había pasado durmiendo dos días enteros desde Irkutsk, que solo se despertó para tomarse, para tragarse otra botella de vodka, de coñac o de algún aguardiente, aquel hombre no tuvo ocasión de seguir durmiendo. Una sacudida recorrió el tren. El pasajero que dormía la borrachera se precipitó al suelo y se puso a gemir. El servicio médico llamado por los revisores dictaminó que el pasajero se había fracturado el hombro. Se lo llevaron en una camilla y el hombre desapareció de mi vida.

De pronto en el vagón surgió el rostro de mi salvador, aunque llamarlo salvador tal vez fuera demasiado, pues

el asunto de la estación no acabó en nada grave, no hubo sangre. Mi conocido permanecía sentado sin dar muestras de reconocerme o como si no quisiera hacerlo. De todos modos intercambiamos unas miradas y yo me acerqué a él. «Quiero llegar aunque sea hasta casa, ver a los míos.» Estas fueron las últimas palabras que oí del hampón.

Y esto es todo: la luz cortante de la bombilla en la estación de Irkutsk, el especulador que llevaba consigo unas fotos ajenas a modo de camuflaje, el vómito que arrojaba sobre mi litera la garganta del joven teniente, la triste prostituta en la tercera litera del compartimento de los revisores, el sucio niño de dos años que gritaba feliz «¡papá, papá!». Esto es todo lo que se grabó en la memoria de mis primeros momentos de felicidad, la felicidad sin sobresaltos de mi libertad.

La estación de Yaroslavl. El ruido, el oleaje urbano de Moscú, de la ciudad que yo más quería de entre todas las ciudades del mundo. El vagón que se detiene. El rostro entrañable de mi mujer, que había venido a recibirme, que me recibía igual que antes, cuando regresaba de mis incontables viajes. Aunque en esta ocasión el viaje había durado mucho tiempo, casi diecisiete años. Pero lo más importante es que no volvía de un viaje. Regresaba del infierno.

1964

Índice

Varlam Shalámov prosigue el desafío literario de narrar su reclusión en los campos de trabajo siberianos en los veintiocho relatos recogidos en *El artista de la pala.* El autor responde así al imperativo moral de retratar las leyes psicológicas, para siempre irreversibles —como las congelaciones de tercer y cuarto grado—, que Kolimá trae al mundo. Una experiencia que plantea la necesidad de una prosa nueva, que Shalámov presenta con un estilo sobrio, ajeno a los ruidos inútiles, a las bagatelas, para revivir el sentimiento y rescatar la voz de las víctimas que nunca fueron ni serán héroes. *Relatos de Kolimá* constituye una de las más grandiosas y desgarradoras epopeyas del siglo xx. Este volumen es el tercero de los seis que forman el ciclo general, que ahora se publica íntegro por primera vez en castellano y de acuerdo con la estructura que Shalámov dio a su obra.